George Ticknor.
SUUM CUIQUE.
A 5."

Accessions 11423y
Shelf No. D.153.2

SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY

BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Rec'd. Apr. 26th 1871.

NAPOLES RECVPERADA POR EL REY DON ALONSO;

POEMA HEROICO

DE

DON FRANCISCO DE BORJA,

Principe de Eſquilache, Conde de Mayalde, Comendador de Azuaga, de la Orden de Santiago, Gentilhombre de la Camara de Su Mageſtad.

EN AMBERES,
EN LA EMPRENTA PLANTINIANA
DE BALTASAR MORETO.
M. DC. LVIII.

D.153
.2

114239

IVIZIO DE NAPOLES RECVPERADA; POEMA EPICO DEL PRINCIPE DE ESQVILACHE,

Que diò el Padre FRANCISCO DE MAZEDO, *de la Compañia de* IESVS, *Catedratico de Retorica y Poesia en los Estudios Reales de su Magestad de Madrid.*

ES Obra heroica perfeta: y falta a la Poësia, lo que falta a la obra; verdadero dechado, y Idea viua de Poëmas Heroïcos. Guarda las leyes essenciales que dà Aristoteles en su Poëtica, y explican el Tasso y Castelvetro, con otros: y tambien tiene todas las perfecciones accidentales que se sacan del mismo Aristoteles, y declara y apoya Iulio Cesar Scaligero, Minturno, y Pontano en su Poëtica. *Iulio de Poë-tica.* La fabula que se compone de accion imitada, es vna, como lo pide Aristoteles, imitada con tanta perfeccion de lo possible y verisimil, que no se puede desear mas. El Heroe es Principe, en quien concurren las dos partes, de entendimiento y braço; juntandose en èl la ciencia, y el valor, en lo que se auentajò mucho el Autor a Tasso, que repartiò en dos Heroes estas dos prendas, atribuyendo a

Gotifredo el entendimiento, y a Reinaldo el braço, imitando a Homero. Mejor lo hizo el Autor, ſiguiendo a Virgilio, que atribuyò entrambas a Eneas, y eſto ſin duda es lo mas acertado: porque quien duda, que es mas perfecto el Principe y Capitan, en quien ambas eſtas partes concurren, que el que tiene vna ſola? De donde ſe ſigue, que es mas perfecta la imitacion que haze al ſugetò mas perfecto; en eſpecial, porque no ay Autor que no pida eſtas dos partes a vn Principe, y Capitan; como lo lleua Ciceron hablando de Pompeyo. Eſtas tuuo en grado eminente el mayor hombre del mundo Iulio Ceſar: eſtas pintan Liuio en Scipion, y Annibal; Curcio en Alexandro; Suetonio en Auguſto Ceſar; Plutarco en Epaminondas; y Egeſilao, y Xenofonte en Cyro; y Heliodoro en Teagenes. Eſtas dan a Beliſario, al gran Capitan, a Carlos Magno, a Carlos Quinto, y a Eſcanderbei; y al de Peſcara, Alfonſo de Albuquerque, y otros. Verdad es, que ſiempre el entendimiento ha de ſobrepujar al esfuerço, como parte mas noble; y en eſto tuuo ſingular acuerdo el Autor, realzando mas el conſejo en el Rei ALFONSO. Es la fabula Morata, y que contiene gran enſeñança, para Principes en Alfonſo, y Reiner; para Capitanes, en Enrique y Pedro, en Paradino y Orlando; para amantes, en Gerardo y Feniſa, Laura y

Pro lege Manilia.

Arist. in Poetica.

Anſ-

Ansberto, Florisbel y Arminda, Garceran y Cenobia. Las ſentencias, que ſon alma de las palabras, ſon propias, y graues, y muy a propoſito de lo que ſe trata, en las quales ſe vè grande ingenio y juizio. La diccion es admirable en propiedad, copia, y elegancia de palabras, fraſes deleitables, y modos de hablar lindos, y nueuos, con grande variedad y dulçura. Eſtas ſon las quatro partes que pide Ariſtoteles, *Fabula, Mores, Sententiæ.* Eſtà la obra llena de Epiſodios, muy propios y agradables. Que lindo es aquel de Feniſa llorando ſobre la roca? Que admirable el de Alcimedonta, competidora de la Sibila? Que apacible el de Feniſa y Laura? Que gallardo el de Caſtrioto? que no ſe podia dexar, concurriendo en el miſmo tiempo. Dexo muchos otros, que ſon; mas para ſer leïdos, que mayores? La inuencion es excelente; la diſpoſicion muy acomodada; las digreſſiones muy a punto; el verſo puro, elegante y terſo; los numeros ſonantes, deleitables, y que tienen mucho de lo admirable y deleitoſo: y es coſa cierta, que el verſo y numero del Poema no dà ventaja a ninguno de quantos Poetas he leïdo, aunque entren en eſta cuenta los Taſſos y Camoes: ni puede auer quien ſepa juntar mejor, la grauedad del Heroico, con la miel y dulçura de lo Lirico. Y aun tengo por mas la corriente natural, que ſin afeite haze al verſo fluido

y blando, y modera la grauedad de las palabras, y excelencia de conceptos. Tambien admiro la variedad que tiene, no ſolo en las coſas, ſino tambien en las fraſes Poeticas, y modos de hablar: y que tratando muchas vezes las miſmas coſas, les dà tan diferentes viſos, que parecen diuerſas, y cauſan nouedad y admiracion. En las deſcripciones y comparaciones guarda todas las leyes de la buena Retorica y Poeſia, y no las entra con violencia, ſino que la miſma obra las pide; ni es prolijo, ni enfadoſo en ellas, antes engendra y cauſa con ellas guſto y deleite. El decoro, que es la mas dificil coſa, como lo encarece Tulio, guarda admirablemente, dando a cada perſona lo que es ſuyo, en acciones, coſtumbres, dichos, ſuceſſos; de ſuerte, que en todo es tan bien mirado, que no ſe puede quitar, ni trocar lo que ha dicho ſin empeorarlo. Y aſſi como en todo anduuo acertado, muy mas en el fin del Poema, que es lo principal de las obras, acabando con aquella admirable ficcion, y proſopopeya de Reiner, deſamparado de los ſuyos, y ſolo en el campo, apoyando con eſto mas la vitoria de ALFONSO, callando los demas, y ſuſpendiendo los Lectores con vna ſuſpenſion agradable; que bien dà a entender lo ſucedido, imitando en èſto a Homero, y a Virgilio. Y para que en todo anduuieſſe acertado, no quiſo paſſar de doze Libros, que es la medi-

De Oratore.

medida mas propia del Poema Heroico: en lo que pecò Tasso, y mas grauemente Ariosto, porque segun da a entender Aristoteles, aunque el Epico se pueda alargar mas que el tragico, ha de huir todo el excesso: y en este cae quien passa de diez y ocho ò veinte libros ordinarios. *Arist. Poetica.*

Este es mi parecer, sin passion, ni afecto particular, segun mi corto caudal, y lo poco que he alcançado de la noticia deste Arte; y entiendo que es esta obra dignissima de salir a luz, y que serà de grande honrra, no solo para el Autor, sino tambien para toda España, que con ella puede no temer, y aun desafiar a los Poetas principales de Italia y Francia; y pues que hasta agora no ha auido en España Poeta Epico perfecto en lengua Castellana; razon es, sea este el primero, para ser Idea y exemplar de los otros; y que sea Poema de Principe, para tener el primer lugar entre todas.

Francisco Mazedo.

CENSVRA
DEL REVERENDISSIMO PADRE
FR. DIEGO NISENO,
DE LA ORDEN DE SAN BASILIO.

DE orden y comiſſion del ſeñor Licenciado D. Alonſo de Morales Balleſteros, Vicario General deſta Villa de Madrid, y ſu Partido, he viſto vn Poema Heroico, que ſe intitula, Napoles recuperada, eſcrito por Don Franciſco de Borja, Principe de Eſquilache. Y fuera de no tener propoſicion alguna que diſuene de la ſacra armonia de las dogmas de nueſtra Catolica Fé, he hallado, que merece tan eſclarecido deſuelo el titulo del nombre de ſu Autor, pues merecia llamarſe el Principe de los Poemas; porque en el aſſiſten logradas todas las circunſtancias que Ariſtoteles pide en ſu Poetica para eſte linage de Poeſia; que entre quantos le han emprendido, ſolo el Principe de Eſquilache ha merecido con el peregrino de ſu ingenio, ſer ſingular en tan ardua Prouincia. Y ſi a mi ſe me diera licencia de enſanchar la Epigrafe del Poema, fuera de parecer, que ſe auia de inſcriuir: Napoles, y Eſpaña recuperadas. Napoles, por lo que toca a la hiſtoria tan dulze, tan graue, tan armonioſamente, y con tan altos coturnos cantada. Eſpaña recuperada,

porque

porque con tan ſublime eſpiritu, con tan Heroico Poema ſe recupera el credito de nueſtra Nacion; pues ſabrà el mundo, que ſi como Mantua ſe eſclareciò con vn Virgilio, tambien Eſpaña ſe engrandece con vn Borja, tan a todas luzes grande, tan de todos ſus numeros conſumado, que ſi en lo Lirico es ſuauiſſimo hechizo de las Muſas, en lo Heroico es ſabroſiſſimo aſſombro del miſmo Apolo: dicha de ingenio, tan a marauilla raro, que parece que todas las Muſas numeroſamente prodigas ſe han infundido en ſu pluma: con que adornada la fama, lleuarà a tanto Heroe en plauſibles aclamaciones haſta los vltimos angulos del Orbe. Por lo qual juzgo, que fatiga y tarea tan eſtudioſa, de juſticia merece la comun vſura de la luz. En el gran Baſilio de Madrid, Mayo 17. de 1649.

Fr. Diego Niſeno.

CENSVRA
DEL REVERENDISSIMO PADRE
AGVSTIN DE CASTRO,
DE LA COMPAÑIA DE IESVS, PREDICADOR DE SV MAGESTAD.

LLEGÒ el dia deſeado, de que el Poema Heroico del Principe de Eſquilache ſalieſſe a la luz publica, boluiendo por el credito de nueſtra Nacion, a quien achacan las eſtrañas, no auer eſtampado Poema ajuſtado a las leyes y preceptos de el Arte. Glorianſe los Griegos de ſu Homero; los Latinos de la Eneida de Virgilio; los Italianos del Taſſo; los Portugueſes de Camoens: y todos ellos aun dexan abierta la puerta a la cenſura: ſi bien auentajò Virgilio en ſeguir los preceptos de el Arte; a Lucano, que puſo dos Heroes; a Silio Italico, en que fue humilde, y bronco en la fraſe; a Claudiano, que ſolo ſe auentajò en la liſonja, y en la propiedad, y elegancia del eſtilo; a Ouidio, que compuſo ſu Poema de ficciones fabuloſas, ſin atencion a la vnidad, y a la imitacion, que ſon las principales obligaciones del Epico; a Eſtacio Papinio, en que fue pobre de ſentencias, y puſo el cuidado y eſtudio en el lleno de las palabras. Eſtos miſmos

achaques han padecido nueſtros Poemas Eſpaño-
les,por donde han ſido tenidos de las otras Nacio-
nes, por mas Verſificadores, que por Poetas, con-
cediendonos, que en lo Lirico han auentajado a
Ouidio, a Catulo, a Tibulo, y a Propercio, y en
el eſtilo y blandura a Oracio; en lo Satirico, a Iu-
uenal, y a Perſio; en lo Epigramatario, a Marcial;
en lo Comico, a Terencio, y a Plauto; y aun en
lo Tragico a Seneca. Y deſta verdad pudiera ſer
euidente prueua el primer cuerpo de las Poeſias
del Principe, que eſtà yà eſtampado; pero no nos
era tan facil la reſpuſta en lo Epico, haſta gozar el
Poema del Principe, que tiene vn ſolo Heroe tan
eſclarecido, como fue el Rei Don Alonſo; vna ac-
cion tan grande, como la recuperacion del Reino
de Napoles, de mano de Nacion tan gallarda y
belicoſa como la Franceſa: y ſiendo tan iluſtres las
acciones, les dà con eſquiſito primor la ficcion, ò
imitacion, no ſolo de lo que fueron, ſino de lo que
pudieron, y deuieron ſer. Y para que lo riguroſo
del Arte tuuieſſe todas las galas, y ornato que pi-
de y permite, honrra nueſtra lengua Caſtellana,
hablandola con tan gran pureza, propiedad y ele-
gancia, que la dexa ſuperior a todos los Idiomas
del Orbe. Es frequentiſſimo y profundiſſimo en
la ſentencia; prudentiſſimo en los razonamientos;
ajuſtadiſſimo en la Geografia, y Ydrografia; ſa-

çonadiſſimo, y tempeſtiuo en los Epiſodios; Lirico y Comico en vno, con que enreda y alegra todo el Poema. Toda eſta era obligacion en el Principe, que deuia vſar de las noticias y experiencias en las aſſiſtencias a los Principes, y en el gouierno de las mas dilatadas Prouincias del eſtudio de todas facultades, que le ha hecho digno de admiracion y reſpeto a los doctos en cada vna de las profeſſiones, tanto por lo que ſabe, como por lo que es, ſiendo de la mas eſclarecida ſangre de los Principes de Eſpaña, y de ſus Reyes. Deſta ſuerte ha logrado los ocios de ſu retiro, quien tan auentajadamente manejò los negocios de la Monarquia. Por lo qual juzgo, que no ſolamente V. A. puede dar la licencia que pide a la ſeguridad de los dogmas, y la que deue a la gloria de la Nacion, ſino obligarle a que cumpla tan antiguas eſperanças y deſeos. En eſte Colegio Imperial de la Compañia de IESVS, a 12. de Iunio 1649. años.

Aguſtin de Caſtro.

CEN-

CENSVRA DEL PADRE FRAY GERONIMO DE SAN IOSEPH, CARMELITA DESCALZO.

SIEMPRE *he juzgado, que el pedirme cenſura deſte gran Poema, es obligarme a vn dilatado elogio de la Obra, y del Autor; pues nunca ſerà otra ſu cenſura, que ſu alabança. Y aunque en eſta ocaſion pudiera, y aun deuiera yo diſimular la ſeueridad de mi dictamen, que aborrece elogios en cenſuras ordinarias, por pedir eſta leyes no comunes; pero yà por otra parte me lo impoßibilita la grandeza del aſſunto, y la cortedad de mi talento. Baſtarà pues dezir, que es Obra del Principe de Eſquilache, para que ſe entienda lo es del Principe de la Eloquencia y Poeſia Eſpañola, con emulacion a los que han merecido eſte nombre en edades y Naciones diuerſas. Napoles en eſte mas que Heroico Poema ſe vè recuperada, no menos felizmente por la Borgiana pluma de vn* FRANCISCO, *que lo fue por la Aragoneſa eſpada de vn* ALFONSO. *Eſpaña renueua ſus antiguas glorias en los ecos deſta clarißima trompa, al reſonar el nombre del Rei mas ſabio de Aragon; y la Corona deſte inclito Reino buelue a recobrar aquella eſclarecida fa-*

ma, que ſus glorioſos Conquiſtadores le dilataron en tan varias Prouincias. Todo ſe iluſtra al reſplandor deſte manantial de luzes, donde cada verſo es vn relampago; cada ſentencia vna centella; cada palabra vn rayo; y cada vna de las Octauas deſte claro Poema, vn ſol que los deſpide, y ſe corona dellos. El argumento es grande, noble, deleitoſo y prouechoſo; el Eſtilo dulze, graue y puro: ; el Ridmo armonioſo y ſonoro; la Narracion igual; las Deſcripciones hermoſas; entrenidos los Epiſodios; las Digreſiones concernientes; florida la Fraſe; viua la Sentencia; eficaz la Perſuaſion; y embuelto en lo ſuaue de la cadencia numeroſa, lo ſaludable del mas ſano ſentir; y delineada en politicos documentos, la mejor diſciplina militar. Deuerà el mundo al Principe, eſta no menos prouechoſa que deleitoſa enſeñança; nueſtra Eſpaña, eſta gloria; Napoles, eſta fama; las coſtumbres buenas, eſte norte; y las buenas letras, eſte honor. Pero quien le deuerà ſu mas crecida honrra, es la Poeſia, viendoſe acreditada con auerla no ſolo profeſſado vn tan alto ingenio, ſino oſtentado ſu profeſsion vn tan gran Principe; que ſin buſcar ambicioſos diſimulos de ſupueſtos nombres, ni eſperar a tardias glorias, deſpues de las cenizas, èl miſmo viuiendo, y deſcubierta la cara, dà en la publica luz el fruto de ſus ameniſſimos eſtudios. Andaua eſta ſiempre dulce y honeſta facultad con menos eſtimacion de la que ſe deuia a ſu nobleza, y como auergonçada entre alabanças y deſprecios, a

vista

vista de otras ciencias, y ocupaciones menos liberales, mirada con ceñudo desden de los mas graues juizios, especialmente en nuestra España, contra el exemplo de la docta antiguedad, en lo mas sagrado y serio de sus Varones eminentes: pero yà desde oi, viendose admitida, y en publico abraço, a luz del Austriaco sol acariciada, y venerada del Principe, alça la cabeça, y con sereno y libre rostro, alegremente osa mostrarse en la presencia del mas seuero juizio; sin que desdoren su lustre y excelencia la vil turba de los que vulgarmente pretenden professarla; como ni a otras altas facultades la groseria y baxeza de sus indignos professores. Siendo esto assi, quien puede dudar de la aprouacion desta, en todo sana y prouechosa Obra? Quien de que a su estampa se le ofrezca voluntaria licencia, y a su Autor con gracias muchas, ruegos vehementes, para que luego la publique? Assi lo juzgo en este Conuento de san Joseph de Carmelitas Descalços de Zaragoça, a 1. de Junio de 1651.

F. Geronimo de san Ioseph.

APRO-

APROVACION DEL MVY *Reuerendo Padre Maestro* FRAY IVAN PEREZ DE MVNEBREGA, *Difinidor General de la Orden de la Merced, Redempcion de Cautiuos.*

DE orden del Excelentissimo Señor Conde de Lemos, y de Castro, &c. Virei, y Capitan General en este Reino de Aragon, he visto el Poema Heroico, *Napoles Recuperada*, que escriuia el Excelentissimo Don FRANCISCO DE BORJA, Principe de Esquilache, tan celebrado en esta edad por raro prodigio de los ingenios de España, y pasmo a todos los de Europa en la primera parte de sus Poesias. Y no necessita de calificadas aprouaciones, pues el nobilissimo apellido de Borja, desde la Tiara Pontificia, hasta la militar espada assegura la verdad Catolica en sus Obras; heredada obligacion de tan esclarecida Familia, que auiendo sido en Roma dos vezes clara luz a la Madre Iglesia, oi es admiracion con embidia a las Naciones todas, mereciendo en este Poema el apellido de Heroico Principe de todos los Poetas; porque en tan breue volumen, con erudicion sobre profunda graue, cifra los assuntos, que varios Poetas, assi Griegos, como Latinos escriuieron, tan obseruante de las leyes que diò Aristoteles a la Poesia, que en la cadencia, y metro dulce del verso, no parece que imita, sino que inuentor dà preceptos a los que ambitiosos de humanas glorias aspiran al mas alto estilo Epico. Hallò mi cuidado en este Poema dilatada noticia de Historia, entretenimiento dulze de la Fabula, profundidad en la

Sen-

Sentencia, amable pureza en el no adulterado Idioma, prudencia en el consejo, leyes de Christiana Politica, candidez en la doctrina, escarmiento con desengaño de los nada estables bienes del mundo, auiso a los Reyes de como han de restaurar lo perdido, exemplo a los vassallos para assistir a su Rei con persona y hazienda, y leyes a la milicia de mar y tierra para lograr execuciones de sus designios. Y no pude negarle titulo de hermoso y agradable sobre Heroico a nuestro Poema, pues como dezia Seneca, *Iucundum nihil est, nisi quod reficit varietas.* Y assi entiendo que se le deue la licencia que pide; pues no se roza con dogmas, ni costumbres, antes si en erudicion varia es claro exemplo, y verdadero magisterio al valor, y al ingenio. Assi lo siento, en el Real Conuento de la Merced, Redemcion de Cautiuos, de Zaragoça a 14. de Iunio de 1651.

Fr. Juan Perez de Munebrega.

DAMOS licencia para que se pueda imprimir. En Zaragoça a 6. de Iunio 1651.

Doct. Sala Off. y Reg.
el V. G.

*** SVMA

SVMA DEL PRIVILEGIO DE CASTILLA.

Tiene priuilegio por diez años Don Francisco de Borja, Principe de Esquilache, para imprimir este libro, intitulado: *Poema Heroico, Napoles Recuperada*, sin que otro ninguno le pueda imprimir, ni vender sin su licencia en el dicho tiempo, con las penas en el contenidas, firmado de Su Mageſtad, y referendado de Iuan de Otalora su Secretario. En Madrid a 4. de Iulio de 1649.

SVMA DEL PRIVILEGIO DE ARAGON.

Tiene priuilegio por diez años el Principe de Esquilache para imprimir este libro, cuyo titulo es: Poema Heroico, Napoles Recuperada, *sin que otro ninguno le pueda imprimir, ni vender sin su licencia en el dicho tiempo, con las penas en èl contenidas, firmado del Excelentissimo Señor Conde de Lemos, y de Castro, Virei y Capitan General del presente Reino de Aragon, referendado de Martin Martinez de Azpuru su Secretario. Dat. en Zaragoça a 15. de Iunio de 1651.*

Don Francisco de Borja, Principe de Esquilache, Gentilhombre de la Camara de Su Mageſtad, por cartas escritas a Baltasar Moreto impressor de Amberes, le da licencia para imprimir su libro, intitulado, *Napoles Recuperada, Poema Heroico.* Y el mismo Baltasar Moreto para esto tiene Priuilegio particular de Su Mageſtad, despachado en su Consejo de Brabante en Brusselas en 26. de Iulio. à 1657. años.

firmado.

Loyens.

AL

AL LETOR.

HALLOME obligado a ſatisfazer vna objecion, que en Italia han puesto a eſte Poema antes de verle, reparando, en que eligì vn Heroe, y vna accion moderna, que paſsò en Italia ha pocos años, y que la notoriedad de la Hiſtoria es fuerça que me eſtreche, para no poder dilatar la inuencion y Epiſodios, que ſon el luſtre, ſer, y ornato del Poema; y que deſte peligro me libràra, auiendo eſcogido aſſunto mas antiguo, y ſuceſſo que huuieſſe paſſado ò en Aſia, ò en Africa, donde pudiera inuentar con mas largueza, ſin atarme en eſte incõueniente, que ellos juzgan que lo es.

A eſto reſpondo lo primero, que ſi eſte reparo fueſſe de tanta conſideracion como ellos juzgan, ſeria de mayor eſtimacion, ſi el Poema ſalieſſe acertado, y con todos los requiſitos que pide el Arte, como ſe ha procurado diſponer.

Lo ſegundo, que el Rei Don Alonſo el Quinto fue ſingular Heroe, con quien no

ſe pueden comparar los mas antiguos, que en Aſia, y en Africa fueron Principes ſeñalados; y mas ſiendo eſta accion tanto mas iluſtre, quanta es la diferencia de vencer Alarbes en Ieruſalen, ò Franceſes aliados con todos los Principes de la Chriſtiandad, y eſto en el Reino de Napoles, deſpojandolos del por fuerça de armas. Y de las excelencias, hechos y dichos deſte Principe han eſcrito los Eſtrangeros tantos libros y elogios, que ellos ſatisfaràn por mi.

Lo tercero, que ſiendo la Caſa de los Principes de Eſquilache deſcendientes del Rei Don Alonſo, no fuera razon que buſcàra Heroe mendigado, teniendole grande de puertas adentro.

Eſte Poema no contiene mas que doze Cantos: en que imitè a Virgilio; porque de eſcriuir muchos ſe corre gran peligro, de que alguna parte de lo que en ello ſe trata, ò que no ſea a propoſito, ò que los verſos ſean faltos de Ridmo, y las ſentencias de juizio; y ſi yo huuiera de tratar aora del deſempeño deſta propoſicion, yo moſtrara a

los

los Autores difuſos, quanto mejor les eſtuuiera auerſe recogido, que deſplegado. Lo que puedo aſſegurar es, que ha paſſado eſte Poema por el juizio y cenſura de los hombres mas doctos deſte ſiglo, y que todos no ſolamente me animaron, ſino que me compelieron a ſacarle a luz: y no preſumo que ſus letras los engañaron a ellos, ni la modeſtia con que me ſugetè a ſu parecer mereciò que me engañaſſen a mi; y quando todo eſto faltara, lleua en ſu fauor la mayor aprouacion, pues tiene la que dixo Caſiodoro: *Pompa meritorum Regale iudicium.*

Procurè tambien ſeguir los paſſos de los que juſtamente pudieron ſer Legiſladores en la parte Epica, auiendo viſto juntamente en lo que eſtàn reprehendidos de los que han eſcrito deſpues, porque como dixo Seneca, *Primi ductores ſunt non domini.*

He procurado tambien huir de palabras aſperas, y de ruido, porque dellas dixo Oracio,

Proÿcit ampullas, & ſeſquipedalia verba.

Y porque lo cierto es, que ſon eſpanto de los ignorantes, y riſa de los cuerdos, pues con

ella ſe falta a la dulzura, y al numero, y mezcladas deſpues con obſcuridad, hazen intolerable la locucion, y aborrecible la ſentencia: y los que vſan eſte modo de eſcriuir, dizen, que ſon ſus verſos creſpos; y engañanſe, porque no ſon ſino eriçados: y ſi en vn jardin huuieſſe mucha variedad de flores, es ſin duda, que faltandole la luz, y claridad del dia, no ſe verian, ni lograrian, aunque tuuieſſen en ſi la hermoſura natural, que no ſe aparta dellas. Que ſerà pues en los verſos, donde faltando el luſtre natural, y careciendo de la perſpicuidad, que los haze inteligibles y hermoſos, y particularmente ſaliendo a juizio de todos, y faltandoles la energia con que ſus Autores ſuelen repreſentarlos, diziendolos, como aduierte S. Aguſtin de los Filoſofos Gentiles, *Buccis concrepantibus ventilantes*. Y eſta diligencia no les vale deſpues que ſale de ſu mano, y de ſu repreſentacion: y como todos los eſtilos eſtàn viciados, reconociò eſto vn moderno en credito, y abonò de la claridad con que eſcriue, y dixo, vſando del adagio y propiedad Latina: *Nec dedi*

operà,

opera, vt omnia quæſtionum Meandris perinde atque ſorites Chryſippæi eſſent intricata, aut reconditorum verborum fœtoribus ſuffarcinata. Y de los que no entendieren el peſo deſte juizio, alcançarè lo que pretenden los que eſcriuen con obſcura nouedad, queriendo ſer admirados, y no entendidos. Eſte error ha laſtimado a todas las edades, auiendo en el Idioma legitimo muchas baſtardias, como dize Suetonio en vna carta que refiere de Auguſto a Marco Antonio, que eſcriuia con eſta afectada confuſion, hablando de Auguſto, que dize aſsi: *Præcipuam curam ducebat, ſenſum animi quàm apertiſsimè exprimere ipſum, quæ Antonium, ceu inſanientem increpabat, quòd ea ſcribere vellet, quæ mirarentur potiùs homines, quàm quæ intelligerent.* Y la culpa de paſſar eſte engaño en nueſtro ſiglo, nace de la preſumpcion de la ignorancia, que juzga, que lo que ella no alcança, es de tan ſuperior eſtimacion; que es corta toda alabança, que en ſu calificacion ſe gaſtare; eſto quiſo dezir Aulo Gelio en ſus Noct. Attic. *Obſcuritates non aſsignandas cul-*

pæ

pæ scribentium, sed inscitiæ non assequentium.
Y al fin quieren que los ignorantes los alaben, como si los entendiessen; y los que saben, como si ellos se declarassen, y lo mereciessen.

Tambien aborrecì con particular cuidado los hiperboles impossibles, porque son de graue culpa en lo Epico: y la razon es clara; porque si consiste su ser en la imitacion de lo natural, no puede auer semejante error, como proponer a la imitacion vn objeto, que por su naturaleza es increible, y por su disposicion ridiculo.

En todo este Poema, y su contesto, ni se alteran los tiempos, ni truecan las acciones, prohijando a vnos las guerras que hizieron otros, con que tendrà menos en que reparar quien se hallare con animo de censurarle.

Y aunque se imprime aora, ha muchos años que està escrito, y visto per personas, que se pudieron aprouechar de lo que yo primero tuue trabajado en èl.

NAPOLES RECVPERADA.

CANTO PRIMERO.

ARGVMENTO.

De España dexa la querida tierra
ALFONSO, y lleua con su armada errante
a Napoles rebelde, luto y guerra.
Fenisa llora el fugitiuo amante.
El mar sus leños en Messina encierra:
buelue al peligro el Capitan constante:
parte a Gaeta, y en su fee seguros,
se atreuen sus guerreros a los muros.

I.

AQVEL glorioso Capitan Hispano,
que a fuerça de sus armas peregrinas,
beuiò con menosprecio del Tirano
las aguas del Sebêto cristalinas:
Triunfos, que honraran el blason Romano,
y sus vanderas celebres Latinas;
empresas, que al valor y al tiempo exceden,
cantar pretendo, si cantar se pueden.

II.

Diuina Musa, que en eterna lumbre
piadosa viues la region quieta,
eleua aora la mortal costumbre,
y el plectro sienta tu virtud secreta.
No pido aliento a la profana cumbre
(de espiritu gentil vida imperfeta)
vn fuego si, que buelua el pecho mio
osado, ardiente, de couarde y frio.

III.

Admite, ò gran FILIPO, de mi pluma
el justo ruego, y turbacion deuida;
pues no rezelan, que la edad consuma
de el ambicioso don, la inculta vida.
De empresa tanta es fuerça que presuma,
y a tus piadosas manos ofrecida,
en ellas, la humildad que yo le enseño,
serà soberuia justa de su dueño.

IV.

Por ti de entrambos mundos la Corona
vida recibe en siglos immortales;
que el numero de Quatro perficiona
el ser de los compuestos naturales.
Y el cielo fiel, que tu grandeza abona,
transfiere de los rayos celestiales
en ti la obligacion, lustre, y decoro,
y el quarto assiento de el Planeta de oro.

V.

Y pues del Sol igualas el cuidado,
y las violencias solas Otomanas
retienen de tu Imperio venerado,
de CHRISTO Dios las prendas soberanas:
Las aguas beue del Iordan sagrado;
y harè, inuocando sus espumas canas,
al son de mas gallardos instrumentos,
cantar las Musas, y parar los vientos.

Segura

VI.

Segura entonces Paleſtina hermoſa,
la fee de ſus antiguos moradores
producirà conſtante, y religioſa,
ſin miedo de inſolentes opreſſores.
La Igleſia vniuerſal, Madre piadoſa,
boluiendo ſu ganado a los Paſtores,
ſacarà, renouando las Tiaras,
en paz dichoſa ſus reliquias caras.

VII.

Aqui conſagro el plectro a los blaſones
de tu glorioſo nombre eternamente,
y las remotas barbaras naciones,
emulacion forçoſa de tu gente.
Edades largas de opulentos dones
veſtiràn tributarios de el Oriente
tus aras, ſuſtentando en viuo exemplo,
la Fee ſu amparo, y la Piedad ſu templo.

VIII.

Cantar de el Quinto ALFONSO en tanto quiero
el zelo ſanto, el animo robuſto:
y ſi ſoberuio, y graue al pueblo fiero
acrecentò el Romano el mes Auguſto,
Quando el valor entonces liſonjero
amò el agrauio de el poder injuſto;
yo harè crecer, ſi tu fauor me inflama,
años al tiempo, y ſiglos a la fama.

IX.

ROmpiò ſus grillos de criſtal la nieue,
doblando el curſo de las aguas frias,
y el Sol torciendo ſu carrera breue,
viſtiò las ſombras, y alargò los dias.
El viento apenas las coronas mueue
de las robuſtas ayas, y ſombrias,
Abril moſtrando ſu ingenioſa mano,
en el primer dibuxo de el Verano:

X.

Quando reſuelto en ſu dorada popa,
ALFONSO diò ſus leños al amigo
de el Argonauta, robador de Europa,
y de ſu juſto llanto fiel teſtigo.
Las fieras armas, la precioſa ropa,
que de el contrario ſon premio, y caſtigo,
recibe el mar; y ſe apareja el viento,
que diò a las velas ſu forçoſo aliento.

XI.

La antigua Barcelona ſe miraua
veſtida de colores y plumages;
y el mar ſuſpenſo y mudo le robaua
ſus fuertes pechos, y lucidos trages.
Igual reſpeto ſu valor llamaua,
haziendo a tantas lagrimas vltrages
en la comun y triſte deſpedida,
primer enſaye de perder la vida.

La

XII.

La anciana madre al hijo repreſenta
ſu edad en los vmbrales de la muerte,
de el fragil techo la vezina afrenta,
que anuncia entre las lagrimas que vierte.
La viuda eſpoſa laſtimada cuenta
paſſados guſtos, que el dolor conuierte
en ſiglos largos de inmortales daños,
y en triſtes horas ſus alegres años.

XIII.

Entre lucientes ondas la madexa
(honeſta embidia de el metal de Arabia)
al viento preſta la ſentida quexa,
y al ſuelo entrega la violenta rabia:
Su blando oficio cudicioſo dexa,
y al dueño injuſto, que el dolor agrauia,
no lleua el viento (por coger el oro)
las triſtes nueuas de el amargo lloro.

XIV.

Yà de los pechos, ſin piedad diſtintos,
los hijos eſperando el dulce fruto,
pagauan con ſuſpiros indiſtintos
a ſu deſdicha natural tributo:
Y entretexiendo eſtrechos laberintos,
con los autores ſordos de ſu luto,
lloran ſu mal forçoſo, y las orejas
ni ablandan vozes, ni laſtîman quexas.

XV.

Sucessos lamentables de la guerra
repite la Eloquencia lastimada,
y el fin dudoso, que el amor destierra
de el caro albergue de su Patria amada:
La que passion de amor oculta encierra,
al filo se condena de vna espada,
fingiendo en sus amores el sentido,
sin fee al Troyano, y sin ventura a Dido.

XVI.

Apenas entre el humo y el estruendo
oìr pudieron la postrera seña,
quando las blancas alas descogiendo,
camino el mar a su valor enseña:
Y la vagante selua, diuidiendo
mudables campos, el fauor la empeña
del blando viento a penetrar las olas,
lisonjas de las playas Españolas.

XVII.

La vista poco a poco se destierra
de los paternos montes desiguales;
huye lijera la pesada tierra
a las velozes maquinas Nauales:
Amor comiença su importuna guerra,
y el mar escucha sus llorados males;
y si las ondas lleuan sus enojos,
ellos las lleuan dentro de sus ojos.

XVIII.

Fenisa, en tanto que de el viudo lecho
perdiò la fugitiua compañia,
las manos tuerze, despedaza el pecho,
la luz maldize de el cansado dia.
El rostro hermoso en lagrimas deshecho,
con voz cansada, temerosa, y fria,
el leño llama, que a Gerardo esconde,
y el mar con tristes ecos le responde.

XIX.

Sobre vna parda, y erizada roca,
en quien de el agua el impetu frequente
en arco dexa el limite que toca,
y sobre el blando mar corbo, y pendiente,
Con sus amargas lagrimas prouoca
las sordas aguas al dolor que siente,
y al viento pide, que en el mar acabe
el enemigo curso de la naue.

XX.

Espera: de quien huyes? (le pregunta)
injusta tabla, que mi vida lleuas:
de fiera peña rigurosa punta
tus bandas rompa con lloradas prueuas.
La esposa triste de la armada junta,
apenas pierde las dudosas nueuas,
quando con el vestido, y con la mano
boluer la naue procuraua en vano.

XXI.

Donde caminas? dize, que procuras,
fingido Esposo, burlador amante?
que si las ondas surcas mal seguras,
yo el mar de tus mudanças inconstante.
No vès, que entrambas vidas auenturas?
Buelue, y tendràs quietud dulce y constante,
el cuerpo paz, el desengaño calma,
los ojos mares, y luzero el alma.

XXII.

A que region desierta, inhabitable,
a que lugar tan lobrego, y sombrio
irà la infame vida miserable,
que no le ofenda el triste llanto mio?
El mar imitas, desleal, mudable:
triste de mi, que quanto mas porfio,
dan a los remos fuerça tus cautelas,
y viento mis suspiros a las velas.

XXIII.

Castigue el Cielo la ambicion primera,
por quien la vida al pielago se ofrece,
a merced de vna tabla lisonjera,
que a todos vientos timida obedece:
Y quien primero a la inconstancia fiera
su leño encomendò, que ocioso crece,
dando de el soplo alegre sacudido,
al campo sombra, y a las aues nido.

Mejor

XXIV.

Mejor fueras, ô pino vagabundo,
vestido de hojas en el monte altiuo,
de el Sol ardiente vencedor fecundo,
que tronco esteril, pies de vn fugitiuo.
Si a los soberuios braços del profundo
la vida entregas, donde ausente viuo;
bien es, que muerta por tu Reino siga
al dueño injusto, que a morir me obliga.

XXV.

Esto diziendo, despeñar intenta
al mar suspenso el cuerpo fatigado,
venciò la injusta fuerça de su afrenta
al femenil temor desacordado,
Quando el confuso vulgo, que lamenta
el fin de su tragedia desdichado,
la muerte impide, y el furor amansa,
Fenisa solo con llorar descansa.

XXVI.

Las vagas ondas a compàs açota
el ancho pino con igual concierto,
siguiendo todos su fatal derrota,
por mar dudoso, y por camino incierto:
Ni ver nacer las sombras alborota
de el lago el insolente desconcierto;
ni ver que a su region desierta y fria
baxar pretende a descansar el dia.

XXVII.

Iuan las velas concauas, hinchadas
(siendo del Sol los vltimos espejos).
de el blanco soplo llenas y engañadas,
cambiantes con la luz de los reflexos;
Y las alegres ondas argentadas
tambien corrian, por llegar de lexos
a besar con quietud dulce y propicia,
los pies que diò a los hombres la cudicia.

XXVIII.

Aun no monstraua la luciente Luna
ceñido el medio rostro de nublados,
quando sin descubrir lumbrera alguna
baxaron breuemente desatados.
Creciò de suerte el agua, y la importuna
fuerça de el mar, y el viento conjurados,
que algun assalto a competir con ellas,
temieron de sus montes las estrellas.

XXIX.

En sierras de agua repastaua el viento
el blanco ganadillo, que detiene,
en tanto que con nueuo mouimiento
con ellas mismas despeñado viene.
Los ojos de el luciente firmamento
la negra sombra tan obscuros tiene,
que apenas, porque el mar turbado vea,
alguna escasa lumbre centellea.

Tor-

XXX.

Tormenta nueua ſin piedad reſpira
el Euro, que las ondas açotaua;
y el fragil boſque ſin concierto gira,
que ya ſu fin ſin reſiſtir lloraua.
Gime el Piloto, el Comitre ſuſpira,
y el arbol mas robuſto ſe quexaua,
al ſoplo tan rendido y a las olas,
como en el campo eſpigas y amapolas.

XXXI.

El aire con relampagos ſe enciende;
con largos truenos reſonaua el Cielo;
la miſma luz con el temor ofende,
y el fuego engendra con los rayos yelo:
La eſcota caza, la relinga prende,
quien no ſaliò jamas del patrio ſuelo:
y en el furor que a todos ſobreſalta,
al mar bueluen, el mar que los aſſalta.

XXXII.

Los vltimos remedios no conſiente
la ciega obſcuridad, triſte, y lluuioſa;
las vozes roba el aire diligente,
y aplica a ſu inſolencia vitorioſa:
Mas no deſcanſa el trabajar frequente
de la oprimida gente temeroſa,
en naues y galeras deſtroçadas,
de indieſtros Palinuros gouernadas.

XXXIII.

El mar envifte la finieftra banda
de el leño inuicto, domador de el mundo;
y al Cielo llaman, que con paffos anda
tan lentos, quanto leues el profundo.
Alli fin orden la fortuna manda,
y de fu injuria el impetu fegundo
de el fiel coftado penetrò el abrigo,
y diò forçofo paffo al enemigo.

XXXIV.

Y el viento, que le impele con bramidos,
tras èl de fuerte fin piedad fe arroja,
que entena y arbol de fu fin rendidos,
gimiendo le monftraron fu congoja.
Deshaze los reparos preuenidos,
y con furor indomito defpoja
de fu amiftad antigua la madera,
que ya diuide, y confumir efpera.

XXXV.

Las aues de Alcion fu trifte canto
en las defiertas playas començauan,
el mal cantando, y el funefto llanto,
que en la paffada injuria fe acordauan.
Los roncos Argonautas entre tanto
de el Cielo las Deidades inuocauan;
y el viento con foberuio defatino
a la conforme voz cerrò el camino.

Re-

XXXVI.

Requieren por las ondas diuididas
los mudos peces ſu region obſcura,
y en ſus moradas turbias conocidas
ni enquentran peñas, ni quietud ſegura.
Iuzgando de ſus glorias prometidas
ſuſpenſo el fin, que conſeguir procura,
el Cielo ALFONSO con piedad inuoca,
de el mar y viento en la contienda loca.

XXXVII.

*Padre comun, que el mundo a tu gouierno
con decreto inuiolable ſugetaſte,
y en tu diuina idea, y ſer eterno,
las dos conſtantes maquinas formaſte:
Diuidiſte el Verano del Inuierno,
Sol, dia, Luna, y noche fabricaſte,
con juſta lei en ſus enojos pones
freno a los vientos, y a la mar priſiones.*

XXXVIII.

*Si en el deſierto mundo al Patriarca
(ſegundo poblador de el ſolo Imperio)
librò tu dieſtra, quando hurtaua el Arca
al corbo pino el propio miniſterio:
Si al medroſo Colegio, que en la barca
temiò el ſuceſſo, y ofendiò el miſterio
de aquella naue, a quien el mundo aflige,
que vela Pedro, y por tu Norte rige.*

X X X I X.

Piadoso humilla del soberuio Egeo
la frente, que a los Cielos se auecina:
camine el Sol, pues descubierta veo
la blanca estrella de su luz vecina.
Que si parò de el vencedor Hebreo
al fuerte ruego por piedad diuina;
tu eterna y justa mano nos iguale,
si aqui, Señor, para el vencido sale.

X L.

Dos y tres vezes venturosos fueron
los que entre Alarues braços, y Andaluzes,
el Ebro al Betis con valor tiñeron
con nueua sangre las bermejas Cruzes.
Dixo; y mirando al Cielo, descubrieron
brillando alegres sus eternas luzes,
diziendo al mar el orizonte solo,
que ya queria despertar Apolo.

X L I.

Con menos miedo la confusa arena
las ondas insolentes recebia;
y el mar cansado con quietud serena
en las desiertas playas se tendia.
Besando el agua la fatal cadena,
la gran conjuracion se diuidia;
con que llegar al Sol quisieron antes,
sobre montes de sal, vientos gigantes.

El

XLII.

El campo Febo de el Oriente dexa,
y en los frondosos valles y sombrios,
tendiendo de pinzeles la madexa,
pintò las seluas, y dorò los rios;
Y alegre viste, quando mas se alexa,
de la difunta sombra los vacios,
quando les diò el sossiego vitorioso,
al viento sueño, y a la mar reposo.

XLIII.

Con mas presteza la turbada gente,
con nueuo aliento, y animo gallardo
acude a su exercicio diligente,
libre de el miedo pereçoso y tardo.
La tierra mira, que oprimida siente
iguales surcos de el Isleño Sardo;
y della entre las ondas atrauiesa,
por no auisar la sierra Ginouesa.

XLIV.

Ni quiere de Toscana que en los puertos
sus rotos leños repararse puedan;
ni de el Romano Tibre los abiertos
braços seguro albergue le concedan.
Cortando blanca espuma en los desiertos
campos de el mar de Italia, hinchados vedan
al viento el passo los deshechos linos,
que en sal rompieron al valor caminos.

XLV.

Y en breue tiempo el vulgo certifica,
que vè la gran Sicilia montuosa,
patria de fuego, y de cosechas rica,
y en mil antiguedades fabulosa.
A su quietud sin detenerse aplica
ALFONSO la derrota peligrosa,
por ver seguro en su querida tierra
las caras prendas de la antigua guerra.

XLVI.

La furia de Neptuno sossegada,
y en paz segura la fatal ruina,
por mar tratable procurò la Armada
tomar el ancho Faro de Messina:
De el viento fauorable gouernada,
a las amigas margenes camina;
corona luego su naual concierto
el hospedage prodigo de el Puerto.

XLVII.

Lleuò las mas el humedo elemento
a tierra, sin gouierno en los forçados,
las popas retiradas de su assiento,
y los robustos mastiles troncados,
Sin velas, que el vsado mouimiento
prestassen a los remos destroçados:
qual sin temor, que a su remedio importe,
ni busca el Puerto, ni conoce el Norte.

Apenas

XLVIII.

Apenas ſus orillas abraçaron
(libres de el mar) los palidos deuotos,
quando en concurſo publico ordenaron
el breue fin de los ſagrados votos.
Y los que entre las ondas conſagraron
ſu vida a los ſagrarios mas remotos,
con mas aliento del naufragio tratan,
y el juſto voto ſin temor dilatan.

XLIX.

Oluidaſe la ofrenda que ſe deue
(imitacion de el arbol de el nauio)
y el bronze, que deſcubra en ſu relieue
de el mar airado el inſolente brio;
Yà la culpable dilacion ſe atreue
al ſacro voto, religioſo, y pio,
que ſe ofreciò con miedo en la tormenta,
y en tierra agora ſin cumplir ſe cuenta.

L.

Teniendo pues ſus armas en ſoſſiego,
y en paz ocioſa ſu guerrera gente,
que alguna vez con atreuido ruego
termino pide al ocio negligente,
Su armada quiere que ſe apreſte luego,
ALFONSO, laſtimado, y diligente:
y armas, apreſtos, maquinas, y aſſombros,
de el mar ſintieron los canſados ombros.

L I.

La negra noche (desigual autora
de gustos , pesadumbres , y reposo)
recogiò las tinieblas a deshora,
que huyendo parten del Planeta hermoso:
El dulce lecho despreciò la Aurora,
cansada de los braços de su esposo,
y tienden por los aires a porfia,
el alua perlas , y su luz el dia :

L I I.

Quando en vn campo alegre y dilatado,
a trechos de altos arboles ceñido,
a quien Deziembre rigido y elado
jamas le roba el natural vestido;
Estaua el fiero exercito formado,
atento, valeroso , y preuenido,
la seña procurando, que ordenasse
que al mar soberuio sin tardar marchasse.

L I I I.

En tanto el Sol de la celeste esfera
con el azero rigido contiende,
y de el su luminosa primauera
dudosos rayos por el aire tiende:
La vista teme, que su luz primera,
celeste llama consumir pretende;
pues muestran con vistosa pesadumbre,
fuego en las armas, y en los aires lumbre.

L I V.

Cambiante ſe eſtrechaua en los criſtales
de la luciente eſpada fulminoſa,
turbando de las armas los iguales
realzes de la mano artificioſa:
Miraua, no en tributos naturales
Ceres, de ſus ofrendas cudicioſa,
en vez de las eſpigas coronadas,
de altiuas haſtas mieſſes erizadas.

L V.

Caliente dexa el pereçoſo lecho;
prueua a los miembros el deſpojo vſado
el Celtibero indomito, que el pecho
tiene de antiguas glorias ocupado.
Mueſtra el oſar veſtido de el prouecho,
ſeguro el fin, y fauorable el hado,
mirando en deſigual concierto juntas
el Cielo eſquadras de azeradas puntas.

L V I.

A Pedro inuicto jouen obedece
con fee conſtante, y animo robuſto
la noble gente, que Aragon ofrece
al fiel efecto de ſu intento juſto.
Tambien la que los muros ennoblece,
que el nombre guardan del piadoſo Auguſto,
ſiendo ſu adulacion grauada en bronzes,
honor agora, ſi liſonja entonces.

LVII.

Sin ella ſus pendones y banderas
inculta ſigue la feroz montaña,
que las Franceſas armas eſtrangeras
doma en el margen vltimo de Eſpaña;
Donde las atreuidas llamas fieras
con ciega furia, con violenta ſaña
el cuerpo de Pirene conſumieron,
y al duro monte ſu renombre dieron.

LVIII.

Eran diez mil, y con Vrgel gallardos
quatro mil Catalanes ſe deſcubren,
de cuyas manos arrojados dardos
la luz forçoſa ſin piedad encubren.
En yeguas Moras, y en cauallos Sardos
mil hombres de armas los coſtados cubren
de el eſquadron, que el Sol amenaçaua
con los timidos hijos de ſu aljaua.

LIX.

Paſſauan los Nauarros belicoſos,
ſiguiendo en Iuan la luz de ſu fortuna,
en ſu natiuo esfuerço vitorioſos
de quanto gira el curſo de la Luna.
Eran tres mil los pechos animoſos,
que en la primera cama de la cuna
inclina por eſtrella, ò por oficio,
ſangriento Marte al tragico exercicio.

A En-

L X.

A Enrique de los muros de Valencia
ſiguen ſeis mil en la dudoſa ſuerte,
cuyo valor armado de experiencia,
ni amò la vida, ni temiò la muerte:
Compueſtos en glorioſa competencia,
con brio juuenil, robuſto, y fuerte,
ſus nobles generoſos Caualleros
bueluen al Sol ſu luz en los azeros.

L X I.

Aſſi paſsò ſu mueſtra diligente,
en iguales hileras diuidido,
aquel concorde exercito impaciente,
de el inconſtante Reino detenido.
A Heſperia ofrece la indomada gente
mas ſangre de el Tirano aborrecido,
que Roma viò con perdida de Italia,
en los funeſtos campos de Farſalia.

L X I I.

La ambicion animoſa, de la guerra
ordena y juſtifica la partida;
dexan los mas la fauorable tierra,
y al mar entregan la canſada vida.
Rezela la experiencia que ſe yerra,
ſi en la glorioſa empreſa inaduertida
mueſtra al ſuceſſo la fortuna auara
ſegunda vez la vengatiua cara.

LXIII.

Iuntando pues los viejos Consejeros
(de acciones atreuidas resistencia)
pues nacen los consejos verdaderos,
de quien enseña el tiempo, y la experiencia.
Sentandose por orden los primeros,
dando a la voz la suspension licencia,
ALFONSO dixo con templança mucha,
al viento, y al consejo que le escucha.

LXIV.

En larga guerra con prolixos males
mis compañeros fuistes, y mi ayuda,
en fee de vna adopcion (como leales)
que diò vna Reina, que cumplirla duda.
Llamòme, despidiòme en sus vmbrales
con trato vil, que su palabra muda
vn Senescal, que a mi pesar pregona
por sucessor Anjous de su corona.

LXV.

Segunda vez con animo sencillo
su Rey me llama el Pueblo conjurado,
quando rendì con vengador cuchillo
al Sardo, justamente castigado.
Neguême a sus fieles por Caudillo;
temì el engaño de su error passado:
mas yà su atreuimiento, y mi fatiga
me ordenan, que esta empresa se prosiga.

Dixo;

LXVI.

Dixo; y al punto aſpiran ſatisfechos
todos a la vitoria, que prometen
ſu honor, ſu Capitan, ſus nobles pechos,
que el tiempo y Marte es juſto que reſpeten.
Dexar quiſieron los amigos techos,
por no eſperar que algunos intrepreten
lo que es acierto, con el nombre vario,
que dà al valor el miedo de ordinario.

LXVII.

Mas Naua, fuerte y venerable viejo,
el mas prudente en experiencia larga,
de quantos lleuan con igual conſejo
de el fiel conſejo la peſada carga;
Siendo forçoſo, y reſpetado eſpejo,
a quien la edad el deſengaño encarga,
les dize, a los que azeros y haſtas vibran,
y el fiel conſejo en los azeros libran.

LXVIII.

Que deſtino fatal la rienda ſuelta
arraſtra vueſtra furia acelerada,
ſin aduertir de el tiempo la rebuelta,
amada tantas vezes, y llorada.
Dicha es de muchos la ordinaria buelta,
que tiene ſu inconſtancia deſeada;
que a no tenerla, con razon ſeria
el bien de los dichoſos tirania.

LXIX.

Reiner, Duque de Anjous, tiene ocupados
de el Reino los presidios de importancia,
con muros y defensas tan guardados,
que sobra el juuenil furor de Francia.
No pueden ser por sitios conquistados,
ni con marcial fatiga su ganancia:
y quanto nuestras armas pretendieren,
con no tomarlas gozaràn si quieren.

LXX.

Tentar el hado es barbara locura
con breues fuerças en agena tierra:
y el vencedor exercito, si dura,
con la victoria misma se destierra:
Y si el valor, y resistencia dura,
dexa neutral la peligrosa guerra,
guardado de sus techos sin castigo
(con no perderlos) queda el enemigo.

LXXI.

Pues si de Quinto Fabio en la tardança
forçoso exemplo afecta la osadia,
y con remissas armas la vengança
tomais con dilacion de su porfia:
El viò, que el Africano su esperança
a los paternos campos oponia,
donde sin dueños guardan obligados
el logro de sus miesses los arados.

Por

LXXII.

Por Rei ſu errado vulgo le recibe;
ſus nobles pierden las amigas vidas:
Reiner a ſu defenſa ſe apercibe,
y ellos a ſer por el de ſi homicidas.
Francia en ſus pechos generoſa viue,
las armas Celtiberas abatidas,
y el pueblo con cabeças principales
es tan oſado, como ſon leales.

LXXIII.

El Griego azero, con razon temido,
perdiò ſu fuerça en limites eſtraños:
que contra el flaco Imperio diuidido,
el tiempo junta peligroſos daños.
Teſtigo es Roma (con piedad creîdo)
y ſus deshechos muros deſengaños,
que la corona a ſu ambicion ſugeta,
el mundo ciñe, pero no le aprieta.

LXXIV.

Ocultos ſon de el Cielo los ſecretos,
con que a otros tiempos reſeruados dexa
la diuina Iuſticia ſus efetos,
que agora a nueſtras lagrimas alexa.
Quedarſe los ſuceſſos imperfetos,
no es materia de agrauio, ni de quexa:
ſi el que aparente a nueſtros ojos haze,
con el fin prometido ſatisfaze.

LXXV.

Apenas acabò su Consejero
a proponer el caso peligroso,
quando enojado ALFONSO fue el primero
que replicò con animo orgulloso:
No sabes, que el consejo verdadero
serà seguir el hado religioso?
pues a pesar de el tiempo, y de la muerte,
es su poder ineuitable y fuerte.

LXXVI.

Si a Napoles el Cielo me destina
por justa lei de su decreto eterno,
y el duro cuello su poder inclina
con larga seruidumbre a mi gouierno;
Presto veràn con tragica ruina
sus campos en los braços del Inuierno,
en vez de iguales surcos, cultiuallos
violentas inuasiones de cauallos.

LXXVII.

Roma se descuidò, y el mar Tirreno
tantos Piratas libres ocuparon,
que el sacro Tibre de violencia ageno
con remos insolentes açotaron:
Y al fin de el mar el inconstante seno,
sus leños vencedores nauegaron;
formando el gran Pompeyo en sus arenas
selua estrangera de arboles y entenas.

Entre

LXXVIII.

Entre Aragon y Francia tan pequeña
raya los montes aſperos diuide,
que vn breue arroyo, parto de vna peña,
de entrambos Reinos la violencia impide.
Alli la antigua enemiſtad enſeña,
que deuo hazer en lo que Italia pide,
quando eſte braço ſu inquietud detiene
en la cabeça elada de Pirene.

LXXIX.

Si agora le conſiento al enemigo
vibrar el haſta en poſſeſsion agena,
mañana oſſado intentarà conmigo
romper de Eſpaña la neutral cadena.
De empreſas atreuidas el caſtigo
corrige el hierro, y el furor enfrena:
y en ſangre embueltos guardaràn, ſi puedo,
armas a Heſperia, y al Pirene miedo.

LXXX.

Con publicos aplauſos ſatisfecho
quedò el glorioſo acuerdo, que eſperauan;
y amando todos el comun prouecho,
con mueſtras animoſas le ayudauan.
En el turbado viento, a ſu deſpecho,
armas, eſtruendo, y vozes reſonauan,
y el eco por el ſeno de los valles
boluiò las nueuas que eſcuchò a las calles.

LXXXI.

Yà moderaua la perpetua lumbre
de el largo dia las prolixas horas,
y el año con pacifica coſtumbre
lograua ſus eſpigas vencedoras.
De blancas mieſſes la neuada cumbre
crecia entre las hozes labradoras,
quando ſus velas, admirado el dia,
entre ſalados montes deſcubria.

LXXXII.

No dexò tan contento el hoſpedage
el hueſped fugitiuo de Cartago,
y a la homicida Reina en el vltrage,
que el caſto lecho recibiò por pago;
Como emprendiò de nueuo ſu viage
(cortando el fiero y proceloſo lago)
el hijo de Fernando, en cuya dieſtra
el Cielo ofrece generoſa mueſtra.

LXXXIII.

El mar que la Calabria ciñe y baña,
los remos mueuen preſuroſa guerra,
en caſi el miſmo eſtrecho, que de Eſpaña
furioſo aparta la Africana tierra:
Y el viento, que las ondas acompaña,
con blando ſoplo ſu temor deſtierra,
y alegres de Gaeta diuiſaron
el Puerto, que ſeguros ocuparon.

Las

LXXXIV.

Las armas deſembarcan y ſoldados,
con preſta furia y militar concierto:
tiemblan los fuertes muros leuantados,
y el ancho mar en recogido puerto:
Y para reſiſtir de los cercados
el preſto daño, y natural acierto,
los hierros exercitan, que en la guerra
deſcubren las entrañas de la tierra.

LXXXV.

Cupo al Nauarro la encumbrada parte
que el Norte ciñe, y riguroſo mira,
y en ella dieſtramente ſe reparte
la gente, que al aſſalto breue aſpira;
Yà con furor violento, yà con arte
quiere acercar la que jamas retira
de las eſpeſas nubes, que deshechas
parieron rayos en volantes flechas.

LXXXVI.

Enrique, y Pedro intrepidos cercaron
el ſitio que bañaua el Medio dia,
y en mengua de ſus armas començaron
con exceſſiuas mueſtras de oſadia.
Trincheas, y defenſas leuantaron
con tal deſtreza, y belica porfia,
que rezelar ſu perdicion pudiera
el alto muro con la luz primera.

LXXXVII.

Su blanco roſtro la inconſtante Dioſa
en las cambiantes aguas retrataua,
y el mar dormido con quietud ocioſa
en braços del ſilencio repoſaua:
Y en medio de la ſombra temeroſa,
la hurtada luz los montes coronaua;
mirando con los ojos celeſtiales,
de amantes ciegos adorados males:

LXXXVIII.

Medroſo oluida el timido ganado,
de el verde prado la riſueña fuente:
y de el arroyo manſo deſpeñado
murmuraua miedo la veloz corriente.
El ſueño rinde al ruſtico canſado,
y blando llama la ſoberuia gente,
a quien los ricos lechos ſe aperciben,
y entre algodones candidos reciben:

LXXXIX.

Quando las centinelas, que velando
por vna y otra parte ſe temian,
las ſoñolentas horas paſſeando,
dañoſas aſſechanças preuenian.
Las vnas ver los muros procurando,
las otras ſus defenſas oponian;
y a vezes las perdidas ſe encontrauan,
quando mas de las ſombras ſe fiauan.

Alli

X C.

Alli el ſilencio, la ocaſion y el arte
(forçoſos conſejeros de la guerra)
la furia templan del airado Marte,
que todo eſtruendo militar deſtierra.
Si el muro rondas ſin dormir reparte,
ALFONSO rompe ſu vezina tierra,
a todos ocultando, ſola y muda
la obſcura noche con igual ayuda.

NAPOLES RECVPERADA, CANTO SEGVNDO.

ARGVMENTO.

PROSIGVE ALFONSO el ſitio de Gaeta:
y Laura de Gerardo enamorada,
con el combate, y la ocaſion ſecreta
deſcubre mal herida en la eſtacada.
Llega al Cumano Templo, y ſu perfeta
fabrica mira Enrique, y la morada
de la Sibila: Alcimedonta en pago
le mueſtra en ſueños el Auerno Lago.

I.

APENAS los vmbrales de la puerta
pisò de Oriente la lumbrera de oro,
y al blanco dia, ſin parar, deſpierta
de fuentes y aues el alegre coro;
Quando el piadoſo ALFONSO, que concierta
amor y miedo con igual decoro,
a la cercada gente con el dia
vn fiel Araldo diligente embia.

II

Haziendo pues la ſeña acoſtumbrada,
ligero toca el preuenido muro,
por darle ſu pacifica embaxada,
fiado ſolo al natural ſeguro:
Y con voz atreuida y ſoſſegada,
nacida en pecho juuenil y duro,
aſſi les dixo, al tiempo que de azeros
los muros coronauan ſus guerreros.

AL-

III.

ALFONSO, *que posſee por herencia*
de Aragon y Sobrarue la corona,
ſi dais a ſus mandatos obediencia,
vueſtro perdon, y ſu amiſtad pregona.
Si de Reiner amaſtes la violencia,
perdona el yerro, y el amor abona,
por cuyo medio ſolo ſuſtentaſtes
ſus armas atreuidas, que ayudaſtes.

IV.

Por lei forçoſa de adopcion llamado
eſtà de vueſtro Imperio diuidido,
que yà de injuſtos dueños ocupado,
rebelde al propio ſin temor ha ſido.
Si no aprouecha a veros perdonado,
para el caſtigo viene preuenido:
que donde pierden ſu razon los Reyes,
las armas entran a vengar las leyes.

V.

Naues de el mar, y gente de la tierra
publican de eſtas piedras el eſtrecho:
dexad las fieras maquinas de guerra;
que el bien ſe ofrece en ſu piadoſo pecho.
De la querida patria le deſtierra
la paz de todos, y el comun prouecho:
abrid las puertas, derribad los muros,
que ſin defenſa viuireis ſeguros.

VI.

Callò la gente indomita, que eſtaua
en torres, baluartes, y traueſes,
que el arrogante Zoppo gouernaua
con premio de ſus fuertes Milaneſes.
Y Eſpinola tambien, que militaua,
guardando fee inuiolable a los Franceſes,
quando por todos Zoppo fue el primero
que reſpondiò, diziendo al menſajero.

VII.

Dezir al Godo ſin tardança puedes,
que ſi èl eſta Ciudad nos entregâra,
y Anjous en ſus domeſticas paredes
las vencedoras armas leuantâra;
Que al barbaro caſtigo de Diomedes
con manos vengatiuas igualâra,
tiñendo en ſangre aleue aqueſtas piedras,
que agora lamen ambicioſas yedras.

VIII.

Y ſiendo aſſi, piadoſo ſolicita
de tantos pechos la comun afrenta,
y a ſus glorioſos ſimulacros quita
la honroſa fama de el oluido eſſenta.
A injuſta mengua ſu piedad incita,
y de la guerra rigida, que intenta,
buſcarſe deue en el ſucceſſo vario
la muerte, y no la infamia de el contrario.

A los

I X.

A los antiguos muros de Gaeta
no de ſus fuertes maquinas defiende
de piedras duras amiſtad ſecreta,
que ſus robuſtos animos ofende;
Sino lealtad ſeuera, que interpreta
tan contra ſi ſus leyes, que pretende
librar, eternizando nueſtros pechos,
de injuſtos dueños ſus paternos techos.

X.

Ni el cerco es grande, que tan ſolo tiene
cercadas eſtas piedras mal compueſtas;
pues la oſadia juſta no detiene
de tantas vidas a morir diſpueſtas.
Tal cerco a tal valor ſolo conuiene;
porque ſi eſtàn ſus armas tan opueſtas,
no importa; que ſi eſtà la fee cercada,
quanto mas enemigos, mas guardada.

X I.

Al gran ALFONSO holgâra de rendirme,
por ſer temido Principe piadoſo:
y por querer benigno recebirme,
y reducir mi gente a mas repoſo;
En pago deſto quiero atribuirme,
dexarle a las edades mas famoſo:
ſiendo mayor victoria conquiſtarme,
que la que puedo dar con entregarme.

XII.

Al fin, dezirle puedes, que la fuerça
suele valer a falta de concierto;
y pues por armas su partido esfuerça,
que libre està el assalto, y descubierto.
Y quando el pecho con promessas tuerça
la fee rendida, y el esfuerço muerto,
de mi sera forçoso que se guarde;
pues siendo su contrario, fui cobarde.

XIII.

Con tal respuesta, injusta, y no esperada,
el campo mide el jouen mensagero;
y luego que de ALFONSO fue escuchada,
sus armas piden el assalto fiero:
Y con soberuia furia apresurada
de los ferrados cuernos de el carnero
baxaron (como vieron los Troyanos)
sus altas piedras a besar los llanos.

XIV.

El duro bronze en timidas vislumbres
robaua la corona de los muros,
que no se ven de las confusas lumbres
en sus antiguas margenes seguros.
Su niebla buelue en las alegres cumbres,
los verdes lexos, palidos, y obscuros:
vistiôse de humo la vezina selua,
sin que a ser verde con el aire buelua.

Mi-

X V.

Mirando Alfonso el rieſgo conocido,
licencia diò a la furia; y al momento
la gente, con el miedo deſpedido,
enuiſte con furioſo mouimiento:
El poluo incierto al aire detenido,
tiranamente le ocupò el aſſiento;
y quando ſu furor la injuria oprime,
las piedras temen, y la tierra gime.

X V I.

De Pedro admiran animo y preſteza,
a la eſpantoſa peña diuidida,
teſtigo fiel, que ofrece ſu triſteza,
al muerto dueño de la miſma vida.
Dexando la ceruiz de ſu aſpereza,
en tres diſtintos montes repartida,
y en piadoſas ruinas deſatada,
fue de el Caluario imitacion ſagrada.

X V I I.

Qual de el que và adelante quiere aſirſe;
qual aſido del otro ſe deſata;
qual tienta el eſcalon ſin deſaſirſe;
qual ſin penſar ſe atreue, y ſe recata:
Qual buelue a porfiar, por no rendirſe;
qual ſu valor le anîma, y le maltrata;
qual arraſtrò ſu amigo compañero;
qual no ſubiò, que arremetiò primero.

XVIII.

Y la cercada gente, que a porfia
la indomita contienda ſuſtentaua,
yà en el furor ſin limite crecia,
yà las dudoſas armas retiraua:
El deſigual ſuceſſo detenia,
oſſaua el miedo, y el valor dudaua:
que en la confuſa noche de la guerra
ſu miſmo oficio el animoſo yerra.

XIX.

Que heridas fieras, crudas eſtocadas,
y golpes, que mataron por inciertos!
quantas cabeças rotas deſarmadas,
y pechos entre mallas deſcubiertos!
Cuerpos ſin piernas, piernas deſtroncadas,
braços ſin manos, palpitantes muertos,
en quien la furia de el violento tiro
dexò en el cuerpo el vltimo ſuſpiro.

XX.

Haziendo al hierro generoſa injuria
Enrique ſus ofenſas atropella,
y excede la violencia de ſu furia
del vengatiuo rayo la centella.
Tambien la gente, que el humilde Turia
los muros beſa de ſu patria bella,
ſus atreuidos paſſos acompaña,
y entrambos juntos el valor de Eſpaña.

Qual

XXI.

Qual ſuele de Nemeya en los collados
la generoſa beſtia fatigada
buſcar los montes lobregos, cerrados,
con fiera y animoſa retirada:
Aſſi viendo cerrar por todos lados
de eſpeſas armas, nube azelerada,
los muros dexa el Celtibero Infante
con tardos paſſos, y feroz ſemblante.

XXII.

El viejo Conſejero, que apreſura
el flaco aſſalto en tanta reſiſtencia,
esfuerço nueuo reſpirar procura
en ſu atreuida inutil diligencia:
Canſado entre las armas ſe auentura,
dando a la edad el impetu licencia;
mas no animò ſu gente, aunque renueue
el verde brio entre la blanca nieue.

XXIII.

Mirando ALFONSO el deſigual prouecho,
y el oſſado vigor de ſus contrarios,
y como entre ſu mengua, y ſu deſpecho
fabrîca el tiempo los ſuceſſos varios:
Ardiendo en furia juuenil el pecho
(de aduerſa ſuerte efetos ordinarios)
temiendo que ſu triunfo ſe dilate,
retira las reliquias del combate.

Moſ-

XXIV.

Moſtrôſe entre eſta gente vna guerrera
bellisſima, y tan dura, y belicoſa,
que aunque matar con la beldad pudiera,
ſu azero tiene a la hermoſura ocioſa:
Vibrando el haſta ſu inclemencia fiera
en eſta bateria peligroſa,
viò de Gerardo la fatal eſpada,
y hallôſe por embidia enamorada.

XXV.

Creciò de ſuerte el amoroſo fuego
por el ſecreto albergue de las venas,
que en èl turbò ſu general ſosſiego,
fiandole al error de ſus cadenas:
Yà poco a poco con piadoſo ruego,
yà con palabras de piedad agenas
llama, y deshecha al jouen animoſo,
que roba ſin oîrla ſu repoſo.

XXVI.

Yà finge hablarle, yà la voz retira;
yà puede hablar, yà enfrena ſu locura;
yà pierde el tino, yà ſu ſer la admira;
yà viue ardiendo, yà oluidar procura;
Yà todo es muerte, yà a viuir aſpira;
yà llora el mal, yà rie ſu ventura;
yà cobra aliento, y quando el bien aguarda,
lo miſmo que le anîma le acobarda.

En

XXVII.

En tal eſtado pues ſe repreſenta
el venturoſo auſente inaduertido,
la ciega llama, la razon violenta,
la fee dudoſa, y el amor perdido.
Tomando al alma riguroſa cuenta,
Laura ſe esfuerça, anímaſe el ſentido;
porque conſiſte a fuerça de razones
el ſeſſo, y la locura en opiniones.

XXVIII.

Salir al nueuo dia determina
(ò ciego amor, ò peligroſa hazaña!)
a prouar del autor de ſu ruina
juntas la fuerça, y la piedad de Eſpaña:
Y el blando error, que de ſu pecho inclina
a injuſtas armas la piadoſa ſaña,
la lleua entre ſus maquinas ſin arte,
con dulces paſſos al rigor de Marte.

XXIX.

Boluiaſe la noche tenebroſa
a ſus funeſtos montes enlutados,
abriendo por la puerta pereçoſa
confuſa entrada al Sol, y a los cuidados;
Y Laura enamorada licencioſa,
los tranſparentes rayos y dorados
ſuſpenſa aguarda, que ſaliò por vella,
porque es del alua ſu amoroſa eſtrella.

XXX.

Apenas ſe moſtrò; quando ſalieron
de las robuſtas puertas deſtroçadas
auentureros fuertes, que midieron
con los antiguos filos ſus eſpadas:
De azero impenetrable ſe cubrieron,
de eſcudos, de lorigas, y celadas;
y Laura entre ſus armas parecia
al Planeta veloz, padre del dia.

XXXI.

Viendo el airado ALFONSO, que intentauan
tratar contienda nueua en las primeras
trincheas, que ſu pueſto ſuſtentauan
al duro impulſo de las hueſtes fieras,
Diò la temida ſeña, a las que eſtauan
en la ſinieſtra parte auentureras:
de ſuerte que tiñeron los primeros
de las ferradas mieſes los azeros.

XXXII.

En tal eſtrecho ardia la contienda,
que el mas cobarde por vencer trabaja:
no ſe executa golpe, que no atienda
quien le recibe a darle con ventaja.
Qual negra nube a la anual ofrenda
en agua eſpeſſa deſatada baxa,
aſſi ſalian arrojados dardos,
de fuertes dieſtras, y de braços tardos.

Quan-

XXXIII.

Quando la hermoſa Laura, que procura
ver repetir la furia a ſu enemigo,
ſepulta cuerpos en la noche obſcura,
(de intentos locos natural caſtigo.)
Mas del inuicto jouen la ventura,
de Laura el yerro, y el ſuceſſo amigo,
de ſuerte los juntò, que el Celtibero
apenas pudo a cometer primero.

XXXIV.

Qual buen Halcon, que ſi gallardo mira
ſurcar el aire robador Milano,
el aire miſmo preſuroſo gira,
que ayuda al triſte fugitiuo en vano:
Aſſi a Gerardo, que a vencer aſpira,
prouando Heſperia la intratable mano,
al noble triunfo generoſo parte
el fuerte rayo del ſangriento Marte.

XXXV.

Hallaronſe tan cerca, que arremeten
perdido el miedo del comun ſoſſiego,
las armas con relampagos prometen
centellas nueuas al celeſte fuego.
Los cauallos ardientes acometen
con tal furor, con tal deſaſſoſſiego,
que apenas de ſus pueſtos arrancaron,
quando frentes y dueños ſe juntaron.

XXXVI.

Atruena de las armas el ruido
con impetuoſo y duro mouimiento;
qual ſuele entre peñaſcos el bramido
del impaciente eſtrepito del viento,
Que en las conſtantes peñas reſiſtido
(robando el poluo del terreno aſſiento)
traſlada ciego con violencia preſta
los arboles de el monte a la floreſta:

XXXVII.

Aſſi batiendo la turbada tierra,
con impetu y furor acelerado,
ſuenan los golpes, trauaſe la guerra,
tentandoſe por vno y otro lado:
El ſuelo gime, y en ſu ſeno encierra
confuſos ecos del furor airado,
dando el azero en luzes y arreboles,
al Cielo rayos, y a la tierra Soles.

XXXVIII.

A Laura diò tal golpe ſu guerrero,
que a ſus viſlumbres timidas ſalia
entre las negras alas el Luzero
(forçoſa ſombra del canſado dia)
Inutil fue del riguroſo azero
la dura reſiſtencia que tenia,
auiendo herido con violenta palma,
la eſpada el cuerpo, y el amor el alma.

Sobre

XXXIX.

Sobre la blanda arena dibuxado,
ſin fuerça el cuerpo, y el color difunto,
ſe mueſtra aquel belliſſimo traſlado,
de quanto el Cielo fabricò por junto.
Dexa el veloz cauallo fatigado,
y dèl ſe arroja el vencedor al punto,
quando el deſpojo miſero vencido,
le dize en los vmbrales del ſentido:

XL.

Si baſta vna muger de amor vencida,
famoſo Capitan, para mouerte,
que muerta pide la canſada vida,
que ſiendo tuya le robò la muerte.
Deten la fiera eſpada inaduertida;
pues quando mas la animas a que acierte,
con ſangre propia tu rigor eſcriues,
ſi el pecho rompes donde agora viues.

XLI.

Rendida temo; y ſi a rogar aſpiro,
la lei de ſer vencida no permite
que embueltos en el vltimo ſuſpiro,
piedad y amor a vn tiempo ſolicite.
Si entre mis triſtes lagrimas eſpiro,
ſerà razon que ſu remedio quite
a vn daño tan humilde, que pretende
ſaber que ſu fineza no te ofende.

XLII.

Yo cumplo con morir, tu con matarme:
mira el furor con que mi vida tratas;
y si ofendido quieres acabarme,
por lei injusta sin razon me matas:
Y puede en mis desdichas animarme
la fugitiua muerte, que dilatas:
desate el yerro tan estrecho ñudo;
mas quien podrà lo que el amor no pudo?

XLIII.

Aunque tu braço en abundante vena
mi sangre tan sin limite derrama,
la mengua vil de la desdicha agena
poco enoblece tu gloriosa fama.
La airada mano vencedor enfrena,
perdona, y quiere el que te ofende, y ama;
porque en el perdonar està la gloria,
y es la piedad honor de la vitoria.

XLIV.

Campos de Hesperia, que os mirais bañados
de roja sangre, y fragiles despojos,
dadles sepulcro agreste, lastimados
del lamentable fin de mis enojos.
No rieguen blancos marmoles elados
ofrendas tristes de piadosos ojos:
ni en ellos por memoria se leuante
forçosa admiracion del caminante.

XLV.

No dixo mas; y con amargo llanto
interrumpiò el ſilencio mas piadoſo,
que a humano pecho con deuido eſpanto
pidiò jamas ſuceſſo laſtimoſo:
Y el fuerte Godo, que callò entre tanto,
viendo teñido en ſangre el roſtro hermoſo
(imitacion del Cielo) aſſi reſtaura
la vida a vn tiempo, y el amor de Laura.

XLVI.

Atonito, confuſo, inaduertido
callo, y eſcucho, en tanto que me atreuo
a dar deuidas fuerças al ſentido,
que en vano agora laſtimado prueuo:
Mas al fin digo con razon rendido,
que te ofrece y entrega vn amor nueuo,
vna amiſtad eterna, que recibe
el ſer del alma, donde alegre viue.

XLVII.

Que monte en ſus peñaſcos eminente
tu llanto no midiera con el ſuelo!
que pecho elado del Idaſpe ardiente
no derritiera ſu inclemente yelo!
Tuyo ſerè, Guerrera, ſi conſiente
por lei piadoſa y fauorable el Cielo,
que deſta fee amoroſa no diuida,
el laço el tiempo, y el dolor la vida.

Eſto

XLVIII.

Eſto diziendo, el cuerpo leuantaua
herido, y ſatisfecho; y al momento
al canſado cauallo le fiaua,
para lleuarle al conocido aſſiento:
Mas ella, que ſu dicha rezelaua
en las turbadas manos del contento,
dudoſa eſtà; que en voluntad agena,
qual ſombra al Sol, el bien ſigue la pena.

XLIX.

Tocar las vagas ondas procuraua
con luz eſcaſa el trabajado dia,
y de los altos montes ſe arrojaua
la obſcura ſombra de la noche fria:
La blanca Luna apenas coronaua
de incultas peñas la ceruiz ſombria,
quando con fuga vil ſus muros buſcan
los que la noche y el temor ofuſcan.

L.

Las duras puertas con ſoberuia altiuas,
que a ALFONSO vieron deſarmado y roto,
reciben las reliquias fugitiuas
con popular y barbaro alboroto.
Siguen las fuertes dieſtras vengatiuas,
haſta que al rico Antipoda remoto,
con nueua lumbre de ſus rayos bellos
ſacò de el mar Apolo ſus cabellos.

L I.

Las miſmas armas, que la luz primera
viò compitiendo con ſu hermoſa cara,
el tiempo con ſu alegre Primauera,
la esfera ardiente con ſu lumbre rara,
Cubre la noche con ſu ſombra fiera;
y el miſmo tiempo, y la fortuna auara
arraſtran con infame peſadumbre,
luz, hermoſura, primauera, y lumbre.

L I I.

Quando el forçoſo ſueño los ſentidos
a ſus ſecretas fabricas retira,
y en las pintadas tiendas recogidos
el fuerte Enrique ſus guerreros mira:
De los glorioſos triunfos prometidos,
viendo ſuſpenſo el fin, gime, y ſuſpira,
y al canſado cauallo diò la rienda,
que viò el principio, y fin de la contienda.

L I I I.

Por vna ſelua ſolitaria obſcura,
por vn lugar deſierto inhabitable,
donde la muda ſoledad figura
confuſo miedo al coraçon mudable;
No viſte el Sol ſu campo de verdura,
y el murmurar ſonoro, y agradable
oluida el viento, y con furor inclina
el duro freſno, y la robuſta encina:

L I V.

A vn boſque luego, que miro vezino,
tan freſco; que jamas ſus hojas pierde,
lleuò el cauallo a Enrique ſin camino,
antes que el Indo torpe al Sol recuerde:
Riſueño vn manſo arroyo criſtalino
ſu plata eſparze entre la yerua verde,
y con rumor alegre ſe preſenta
rota en las piedras ſu carrera lenta.

L V.

El ſitio vmbroſo ſus corrientes bañan
con el torcido deſigual diſcurſo,
los arboles cerrados acompañan
eſcondido del Sol ſu eterno curſo:
Las varias flores ſu poder engañan,
prodigio el ſuelo en natural concurſo;
porque el Sol, de no verle laſtimado,
perſigue mas, que influye al verde prado.

L V I.

Si a las aues ſu lumbre ſe dilata,
cantando llaman la dormida aurora,
que viendo el agua de criſtal y plata,
de embidia perlas en los campos llora:
En ſus dorados lienços ſe retrata
al año deſigual la hermoſa Flora,
(ſin triſtes lexos del Inuierno cano)
por las floridas manos de el Verano.

LVII.

La rosa colorada y vergonçosa,
en su natiuo espino defendida,
la palida mosqueta temerosa
de verse en mano rustica oprimida:
El lirio azul, y la azuzena hermosa
de su amarilla espiga diuidida,
el jazmin, que agradece con su aliento
la blanda adulacion del manso viento.

LVIII.

Rendido el Celtibero al exercicio,
la rienda presta a la derecha mano;
y vsando las espuelas de su oficio,
pica al cauallo fatigado en vano:
Y en breue espacio, a su quietud propicio,
el templo descubriò en el verde llano,
que Dedalo fundò para memoria
de su atreuida y venturosa historia.

LIX.

Fue consagrado al cazador de Delo,
en las Hesperias margenes de Cumas,
quando de Arcturo el intratable yelo
passò fiado en sus lijeras plumas:
Y del Tirreno en el errado buelo
dieron sepulcro al hijo las espumas,
quando fue su osadia la primera,
que viò el oculto seno de la esfera.

L X.

El ſucesſor glorioſo de Fernando,
viendo tan cerca el fin de ſu jornada,
dexa el cauallo ſuelto, procurando;
piſar la antigua cueua retirada;
Donde, con ſus Oraculos tratando,
a dudoſas reſpueſtas conſagrada
reſidiò la Sibila, en quien emplea
ſu antigua patria el nombre de Cumea.

L X I.

Y agora en ella Alcimedonta viue,
de cuyo imperio el erizado Auerno
magicas leyes con temor recibe,
y enfrena la ſoberuia del Infierno:
Tal vez, quando venganças apercibe,
deſata ſu poder del llanto eterno
las negras puertas; y el Cocito miſmo
ſus furias ſuelta del confuſo abiſmo.

L X I I.

De el vario tiempo la auerſion conforma,
turba los aires libre y ſerenos,
y en ellos nubes aparentes forma,
que al miedo pâren eſpantoſos truenos.
Los montes, y los arboles transforma,
y vniendo al fin ſus ojos y venenos,
al hombre en ſu conſtante ſeñorio
(ſino le fuerça) engaña el aluedrio.

LXIII.

En pocos años, y hermoſura tanta,
no viò poder tan abſoluto el Cielo:
ſi admira el roſtro, la impiedad encanta,
por bella y maga la obedece el ſuelo;
Y aunque tierna dexò la amada planta
ſu madre Alcina (con infame zelo)
quiſo que fueſſe a la beldad contrario
ſu magico poder hereditario.

LXIV.

Por ver el templo, injuria de los años,
que ſus violentas manos acobarda,
no ſiendo las ruinas deſengaños,
que en poluo embueltas la experiencia aguarda;
Y ver quien haze fabuloſos daños,
quantos la edad en ſus archiuos guarda,
de aquellas, cuyo horrendo miniſterio
hizo temblar el tenebroſo imperio.

LXV.

Cien braças la glorioſa peſadumbre
de la cornija ocupa haſta la tierra,
medida por geometrica coſtumbre,
con ciento en quadro igual la frente cierra:
Con eſta proporcion haſta ſu cumbre,
ni el arte falta, ni el ingenio yerra:
y el Sol, por iluſtrar ſus chapiteles,
los rayos de oro conuirtiò en pinceles.

LXVI.

Son diez las frentes, ſus eſpacios cubren
de ſerpentin y marmol fabricados
cartones varios, que a la viſta encubren
el ſer de opueſtas piedras matizados:
Entre ellos las ventanas ſe deſcubren,
en cuyos cercos con buril formados,
de quanto en breue eſpacio ſe dilata,
los marcos eran de luciente plata.

LXVII.

Alcides, y Anteon eran la puerta
del templo ſolo, y limites ocultos;
y aſſi quedò la de marfil abierta
al viuo ſer de los tallados bultos:
Con la moldura el arco ſe concierta
entre alabaſtros candidos, y cultos,
ſiendo donde comiençan los vmbrales,
de piedra la eſcalera deſiguales.

LXVIII.

El atrio daua con viſtoſa mueſtra
en Moſaico labor confuſa duda,
vniendo al viſo la ingenioſa dieſtra
la bien formada con la parte ruda:
Moſtrauaſe otra, pueſta a la ſinieſtra
parte; que ſu labor diuide, y muda,
en la que dà principio al viejo templo,
de oſſados hechos generoſo exemplo.

LXIX.

La naue cien colunas ſoſtenian
de azul zafir, y de criſtal luciente:
las baſas y remates guarnecian
las prodigas entrañas del Oriente:
Las candidas paredes componian
felices partos de pinzel valiente,
cuya deſtreza en el eſcorço y ſombra,
la viſta admira, y el ingenio aſſombra.

LXX.

Suſpenſo eſtaua el Celtibero Marte,
viendo paredes, techos, y colunas,
cuya excelencia (termino del arte)
deſcubren ſus labores importunas.
Luego ſiguiendo viò por vna parte
la fee tirana de inconſtantes lunas,
domando el mar con prouidencia cauta
en ſu primera naue el Argonauta.

LXXI.

Luego la Reina, autora de ſu daño,
y el adultero toro deſconforme
el mezclado linage por engaño,
y el eſpantoſo ſuceſſor biforme:
El ciego error, el laberinto eſtraño,
a ſu ingenioſa fabrica conforme;
y Dedalo en el concauo luciente,
admiracion y engaño de la gente.

Tras

LXXII.

Tras esta Apolo vencedor se ofrece,
vibrando el arco, que el furor aprieta;
y de la cuerda despedida crece
con nueua fuerça la mortal saeta:
Y quando el fiero monstruo se embrauece,
ministra a su rigor furia secreta;
el vno hiere, el otro se fatiga,
Fitoñ se atreue, Apolo le castiga:

LXXIII.

A vn monte se igualauan sus espaldas,
y cada diente a vna coluna gruessa,
tres cuernos le seruian de guirnaldas,
de negro y verde era su piel espessa:
El ancho pecho, y desiguales faldas
el fuego de los ojos atrauiessa;
yà la escama mudò del monstruo fiero,
de su aljaua las flechas, y el azero.

LXXIV.

Siguiendo luego el mismo Apolo, mira
la hermosa Daphne enamorado y ciego,
tan cerca yà, que en el cabello espira·
su aliento el pecho, y el amor su fuego:
Los braços tiende al cuello, que retira
honesta fuga al encendido ruego,
y Daphne fugitiua a sus amores,
ligera pisa, sin doblar las flores.

LXXV.

En otra parte (entre ſus verdes cañas,
veſtido de ouas, deſgreñado, y feo,
coronada la frente de eſpadañas)
airado aſſoma el humedo Peneo.
Enfrena ſu corriente en las montañas,
ſin dar tributo al robador Egeo,
y bueltos mira de ſus miembros bellos,
el cuerpo en tronco, en ramas los cabellos.

LXXVI.

Enfrente mira el mar, y el duro caſo,
a que ſu admiracion eſpacio deue,
quando del rojo Oriente al negro Ocaſo
a dilatar ſus limites ſe atreue:
Siendo en las altas cumbres del Parnaſo
Pirra y Deucalion (familia breue)
del Tajo al Pò, del Ganjes al Danuuio,
las vltimas reliquias del diluuio.

LXXVII.

La antigua enemiſtad nueuos abraços
procura al ſer, que ſu hazedor conforma;
las duras piedras con eternos laços
ſe viſten otra vez de nueua forma.
Leuantanſe cabeças, piernas, braços
de bultos imperfetos, que transforma
nueua piedad por mano del ſegundo,
que viò ſin gente y ambicion el mundo.

LXXVIII.

La viſta prende, y ſu diſcurſo impide
el falſo Toro en la deſierta arena,
y el tardo paſſo, que engañoſo mide,
quando laſciuas maquinas ordena:
Yà las poſtreras margenes diuide,
yà buelue atràs, yà rompe la cadena
del mar, y entrega el premio a ſu vitoria,
ſu fuego al agua, y al amor ſu gloria.

LXXIX.

Medroſa teme la engañada Europa,
ſiendo ſu naue el fugitiuo Toro,
el pardo cuello ſu dorada popa,
y mar de Tiro el agua de ſu lloro.
La mano eſtiende por aſir la ropa
de ſus deſnudos marmoles (decoro)
teme caer; y ſi el remedio traça,
al encubierto robador abraça.

LXXX.

Turbò ſu paſſo vna confuſa lumbre,
que en la ſecreta cueua ſe le ofrece,
medroſa por la timida viſlumbre,
que apenas al ſilencio ſe parece.
O fue reſpeto, ò barbara coſtumbre
la breue claridad que reſplandece;
pues ſiendo a ſus deidades conſagrada,
fue del temor ſacrilega morada.

LXXXI.

Los techos mal formada conſeruauan
ruda labor entre la toſca piedra,
las ruſticas paredes adornauan
eſcuras quiebras entre verde yedra.
Dos lamparas pequeñas alumbrauan
(del metal ſacro, que en el fuego medra)
vn ſeno, que moſtrò entre ornatos viles
que no es Chriſtiano altar, ni aras Gentiles.

LXXXII.

Viendo el lugar, que religioſo y pio
fue del error antiguo reſpetado,
y el nueuo Alcides con oſſado brio
pisò ſu oculto limite vedado;
Quando del ſeno lobrego y ſombrio,
de aquel eſpacio concauo guardado,
ſaliò alegrando el aire vna donzella,
Iris del miedo, y de ſu noche eſtrella.

LXXXIII.

Era ſu hermoſo geſto como el Cielo,
quando deſtierra el Sol la ſombra vana,
y el verde manto del florido ſuelo
con blanca luz corona la mañana:
Suelto el cabello al auariento velo,
que encubre aquella nieue ſoberana,
ceñida la cabeça de diamantes
entre oro creſpo y alas de volantes.

 Y dixo;

LXXXIV.

Y dixo; *Generoso descendiente*
del que fixo en las margenes de España
termino al mundo, y limite a su gente,
en quanto el mar con insolencia baña:
Pues ver esta morada te consiente
el Cielo (que tus hechos acompaña)
lo que ai verâs, si conseguirlo puedo,
donde empieza el dolor, y acaba el miedo;

LXXXV.

Dichosa fue tu vencedora mano,
con quien la fee sus limites dilata;
pues eclipsò del barbaro Africano
las medias lunas de luciente plata.
Igual renombre gozarâs vfano,
quando glorioso vencedor combata
tu inuicto hermano en los soberuios muros,
afrenta de sus Principes seguros.

LXXXVI.

Apenas la palabra postrimera
saliò vestida del fatal aliento,
quando con muestra alegre verdadera
el fuerte Capitan responde atento:
O beldad admirable, que pudiera
deducir su diuino nacimiento
de los principios vanos, que solia
fingir a su deidad la idolatria.

Passa-

LXXXVII.

Passado yà el discurso miserable
de tan prolixos años en la guerra,
del fiero viento, y mar inexorable
la injuria defensora de tu tierra;
Contemplo, como el Cielo fauorable
la negra noche con piedad destierra
de tan largo trabajo, y riguroso,
porque amanezca el Sol de mi reposo.

LXXXVIII.

Descubreme el lugar triste y funesto,
donde entre horror y miseras prisiones
la antigua culpa y el error han puesto
glorias, triunfos, lauros, y blasones.
Como es possible, le veràs mui presto,
le dixo, *si a la empresa te dispones:*
descansa, y la region veràs conmigo,
donde viuen la culpa, y su castigo.

LXXXIX.

Esto diziendo, por la cueua adentro
a su compuesta habitacion camina,
y quanto mas se caminaua al centro,
qual es su forma apenas determina.
La buelta dieron, y ofreciò al encuentro
vna quadra, en labor tan peregrina,
que el rico adorno de brocados era
iujuria de su fabrica primera.

 Alli

X C.

Alli en vn lecho del metal, que cria,
al Sol ſu padre en todo ſemejante,
la fertil cuna donde nace el dia
en opulentas venas abundante:
Temiendo la materia, que a porfia
el arte con la gloria ſe leuante,
con ſutil, y acordada diferencia
moſtrauan ſu ingenioſa competencia

X C I.

Viò ſu deſcanſo Enrique preuenido,
y al ſueño diò los miembros fatigados,
priſiones agradables al ſentido,
y ſoñolienta tregua a los cuidados:
Quedò del peſo natural vencido,
con tan eſtrechos laços, y apretados
del fuerte encanto, y del peſado ſueño,
que pareciò entre tanto ô piedra, ô leño.

X C I I.

Dormido en eſta peſadumbre ocioſa
viò que la Maga al lecho ſe llegaua,
y aſiendole con mano poderoſa
de las calientes plumas le ſacaua.
Sigueme, Enrique, dixo; y preſuroſa
el diligente paſſo aceleraua:
ſiguiôla ſin mouerſe, y tanto pudo
el graue ſueño en el ſilencio mudo,

Por

XCIII.

Por no pisadas seluas, y serenas,
vna de ramas palidas vestida
vieron, de cuyos arboles apenas
lijeras plumas hallaràn salida:
Sientense entre ellos perros, y cadenas,
que con turbada desigual huîda,
los mal vestidos troncos açotauan,
y con aullidos tristes se quexauan.

XCIV.

Suena tambien con mouimiento leue,
al triste son de las confusas hojas,
el abrasado viento que las mueue,
templado en fuego y miseras congojas.
Tal vez horrible a vomitar se atreue
la fiera boca sus vislumbres rojas,
a cuya luz los arboles sombrios
sus negras frentes miran en los rios.

XCV.

Obscuros iuan por la noche muda,
que el triste Reino de silencio baña,
y el tardo passo, que medroso duda,
las fugitiuas sombras acompaña:
El triste pensamiento, que le ayuda,
con ilusiones tragicas se engaña;
y a vezes ciñen las horribles lumbres
las aguas con sus rapidas vislumbres.

XCVI.

En la primera entrada del Auerno
el llanto y los cuidados habitauan,
que como moradores del infierno
ſus lamentables ſalas ocupauan.
De la vejez el pereçoſo inuierno
la pena y la dolencia acompañauan;
el meneſter infame en otra parte
viue, ſin que el enredo dèl ſe aparte:

XCVII.

La falſa adoracion, los propios daños,
los tratos dobles, la amiſtad fingida,
veſtidos de llaneza los engaños,
la fee ſin lei, la obligacion ſin vida:
La pretenſion (tragedia de los años)
la injuſta ſumiſſion aborrecida,
los chiſmes, los ſobornos, la eſperança
del que muriendo ſu remedio alcança.

XCVIII.

Deſnudas ſe deſcubren las mentiras,
que paſſan por liſonjas, ò verdades:
lo que allà fue juſticia, aqui ſon iras;
las falſas rectitudes ſon crueldades.
No templa aqui la adulacion ſus liras,
ni matan aparentes amiſtades;
y ſi eſtos conſtituyen el profundo,
el verdadero infierno eſtà en el mundo.

Con

XCIX.

Con fiero aſpecto, y formidable ceño
la muerte y el trabajo reſidian,
y por pariente de la muerte el ſueño,
a quien ſus falſos guſtos diuertian.
Luego a la guerra, inexorable dueño
de tantas vidas, con temor ſeruian
la ira, la diſcordia, el mal, la furia,
la ciega rabia, y la violenta injuria.

C.

En medio tiende ſus ancianos braços
vn olmo antiguo, ruſtico, ſombrio,
de quien los ſueños con eſtrechos laços
cuelga el vulgar errado deſuario.
Cubren ſus negras ſombras a pedaços
el fiero Lerna de intratable brio,
horribles monſtruos, eſpantoſas fieras,
Scilas, Harpîas, Gorgones, Chimeras.

C I.

Nace de aqui la miſera ribera,
donde jamas la cara de Latona
acompañò la triſte Primauera,
que ſus funeſtos arboles corona:
En el deſierto campo reuerbera,
no blanca luz del alua que pregona
la venida del Sol, ſino viſlumbre
de aquella eterna y juſta peſadumbre.

C I I.

Sobre la negra arena ſu corriente
las turbias aguas vltimas dilatan,
deſenfrenando el curſo diligente,
ſus agoſtados limites maltratan.
Eſpeſa niebla del humor caliente
(que en las ardientes minas arrebatan)
obſcurece las funebres orillas,
ſin que el fuego de luz pueda veſtillas.

C I I I.

Sola vna rota barca ſe deſcubre,
que el vomito importuno de la arena,
de negras ouas ſus coſtados cubre,
y el agua en ellos ſu furor enfrena:
Su antiguo ſer con igualdad encubre
el turbio cieno, que a perder condena
la prolongada fabrica ſu forma,
y en vn inculto leño la transforma.

C I V.

En ella mueſtra, en ſu gouierno cierto,
con fiero aſpecto el rigido Charonte
la barba inculta, y el cabello yerto,
el cuerpo igual a vn erizado monte:
Era la frente en deſigual concierto
de los ardientes ojos orizonte,
y vn roto y negro manto que tenia
la eſpalda montuoſa le cubria.

Con

C V.

Con el nudoſo cuento que gouierna,
los diuididos limites abarca,
y rige preſto en la jornada eterna,
ſin vela y remos la deshecha barca.
Al paſſo llega, y de ſu arena tierna
los deſnudos eſpiritus embarca,
y de la orilla, que canſado mide,
la trabajada vara le deſpide.

C V I.

Era infinito el numero lloroſo
de aquellos deſdichados paſſageros,
que viendo el duro tranſito forçoſo,
repiten ſus lamentos poſtrimeros:
Iamas alcançan placido repoſo
del viejo los elados miembros fieros;
porque apenas deſcanſan, quando vienen
almas, que al aire el impetu detienen.

C V I I.

Qual de palomas nube matizada,
que con doradas plumas y ligeras
el aire ſurca, y logra acelerada
las vltimas reliquias de las eras:
Aſſi en banda veloz deſordenada
coronan las triſtiſſimas riberas
los canſados eſpiritus, que el ſuelo
cubren, dexando el trabajoſo buelo.

CVIII.

Del nueuo passo atonitos se admiran;
vnos se embarcan, otros se aparejan;
si aquellos llegan, otros se retiran;
los vnos buscan, y los otros dexan:
Los mas ossados, timidos suspiran;
todos al fin de su dolor se quexan;
y en mal tan fuerte, es desdichado medio
tener el no esperarle por remedio.

CIX.

Suspenso tiene en la region obscura
a Enrique inuicto el tragico concurso,
y ossado luego diuidir procura
de las fatales aguas el discurso.
Daua el valor en la quietud segura
dormida fuerça al presuroso curso;
mas el errado passo desengaña
la Ninfa, que le aduerme, y acompaña.

CX.

Donde Guerrero generoso y fuerte
sin mi (le dize) *intrepido caminas,*
a ser igual en la precisa suerte,
con las eternas miseras ruinas?
No sabes, que por mano de la muerte
las fugitiuas sombras, peregrinas
(de la prision del cuerpo desatadas)
passan a ver sus vltimas moradas?

Por

CXI.

Por santa ley diuina irreuocable
(contra el engaño, el vicio, y la malicia)
aqui su tribunal inexorable
fixo con fuerte braço la justicia.
Si en la confusa vida miserable
el azero ocultò blanda y propicia,
aqui desnudo sin piedad condena
injustas culpas a su eterna pena.

CXII.

Otro es el campo, y otra la ribera,
de angelicos razimos coronada,
que los despojos vltimos espera
de tu gloriosa vida fatigada:
Alli la eterna y dulce Primauera,
de las diuinas manos fabricada,
segura muestra del Estio ardiente,
al tiempo cano su dorada frente.

CXIII.

No de trabajos importuno viento
perturba los diuinos moradores;
mas con alegre y blando mouimiento,
mueue la paz sus agradables flores.
Aqui les diò su verdadero assiento
a los robustos fuertes vencedores,
que al bien eterno hazer violencia tratan,
y al Reino de los Cielos arrebatan.

CXIV.

Que gente es esta, que en la orilla triste
(replica el inuencible Celtibero)
por no passar tan lastimada insiste,
y en vano clama al sordido barquero?
Desta, responde, *que furiosa viste*
medir el passo por su mal postrero,
dirête los estados, los delitos,
a las eternas carceles precitos.

CXV.

Vn mal gouernador la barca pisa,
que fue del siglo escandalosa queja,
tirano fiero con alegre risa,
lobo en los dientes, y en la piel oueja:
Aqui padece, y a ninguno auisa
de quantos ciegos en peligro dexa:
ò justa permission en desconciertos,
que hazer pudieran despertar los muertos!

CXVI.

Matò al segundo, que tras èl se ofrece,
la infame confusion de su deseo,
en cuyo efeto la verdad perece,
ò muda mas figuras que Protheo.
Si con el llanto eterno, que padece,
pudiera conseguir su deuaneo,
con mucho gusto sù ambicion baxâra
al centro obscuro, donde agora pâra.

El

CXVII.

El blanco aſpecto, tierno, y regalado,
con amoroſa y fragil oſadia.
es de vn laſciuo amante deſdichado,
que viò el engaño ſu poſtrero dia.
No vès como rebuelue al dieſtro lado,
y buſca la querida compañia,
cuya memoria con piedad celebra,
y entre ſus triſtes lagrimas requiebra?

CXVIII.

Luego le ſigue Thais, que combida
a la priſion de amor y ſus engaños,
con dulze vaſo gente inaduertida
de el tierno agrauio, y apacibles daños.
A muchos engañò ſu corta vida,
y en flor ſecò ſus malogrados años,
no el cierzo de la edad, ſino la ſuerte
que amò ſus ojos, y eſcuchò ſu muerte.

CXIX.

Aquel confuſo numero, que aguarda
del triſte boſque en los eſcuros lejos
la paſſagera maquina, que tarda,
ſon locas moças, y engañados viejos.
La necia madre temeroſa guarda,
a quien con inſolencias y conſejos
dexò perder, quando enfrenarla pudo;
aqui la llora eſpiritu deſnudo.

Es

C X X.

Es infinito el tragico processo
de culpas de personas, y naciones,
que las arrastra misero sucesso
a ver la confusion destas regiones.
No quieras mas noticias: pues confiesso,
que en parte me atormentan sus prisiones;
el gran dolor la resistencia excede,
y viste quanto el Cielo te concede.

C X X I.

Esto diziendo, sin respuesta parte,
y el manso viento con furor despide,
de passo sigue el espantado Marte,
y el suelo esteril presuroso mide.
Dexan el monte a la siniestra parte,
que al turbio curso la corriente impide,
y haziendole ceñir su espesa falda,
sigue a su negra frente de guirnalda.

C X X I I.

Por nueuos campos, libres de congojas,
donde en las verdes ramas y sombrias
hazen espejo de cristal las hojas,
del manso curso de las aguas frias:
Las tiernas flores, amarillas, rojas,
que el auariento curso de los dias
suele agostar con abrasada diestra,
aqui su alegre Primauera muestra.

CXXIII.

Llegan del ſueño a las confuſas puertas,
por donde ſus quimeras fabuloſas
ſuben al cielo, hallandolas abiertas,
en breues horas de ſilencio ocioſas.
Por la de duro cuerno van las ciertas,
y por la de marfil las mentiroſas
ſalen por eſta, y llegan al camino,
del conocido aluerge mas vezino.

CXXIV.

Requiere con preſteza el apoſento
deſpierto Enrique, y con turbadas quexas
le dixo en tan injuſto apartamiento;
Porque de mi tan ſin piedad te alexas?
Aunque con mudo, y triſte ſentimiento,
la Maga dize, *en ſoledad me dexas*,
contigo và la voluntad tan firme,
que de ti no es poſſible diuidirme.

CXXV.

Deſpues de larga y peligroſa guerra,
de ALFONSO *el lauro ſe verà logrado,*
el Cielo ſigue, y el temor deſtierra,
veráſle eternamente coronado.
Franceſas Liſes beſaràn la tierra,
y a ſu glorioſa fama dedicados,
veràn ſus cuellos en fatal coyunda,
con vil cadena, y humildad profunda.

CXXVI.

Aſſi acabò, y el hijo de Fernando
al campo buelue, que en confuſa junta
ſu gente algun peligro rezelando,
ni duda, ni aſſegura, ni pregunta:
Y en el cauallo Alarbe, exercitando
ſu duro oficio, la canſada punta
hizo, que con ayuda de las riendas,
en breue vieſſe las amigas tiendas.

NAPOLES RECVPERADA,
CANTO TERCERO.
ARGVMENTO.

R E C I B E *Iuana al fuerte Paradino,*
que truxo armada gente de Lorena,
y refiriendo el caſo peregrino
de ALFONSO, *en Ponça ſe acabò la cena.*
Gran turbacion en todos ſobreuino,
de eſtar Gaeta en poſſeſsion agena,
y ver en ella al Eſpañol guerrero,
ſiendo Liſauro el triſte menſajero.

I.

EN tanto que las fuerças Celtiberas
los muros altos de Gaeta oprimen,
y al ſon confuſo de ſus armas fieras
de el monte inculto las cauernas gimen;
De Napoles coronan las riberas
Cantones dieſtros, que el azero eſgrimen,
regidos por el fuerte Paradino,
que de Lorena a defenderla vino.

I I.

Fue Paradino Lorenès valiente,
conſtante amigo de las Liſes de oro,
caudillo oſſado de ſu altiua gente,
y atento zelador de ſu decoro.
Iuntò tres mil guerreros diligente,
con exceſſiua mengua del teſoro,
que prodigo gaſtò ſu Duque aſtuto,
de Italia ſiendo perdicion y luto.

III.

En muda paz la confuſion ſe puſo,
y la gallarda gente diuidida,
fue de el acuerdo popular confuſo
con publicos aplauſos recebida:
Mas luego en orden, obſeruando el vſo,
que guarda la Milicia preuenida,
con lento paſſo, y ordenado eſpacio
lleuò ſus eſquadrones a Palacio.

IV.

Llegò a la ſala Paradino en tanto,
ceñido de la plebe, y la nobleza,
ſiendo del vulgo generoſo eſpanto,
de ſu conforme cuerpo la grandeza:
Moſtraua airoſo vn dilatado manto,
pendiente de la altiua gentileza
de los diſtantes ombros, que deſcubre,
beſando el ſuelo, que ſus puntas cubre.

V.

Entre brocados de eſcarchadas flores,
que las paredes blancas adornauan,
cuyos reliebes, venas y labores
del tiempo los pinceles afrentauan:
Sobre diſtintas ſedas de colores,
que perſicas alfombras matizauan,
piſando ſu inuentada primauera,
la Reina Iuana al Lorenès eſpera.

Suſpen-

VI.

Suſpenſa aguarda la culpada Iuana,
viendo en Italia los temidos Godos,
de Anjous la injuſta ſuceſſion tirana,
dudoſos muchos, y rebueltos todos.
Su fee perjura, la promeſſa vana
ſoldar pretende por diuerſos modos,
y vè medroſa en tan confuſa duda,
que cada qual por ſu interès le ayuda.

VII.

En eſta triſte y congojoſa lucha
llora entregada a Principes eſtraños,
a todos ruega, y cauteloſa eſcucha,
de todos teme preuenidos daños.
Reprime a vezes ſu inſolencia mucha,
mas no contraſta ſu ambicion y engaños;
y en tal eſtrecho, ſi el dolor laſtîma,
tambien la falta de remedio anîma.

VIII.

Deſpues que los forçoſos cumplimientos
al hueſped dieron natural licencia,
auiendoſe ocupado los aſſientos
con ſu ordinaria y juſta diferencia:
Teniendo a todos el ſilencio atentos,
con mayor ſuſpenſion a ſu eloquencia,
que en el patrio Senado viò el Latino,
aſſi empeçò diziendo Paradino.

IX.

Temida Reina, que de Hesperia toda
lo mas fecundo con imperio riges,
y a tu querer preciso se acomoda,
quando con armas vencedora afliges:
Y en mar y tierra la insolencia Goda
con mengua infame oprimes y corriges,
conmigo de Lorena a defenderte
las armas vienen de su Duque fuerte.

X.

Y si atreuerse puede, el que es vasallo,
a tanta gloria y magestad sagrada,
aunque rebuelta de tiranos hallo
tu patria sediciosa y alterada;
Con armas, desarmado, a pie, a cauallo,
en mar, en campo, en muro, en estacada,
en tu defensa ofrecerè la vida,
que està de mis promessas ofendida.

XI.

No pienses, que del hijo de Fernando
las rojas bandas, y el azero temo,
y ver diuiso el Reino, amenaçando
a Italia triste funeral estremo:
Pues no tendrà su gente, peleando,
hierro en el campo, y en las aguas remo,
que en mar y tierra mi furor resista,
con vergonçoso fin de su conquista.

Assi,

XII.

Aſſi, le dize, *de tu braço eſpero*
(la hermoſa Reina con fingido brio)
ô nueuo Alcides, inclito guerrero,
de quien mi Reino y libertad confio.
Deſnude ALFONSO *el vencedor azero,*
que tiñò del Ibero el curſo frio
con ſangre Alarbe; que afrentado y voto
verè ſu dueño entre mis lanças roto.

XIII.

Eſto diziendo, de marfil y plata
dexò el veſtido aſſiento de relieues,
que de ſus patrios Heroes retrata
la antigua gloria con figuras breues.
El pueblo circunſtante ſe deſata,
gimiò la ſala, aunque con paſſos leues,
todos procuran ver como ſe ordena
la prodiga opulencia de la cena.

XIV.

Aſſiento a todos con induſtria rara
diſtintamente eſtaua preuenido,
cuya labor ſin confuſion declara
curioſa mano con marfil bruñido:
Sentôſe Anjous, y con alegre cara
la Reina, al Capitan agradecido,
ſentôle enfrente por dexar eſſenta
la ſola cabecera, en que ſe ſienta.

Ceñia

XV.

Ceñia de rubies y diamantes
con varios laços el desnudo cuello,
monstrando entre matizes y volantes
el dulce fuego su alabastro bello.
De perlas (a sus dientes semejantes)
en crespas ondas coronò el cabello,
que pudo ser segundo testimonio
del loco amor y perdicion de Antonio.

XVI.

No viò de Egipcias damas adornadas
Cleopatra sus mesas insolentes,
con vulgo mas hermoso de criadas,
en patrias, y colores diferentes.
Las vnas en seruir apresuradas,
las otras con acuerdo negligentes,
mostrauan blandamente su hermosura,
neutral entre el bullicio y la mesura.

XVII.

El buril formador de la baxilla
labrò en el oro troncos y guirnaldas,
que adornan con suspensa marauilla
racimos de zafiros y esmeraldas.
No baña el Indo por su rica orilla,
ni vè Zeilan en sus copiosas faldas,
mas piedras escondidas en sus venas,
que aqui se vén de resplandores llenas.

XVIII.

Compiten ſus reflexos con el techo,
donde el Oriente traſladò ſus minas,
colmando el guſto en el prolixo trecho
las meſas cón delicias peregrinas;
Quanto del monte el enramado eſtrecho,
las aguas del Sebeto criſtalinas,
y el mar ſoberuio eſconde en ſu teſoro,
ſeruia a la ambicion en grillos de oro.

XIX.

Lo mas remoto con deſtreza aplica
al torpe exceſſo, que ſin ley regula;
la vanidad tirana ſacrifica
al vientre los manjares que acomula.
Las cautas aſſechanças que fabrica
con vano eſtudio la ingenioſa gula,
no pueden contraſtar en tierra y cielo,
ligera fuga ni apartado buelo.

XX.

Las ramas, que con prodiga coſtumbre
por mas que agenos braços ſe lo impiden,
rendidas a ſu dulze peſadumbre
de los paternos troncos ſe diuiden.
Las meſas con deuida ſeruidumbre
colmando adornan, y ocupando miden,
con tan varias ofrendas, que deſiertos
el Sol bañaua ſus natiuos huertos.

XXI.

Miraua en campos de oro ſus tributos,
que en ſecas eras hoſpedò el Eſtio
altiua Ceres, y ſus blancos frutos
la nieue afrentan del Inuierno frio.
Si de oro fueron, ſi de plata enjutos
del verde humor, ſi encaneciò ſu brio,
a ſus paſſados meſes los retrata,
a Iunio en oro, y al Agoſto en plata.

XXII.

Leuanta el vino alegre licencioſo
eſpumas canas en las anchas copas,
no menos que en el lago proceloſo
los remos fuertes, y las altas popas.
Cantaua en tanto Licidas famoſo,
con plectro graue (emulacion de Iopas)
no el Sol errante, ni la menſtrua Luna,
ſino de ALFONSO, y IVANA la fortuna.

XXIII.

Calla, le dize laſtimada, y triſte
la Heſperia Reina, *con turbado geſto
ſuſpende el daño, que en mi pecho hiziſte,
a voz y cuerdas por ſu mal diſpueſto.
Mis patrios campos de Eſpañoles viſte,
el muro aſſalta de Gaeta, y preſto
en Napoles harà las miſmas prueuas;
y tu cantando mi dolor renueuas?*

Todos

XXIV.

Todos ſe miran, ſin que nadie euite
la muda ſuſpenſion por largo rato:
en meſas, y atrios el temor repite
dudoſas nueuas al comun recato.
En breue eſpacio ſe acabò el combite,
ceſsò la oſtentacion, y el aparato,
quedò el ſilencio, enmudeciò la pieça,
y aſſi a romperle Paradino empieça.

XXV.

Que turbacion, ô que imprudente miedo
tu pecho aſſombra, y mi furor enciende?
Perdona, ô Reina, ſi en hablar excedo,
pues tu quietud mi libertad pretende.
Deſta nobleza aſſegurarte puedo
(y ella lo miſmo de mi pecho entiende)
que armada pienſa, aunque ſe oponga Marte,
poner en Zaragoça tu Eſtandarte.

XXVI.

Eſte terror del Artico emisferio,
ſoberuio por ſus armas y blaſones,
le viò Milan con diferente imperio
piſar ſus calles, y arraſtrar priſiones.
En ellas con indigno cautiuerio,
ſugetas viò ſus Bandas y Pendones,
quando de ſangre, y prendas Eſpañolas,
ſintiò el Tirreno fatigar ſus olas.

XXVII.

Quien como yo de ſu deſdicha ſabe
los mas ocultos trances que paſſaron,
teſtigo ſoy, que en ſu cadena graue
tus flechas ciegamente me acertaron.
Mi libertad perdì en aquella naue,
que con quatro galeras me rõbaron
Corbera aſtuto, y mi enemiga eſtrella,
a viſta de las pomas de Marcella.

XXVIII.

En tales braços hallarà recurſo
(reſponde Iuana) *mi infeliz carrera:*
cuentame en tanto ſu fatal diſcurſo,
ſus preſos Reyes y tragedia fiera.
La hermoſa Luna de ſu elado curſo
alegre piſa la eſtacion primera,
ſin miedo empieza, que oluidado agora,
el Sol repoſa de ſu amada Aurora.

XXIX.

Callaron todos, y mouiendo el labio,
aſſi le dize el eſtrangero Eneas:
Si puede ſer aliento de tu agrauio
el triſte caſo que eſcuchar deſeas;
Si cabe en tal dolor conſejo ſabio,
ô fiel preſagio, que cumplido veas,
empeçarè. Con armas inſolentes
turbaua ALFONSO tus ſeguras gentes.

Los

XXX.

Los muros combatia de Gaeta
(que eſtaua a ſus ofenſas preuenida)
ſu oſſada gente, que el mayor Planeta
tenia en varias tiendas recogida.
Llegò afrentando la veloz ſaeta
vna barquilla, al ſoplo agradecida,
besò la parda arena, que piſaron
los que del borde en ella ſe arrojaron.

XXXI.

Corriò la plebe atonita y curioſa,
formando corros en confuſa junta,
el diſcurrir canſado no repoſa,
y el mas atento por hablar pregunta.
Creciendo la moleſtia licencioſa,
ALFONSO experto, con temor barrunta
alguna ſedicion, que juſtamente
temer ſe puede en agregada gente.

XXXII.

Apenas los vmbrales de la tienda
tocaron,apartando a quien la guarda,
quando el vno al temor cogiò la rienda,
ſoltandola a la voz medroſa y tarda:
Y por romper la popular contienda,
al Rey, que del ſuceſſo el fin aguarda,
dixo, callando el vulgo alborotado,
del nueuo caſo que eſperò forçado.

XXXIII.

Inuicto ALFONSO, con ossada muestra
las olas doman del airado Egeo,
soberuias naues, que a tu frente diestra,
agora ofrecen inmortal trofeo:
Opuesto el Ginouès a la siniestra
fortuna, que amenaça su deseo,
vengar desta Ciudad quiere la injuria,
con blando ruego, ô con armada furia.

XXXIV.

Glorioso en armas Axarete oprime
la juuentud gallarda, que corona
las altas popas, que besando gime
el mar sugeto al cerco de Latona.
Su intento loco vencedor reprime,
castiga la insolencia que le abona,
veràn sus corbos pinos mal seguros
la inutil resistencia de los muros.

XXXV.

Verà Milan con desigual ganancia
poblar las aguas su ambiciosa liga,
y en justa seruidumbre su arrogancia
harà el temor que tu fortuna siga.
Suspensa Italia, y afrentada Francia,
veràn tambien con general fatiga
tus fuerças, y tus naues Españolas,
romper los muros, y domar las olas.

Qual

XXXVI.

Qual ruſtico cultor, que ocioſo eſpera
el fin prolixo del Inuierno airado,
recibe la florida Primauera,
cantando amores al riſueño prado:
Aſſi del mar de Italia en la ribera
fue recebido el Albanès ſoldado
de ALFONSO, que ſin ver tiempo oportuno,
ſu Armada entrega al Reino de Neptuno.

XXXVII.

La tierra dexan, y del mal incierto,
con fuerça la tirana fee aſſeguran,
ligeros ſiguen a Thebandro experto,
y entre ſalados ſurcos ſe auenturán.
Iſcla les mueſtra ſu aparente puerto;
y ellos a Ponça requerir procuran,
ſufriendo ſu furor los cuerpos graues
de onze galeras, y catorze naues.

XXXVIII.

Pudieran verla, ſi el comun ſoſſiego
la noche tenebroſa no abraçâra;
paſsò ſu curſo preſuroſo, y luego
al fuerte Capitan con lumbre auara.
Montes de entenas deſcubriò ſu fuego,
y el Sol formando con dudoſa cara
en los azules campos orizontes,
ſaliò de nueuo por ſegundos montes.

Viendo

XXXIX.

Viendo abraçar en los contrarios leños
las blancas alas de neuadas velas,
los vientos apacibles y riſueños,
fabrîca el Ginouès nueuas cautelas.
Que intentan, dize, ſus neutrales dueños
librar de infatigables centinelas
y aſſaltos, ſi por bien pueden librallas
de Gaeta oprimida las murallas.

XL.

Alfonso, pues que del fingido pecho
conoce los pacificos engaños,
en juſta rabia y en furor deshecho,
con ira cuerda en juueniles años;
Reſponde, que en Italia, a ſu deſpecho,
llorando Francia los ſangrientos daños,
ſus Liſes de oro beſaràn la arena,
el cuello eſſento en ſeruidumbre agena.

XLI.

Con tal reſpueſta, al punto nauegando,
diſimulò medroſa retirada
con mueſtra cauteloſa, procurando
ganar el viento a la Eſpañola Armada.
El engañado Alfonso imaginando
que era temor la aſtucia disfraçada,
ſiguiendo açota con iguales remos
de las hinchadas olas los eſtremos.

Huyò

XLII.

Huyò a ſu induſtria el fauorable viento,
ſu forçoſa amiſtad robò el contrario,
boluiendo con ligero mouimiento,
qual ſuele en media luna de ordinario.
Quedò ſuſpenſo el mar, el cielo atento,
la fortuna temiò el ſuceſſo vario,
repreſentando al miedo, y a la afrenta,
del mundo la tragedia mas ſangrienta.

XLIII.

Apenas ſe midieron las galeras,
y las peſadas naues ſe igualaron,
quando ſin mas tardança las primeras,
con las agudas proas ſe encontraron.
Oyeron ſus encuentros las esferas,
y en los conſtantes polos ſe afirmaron;
ò fue atencion de lo que eſtàn oyendo,
ò nueuo miedo del naual eſtruendo.

XLIV.

La blanda eſpuma de ſu elado ſeno
con preſto mouimiento diuidian
las fugitiuas Ninfas del Tirreno,
que las turbadas ondas eſcondian.
No con laſciuo juego al mar ſereno
coronas de ſus bràços ofrecian,
ſino midiendo en ſurcos deſiguales
de ſus moradas frias los criſtales.

XLV.

Antes que hiziesse riguroso efeto
la fuerte incontrastable artilleria,
rompiò el furor del militar secreto
la muda ley con barbara porfia.
Las armas dieron con ardiente afeto
embidia al nueuo Sol, temor al dia,
luzes al mar, cometas a la guerra,
truenos al aire, y rayos a la tierra.

XLVI.

Embuelto en ira el fuego inexorable,
las popas traga con voraz injuria,
del alto mastil al humilde cable
nadie resiste su atreuida furia.
Tendiendose, la llama variable,
por la mañosa astucia de Liguria,
sin rienda ofende la Española gente,
que armada la resiste solamente.

XLVII.

No viò con tanta turbacion Italia
en sus Latinos campos al Troyano,
ni al Dictador la sangre de Farsalia,
que diò su pueblo con injusta mano;
Ni las reliquias Godas en Vandalia
el barbaro furor del Africano,
como de ALFONSO celebre y guerrero
sintiò la Armada el penetrante azero.

XLVIII.

De Eſpaña puſo Enrique generoſo
(ſegundo Alcides) al honor colunas,
turbando de las aguas el repoſo
ſu dieſtra con reliquias importunas.
No eſtiende el Oceano licencioſo
tanto ſu Imperio en las mudables Lunas,
como de Italia en playas y deſiertos,
el mar huyendo la inuaſion de muertos.

XLIX.

El fuerte Pedro (acelerado Marte)
atenta tiene a ſu valor la fama;
ſangrientos golpes el furor reparte,
en quantos leños ſu temor derrama.
Con mueſtra juuenil en toda parte
al tiempo afrenta, y a la embidia llama,
y entrambos rinden con verdad propicia,
èl ſu memoria, y ella ſu malicia.

L.

La turba vil con deſpedido miedo
acometiò al Nauarro, que perdiera
la vida, ſi el oſſado Rebolledo
la ſuya a tantas armas no puſiera.
Echôle el braço con feroz denuedo,
y le apartò llegando la primera,
y al que ſu vida tuuo amenaçada,
le rompe el pecho ſu animoſa eſpada.

L I.

A vn lado buelue con deſtreza y maña,
rebatiendo las puntas atreuidas,
y a pocos golpes diò al blaſon de Eſpaña
en ſangre embueltas infinitas vidas.
Rompiò el furor con deſuſada ſaña,
ſiruiendo a Iuan de muro ſus heridas:
diò, conſagrando a ſus hazañas templo,
al mundo aſſombro, y al valor exemplo.

L I I.

Furioſo el viejo Conſejero aſſoma,
vibrando el haſta, a quien ſu ſangre dieron
los timidos cultores de Mahoma,
quando en los campos de Iaen la vieron.
La corta eſpada con preſteza toma,
deſpues que el tronco inutil diuidieron
los golpes, los encuentros, y las vidas,
al fiero agrauio del valor perdidas.

L I I I.

En medio de las iras animoſas,
de Sandoual el fuerte Adelantado,
moſtrò ſus duras armas riguroſas,
de ſu embidioſa patria deſterrado.
Las inconſtantes ondas preſuroſas
detuuo el intratable mar hinchado,
porque teſtigos fueſſen de los hechos,
que viò Caſtilla en Africanos pechos.

Corred

LIV.

Corred ſin mas tardança (les dezia
Neptuno, reboluiendo ſu tridente)
las margenes beſad de Andaluzia,
contad el daño que Liguria ſiente.
Conozca Iuan, y entienda ſu porfia
a embidias Caſtellanas obedientes,
que a vn noble pecho a ſu rigor deſnudo
con ſola ingratitud pagarle pudo

LV.

Ofrece luego ſu dorada popa
entre confuſas armas a Gerardo,
y quanto en la dudoſa niebla topa,
rinde con fuerça, y animo gallardo.
Africa preſta ſu temor a Europa,
y el Sol con paſſo detenido y tardo,
mirôle attento en medio de la esfera;
mas luego buelue a ſu veloz carrera.

LVI.

La naue afierra, que gouierna Orlando,
ſoberuio Milanès, que el viento abraſa,
las tres moradas vltimas poblando,
y el mar de cuerpos, que el furor traſpaſſa.
Apenas por el humo penetrando
luciente paſſo abriò la luz eſcaſa,
quando con voz ſonora y atreuida,
aſſi el Lombardo amenaçò ſu vida:

LVII.

No temo el Celtibero, le reſponde,
palabras y amenaças femeniles,
que mal tu altiuo pecho correſponde
con vozes locas, y ademanes viles.
Si tanta preſuncion tu engaño eſconde,
airado, dize, el Milanès Achiles,
mi azero prouaràs, aunque preſumas
ſurcar los aires con ligeras plumas.

LVIII.

Aſſi en teatro publico Romano
dos fieras, que ſus marmoles diuiden,
ſin ver las plantas el ocioſo llano,
los dientes prueuan, y las vñas miden,
Y con furor indomito Africano,
el fin temido de la lucha impiden;
aſſi furioſos mueuen los azeros
los dos gallardos jouenes guerreros.

LIX.

Alta la eſpada, y el eſcudo fuerte,
de vn golpe de Gerardo diuidido,
auiendo dado filos en la muerte,
Orlando cierra, de furor mouido.
El Eſpañol, temiendo que le acierte,
aparta el cuerpo al golpe inaduertido;
mas no pudo ſer tanto, que la punta
no diuidieſſe la templada junta.

Quando

L X.

Quando Gerardo ſiente el yelmo roto,
y roja ſangre en abundante vena,
temiò ſu fuerça el Scita mas remoto,
y el mar turbado ſe afirmò en la arena.
Boluiendo en diligencia el alboroto,
con dieſtra punta, de piedad agena,
quiſo acabar con deſigual batalla,
abriendo puerta en la cerrada malla.

L X I.

Paſsò la herida el reuelado pecho,
por el ſinieſtro lado encaminada,
ſin acertar la ſenda haſta el derecho,
la cruda mano del furor turbada:
Quando en el ancho cuerpo, a ſu deſpecho
Orlando ſiente la ſangrienta eſpada,
rabioſo el cielo con deſprecio mira,
embuelto en fuego, y abraſado en ira.

L X I I.

Pensò que el Paladin, ſu Durindana
le diò para vengança de ſu nombre;
detuuoſe, por verle la mañana,
guardò la fama al golpe ſu renombre.
Quedò burlada la arrogancia vana,
ſobrando herida para mas de vn hombre,
y pudo reſiſtir el peſo graue,
haziendo el mar eſpaldas a la naue.

Vna

LXIII.

Vna eſpacioſa viga, que termina
los limites del agua, y del nauio,
ſintiò ſegundo vez en ſu ruina
el duro golpe del villano brio.
La eſpada luego, por ſu mal vezina,
al pecho ſiente, y con ſagaz deſuio
huyendo el cuerpo en ordenado ſalto,
el braço mueſtra leuantado en alto.

LXIV.

Hallò tan cerca al Eſpañol, que pudo
executar ſu barbara vengança,
y del furioſo golpe del eſcudo,
turbada parte la cabeça alcança.
Dudò el ſentido, y al dolor agudo
los pies hizieron deſigual mudança;
mas con airada furia ſe preſenta,
ſoberuio, y animado de la afrenta.

LXV.

Qual ſuele el arco Tartaro, que aprieta
violenta mano, que ſus puntas mueue,
por dar vigor a la mortal ſaeta,
la fuerça dobla en la diſtancia breue:
Tal fue, ſin eſperar que le acometa
ſegunda vez; y que el azero prueue
el Lombardo arrogante, pues la falda
le abriò del yelmo, y penetrò la eſpalda.

Halla-

LXVI.

Hallaronſe tan juntos, que los braços
hurtaron a las armas el oficio,
ſecreta fuerça en los ñudoſos laços
preſta el furor al ruſtico exercicio.
Procuran que a ſus vltimos abraços
ſe mueſtre el fin dudoſo tan propicio,
que la canſada vida el manſo viento
reciba embuelta en el poſtrero aliento.

LXVII.

Orlando, de ira y de ſoberuia lleno,
echar al cuello a ſu enemigo emprende,
yà ſobre el fiero y palpitante ſeno
con los temidos braços le ſuſpende:
Yà aqui, yà alli le arroja; y del Tirreno
hazer ſepulcro al Eſpañol pretende,
mas el recoge ſu vigor vnido,
por los robuſtos miembros diuidido.

LXVIII.

Queriendo hazer Orlando preſa nueua,
mejorôſe el contrario deſcanſado,
haziendo de ſu maña vltima prueua,
el pecho carga en el ſinieſtro lado:
Y el pie contrario con deſtreza lleua,
a ſu derecha pierna encaminado,
alçando el ancho cuerpo, y miembros grueſſos,
con la peſada maquina de hueſſos.

L X I X.

Logrando el fin de la confusa duda,
lançar el Milanès al mar quisiera,
que en crespas ondas por la proa aguda
su altiua ofrenda recebir espera:
Mirôla apenas, y el acuerdo muda,
temiò en las ondas su impaciencia fiera,
rompiò los ferros, diuidiò los dueños,
soltò los cuerpos, y apartò los leños.

L X X.

Qual de Moncayo en la seluosa cumbre,
robusta encina, que destral diuide,
forçada de su misma pesadumbre
el suelo esteril despeñada mide:
Assi perdida la vital costumbre
Orlando de la lucha se despide,
cayendo entre su gente, que corrida
llorò su empressa, y estimò su vida.

L X X I.

Dexò a Gerardo la mortal congoja,
y el cierto vencimiento sin trofeo,
sin fuerça el cuerpo, y de su sangre roja
teñidas viò sus aguas el Egeo:
Airado el yelmo y el escudo arroja,
lamenta el triste fin de su deseo;
y el trance viendo, en que sus naues halla,
boluiò de nueuo a la infeliz batalla.

Te-

LXXII.

Temiendo Alfonso el fin de la contienda,
con trifte y muda fufpenfion el alma,
quifo al fuceffo detener la rienda,
y dar aliento a la defenfa en calma.
Primero pues que fu valor ofenda,
temida perdicion, y agena palma,
affi le dize a fu turbada gente,
que en fer vencida con temor confiente.

LXXIII.

No fois la que afrentando fus azeros,
pisò de Roma los foberuios muros,
que el Sol no viò los vltimos linderos
de fus Latinas Aguilas feguros?
Esfuerço de oprimidos eftrangeros
las armas fueron, y los braços duros,
que al Imperio moftraron por fu afrenta
el yugo roto, y la ceruiz effenta.

LXXIV.

La mifma fois, que al Africano altiuo
quitò la injufta poffeffion de Efpaña,
dexando fiempre a las edades viuo
exemplo, que fus bronces acompaña:
O fiel Sagunto (vniuerfal motiuo
de honrrofos hechos) ô Efpañola faña,
que tu conftancia y venturofa injuria
poblò las verdes margenes del Turia.

L X X V.

Y aquesta gloria, que animaros puede,
trocais agora en miedo vergonçoso?
dezidme, os ruego, que temor excede
aquel valor antiguo belicoso?
Y si morir a ALFONSO *se concede,*
aunque es la muerte termino forçoso,
haràn vuestros medrosos desconciertos,
perder los viuos, y afrentar los muertos?

L X X V I.

No dixo mas; y con feroz semblante
a sus amigas armas se adelanta,
turbado corre el impetu arrogante
el mar humilde, a quien su furia espanta.
Mostraua en seco al Mauritano Atlante
las Conchas y Algas de su inculta planta,
sin enlaçar con inuasion frequente
saladas trenças la escamada frente.

L X X V I I.

Su infausta gente, que corrida escucha
la torpe mengua, que su honor agrauia,
buelue y rebuelue en la sangrienta lucha,
con fuerte brio y diligente rabia:
Corriente nueua de la sangre mucha
el mastil besa, y la encumbrada gabia,
tiñiendo (sin mezclarse) en las arenas,
por no oluidar lo que deuiò a las venas.

La

LXXVIII.

La fuerça buſcan, y la induſtria dexan,
los gritos crecen, los alientos faltan,
al cielo llaman, del dolor ſe quexan,
los golpes hieren, y las tablas ſaltan:
La furia ſiguen, del temor ſe alèxan,
dudoſos pâran, con furor aſſaltan,
las iras braman, y las haſtas vibran,
el aire turban, y en el mar ſe libran.

LXXIX.

Quien de los fuertes braços y leales
contar los hechos atreuido trata,
contarà los menudos arenales
en que el mudable reino ſe dilata:
Del Tauro los eſtremos deſiguales,
que el negro inuierno coronò de plata
las verdes plantas, que en ſus cumbres tiene,
y enraman las eſpaldas del Pirene.

LXXX.

De esfuerço inutil y dolor deshechos,
quando las rudas armas no aprouechan,
ciegos del humo a los amigos pechos
las puntas mueuen, y los arcos flechan.
Los plomos, que arrojò el furor derechos,
por la turbada mano el fin deshechan,
boluiendo por deſdicha, ò por caſtigo,
al tierno pecho del mayor amigo.

LXXXI.

El miſmo tiempo llora la tragedia,
rindiendoſe las armas Eſpañolas;
y viendo que ſu afrenta no remedia,
el mar ſuſpende las confuſas olas.
Ningun ſocorro en las deſdichas media,
canſado al fin de lamentarſe a ſolas
aſſi animado el hijo de Fernando
turbado ſiente, y dize ſuſpirando.

LXXXII.

Como piadoſo Padre, que es poſſible
que en ti ſe juſtifique la fortuna,
miniſtra del acuerdo mas terrible,
que el tiempo con memorias importuna?
Iamas fatal prodigio inacceſſible
el Sol detuuo, ni admirò la Luna,
con tan juſta razon, como le ofrece
llorar vencido, el que vencer merece.

LXXXIII.

Que digo; ſi tu juſta prouidencia
en ſemejantes caſos ſe acredita,
moſtrando en eſta oculta diferencia,
que en otra esfera la igualdad habita:
Si viue en duro eſtrecho la clemencia,
quando ſangrientos robos exercita
la impiedad entre barbaros tiranos,
con vil corona, y vengatiuas manos;

Quien

LXXXIV.

Quien duda, que tu dieſtra en otra parte
deshaze eſtos agrauios aparentes,
donde ſus premios tu piedad reparte,
ſin logro de ambiciones diligentes.
Con eſto rindes al iniuſto Marte,
a quien librò de Moros inſolentes
la tierra, que logrando ſu trabajo,
el Ebro riega, y fertiliza el Tajo.

LXXXV.

Con tu poder, del Africano Alarue
domò la furia con vitorias tantas,
que puſo del Pirene haſta el Algarue
ſu inuicto braço tus inſignias ſantas.
Y agora, que el Imperio de Sobrarue
pone en Italia vencedoras plantas,
conſientes, para infamia de los Godos,
que pierda yo lo que ganaron todos.

LXXXVI.

Ondas del mar, que de mi Eſpaña triſte
ſeruis de eſpejo a ſus poſtreros montes,
y a vueſtra eſpuma, el Sol quando los viſte,
traſlada ſus dorados orizontes:
Beſad ſus pies; y pues dolor ſentiſte,
hermoſa luz, primero que tramontes,
ſiguiendo las piſadas de la Aurora,
ſu llanto enjuga, ò mi deſdicha llora.

Ape-

LXXXVII.

Apenas forma en la escuchada boca
el Lorenès su postrimero acento,
quando a tristeza y suspension prouoca
Lisauro a todos con turbado aliento.
Ligada al rostro vna manchada toca,
el yelmo roto, y el arnès sangriento,
solo en la mano de la pica vn troço,
y assi les dize el desangrado moço.

LXXXVIII.

Inuicta IVANA, *Principes Augustos,*
que en musicas, olores, y comidas,
lisonjas dulces, y apacibles gustos
perdeis los años, y engañais las vidas;
Vestid azeros, y vibrad robustos
ñudosas hastas, pues mirais perdidas
armas y honor, y que es del enemigo
despojo agora, lo que fue castigo.

LXXXIX.

El Quinto ALFONSO, *de Gaeta tiene*
violenta possession, libre, y segura:
Francesa sangre y Ginouesa viene
pidiendo a vuestros braços sepultura.
Mayor ruina su furor preuiene,
con mas estrago y militar soltura,
que viò el Troyano consumido en fuego,
al parto de armas del engaño Griego.

X C.

Arden los techos, que vestidos de oro,
del rayo ardiente el resplandor imitan,
y en manos del incendio su tesoro
a injustos dueños, y a los propios quitan.
Perdido el virginal sacro decoro,
sus hijas miran, y llorando gritan
las tiernas madres, que en prision honesta
guardar pudieron lo que tanto cuesta.

X C I.

La esposa, a quien el talamo apareja
el viego padre con igual consorte,
roba el soldado, sin oìr la quexa,
y el justo llanto, que su amor reporte.
En la desierta casa apenas dexa,
porque la vida al misero se acorte,
vn vil descanso, vna plebeya cama,
quando otros bienes prodigo derrama.

X C I I.

Los muros, que a Gaeta tantas vezes
librar pudieron de las rojas Cruzes,
huella su vulgo con los pies soezes,
y altiuo pone vitoriosas luzes.
Enrique, de listones, y jaezes
cubriendo los cauallos Andaluzes,
con mas colores a las cañas juega,
que viò en sus Moros de Xenil la Vega.

XCIII.

Vengad aquesta sangre auergonçada,
de ver la mucha que mi pecho encierra:
despierta juuentud, que descuidada
duermes al son de la insolente guerra.
Si estàs en sueño ocioso sepultada,
tiranos surcos romperàn tu tierra,
seràn tus campos con sus frutos varios
de agenos labradores tributarios.

XCIV.

La insana furia, y el ardiente vino,
las mesas derribaron por el suelo;
caminan todos sin hallar camino,
rompiendo ciegos el comun rezelo.
Parece en el furioso desatino,
que sembrò la discordia oculto duelo,
por lleuar en sus pechos adelante,
lo que empeçò en el campo de Agramante.

XCV.

Vnos gritan Anjous; otros, que viua
ALFONSO vencedor; otros, que muera;
vnos, que en paz el Reino le reciba;
otros de Francia siguen la bandera:
El vulgo acusa a Coradin, que priua
con ambicion y astucia lisonjera;
y quando en confusion todo se mueue,
ni a fiar, ni a quexar Iuana se atreue.

XCVI.

Con eſta ciſma, y diuiſion confuſa,
ſu amigo bando cada qual esfuerça,
y vnirſe al otro con valor rehuſa,
no por temer que ſu verdad ſe tuerça.
Anjous ſoberuio a Paradino acuſa,
que no librò la combatida fuerça:
èl ſu verdad preſenta por teſtigo,
que ha ſido ſiempre ſu conſtante amigo.

XCVII.

El blando ſoplo de ſu aliento frio,
ſobre las blancas perlas deſataua
la freſca Aurora; y con ſutil rocio
las ſoñolientas flores deſpertaua.
Las mudas aues, que el dormido rio
en grillos de ſus arboles guardaua,
deſpiertan libres; quando el aire atruena,
al arma, al arma, que en las calles ſuena.

NAPOLES RECVPERADA, CANTO QVARTO.

ARGVMENTO.

FENISA triſte, y el valiente Ansberto,
venciendo el mar, y vientos enojados,
de Baya llegan al querido Puerto,
y al piadoſo Eiſeno, encaminados
Por un Paſtor: aluergue en el deſierto
hallaron, de ſu dueño regalados:
Feniſa al hueſped con ſu hiſtoria paga;
huye de noche, por buſcar la Maga.

I.

DEſcubre tierra con el nueuo dia
la Naue, que en los braços del Tirreno
ſurcaua el viento, y con igual porfia
besò medroſa el eſcondido ſeno.
Doraua el Sol a la mañana fria
los verdes campos, quando el mar ſereno
moſtrò a Feniſa el fin du ſu camino,
y alegre puerto al combatido pino.

II.

Quando el temido Ansberto le diuiſa,
y enfrente mira la enemiga tierra,
le dize a la hermoſiſſima Feniſa:
Eſta es Italia, que a Gerardo encierra.
El campo miſmo, que ſoberuio piſa,
y en ſi le eſconde de tan juſta guerra,
harà que ſea de mi eſpada el filo,
para el ſepulcro lo que fue ſu aſilo.

Preſto

III.

Presto verà tu ausente fugitiuo,
tu antiguo dueño, tu fingido amante,
la furia deste braço vengatiuo,
y a quanto obliga vna muger constante.
Mas no verò, si de la vida priuo,
el pecho, que vestido de diamante,
para vitoria ilustre de mi azero,
tu llanto y quexas resistiò primero.

IV.

Que no le opuso el inconstante lago
ganchoso escollo de corales rojos,
castigo justo de el aleue pago,
que robò a tu hermosura sus despojos?
Hallaron siempre con igual estrago
de tus diuinos y serenos ojos,
en el tirano y blando mouimiento,
el Sol su afrenta, y el amor su assiento?

V.

Que nunca despertaron su inclemencia
las dulces prendas de tu amargo lloro,
que pudo hazer su naue resistencia,
de tus lucientes hebras al tesoro?
De las hinchadas olas la insolencia,
ni amò el respeto, ni guardò el decoro;
tirano al fin, que con fatal corona,
sin fee castiga, y sin razon perdona.

VI.

O lei, por tantos ſiglos aprouada,
y en todos ciegamente recebida,
que nazca la hermoſura deſdichada,
y el daño ſe le infunda con la vida.
Si es varonil y altiua, deſeada;
ſi fragil y mudable, aborrecida;
inutil ſombra, que la edad perſigue,
que amada huye, a quien dexada ſigue.

VII.

Que razon, que juſticia, que derecho
formò en vn punto al hombre venturoſo,
montes de nieue en el ardiente pecho,
donde abrasò otro tiempo ſu reposo?
Y a vezes la flaqueza, a ſu deſpecho
haze al ingrato dueño tan dichoſo,
que amando agrauia, que ofendido ſiente,
y burla entre priſiones inſolente.

VIII.

O dura condicion de las mugeres,
en quien los filos rompe el deſengaño,
y ſon ſus inconſtancias y placeres
principios neceſſarios de ſu daño.
Y tu oluidada hermoſa, ſi quiſieres
ſeguir los paſſos del comun engaño,
Gerardo viua, pues la eſpada entrega,
el que ofendido a ſu enemigo ruega.

I X.

Rogar Ansberto? (con furor replica
Fenisa, embuelta en vengatiuo fuego:)
mal aya el que su gusto sacrifica
en viles aras con infame ruego.
Tu inuicto azero a mi vengança aplica,
y turbe de los aires el sossiego,
si a descubrir el pecho te dispones,
aluergue de finezas, y traiciones.

X.

Si ven mis ojos tan deuido efeto,
y a tu rigor el coraçon desnudo,
mostrando al mundo el intimo secreto,
en quien mi agrauio fabricarse pudo.
Que inculto Alarbe profanò el respeto
(sordo a las quexas, y a su afecto mudo)
deuido a vn pecho, que entre ofensas muere,
que ausente ruega, y ofendido quiere?

X I.

Quando de Italia el suelo me diuise,
por verle de mi agrauio lastimado,
darè en el punto, que sus campos pise,
ecos al monte, y lagrimas al prado.
Mas no darè; medrosa que le auise
el viento de mis quexas abrasado,
y en vez de ser de mi vengança tiros,
despierten su descuido mis suspiros.

Ondas

XII.

Ondas de el mar, liſonjas de la arena,
quando vnas de otras le beſais huyendo,
y armais, turbando la quietud ſerena,
montanas de agua, al viento obedeciendo.
Aſſi de el ſoplo (que animoſo ſuena,
peñas, arenas, y aguas diuidiendo)
no ſientan vueſtros campos el ruido;
lleuadme al puerto, que abraçais dormido.

XIII.

No leuantando eſpumas argentadas,
ni abriendo el leño ſu ordinario curſo,
y con las blancas velas amainadas
la naue terminaua ſu diſcurſo.
Cortan el mar las ancoras arpadas
con grita igual del popular concurſo,
y en las arenas pardas, que rompieron,
firmeza en ſu inconſtancia deſcubrieron.

XIV.

Recibe los alegres paſſageros
de Baya el Puerto; y la diſtancia breue
frequentan los canſados marineros,
en vn batel, que la enſenada mueue.
Sus remos juegan con el mar ligeros,
y el prado azul ſe coronò de nieue,
y ſobre la blancura amanecia
con rayos de oro de Feniſa el dia.

Boluiò

XV.

Boluiò la naue ſurta, y amarrada
la aguda proa al peligroſo viento,
quedando, aunque en los cabos aferrada,
expueſta a ſu inconſtante mouimiento.
Y por mas que dormia la enſenada,
y el aire no era ſoplo, ſino aliento,
yà por las peñas, ò los cierços frios,
era eſtacion infiel a los nauios.

XVI.

Las aguas dexan, y a la tierra llegan
los dos, que en ſus arenas ſe arrojaron,
piſando el margen, que las ondas riegan,
y donde tantas vezes repoſaron.
A ſus veloces barbaros ſe entregan,
y en ellos breuemente atraueſaron
vn verde boſque, adorno de la playa,
que gira el mar, enriqueciendo a Baya.

XVII.

Al pie de vn tronco eſteril y vacio
diuiſan vn Paſtor, que ſus ouejas
lleua a beuer al diuidido rio,
que enlaça el ſoto murmurando quexas.
Paſtor, le dizen, que en el ſeco Eſtio
pazer la yerua tu ganado dexas,
que en freſcas ſombras, y eſmaltadas camas,
de el Sol defienden las texidas ramas:

XVIII.

Aſſi los montes por la nieue canos
afrente de ſus pieles la blancura,
formando ſierras en los campos llanos,
embidia, y competencia de ſu altura;
Y aſſi de los Inuiernos, y Veranos
no abraſe el curſo eterno la verdura,
por darte el paſto, que el Abril conſerua,
en verde copia de menuda yerua:

XIX.

Y aſſi la buelta con iguales dias
(nacidos nueuamente a nueſtro polo)
templando el yelo en las montañas frias,
ni abreuie, ni dilate el rubio Apolo:
Deſtas encinas pardas y ſombrias
arroyos nazcan, porque beua ſolo
tu candido rebaño, y nunca falten,
ſin que otras fuentes de los montes ſalten:

XX.

Que ſabes, di, del Heroe, que doma
con fuertes braços el Heſperio ſuelo,
en cuyo amparo Anjous ſoberuio toma
injuſtas armas con tirano zelo.
Rindiò a Gaeta? y vencedor aſſoma
a la rebelde Napoles al Cielo,
porque la ocupa aora mal guardada
de ageno dueño la enemiga eſpada?

XXI.

Bella Eſpañola, Capitan famoſo,
dize el Paſtor con agradable geſto;
tu ALFONSO, de Gaeta vitorioſo,
parte a tomar a Napoles diſpueſto.
Su vencedor exercito copioſo,
tan cerca llega en eſquadron compueſto
de Ambersà, que ſu antigua barbacana
el nueuo Sol le rendirà mañana.

XXII.

Yo ſoi, aunque Paſtor inculto, y pobre,
parcial amigo de ſu inuicta gente;
ſus hechos canto, aunque materia ſobre
en ellos para el Tracio diligente.
Eterno nombre eſperarè que cobre,
quando al ſonoro curſo de la fuente
mi ruſtica zampoña el manſo viento
detiene entre los arboles atento.

XXIII.

Eſto deueis al Mayoral de todos
quantos habitan eſte monte verde,
que vnido ſiempre a los pendones Godos,
ſu vida ofrece, y ſu deſcanſo pierde.
Lo miſmo hizieron por diuerſos modos,
ſin eſperar jamas que el Sol recuerde,
ſaliendo deſte aluergue ſus vaſallos,
vnos en carros, y otros en cauallos.

XXIV.

Lleuando baſtimentos a Gaeta,
y en ſu lugar boluiendo los heridos,
que deſte monte la eſtacion ſecreta
los tuuo regalados, y eſcondidos.
(Que empreſſa aurà, que vn pecho no acometa,
por mas que ſe le opongan los ſentidos,
donde ai verdad, y amor!) al fin Liſeno
dexò de el boſque el retirado ſeno:

XXV.

Tomò las armas, que colgadas tuuo
por largo tiempo, y en ſegura cama,
entre ganados y labrança eſtuuo,
ni honrrado, ni ofendido de la fama.
Dexò la ſoledad, que le entretuuo;
buſcò el engaño, que ambicion ſe llama;
boluiò ſegunda vez a ſus deheſas,
herido de las armas Ginoueſas.

XXVI.

Aun no bien ſano, deſcanſado viue
de el breue techo en la eſtrechura honrroſa:
no ai rumor, ni embaraço que le priue
de ver la cara a la mañana hermoſa.
Si al ocio ſoñoliento ſe aperciue,
en blandas plumas y algodon repoſa,
ſu paz ſe aumenta, y ſu opulencia crece,
ſi acaſo el Cielo vn Eſpañol le ofrece.

Se-

XXVII.

Seguid el dieſtro lado del remanſo,
que beſa el pie de aquel ñudoſo tronco,
corriendo entre las flores ledo y manſo,
y entre eſtas peñas erizado y ronco:
La miſma ſenda os lleuarà al deſcanſo:
y aunque es el dueño en lo aparente bronco,
paſſad de el trage, que eſcondidas guarda
vna alma noble, y vna fée gallarda

XXVIII.

Quedò Feniſa atonita y ſuſpenſa,
y no con menos turbacion Ansberto,
que fue ſin duda ſatisfecho pienſa,
fauor de el Cielo, tan dichoſo acierto.
Feniſa agradecida, en recompenſa
de el buen anuncio, y hoſpedage cierto,
le dize: Aqueſtas ſierras tributarias
te den ſus frutos con ofrendas varias.

XXIX.

Obliguente de el pueblo las zagalas,
y en dulces corros por ſu mal celebren
tu airoſo talle, tus lucidas galas,
y en ti las flechas de ſus ojos quiebren.
Amor te rinda ſus doradas alas,
todos te embidien, todas te requiebren,
y en quanto intentes, tu ventura ſea,
no riſa, ſino embidia de la aldea.

XXX.

Eſto diziendo, por el monte parten,
la ſenda piſan, y al calor ſe atreuen,
girando algunas peñas, que reparten
riſueñas fuentes, que los prados beuen.
No ſufren que ſus barbaros ſe aparten
al verde monte, y diuertidos lleuen
camino nueuo, que engañar pretenda
el cierto paſſo, y deſmentir la ſenda.

XXXI.

En breue eſpacio por el blanco eſtrecho
deſcubren, terminandoſe vna plaça,
vn humo igual, que por ſubir derecho,
con los frondoſos arboles ſe abraça.
Alegres piſan el florido trecho,
en cuyo lienço a las paredes traça
ſin arte la ſutil naturaleza,
adorno y ſuplemento de belleza.

XXXII.

Llegaron quando el Sol los paſſos mide
de el Cielo al mundo, que compone y dora
en la mitad de el curſo, que diuide
la negra noche de la blanca Aurora.
Al verde ſeno ſu jornada impide,
de eſpeſas ramas confuſion ſonora,
y el blando viento, que jugando alegra
los verdes lexos de la ſombra negra.

Moſ-

XXXIII.

Moſtrauan las paredes a pedaços,
entre eſquadrones ruſticos de pinos,
de aduſtas parras enlaçados braços,
al pardo Octubre, por ſu mal vezinos:
Formando de ſus vides los abraços,
en vez de los relieues peregrinos,
enredos dulces de racimos rojos,
que rinden afrentados ſus deſpojos.

XXXIV.

Al ſon confuſo, que vezino ſuena,
ſaliò Liſeno alegre, y preſuroſo,
y al vulgo atento de ſu caſa ordena
que apreſten ſu regalo y ſu repoſo.
El coronado campo de verbena
media con aliento preſuroſo
Feniſa; aunque con pie dudoſo y tardo,
por llegar donde ſepa de Gerardo.

XXXV.

Injuſto amor, ſi conformar pretendes
los pechos mas rebeldes, y apartados,
porque los vnos ſin piedad enciendes,
ſi eſtàn los otros a ſu fuego elados.
El fin que buſcas, con el medio ofendes,
y ſalen tus intentos acertados,
pues aman todos; y tu flecha alcança,
del tierno ofrenda, del cruel vengança.

XXXVI.

El huesped, que por verlos se fatiga,
con agradable rostro los saluda,
y en viendo alegre la nacion amiga,
el passo abreuia, y el aliento muda:
Con palabras corteses los obliga,
que cada qual agradecido acuda,
con no menores muestras de contento,
deuido a tan forçoso cumplimiento.

XXXVII.

Era Liseno venerable viejo,
de aspecto graue, y apacible trato,
temido por la espada, y el consejo
de astutos medios, y sagaz recato.
De el siglo errado generoso espejo,
de la bondad antigua fiel retrato,
supo entender las mudas soledades,
callar lisonjas, y dezir verdades.

XXXVIII.

Llegaron al portal, que componian
sin arte igual, ni perspetiua entorno,
seluaticos despojos, que seruian
a las paredes rusticas de adorno.
A vn lado, en seis graneros descubrian
las fertiles cosechas; que en retorno
buelue esperando, que sus campos siembre
el rico Agosto, al labrador Setiembre.

XXXIX.

Al otro mueſtra vna eſpacioſa ſala
la fruta, que con prouido gouierno
el techo con los arboles iguala,
y afrenta la inclemencia del Inuierno.
Otra medroſa, la humedad exala
del heno blando en el deſcanſo tierno,
y humilde entre las pajas eſcondida,
a Mayo quiere dar la bienuenida.

XL.

En otra luego crece amontonado
ſin taſſa, en vna meſa inculta y blanca,
quanto la tierra al dueño retirado
le paga en meſes, y en ganados franca.
Florece auſente del natiuo prado
la dulce fruta, que el cultor arranca,
porque del Sol la congojoſa furia
no paſſe de piedad a ſer injuria.

XLI.

Sentaronſe a la meſa, que rodea
de iguales hijos (natural deſuelo)
en quien el viejo padre ſe recrea,
dichoſamente agradecido al Cielo.
Los hijos en edad, que yà deſea
romper la grana el oprimido pelo,
y las hijas tan bellas, que las flores
trocar pudiera Abril con ſus colores.

XLII.

Eſtos (les dize el viejo enternecido)
ſon de Angelina las reliquias caras,
juezes de ſu amor contra el oluido,
retratos viuos de ſus partes raras.
Perdì ſus ojos, y quedè perdido;
y al blando ſon de ſus corrientes claras,
las aguas, mi deſdicha, el manſo viento,
repiten triſtes el dolor que ſiento.

XLIII.

Truxeronme a los montes deſengaños,
dexêlos por el campo Celtibero;
veſtì de plumas los canſados años;
hiriò mi pecho el Ginouès azero.
Boluì a mi caſa, que llorò mis daños;
cobrè la ſangre, que perder eſpero,
ſi Alfonso me la pide con la vida,
por fée y amor a ſu amiſtad rendida.

XLIV.

Aqui de los linderos celeſtiales,
veſtida baxa de ſu luz temprana,
piſando de los montes los vmbrales,
por verſe con mis campos la mañana:
Las fieras, las ouejas, los zagales,
alegres ſalen a ſu vega llana,
y los paſſos de el Sol ſiempre velozes
las aues apreſuran con ſus vozes.

En-

XLV.

Entre eſta ſencillez no ſe acoſtumbra,
que ayude al malo lo que al bueno daña:
aqui con la verdad no ſe deſlumbra,
ni con la ſuſpenſion ſe deſengaña.
Verdad es todo quanto el Sol alumbra,
deſde el ſoberuio monte a la cauaña:
aqui non trueca la razon las manos,
ni ſon los necios de el poder tiranos.

XLVI.

En tratos, en promeſſas, en amores
puſo en los montes la verdad ſu ſilla,
el Cielo la produce entre las flores,
y es la mentira inutil marauilla.
Por no ſufrir engaños ſus cultores,
haze, ayudando a la verdad ſencilla
ſu induſtria; con que el riego no conſienta
al año miſmo, que a los campos mienta.

XLVII.

Comed, ſeguros de mortal veneno,
fiad que la comida os aproueche,
que nunca fue para ocultarle bueno
el puro eſpejo de la blanca leche.
Si os truxo el Cielo a caſa de Liſeno,
ſerà razon, que ſu fauor desheche?
creed, que con piedad noble ſincera,
ſi mas pudiera el dueño, mas hiziera.

XLVIII.

Comieron, y la gente ſe retira,
y ſolo dexa la oficioſa junta
al cauto viejo, que en Feniſa mira
el triſte caſo, que en ſu mal barrunta:
Y viendo que entre lagrimas ſuſpira,
atento ſobre meſa le pregunta;
Que cauſa, hermoſa Dama, te deſtierra,
de el patrio nido de tu amada tierra?

XLIX.

Nacì (reſponde) en la Ciudad famoſa,
que al claro Tajo ſu defenſa entrega,
y a ſer con la corriente caudaloſa,
ſegunda guarda de ſus muros llega;
Canſado al fin de trabajar, repoſa
ſu eterno curſo en la florida vega,
entre olmos altos y alamos durmiendo,
de iguales ruedas al confuſo eſtruendo.

L.

Es mi linage antiguo y generoſo:
yo ſola ſoi la deſdichada infame,
manchè la ſangre, que ſerà forçoſo
que a manos de mi afrenta ſe derrame.
Fui de mi honor incendio vergonçoſo
(ſi es bien que aſſi mi deſuentura llame)
mis ojos fueron de los cuerdos miedo,
exemplo y fuego de la gran Toledo.

Lla-

L I.

Llamôse Enrique mi afrentado padre,
mi aleue infamia en el honor le toca
(quiere el error, que al inocente quadre
la culpa agena por costumbre loca.)
Eluira fue mi desdichada madre,
entrambos nobles, con hazienda poca,
en paz viuieron, y su igual fortuna
ni diò soberuia, ni pidiò importuna.

L I I.

Guardada me criaron, esperando
el prometido fin de mi criança,
mis ojos entre rexas sepultando,
prisiones de mi engaño, y su esperança.
El aire solo (entre sus yerros blando)
estrecho passo en el Verano alcança;
y entonzes de las flores, y suspiros,
me daua nueuas, y lleuaua tiros.

L I I I.

Iamas sentì de la engañosa flecha,
que digo, herida, ni passar la ropa,
que nunca llega al coraçon derecha,
si en yerros pàra, y en durezas topa.
Al fin quedò mi presuncion deshecha,
beuì de amor la venenosa copa;
entrò, y saliò de el agradable encanto,
la culpa en fuego, y el castigo en llanto.

L I V.

Lleuaron a la Corte los Infantes
del Rei Don Iuan el fuego que me abraſa:
pluuiera a Dios que ſe acabaran antes
mi vida, mis deſdichas, y mi caſa.
No ai rexas, ni firmezas, ni diamantes,
ſi traua amor a la ocaſion del aſa;
viôme el ingrato, y ojâla quiſiera
piadoſo el Cielo, que jamas me viera.

L V.

Es de Valencia el burlador Gerardo,
de ſangre noble, y proceder compueſto,
de verdes ojos, de cabello pardo,
de cejas negras, y afilado geſto:
De pecho altiuo, de animo gallardo,
de cuerpo igual, en proporcion diſpueſto,
tierno en amores, y en las armas fuerte,
queriendo vida, y oluidando muerte.

L V I.

Ganôme el pecho, y engañôme el alma:
creciò el amor ſin deſmentir agrabios,
y en viendo eſtar mi reſiſtencia en calma,
ſaliôſe la verguença por los labios.
Sacaron ſiempre merecida palma,
de orejas tiernas liſonjeros ſabios:
besò los yerros en priſion la vida,
quedando al miſmo engaño agradecida.

Fun-

LVII.

Fundôse mi desdicha en su palabra,
faltò de la verdad el fundamento;
que vn loco amor sobre esperanças labra
fingidos gustos, que se lleua el viento.
Mandôme (ai triste !) que las puertas abra:
hallò seguro passo a mi aposento;
y entrar pudiera por las duras rexas,
rendidas a sus lagrimas y quexas.

LVIII.

Aquella tarde recibiò el Ocaso
primero al Sol, que por mi mal se puso,
y diò la noche al desdichado caso
su negro manto, que mi mal dispuso.
De estrellas claras por el campo raso
el esquadron luciente se compuso;
yo amante nueua, y de plazer couarde,
juzgaua entonces que salieron tarde.

LIX.

Al fin llegò de mi guardado lecho
la injusta fuerça, que el honor resiste;
quedò de mi desdicha satisfecho,
yo muda, humilde, enamorada, y triste.
Apenas el cansancio, a mi despecho,
los tiernos ojos con el sueño embiste,
quando dexò en el talamo burlado,
dormido el dueño, y el honor robado.

Aun

L X.

Aun no deſpierta mi aficion le llama;
tendì los braços al ingrato auſente,
y amor, que por el lecho ſe derrama,
buſcò las plumas, y a ninguno ſiente.
Boluì a tentar, y deſcubrì en la cama
la hundida eſtampa, que dexò caliente,
y en ella a mi flaqueza por teſtigo,
que entrò con ruegos, y ſaliò enemigo.

L X I.

Matarme quiſo la importuna rabia:
juzguè a la muerte por inutil medio,
que donde no es caſtigo del que agrauia,
no ſirue al ofendido de remedio.
(Que muger huuo deſdichada, y ſabia!)
ſalì ſin mi; que del mortal aſedio
librar apenas el aliento pude,
que al flaco pecho reſpirando acude.

L X I I.

Sola, animoſa, airada, y deſcompueſta,
mouiendo a compaſion de mi trabajo
los duros montes, por la antigua cueſta
baxè a los campos, que diuide el Tajo.
Moſtrò la Luna a mi lamento preſta
la hermoſa cara; que de el monte abajo
con breue curſo deſpeñada vino,
mouida de mi juſto deſatino.

Cor-

LXIII.

Corrientes puras de criſtal (dezia)
ſoberuias peñas, que os mirais en ellas,
noche enemiga, rigurosa, y fria,
obſcuras ſombras, lucidas eſtrellas;
Boluedme la querida compañia,
ò al ſon de mis ſuſpiros, y querellas,
ayudad de los pàjaros la ſalua,
aires del Tajo, que llamais el Alua.

LXIV.

Culpados en mis locos deſengaños,
ninguno de voſotros me reſponde;
la noche que compuſo ſus engaños,
y muda agora al fugitiuo eſconde;
Las ſombras, compitiendo con mis daños,
las ſordas aguas, y las peñas, donde
llorar le vi; las luces celeſtiales,
que alegres vieron mis llorados males.

LXV.

Callè, porque las aues me boluian
a mis lloroſos techos con preſteza,
que al dueño ſin ventura recebian
con triſte luto, y funeral triſteza.
La fama, y la verguença reſiſtian
en mi dolor la mugeril flaqueza,
y viendolas de el ſeſſo vencedoras,
paſsè los dias, y engañè las horas.

LXVI.

Oì despues, que el hijo de Fernando
passaua armado a la menor Hesperia,
a su inconstante Reina amenaçando,
con justas armas capital miseria.
Dexè mi casa, y padres, lamentando
de mi desdicha la infeliz materia,
tragedia de su honor; que represento
agora triste, que mi agrauio cuento.

LXVII.

El miedo cierto, que jamas se engaña,
instò cruel, tiranizando el gusto,
que estaua con ALFONSO en la campaña
mi ausente dueño, mi tirano injusto.
Lleguè con esto a lo mejor de España,
lisonja, y gloria de el piadoso Augusto,
y el Ebro manso entre sus braços goça
los campos de la antigua Zaragoça.

LXVIII.

En ella supe, que Gerardo apriesa,
de Iaca y Huesca, a Barcelona truxo
gran numero de gente Montañesa,
que a su gouierno militar conduxo.
Mi amor los altos montes atrauiesa,
y a tal congoja y pena me reduxo,
que el buelo de mi loco pensamiento
segui sin alas, afrentando el viento.

Lle-

LXIX.

Lleguè de Barcelona a la marina;
la Armada vi, que la inconſtancia loca
domaua, quando el viento la encamina,
y el mar tratable con los remos toca.
Pedì llorando al Cielo ſu ruina,
y en la ceruiz eſſenta de vna roca
di voces; y miraua en ſus nauios
hinchar las velas los ſuſpiros mios.

LXX.

Eſtaua el mudo viento detenido,
y el mar ſereno en ſu quietud perplexo,
ſin dar ninguno acuerdo a mi ſentido,
al mal remedio, y al furor conſejo.
Con natural piedad enternecido
de las conſtantes peñas el reflexo,
boluia entre las ondas quebrantada
la imagen triſte de mi voz canſada.

LXXI.

Llamè con el veſtido, y con la mano
la errante caſa, que las aguas corta;
llorè ſin fruto, querellême en vano;
que poco el ruego ſin ventura importa.
Lançôme al agua mi furor inſano,
y el vulgo atento con piedad reporta
mi loco exceſſo, y en ſu mal diuiſa
la deſdichada ſuerte de Feniſa.

LXXII.

A caſa de Filena me lleuaron,
de Ansberto hermana, generoſa dama,
en quien de Claramonte eternizaron,
beldad, virtud, y honor la antigua fama.
Los Moros de Iſajuar le cautiuaron
ſu hermano fiel, que mi vengança inflama,
el mas valiente y ſingular guerrero,
que en el criſtal de Darro viò ſu azero.

LXXIII.

En muchos dias que aguardè paſſage,
libre boluiò de la priſion de Muça
Ansberto inuicto, a quien contè mi vltrage;
y en vna fuerte naue de Arraguça,
Dexamos de ſu caſa el hoſpedage:
trauôſe no penſada eſcaramuça
entre enemigos vientos, y a porfia
cerraua el mar los terminos al dia.

LXXIV.

Por ver mi honor de ſu traicion vengado,
ſufrì la injuria de el contrario Cielo,
tomò en Italia puerto mi cuidado,
pisè de Baya el agradable ſuelo.
Al pie de vn tronco eſteril y abraſado
hallè vn Paſtor, que con piadoſo zelo
aqui me truxo, donde cuento agora,
ò triſte digo lo que el alma llora.

No

LXXV.

No digas mas; que ſi vengarte puedo
(dixo Liſeno) boluerè a la guerra,
que en poco eſtimo la ofenſion y el miedo
del vltimo hoſpedage de la tierra.
Perdona, Ansberto, ſi obligado excedo,
que el juſto fuego que mi pecho encierra,
ha pueſto vn breue y licito embaraço
al rayo vengatiuo de tu braço.

LXXVI.

Sabràs, Feniſa, que Gerardo aleue
en otros braços por tu mal repoſa,
gozando Laura lo que a ti ſe deue,
y eſtà con tus deſdichas venturoſa.
Cautiua libre al coraçon ſe atreue,
de el preſo dueño de ſu viſta hermoſa,
trocando los rendidos coraçones
para mas cautiuerio las priſiones.

LXXVII.

Confieſſo, que pudiera juſtamente
callar agora, lo que ſiento y digo;
mas la verdad forçoſa no conſiente,
que en nada falte ſu piedad contigo.
Si acaſo inaduertida, de repente
te hallàra el nueuo amor de tu enemigo;
de ti que fuera? pues la incauta vida
ſe pierde amenaçada, y preuenida.

LXXVIII.

Dexa a Gerardo, ſus engaños dexa,
ſu trato doble, y proceder injuſto,
que nunca pudo la inocente quexa
forçar el pecho, ni obligar el guſto.
No ſigas mas al que de ti ſe alexa,
ſi pueda hazer tu coraçon robuſto,
armado contra el braço del agrauio,
que el pecho ſufra, y que enmudezca el labio.

LXXIX.

Ansberto, generoſo Cauallero,
bella Eſpañola, tu rigor obliga,
cortès y amante deſnudò el azero,
y amor le fuerça, que tus paſſos ſiga.
No es ſu dolor afecto liſonjero,
que ocioſo eſpera, que la lengua diga
que es grande amor, ſi eſcapa de locura,
ſi la vida por otro ſe auentura.

LXXX.

Eſta verdad, que ſin ficciones vanas,
ſin matizes retoricos fingidos
mueſtran de el alma las acciones ſanas,
ſiruiendo de palabras los ſentidos;
Obliga la obſeruancia de mis canas,
mas que ſuſpiros tiernos y gemidos,
que tu piedad benigna ſolicite,
y ſus afectos tiernos acredite.

Tu

L X X X I.

Tu miſma reconoces la ventaja
de Ansberto, a ſus opueſtos Capitanes,
pues libras de el agrauio que te vltraja
la pena en ſus azeros Catalanes.
Tu engaña ciego con valor ataja,
y no con tema, y liuiandad profanes
el amor, la eleccion, y la pureza,
que no conſienten mugeril flaqueza.

L X X X I I.

Efectos diferentes en vn punto
causò Liſeno con la oculta nueua,
de Ansberto el pecho, de dolor traſunto,
con verdes eſperanças ſe renueua.
Dexò a Feniſa el coraçon difunto,
la injuſta flecha de tan dura prueua,
y al fin le dize entre importunos daños,
confieſſo de Gerardo los engaños.

L X X X I I I.

De Ansberto la piedad, el fiel decoro,
la juſta obligacion que repreſentas,
ſu fèe conozco, mi deſdicha lloro,
en èl ſe alientan mi dolor, y afrentas.
Si agora digo, que ſu viſta adoro,
mouida de el ſuceſſo que me cuentas,
rezela cauteloſo las ruinas
de ofertas y ſaludes repentinas.

Per-

LXXXIV.

Permite al tiempo exercitar ſu oficio,
que muros rompe, y en peñaſcos labra;
ſerà poſſible, que a ſu amor propicio
dulce hoſpedage entre aſperezas abra.
Y no es, Ansberto, tan dudoſo indicio
de alguna fée; ſi ofrezco la palabra
de partirles el campo que deſea,
ſi tu verdad con ſu traicion pelea.

LXXXV.

Segura tengo la feliz vitoria
(Ansberto le reſponde) que procuro,
y dar la vida por tan alta gloria,
por tu hermoſura, y mi firmeza juro.
Sugeto digno de inmortal hiſtoria
ſerè, Feniſa hermoſa, ſi aſſeguro
mi dicha, aqueſos ojos, ſu vengança,
y muere entre tus braços mi eſperança.

LXXXVI.

Dichoſa fue de Eſpaña mi partida,
y alegre el mouimiento de mi naue,
de el fiero mar la furia embrauecida,
la voz del viento placida y ſuaue.
Tu vil amante perderà la vida,
y aunque a peſar de mi piedad ſe acaue,
darè a la cauſa que me truxo a verte,
caſtigo juſto en la forçada muerte.

No

LXXXVII.

No dixo mas; porque el cortès Heſperio
aun eſto quiere que a ſu amor ſe deua,
pues con deuido alegre miniſterio
a cada qual a ſu apoſento lleua.
Canſado el Sol de viſitar ſu imperio,
fatiga y paſſos en el mar renueua,
y eſcondiendo ſu roſtro al Orizonte,
viſtiò la frente de el vezino monte.

LXXXVIII.

Deſpues ſe entretuuieron, y cenaron
con dulce riſa y agradable fieſta,
lo mas de las tinieblas dilataron
la cena, mas ſabroſa que compueſta.
En plumas y algodones repoſaron,
y no en delicias de labor moleſta,
ni en blanca olanda, que a ſoberuios grandes
texiò ſin manos la ambicion de Flandes.

LXXXIX.

El pecho de Feniſa, que laſtîma,
robado el ſueño de temores halla;
ſu honor la rinde, y el error la anîma,
la injuria grita, y el engaño calla.
No ſufre amor, que repoſando imprima
en el funeſto campo de batalla
la bella eſtampa; y preſuroſa luego
librò las plumas de ſu ardiente fuego.

XC.

Saliò de el lecho, y a vn zagal dormido,
al reſplandor eſcaſo, que arrojaua
vn leño entre cenizas eſcondido,
que embuelto en humo a vezes alumbraua.
Llegò callando, ſin hazer ruido:
tocôle; y èl pensò que le llamaua
otro Paſtor, y con groſſera mano
aſſiò a Feniſa el ruſtico villano.

XCI.

Y al rayo de la Luna deſpertando,
que a peſar de el ſilencio y de la puerta,
por vn reſquicio breue penetrando,
con la funeſta lumbre ſe concierta,
Viò la ſus blancas ebras afrentando,
y verla apenas de temor acierta,
ella con ruegos ſu demanda apoya,
y a ſu cudicia le entregò vna joya.

XCII.

El incapaz miniſtro dificulta
(ò fue conſejo de el peſado ſueño)
el dar ayuda a la jornada oculta,
ò juſto miedo de ſu anciano dueño.
Y viendo la ganancia que reſulta,
preſto, ſagaz, pacifico y riſueño,
ſacò el cauallo, preuiniendo en torno
el ronco quicio, con infiel ſoborno.

La

XCIII.

La hermoſa Luna, dilatada y llena
a entrambos encamina, y acompaña,
a ver de Italia la fatal Sirena,
que el ſeſſo aduerme, y el diſcurſo engaña.
Vna criada antigua de Filena
le dixo, al tiempo que partiò de Eſpaña,
que ſola Alcimedonta con ſu encanto
darà remedio al importuno llanto.

XCIV.

Entre eſtos amoroſos deſuarios,
que el cierto daño con piedad encubren,
ni el mudo ſueño, ni los aires frios,
el fuego templan, y el engaño cubren.
Quando los montes pardos y ſombrios
de el Sol los rayos ſin ſalir deſcubren,
y alegre el Alua entre las flores bellas
deſpide las inutiles eſtrellas,

XCV.

Dexò la cama ſin dormir deſpierto,
oyendo que ſaludan los Paſtores
el nueuo dia con igual concierto
las dulces flautas, reſonando amores.
Buſcò a Feniſa el deſdichado Ansberto;
mirò la caſa, fatigò las flores,
llamò los montes, ablandò las peñas,
y a todos daua de ſu ingrata ſeñas.

XCVI.

Y viendo que ninguno le reſponde,
ſube a cauallo, atraueſando pinos;
camina loco y preſuroſo, donde
le lleuan ſus furioſos deſatinos.
El mar ſoberuio juzga que la eſconde,
y ſin noticia fiel de los caminos,
el miſmo ſigue, que le ofrece a Baya,
torciendo el paſſo a la vezina playa.

XCVII.

Entre vnas peñas ſu deshecha naue
el Sol turbado con piedad le mueſtra,
ſu lumbre pura, con aſpecto graue,
a ver el expectaculo le adieſtra.
Primero pues que de mirar acaue
con tiernos ojos la naual paleſtra,
conoce ſus amigos y pilotos,
y el mar jugaua con los leños rotos.

XCVIII.

Y a vezes, animado de los vientos,
ſaliendo de ſu margen, reboluia
los cuerpos maltratados y ſangrientos,
que hallò beſando la diſtancia fria.
Detuuo los turbados penſamientos
el caſo, que a ſus males ofrecia
(aunque ſin penas fuera cuerdo y ſabio)
igual deſdicha, y deſigual agrabio.

XCIX.

Y viendo de la naue los pedaços
veſtir deshechos con mortal ruina,
del pardo eſcollo los nudoſos braços,
teñidos con la ſangre peregrina.
Que llore de Feniſa los abraços,
razon ſerà, ſi el Cielo determina
(ſuſpenſo dixo) que en el campo verde
naufragios paſſa, quien ſu dicha pierde.

C.

No es el dolor de mis amigos muertos
el juſto aliuio que mis males ſienten,
ni tan confuſos vanos deſconciertos,
fingiendo esfuerco con ſu mal conſienten.
Seguir pretendo mis engaños ciertos,
ſus dulces hierros mi temor alienten,
amor me llama, y me embrauece Marte;
eſto diziendo, a la vengança parte.

NAPOLES RECVPERADA,
CANTO QVINTO.
ARGVMENTO.

Svs tiendas en los campos de Pelosa
descoge ALFONSO, *y Aimerico lleua*
de la deuida muerte y afrentosa,
de Iuana triste la primera nueua.
Reiner a ALFONSO *reta, en vna vmbrosa*
selua, Gerardo con Ansberto prueua
armas y braços, que Florel desparte:
de ALFONSO *triunfa el inclito estandarte.*

I.

De sus inuictos fuertes esquadrones,
que nunca en los sucessos desiguales
el tiempo los robustos coraçones
turbò con bienes, ni oprimiò con males;
Miraua las diuisas, los pendones,
las armas, y los animos leales,
en los tendidos campos de Pelosa
el noble ALFONSO, que jamas reposa.

II.

De tiendas matizadas de colores
confusamente estauan coronados,
vistiendo Octubre de prestadas flores
el seno esteril de los secos prados.
Cubrian sus gallardos moradores,
de la celeste injuria amenaçados,
mas grana y seda, que en sus ferias trueca
cudicia Alarbe, visitando a Meca.

Ni

III.

Ni el arco hermoso, que adorò la tierra,
que al mar impide que humedad exale
(diuina paz en la lluuiosa guerra)
por nubes negras tan vistoso sale.
Viendo en el campo, que su gente encierra,
corrido el Sol, que su hermosura iguale,
en prendas de Africanos Andaluzes,
parar sus rayos, y doblar sus luzes.

IV.

Era de ALFONSO la soberuia tienda
de riza tela, sobrepuesto el oro,
que en Fez labrò, sin consentir enmienda,
sutil aguja de ingenioso Moro.
La industria daua en la campal viuienda
(aluergue entonces del real decoro)
con ebano y marfil igual sustento
al vagabundo y tragico aposento.

V.

En èl, de Iuana y de Reiner aguarda
segura nueua el hijo de Fernando,
que a su noticia por descuido tarda,
auiendo dias que la està esperando.
De el fiel sucesso la impression gallarda,
que assiste sus recatos animando,
ni ofrece duda a la inuasion prudente,
ni breue assomo de temor consiente.

Yà

V I.

Yà procurauan por el ancho velo
de el Sol, las rubias trenças boladoras
al blanco dia, en la mitad de el Cielo,
cortar las ſombras, y partir las horas;
Quando ligero, fatigando el ſuelo,
llegò a tocar las vandas vencedoras
por medio de las tiendas Aimerico,
de aliento pobre, de plumages rico.

V I I.

Alegre el roſtro, aunque ſuſpenſo truxo,
neutral entre el contento y la triſteza,
de riſa copia, de dolor dibuxo,
moſtrò ſeueramente ſu flaqueza.
A dolor el contento ſe reduxo,
y deſta confuſion naturaleza,
luchauan ſiempre con igual efeto
el mal notorio, y el placer ſecreto.

V I I I.

Aſſi humillado, y graue ſe preſenta
a ALFONSO, que en los braços le leuanta;
detuuoſe la gente, que contenta
al termino preciſo ſe adelanta.
Por no turbarſe, ſoſſegado intenta
templar la viſta con grandeza tanta;
baxò los ojos, y animado y triſte,
la voz deſpide, y el dolor reſiſte.

Muriò,

I X.

Muriò, Señor, de todos oluidada
la Reina Iuana, tu adoptiua madre,
faltando a la Corona desdichada
el justo honor, que a su grandeza quadre.
(A quien faltò lamento de criada,
ò amigo perro, que funesto ladre?)
y alegres ojos, sin pagar tributo,
el cuerpo miran con semblante enjuto.

X.

No por respeto ò por lisonja callo,
juzgando la mejora que recibe
tu intento fiel, y que a tus sienes hallo,
que su corona altiua se apercibe.
No fies, noble ALFONSO, de el vasallo,
que el fuero rompe, con que nace, y viue;
ni esperes que tu fama restituya,
quien vil y aleue defraudò la suya.

X I.

Yo soy de tus criados generosos,
quien tantas vezes ofreciò la vida
a perfidos azeros sediciosos,
de engaños y promessas combatida.
Induxe amigos, fieles y briosos,
y a tus gloriosos trances ofrecida
gastè la edad, por adquirirte el Reino,
y agora canas por lo mismo peino.

XII.

La primera verdad de tu derecho,
de tan forçoſas armas la juſticia
habitan la entereza de mi pecho,
con zelo noble, y amiſtad propicia.
Bien ſabes, que en ſu mengua, a ſu deſpecho,
ſiguiendo en varios caſos tu milicia,
aborrecì, por darte la Corona,
ſus hechos, reſpetando ſu perſona.

XIII.

Sola acabò, como afrentado digo,
faltando quien ſus prendas veneraſſe,
y en tanta gente el natural abrigo,
que los elados miembros ſepultaſſe.
Apenas huuo vn aparente amigo,
que en las exequias funebres lloraſſe,
aſiendo alguno el ataud de el aſa,
por ſolo echarla de ſu miſma caſa.

XIV.

Los miſeros cultores de los bueyes
reſpetos naturales obſeruaron,
y aqui las ſantas y paternas leyes
la plebe y la nobleza profanaron.
O ſuerte miſerable de los Reyes,
que tantos liſongeros adoraron,
y muerto el dueño, la impiedad procura
cerrar en tan eſtrecha ſepultura!

Eſta

XV.

Eſta es aquella que reinò en Heſperia
(dezian los ingratos ciudadanos)
de plumas y armas general materia,
teatro de ambicioſos Corteſanos.
Hallaua en todos la infeliz miſeria,
no amigos, ſino barbaros tiranos:
quien viò jamas en tan penoſo duelo,
faltar lloroſos, y ſobrar conſuelo?

XVI.

Cerrò los ojos el humano engaño,
opueſto a deſuentura ſemejante,
y no cortò tan juſto deſengaño
los tiernos paſſos de el laſciuo amante.
Ni al torpe logro, que inuentò ſu daño,
las cautas redes, que tendiò adelante,
ni al litigante intrepido moleſto
el lanze injuſto, que lleuò diſpueſto.

XVII.

A nadie ſus deſdichas aprouechan,
ni enfrena èl mundo tan infame ſuerte,
y ciegos todos la piedad deshechan,
con duro braço, y reſiſtencia fuerte.
Villanas almas al contento pechan;
y en que region no deſcubriò la muerte
haziendas, amiſtades y eſcarmientos,
venciendo afectos, y domando intentos.

XVIII.

El ofendido cuerdo ſe recata,
y ſu familia a ſu opinion ſe atreue,
exceſſos muertos ſin temor relata
al miſmo tiempo, que llorarlos deue.
Herida le ofreciò ſu patria ingrata
en ſu hoſpedage, y ſepultura breue
el moderado limite forçoſo,
que diò a los muertos el comun repoſo.

XIX.

Ni olores quiere, ni piadoſo culto,
ni marmoles bruñidos tranſparentes,
ni ver lleuar ſu reſpetado bulto
en los piadoſos ombros de parientes.
Ni ver pedir el neceſſario indulto
con vozes lamentables y dolientes:
ſolo pretende, que le den por hierro
el vil ſepulcro de vn plebeyo entierro.

XX.

Reiner, de la Ciudad ſeñor intruſo,
mirò la ofenſa, y a mandar atiende:
de el gran teſoro liberal diſpuſo,
y hazerſe Rei con ſu caudal pretende.
Los viejos muros ſin tardar compuſo;
a todo aſſiſte, y recatado entiende,
que verà tus eſquadras Eſpañolas
cubrir los campos, y oprimir las olas.

Oye

XXI.

Oye liſonjas, y engañado, y libre
cubrieron de Romanos la campaña,
que el gran Paſtor deſde el ſagrado Tibre
arroja en odio de el honor de Eſpaña.
Sin miedo ſale, que tu dieſtra vibre
el fatal pino; que corriendo baña
Franceſa ſangre, ſi eſquadrones mueue,
y ver los tuyos ſin huir ſe atreue.

XXII.

Marchando viene a combatir reſuelto,
antes que el campo de Puçol le ganes;
ſiguen ſu paſſo diligente y ſuelto
Eſguizaros, Sueuos, y Alemanes.
Nobleza mucha en eſquadron rebuelto,
de Napoles, y Francia los galanes,
que entre delicias torpes ſe criaron,
y el ocio con las armas caſtigaron.

XXIII.

Anîman ciegos ſu atreuida empreſſa,
Vrſino, Esforça, Arunco, Sanazaro,
Caldora, Contiñola, que profeſſa
ſer de ſus Liſes ſingular amparo.
Tambien le ſigue con igual promeſſa
el noble Paradino, exemplo raro
de fée animoſa, y varonil conſtancia
(fuerte ocaſion de que ſe oponga Francia.)

XXIV.

Las armas naturales y eſtrangeras
con maquinas y dadiuas compelen,
que ſigan ſus improuidas banderas,
haziendo que a tu Imperio ſe reuelen.
Y el fin de ſus aſtucias y quimeras,
por mas que en tus ofenſas ſe deſuelen,
ſerà entregarte la ciudad, que agora
reſpeta las mudanças de Caldora.

XXV.

O caſo triſte, ô merecida injuria,
reſponde ALFONSO con piadoſo llanto,
quien detendrà la vengatiua furia
de el Padre celeſtial con ruego ſanto!
Que vieſſe, quiſo, la ofendida Curia
de Napoles, turbada de el eſpanto,
vengando el Cielo a Ladiſlao de Iuana,
el miſmo entierro que le diò ſu hermana.

XXVI.

Efectos de ſu juſta prouidencia
deſcubren los caſtigos merecidos,
y es vana inutil breue reſiſtencia
la ciega confuſion de los ſentidos.
Deſpierta en el engaño ſu clemencia
los animos rebeldes y dormidos,
y pone ſiempre con el mal ageno,
al tibio eſpuelas, y al gallardo freno.

Salga

XXVII.

Salga el Frances, y ſu poder deſate
mas gente, y armas por el campo Heſperio,
que ha viſto el Sol, llegandoſe al remate
del nueſtro, y del Antipoda emisferio.
Y no ſerà poſſible que dilate
vn ſolo paſſo ſu atreuido Imperio,
librado en Paradino y Contiñola,
quando en Italia mi pendon tremola.

XXVIII.

No temo los azeros belicoſos,
que tantos enemigos multiplican,
ſi opueſtos a mis braços vitorioſos
injuſtas armas a ſeguir ſe aplican.
Que ſolo ſeruiràn los ſedicioſos
(que tanto ſu derecho juſtifican)
en darle de engañarle vn dulce modo,
y hazer deſpues con que lo pierda todo.

XXIX.

No ſolo yo por la razon peleo,
ni ſolo a mi reſiſte ſu locura,
ni vine perſuadido del deſeo,
ni expueſto a la opinion, y a la ventura.
El Cielo me llamò, y al Cielo creo,
el Cielo la corona me aſſegura,
y dieronme el derecho en que me fundo,
mi braço, el Cielo, la razon, y el mundo.

Eſto

XXX.

Esto diziendo; por el campo ſuena
vn rumor diligente y repentino,
que ni la muda ſuſpenſion le enfrena,
ni el paſſado ſilencio le preuino.
El recatado vulgo deſordena,
calando al prado, por hallar camino;
y vſando de la eſpuela, y del açote,
vn Araldo Francès llegaua al trote.

XXXI.

La incierta gente le ciñò confuſa,
y el jouen ſin tardança caminaua;
el breue paſſo a la preſteza acuſa,
que no camina al tiempo que bolaua.
Qualquier eſtoruo y detencion rehuſa,
haſta llegar adonde ALFONSO eſtaua;
llegò a la puerta de la tienda, y luego
rompiò el ſilencio del comun ſoſſiego.

XXXII.

Reiner (le dixo) inuicto deſcendiente
de aquellos Reyes, que ſus nobles Pares,
la fée boluieron al turbado Oriente,
rompiendo en Sion los perfidos altares.
Y de el Iordan ſagrado la corriente,
que en vano llaman los vezinos mares,
paſsò tan libre, que ſus aguas ſantas,
beſar pudieran las diuinas plantas.

XXXIII.

Te ruega, te aconseja, te amonesta,
que no discurras por Hesperia vago,
haziendo siempre tu opresion molesta
al triste Reino tan violento estrago.
Que mires el trabajo que le cuesta
sufrir a dos; que con injusto pago
hazen, logrando el timido hospedage,
daño a los campos, y al honor vltrage.

XXXIV.

No es culpa de los miseros, que llame
por justos sucessores adoptiuos,
Iuana a los dos; y muerta se derrame
sangre innocente de inculpables viuos.
Alfonso teme que ofendida clame,
pues rompe con tan asperos motiuos
en tierra de el silencio las cadenas,
la muda sangre, que callò en las venas.

XXXV.

Y assi con justa lastima te pide,
que libres el sucesso de la guerra
en solo vn dia, pues con esto impide
el cierto fin de la oprimida tierra.
Solo, con muchos, ò con pocos mide
igual palestra, que a ninguno encierra,
y en ella el que vencido se rindiere,
ni a Marte siga, ni reinar espere.

XXXVI.

Dile a Reiner (ALFONSO le reſponde)
que yo agradezco de ſu intento ſano
el medio, y la piedad que correſponde
al pecho fiel de vn Capitan Chriſtiano.
Si lo agradezco, aunque ocultado eſconde
pacifico deſignio de tirano,
y no ai temor, ſi al ruſtico recuerda,
que el pie la ſierpe entre la flor le muerda.

XXXVII.

Con larga guerra en trabajoſos años,
llamado, deſcompueſto, y rebatido,
callando agrauios, y ſufriendo engaños,
ni obrè quexoſo, ni injuriè ofendido.
Vencì eſperando tan prolixos daños,
viſtiôſe de otra ſuerte mi partido,
y a peſar de los emulos que tengo,
lo mas del Reino en poſſeſſion mantengo.

XXXVIII.

Reiner, de los bandîdos ſedicioſos,
y eſtrañas gentes, eſquadrones forma;
los muros, que ocupauan animoſos,
poſtrados por mi gente los reforma.
Que tranzes, ò que fines tan dudoſos,
con dulces medios de piedad conforma,
que tiene mas que ſu ambicioſa eſpada,
y ver en ſi que no auentura nada?

XXXIX.

Sin duda que te engañas, mensajero,
pues no es possible que Reiner se atreua
a ver desnudo mi sangriento azero,
y hazer conmigo de sus braços prueua.
Es cuerdo, y no insolente Cauallero,
y no es razon que tu ignorancia deua
ser culpa en èl; y dierate el castigo,
si no aguardara su rigor contigo.

XL.

Sin armas, sin fatigas, sin heridas,
de toda Hesperia desterrarlo intento,
que a precio injusto de inocentes vidas
ninguno compra possession de assiento.
Victorias de sus dueños homicidas,
son muertes con dorado sentimiento,
y quando mas por su opinion se mueue,
el cuerdo vence al loco que se atreue.

XLI.

No dixo mas; y el mensajero parte,
no tan veloz, como soberuio vino,
la gente por el campo se reparte,
y ALFONSO breuemente la preuino.
En tanto pues que se apareja Marte,
y el monte tiembla del rumor vezino,
llegaua Ansberto a vna floresta verde,
que nunca el manto de sus flores pierde;

X L I I.

Tan fresco, que a pesar del seco Estio
el vario esmalte, que su Abril conserua,
de altiuos olmos esquadron sombrio,
de el Sol con dulze injuria le reserua,
Recoge el prado vn despeñado rio
en blanda cama de menuda yerua,
que en pago lisonjera diuidia
con lento passo la corriente fria.

X L I I I.

En el florido aluergue de las hojas
vistiendo sus matizes y colores
cantan las aues amarillas rojas,
al Cielo quexas, y a su luz amores.
Mezclaua dulcemente sus congojas
con el robado aliento de las flores,
risueño y graue el apacible viento,
haziendo de las ramas instrumento.

X L I V.

Dexò el cauallo, desciñò la espada,
y el fertil suelo presuroso mide,
dexandola en la yerua sepultada,
el fuerte escudo con furor despide.
Arroja al pie de vn tronco la celada,
desata el peto, que molesto impide
al pecho, que respire el fuego ardiente
de amor y zelos, y temor de ausente.

Sus-

XLV.

Suſpenſo y mudo, ſin hallar deſcanſo,
el cuerpo entrega a la oprimida grama,
conſigo miſmo riguroſo y manſo,
marchita y ſeca la piadoſa cama.
El ſon del agua, que formò vn remanſo,
la voz ſe le figura que le llama
de aquella ingrata, que a Gerardo adora,
que amada ofende, y oluidada llora.

XLVI.

Y viendo que le engaña ſu locura,
ſuſpira triſte la cabeça baja,
ſi mira el agua criſtalina y pura,
por no enturbiarla, con dolor trabaja.
Si vè del monte alegre la verdura,
la dulze viſta ſin piedad ataja
el mal que ofrece al abraſado ſeno,
memorias de los campos de Liſeno.

XLVII.

Lucha el amor con la tirana ofenſa,
y entrambos vencen el perdido amante,
zeloſo quiere, quando airado pienſa,
que viſte la ternura de diamante.
No trata yà de preuenir defenſa,
que no la tiene engaño ſemejante,
pues ſon peſado ſueño los deſuelos,
amor la ofenſa, y la vengança zelos.

XLVIII.

O tantas vezes desdichado Ansberto
(dixo a la selua que le escucha atenta)
el mal te llama de vn agrauio cierto,
y vas con ruegos a vengar su afrenta?
Que espera tu engañado desconcierto,
si el dueño injusto, que matarte intenta,
burlò tu amor; y tu que le acompañas,
zeloso y loco tu dolor engañas?

XLIX.

Si a vezes de Fenisa te defiendes,
con tu enemigo mismo te aconsejas,
y amante ciego remediar pretendes
agrauios propios con agenas quejas.
Caminos varios engañado emprendes,
y el cierto y facil sin buscarle dejas;
y estàs tan loco, que a Fenisa pides
el mismo bien, que a tu desdicha impides.

L.

Que esperas, qúe discurres, que imaginas;
lo que otro dexa, priua de sus fueros
tu noble libertad, y en sus ruinas
ni vès temor, ni desnudar azeros?
Amar lo aborrecido determinas?
y viues entre engaños lisonjeros,
viendo que aguardan venturosos braços
lo que amas triste con infames laços?

L I.

Tu fuiste quien del Granadino Moro
vencidos los soberuios vencedores,
diste a su vega prodigo el tesoro,
emulacion alegre de sus flores.
Que es de tu honor, tus fuerças, tu decoro,
rendidos a tan fragiles amores?
eres el mismo? No: mas si otro fueras,
menos desdicha y confusion tuuieras.

L I I.

Assi ofendido y triste se quexaua,
quando de el monte el concauo sombrio,
con passo diligente atrauesaua
Gerardo ossado, por llegar al rio.
Su noble amante, hermosa acompañaua
Laura gentil, que con sagaz desuio
entre el forçoso engaño diuertia,
memorias de su antigua compañia.

L I I I.

Apenas el honor de Claramonte
descubre entre las ramas a Gerardo,
quando oprimido el apacible monte,
sintiò medroso su furor gallardo.
Detente, que primero que tramonte
el Sol (le dixo) la vengança aguardo
de el mas aleue pecho, que de España
manchò el honor con insolente hazaña.

Presto

L I V.

Preſto veràs, que de Fenisa auſente
la juſta quexa, y vergonçoſo daño
hallò piedad, y braço tan valiente,
que igualarà al caſtigo de tu engaño.
Ni llegarà de el Sol la rubia frente
a las poſtreras margenes de el año,
primero que me vengue deſta ingrata,
que tu aborreces, y de amor me mata.

L V.

Burlò con dulce engaño mi locura,
que agora vengo con igual caſtigo;
en ti, porque burlaſte ſu hermoſura;
en ella infiel, porque fingiò conmigo.
Con eſto mi palabra ſe aſſegura,
mi amor ſe venga en ſu mayor amigo,
ſu fama con tu vida ſe reſtaura,
y el mal que ſiento, con quitarte a Laura.

L V I.

Quitarme (dixo la gallarda dama)
que azero fuerte, ò que Eſpañoles braços
haràn crecer el numero a la fama,
haziendo el ñudo de mi honor pedaços?
De el prado dexa la florida cama,
liga el arnès con los vſados laços;
que ſi yo deſarmada no viniera,
tu vida preſto mi rigor ſintiera.

Mas,

LVII.

Mas no lo quiere la desdicha mia,
ni el noble pecho de mi dueño fuerte,
(no Laura hermosa su Campion dezia)
que no merece tan dichosa muerte.
Ansberto, bien conozco tu osadia,
y quando fue forçoso conocerte,
siempre te vi, que por trabar batallas,
derecho y lei en los tiranos hallas.

LVIII.

Iamas me acobardaron ademanes,
y mal fundadas vanas presunciones,
que obligan a soberuios Capitanes,
que venguen aparentes sinrazones.
Ni han de librarte azeros Catalanes
de el gran peligro en que tu vida pones,
pues nunca en tranze igual tu aliento viste,
en el Campo de Vrgel, donde naciste.

LIX.

Si acaso sabes, ò aduertido piensas,
primero que al viuir, su curso impidas,
que ni reparo tienen sus ofensas,
ni vengarla podràs con muchas vidas.
Encuentros buscas, sin tener defensas;
y quando las tuuieras preuenidas,
sin sesso vienes, si arrojado quieres
vengar agrauios, y enmendar mugeres.

L X.

Eſto diziendo, de el arçon aſſido
dexò la ſilla con preſteza tanta,
que el mouimiento apenas perceuido
fue de el contrario, que ligero eſpanta.
Entre la verde yerua diuidido
las ſueltas piezas de el arnès leuanta,
y Ansberto mira con ſemblante fiero
la nueua traça de el cortès guerrero.

L X I.

Lleuôle el peto, y con ſerena frente
Ansberto le reſponde ſoſſegado:
Preſto veràs, que tu arrogancia ſiente
mi duro braço, por tu mal armado.
No te detengas (replicò el valiente
Gerardo) porque ofende al verde prado,
el ver que con tu ſangre no le riego,
y el cuerpo elado a ſu regazo entrego.

L X I I.

Hizo, por mas que el Catalan ſe ofenda,
que el yelmo enlace, y que la eſpada ciña,
y porque no dilate la contienda,
diſcurre Ansberto la fatal campiña.
Deſata preſto la rebuelta rienda
del verde tronco, y del cauallo aliña
la ſilla, que en ſus bueltas ſe interpuſo,
y la tez de las flores deſcompuſo.

LXIII.

De ella en la ſilla, con ligero ſalto,
(la emulacion ſe puſo de Thiſeo)
y apenas ſube, quando mueſtra en alto
la eſpada, executando ſu deſeo.
Mas no causò temor el ſobreſalto,
que pudo darle ſu feroz empleo;
pues yà ſobre èl, porque mejor le tope,
llegò Gerardo con audaz galope.

LXIV.

Por el ſinieſtro lado le acomete,
y antes que Ansberto el rabican rebuelua,
partiendole la creſta del amete,
hizo que roxos los plumages buelua.
Midiò de los arçones al copete,
y buelto en ſi, primero que reſuelua
Gerardo el ſegundar con triſte efeto,
la dura paſta le rompiò de el peto.

LXV.

Sintiò el gallardo morador de el Turia
el nueuo paſſo, que allanò el eſtoque,
y no aguardò con deſigual injuria,
que ſu vertida ſangre le prouoque.
Rebuelue preſto con violenta furia,
y antes que el hierro en los hijares toque,
rompiò de el Catalan el fuerte pecho,
el lado izquierdo, y el arçon derecho.

LXVI.

Y viendo derramar atraueſado
ſu roja ſangre por el campo verde,
el impaciente Ansberto deſangrado,
cobrando enojo la paciencia pierde.
Boluiendo con ſu afrenta aconſejado,
no quiſo amor que de viuir ſe acuerde;
que eſtando entre deſdichas oprimida,
no ai coſa mas ſobrada, que la vida.

LXVII.

Hallò tan cerca a ſu enemigo fuerte,
que pudo luego, ſin hallar defenſa,
abrir camino a la vezina muerte,
y al recebido golpe recompenſa.
Mas no dexò que la vengança acierte
la miſma furia que le diò la ofenſa,
y aſſi rompiò de la cabeça y braço
igual azero, con igual pedaço.

LXVIII.

Segunda vez ſin alentar repite
el miſmo golpe, que apreſura en vano,
ſin ſer poſſible que Gerardo euite
que no le ofenda la ſoberuia mano.
Hizo que el pomo martillando quite
al otro lado, por ſu mal cercano,
de eſpalda y braço la defenſa amiga,
que al prado entrega con mortal fatiga.

Gerardo

LXIX.

Gerardo aſſido a la amiſtad de el freno,
perdiendo de ſus armas el amparo,
ſoberuio intenta (de verguença lleno)
que el duro eſtrago le ſalieſſe caro.
Lleuò la punta encaminada al ſeno,
y hallando de las armas el reparo,
boluiò de filo, y procurò la enmienda,
cortando vn tajo a la vezina rienda.

L X X.

Parte el ligero rabican corriendo,
negando la deuida ſeruidumbre;
aqui y alli rebuelue diſcurriendo,
perdida en todo ſu leal coſtumbre.
Tal vez al ondo valle deſcendiendo,
y tal buſcando la ſeluoſa cumbre,
por mas que con la mano y con la eſpada
enderezarle quiere a la eſtacada.

L X X I.

Gerardo en ella vencedor aguarda,
y Laura, que mirando le ſocorre,
maldize a la tiniebla que ſe tarda,
la ſangre viendo que en el campo corre.
Eſte rezelo vano la acobarda,
y oſſada teme que tardando borre
el juſto honor de el vencedor gallardo,
perdiendoſe la vida de Gerardo.

LXXII.

En esto a pie por la estacada viene
el hijo de Aglansol, corriendo apriesa,
diziendole; Que assombro te detiene,
si eres guerrero, y de viuir te pesa?
Baxa, y soltando tu Curcier, mantiene
el trato vil, que tu ambicion professa;
que no porque las riendas me cortâste,
hazer pudiste que el castigo baste.

LXXIII.

Si acaso quieres aguardar vn poco,
(dixo Gerardo) a tu insolente ruego
darè el castigo que merece vn loco
excesso, descortès, errado, y ciego.
Mi justa gloria vencedor apoco,
si tu atreuida peticion te niego.
Esto diziendo, con ligera buelta
la yerua pisa, y el cauallo suelta.

LXXIV.

Sintiôle apenas la florida espalda
de el monte, quando descendiò a la vega,
corriendo vn Cauallero por su falda,
que en breue espacio a los guerreros llega.
De Ansberto reconoce la guirnalda,
(diuisa antigua, que el amor le niega)
las negras vandas de Gerardo mira,
y assi les dize, quando mas suspira:

En

LXXV.

En buen lugar, y con gentil motiuo,
ſois de la fama ſingular materia,
quedando cada qual apenas viuo,
teñido en ſangre con igual miſeria:
En tiempo que Reiner ſoberuio, altiuo,
tirano, quiere de la antigua Heſperia
lograr los campos, y oprimir las olas,
con mengua de las armas Eſpañolas.

LXXVI.

Quando de el Quinto ALFONSO las banderas,
las bandas rojas, y las Cruces ſantas,
los fuertes braços, y ſus armas fieras,
reſpeto y miedo de naciones tantas,
Deſtierran de ſus montes y riberas
las Liſes de oro, y eſtrangeras plantas,
verteis la ſangre en margen eſtrangero,
a peſar de la malla, y del azero.

LXXVII.

Tiempo es agora de teñir las flores,
y dar las honrras por venganças viles,
trocar la guerra por reñir amores,
dexandola por cauſas femeniles?
De hazer en la campaña executores
de enojos embidioſos y ciuiles
los duros braços, que pudieran ſolos
poner las bandas en entrambos polos?

LXXVIII.

De opulentos deſpojos abundantes,
y de glorioſos lauros coronados,
a Eſpaña boluereis ciegos amantes,
con las victorias miſmas afrentados.
Aſſi de las vengalas y turbantes,
entre viſtoſas plumas enlaçados
hizieron (no de plata) ſus teſoros,
abuelos vueſtros de los Reyes Moros.

LXXIX.

Vencida eſta liuiana cõpetencia
con mas honor en tanto deſconcierto,
por ti Gerardo quedarà Valencia,
y Cataluña iluſtre por Ansberto.
O amor, ô zelos, infernal dolencia,
que turbas la quietud deſte deſierto,
por ti ſe oluidan! ô terrible hazaña,
tan nobles hijos de ſu madre Eſpaña.

LXXX.

Dixo, y callò; porque ſuſpenſa al punto
quedò la gran batalla intẽpeſtiua:
conocen a Florel, partiendo junto
el Sol, que de los montes ſe derriua.
Forçados dexan el zeloſo aſſunto;
venciò el honor a la ocaſion que priua
de el ſeſſo, al que con vanos intereſes,
burlò la edad en ſus dorados meſes.

LXXXI.

Florel de Ansberto, y Laura de ſu amante
la ſangre toman, las heridas ligan,
y al humo que deſcubren adelante,
atentos caminando ſe fatigan.
Al monte mas riſcoſo y arrogante
las negras alas de la noche obligan,
que en ellos pierda el Sol de ſu jornada
las claras prendas de la luz paſſada.

LXXXII.

Llegaron de la ſombra acompañados,
y ſiendo de ſu dueño recebidos,
dieron en blanda pluma ſepultados,
tregua al dolor, y engaño a los ſentidos.
Boluiendo el Sol a retocar los prados,
deſpiertan a los pajaros dormidos,
los freſcos aires, con que baxa vfana
coronada de flores la mañana.

LXXXIII.

Por vna quiebra de la opueſta ſierra,
que mira de los campos de Peloſa
el verde manto de ſu fertil tierra,
en opulentas mieſes poderoſa;
Rumor confuſo de importuna guerra
retumba en la diſtancia cauernoſa,
dexando preſto el Capitan de Eſpaña
de liſes de oro llena la campaña.

LXXXIV.

Apenas miden el armado ſuelo,
quando tan fuertemente los enuiſten,
que honor, y miedo, con ſagaz rezelo,
el duro impulſo por ſu mal reſiſten;
Qual ſuele airado deſatar el Cielo
ardientes rayos, que de lumbre viſten
el aire, y los opueſtos oriçontes,
rompiendo nubes, y abraſando montes.

LXXXV.

Aſſi de Alfonso los guerreros fuertes
reciben los Franceſes eſquadrones,
con duros golpes, con ſangrientas muertes,
con mengua de ſus armas y campiones.
No viò perdido las trocadas ſuertes,
llorando Baro el fin de ſus legiones;
con tal dolor, como Reiner miraua
lo poco que ſu esfuerço aprouechaua.

LXXXVI.

Enuiſte la batalla, por la parte
que viò la reſiſtencia con aliento,
fuerças la infunden ſu valor y Marte,
y el daño ſu atreuido mouimiento.
De Esforça luego, y Armengol deſparte
la igual batalla, con moſtrar ſediento
de agena ſangre el filo, que bañado
dexò en la ſuya el Montañès ſoldado.

Paſ-

LXXXVII.

Paſsôle el pecho, y con ligera buelta
de Artal valiente, que ſu fuerça impide,
la dura frente en el azero embuelta
de los diſtantes ombros le diuide.
Trauò de nueuo la fatal rebuelta
de opueſtas armas; y ſoberuio mide
el ancho campo, en que ſus Liſes halla
rendidas al furor de la batalla.

LXXXVIII.

Aſſi gallardo el Paladin diſcurre,
y apenas llega del combate al centro,
quando con Pedro vencedor concurre,
que oſado y fuerte le ſaliò al encuentro.
Detuuo el braço, y al honor recurre,
que auiua el paſſo, leuantando dentro
de el noble pecho vn fuego vergonçoſo,
que abraſa y culpa ſu mental repoſo.

LXXXIX.

Mouiò las tardas plantas tan violento,
y al gran ALFONSO ſe juntò de ſuerte,
que pudo en el peligro de ſu aliento
guardar la vida, y detener la muerte.
Buelo tomar no pudo el mouimiento,
y la diſtancia impide que le acierte,
aunque cortò las alas del plumage,
y en la dorada creſta el omenage.

X C.

Maldiga el Cielo, y con razon maldiga
la fugitiua tropa de cauallos,
que entre ellos paſſa, y a Reiner obliga
que eſcape entre ſus vltimos vaſallos.
Aqui de ALFONSO la mortal fatiga
tuuiera fin, pudiendo ſugetallos
el braço fiel, que ſin hallar recurſo,
quedò ſuſpenſo en la mitad de el curſo.

X C I.

Deſmaya en todas partes la contienda,
y al monte los Franceſes ſe auezinan;
no ai golpe que con rieſgo los ofenda,
ni a vencer, ni a morir ſe determinan.
Ninguno ſabe que remedio emprenda,
y para huir a paſſo que imaginan,
ſe aplica al miedo, que el peligro ſiente
del caſo vil, la eſpuela diligente.

X C I I.

Los aires rompe con ſoberuio eſtruendo
el grito vencedor, y las cauernas
del duro monte bueluen, repitiendo
alegres voces, y querellas tiernas.
La ſangre por el campo diſcurriendo
ſe mueſtra entre cabeças, braços, piernas,
y en ellas, yà ſin ella detenida,
con breue impulſo la paſſada vida.

Im-

XCIII.

Impide el vencimiento la cudicia
de el juſto premio, que ofreciò la guerra,
a la ſeuera lei de la milicia,
que dos fortunas por igual encierra.
Y à la Franceſa gente deſperdicia
deſpojos voluntarios por la tierra,
qual ſuele el jouen timido, que eſcapa,
dexar al toro, por huir la capa.

XCIV.

Parò el alcance, la vitoria para,
y Alfonso ſatisfecho y ofendido,
moſtrò al ſuceſſo fauorable cara,
de el corto vencimiento detenido.
A las deuidas gracias ſe prepara,
con publicos aplauſos y ruido,
y el ſonoro metal que los celebra,
del vago eſpacio los criſtales quiebra.

NAPOLES RECVPERADA,
CANTO SEXTO.
ARGVMENTO.

DE Alcimedonta llega a la morada
Feniſa; y vn anillo de ſu encanto
le dà la Maga. En vna noche elada
conoce entre las quexas, y el eſpanto
Reiner a Paradino, y ſu jornada,
ſiguiendo a Bari. Piden entretanto
Norberto y Florisbel, la bella Arminda:
no eſpera ALFONSO *Amberſa, que ſe rinda.*

I.

APENAS a los montes la mañana,
que el Sol recuerda, con ſu llanto auiſa,
y el argentado roſtro de Diana
ni el mar retrata, ni ſu luz diuiſa;
Quando deſcubre entre la ſelua cana
aquella antigua maquina Feniſa,
del que engañando el aire truxo a Cumas,
ſeguro buelo con agenas plumas.

II.

Viò la eminente y rara peſadumbre,
que con ſoberuia altiua ſe oponia,
de el pardo monte a la vezina cumbre,
(primer teſtigo, de que nace el dia)
Entrò en el templo, deſcubriò la lumbre,
que por la eſtrecha boca parecia,
y en tanto entegra ſu cauallo al heno
el ſieruo fugitiuo de Liſeno.

Amor,

III.

Amor, que ſe detenga no conſiente,
mirando la excelente arquitectura
en el tributo palido de Oriente,
que las colunas altas aſſegura.
Y que ſuceſſos muertos repreſente,
como ſi viuos fueran, la pintura;
que mas eſtima amor ſus glorias fieles,
que partos de buriles y pinceles.

IV.

Pisò, dudando la medroſa cueua,
mas no rehuſa ſu ignorado centro,
y el deſmayado esfuerço que la lleua,
fingidos caſos le figura dentro.
Aliento cobra, el animo renueua,
quando la Maga le ſaliò al encuentro,
y con la breue luz al miſmo punto,
pudieron verſe, y admirarſe junto.

V.

Fue tal ſu admiracion, que ſe juzgaron
por las fingidas barbaras deidades,
a cuyo honor altares conſagraron
con vanas iluſiones las edades.
El natiuo ſilencio les hurtaron
a las vezinas mudas ſoledades,
y en cada qual para el ſilencio lidian,
lo mucho que ſe eſpantan, y ſe embidian.

Rom-

V I.

Rompiò la deſterrada de Toledo
del reciproco ñudo las priſiones,
y forma libre de el confuſo miedo
ò quexas, ò ſuſpiros, ò razones:
Y entre ellas dize; Si mouer te puedo,
y al juſto llanto la piedad diſpones,
eſcucha mis engaños y porfias,
agenas culpas, y deſdichas mias.

V I I.

Yo ſoi, ſi tiene ſer la deſdichada
que viue de ſus padres fugitiua,
a eternas ſinrazones condenada,
con zelos muerta, y con engaños viua.
Dexè de el Tajo el agua celebrada,
que de la antigua Cuenca ſe deriua,
y de mi patria intenta, quando llega
ceñir los muros, y enlaçar la vega.

V I I I.

Llorè mis males deſdichada a ſolas,
en montes, campos, ſeluas, y riberas,
dexè las dulces playas Eſpañolas,
bañadas con mis lagrimas poſtreras.
Fiême a la ſoberuia de las olas,
en vna debil junta de maderas,
que hinchando el ſeno del opueſto lino
la lleua el viento ſin dexar camino.

Sigo

I X.

Sigo a Gerardo burlador amante
Penſiſa ſin ventura, que procuro.
No paſſes con tus quexas adelante,
(le dixo Alcimedonta) que te juro
Por la eſpacioſa maquina, que Atlante
ſuſtenta del eterno y fuerte muro,
de poner dulce fin a tus querellas,
antes que llame el Sol a las eſtrellas.

X.

Bien sè, le dize, la ocaſion moleſta,
que aſſi te fuerça a lamentar conmigo,
que en vna ardiente y dilatada ſieſta,
por larga narracion de tu enemigo,
Su traça ſupe, por tu mal diſpueſta,
tu ciego amor, ſu engaño, tu caſtigo,
ſu fe perjura, tu abraſado pecho,
ſu injuſto robo, y tu burlado lecho.

X I.

Aqui de Laura fauorables zelos
a luz ſacaron tu paſſada hiſtoria,
teſtigos fueron los hermoſos cielos
del muerto amor, y la paſſada gloria.
Aqui ſe aſſeguraron ſus rezelos,
con eſta prenda fiel de tu memoria,
con eſte anillo, que el remedio alcança,
para ſer ſu deſdicha, y tu vengança.

XII.

ſin ſaber ſi reſponde, ò ſi pregunta
ſi ignora, ò ſabe lo que mira, y donde
oye ſu mal, ni viua, ni difunta.
A lo que fue, lo dicho correſponde,
y no al dolor, que los eſtremos junta:
porque ſi queda al ſentimiento viua,
el dolor miſmo de viuir la priua.

XIII.

Ceſſe, dixo la Maga, el facil ruego,
que yo pondrè tal fuerça en eſta prenda,
que al miſmo tiempo que penetre el fuego,
huir de mi por ſu region emprenda.
Tu le veràs tan abraſado y ciego,
que al juſto daño tiraràs la rienda,
y deſte vencimiento en los deſpojos
tendràn materia de piedad tus ojos.

XIV.

Eſto diziendo, con furor inuoca
los negros moradores del auerno,
y con el dulce aliento de la boca
mezclò los nombres que hoſpedò el infierno.
A triſte miedo y confuſion prouoca
la obſcura caſa del caſtigo eterno;
temblò la cueua, y el altar de plata,
con la funeſta turba que deſata.

X V.

Las primeras coronas de el profundo
ſobre ligeros Grifos caminaron,
y las que ocupan el lugar ſegundo,
ſu buelo ſobre lernas igualaron.
Otras que adora la deidad del mundo,
de flores ſus leones coronaron,
y ſaben con induſtria ſus autores
matar con vñas, y alagar con flores.

X V I.

El ocio infame colocò ſu aſſiento
ſobre doradas plumas y viſtoſas,
no en creſpo cuello de animal eſſento,
que viue las montañas cauernoſas.
De la ambicion los idolos de viento
vinieron en quimeras fabuloſas;
que como en èl ſus maquinas deſuelan,
todos al fin ſobre quimeras buelan.

X V I I.

La vana preſuncion de los Poëtas,
con ciſnes truxo el carro, que compuſo
de verſos duros, y contrarias ſetas,
hijas del vulgo barbaro y confuſo.
Las vozes deſtos ciſnes imperfetas,
admira la ignorancia, aprueua el vſo,
porque ai en todos ſiglos, y no pocos,
aplauſos necios, y aplaudidos locos.

XVIII.

De torpes beſtias ſobre cuellos pardos
luego ſe viò el eſpiritu laſciuo,
que el lento paſſo de animales tardos
haze bolar con impetu mas viuo.
Vinieron otros Principes gallardos,
que injuſtos rigen con dominio altiuo,
la adulacion, el odio, la porfia,
la embidia, la traicion, la ſimonia.

XIX.

En breue eſpacio les propuſo el caſo,
y el padre vniuerſal de la mentira,
que en la region del infernal ocaſo
ſoberuia, y fuego ſin piedad reſpira,
Tomò el anillo, y alargando el paſſo,
la obſcura junta por el aire gira,
y hablados los propinquos y remotos,
tomò de todos los conformes votos.

XX.

Boluiò la prenda a la animoſa Maga,
y en ella impreſſo tan mortal veneno,
que con la vida el triſte ſatisfaga,
ſi el propio dexa por amor ageno.
La turba en eſto, diuertida y vaga,
rompiendo el aire placido y ſereno,
dexò la cueua, y con tremendo grito
del negro Reino penetrò el diſtrito.

XXI.

Quien de Fenisa el miedo relatara,
contar pudiera luego su contento,
que alegre buelue a la robada cara,
la sangre con risueño mouimiento.
No en las visiones tragicas repara,
sino en la dulce prolacion del viento,
en que escuchò, sin vozes naturales,
el natural remedio de sus males.

XXII.

En esto Alcimedonta, sacudiendo
el infernal espiritu, que tuuo
en la region de el alma presidiendo,
quando el abismo su poder detuuo;
Y al baço el roxo manto reboluiendo,
assi gozosa del sucesso estuuo,
que diò a Fenisa con estrechos laços,
alegres nueuas, y amorosos braços.

XXIII.

Aqueste anillo a tu belleza entregan,
(dixo) mi amor, mi fuerça, y tu ventura,
forçosa prenda, si tus ojos niegan,
lo que mandar pudiera tu hermosura.
Si vès, que dulces y gallardos ciegan
al que mirò su luz diuina y pura,
mata sin mi, con apacible llanto,
con fuertes rayos, y amoroso encanto.

XXIV.

Alegre parte, pues el hado dieſtro
conſpira tu beldad con mi potencia,
y en eſta prenda (de el encanto mueſtro
la lei, que apenas halla reſiſtencia)
Y en fe de mi poder, y el amor nueſtro,
veràs como ſugeto a tu clemencia
Gerardo rinde el ſeſſo a los rigores,
por mi dè penas, y por ti de amores.

XXV.

Cerca de el campo, donde ALFONSO agora
de Anuerſa oprime los canſados muros,
en vn eſtrecho valle, donde Flora
viſtiò de roſas los criſtales puros,
Veràs a Laura, que Gerardo adora,
con ſu engañado dueño, tan ſeguros,
que baxe aguardan a la tierra el dia,
y en ti ſu noche mi deidad embia.

XXVI.

Que gracias (le reſponde) arrodillada
ſeràn de tanto bien la recompenſa?
permita el Cielo, ô Ninfa, que adorada
jamas preuengas a tu amor defenſa.
En tu hermoſura, al tiempo conſagrada,
hazer no intente la vejez ofenſa,
y tu poder (ſin que tu daño euites)
en agenas deſgracias acredites.

Eſto

XXVII.

Eſto diziendo, leuantôſe aparte,
y en los amigos braços le ſuſpende,
y Dulceriſa prodigo reparte
el nueuo fuego, que ſu pecho enciende;
Y diſpueſta a vencer, alegre parte
la empreſſa juntos, y el camino emprende,
ſin alas buela, y lleua ſatisfechas,
de honor las plumas, y de amor las flechas.

XXVIII.

En tanto pues que ſu camino ſigue,
y el Sol las ſombras al morir dilata,
bañando, porque el ſueño le perſigue,
las rubias trenças en criſtal y plata:
Reiner, temiendo que a morir le obligue
ſu injuſta ſuerte, por las riendas ata
a vn verde prado ſu cauallo, y luego
ſuſpira quexas, y reſpira fuego.

XXIX.

Suſpenſo dize; O campos de Peloſa,
robad las Liſes, que en cobraros tardo:
quien templarà mi afrenta laſtimoſa,
ſi en noble fuego de venganças ardo?
No aqueſta vega fertil y eſpacioſa,
ni ver el agua deſpeñada aguardo,
que procurando alegre entretenerme,
en piedras grita, y en arena duerme.

No

XXX.

No los altiuos arboles ſombrios,
[illegible]
ſus verdes ſenos, y peñaſcos frios,
que en val de Apolo deſcubrir procura:
Teſtigos ſobran a los males mios,
y falta quien remedie mi locura,
que en mal de honor, qualquier remedio ſobra,
y honor perdido con honor ſe cobra.

XXXI.

De Napoles obtuue la Corona,
que agora buſca peregrinas ſienes:
la miſma empreſſa mi valor abona,
pues no auerguençan los perdidos bienes.
Oſar morir por merito pregona
la antigua fama; que ſufrir baiuenes,
es de quien piſa la ſoberuia rueda,
que ſolo tienen deſualidos queda.

XXXII.

Que miedo vergonçoſo me acobarda?
que ſombra vana el coraçon oprime?
eſpera vn bien que fugitiuo tarda,
y al graue peſo del ſuceſſo gime.
De injuſtas manos, por ſu mal aguarda
honor deuido, que a morir le anime:
porque es el bien que alcança al deſdichado,
tirano breue con rigor doblado.

Mueſ-

XXXIII.

Mueſtrame el Sol en montes y deſiertos
preñadas nubes, que en los campos vierte
la obſcura noche mis amigos muertos,
memorias triſtes de mi amarga ſuerte.
Fatiga boſques lobregos inciertos
eſte cauallo generoſo y fuerte,
hallando ſiempre en eſtas ſeluas rudas,
los prados ſecos, y las fuentes mudas.

XXXIV.

A Bari mi deſdicha me encamina
ſeguro, en fe de ſu conſtante dueño;
Rei me llamo, y a reſtaurar me inclina
de ſu palabra miſma el deſempeño.
Tiende en los altos montes la cortina,
obſcura madre de el forçoſo ſueño,
que al ſon deſte criſtal dormido y tardo,
que buelua el Sol a mi triſteza aguardo.

XXXV.

Abraze tu ſilencio mis peſares,
y velen todos en perpetua guerra,
el viento aduerma los canſados mares,
y negras ſombras la ambicioſa tierra.
Engañen tus quimeras los cantares,
de el que engañado ſu temor deſtierra,
que yo procuro aliuio a mis congojas,
al blando ſon de las templadas hojas.

XXXVI.

Apenas a las puertas del ſentido
tocò del ſueño la piadoſa mano,
quando ſintiò del monte en lo eſcondido,
confuſas quexas de dolor humano.
Sentôſe preſto, y aplicò el oîdo
al dieſtro lado, que formaua vn llano;
porque de alli la confuſion del viento
en breues vozes deſatò el lamento.

XXXVII.

La admiracion, la noche, ſu deſuelo,
potencias y ſentidos ofuſcaron:
ceſsò el rumor, y no formò el rezelo
aquellas miſmas vozes que eſcucharon.
Llegò el oîdo al agoſtado ſuelo,
por ver ſi en ſu dureza le formaron
la voz, y el viento la noticia cierta,
que el aire vagamente deſconcierta.

XXXVIII.

Por mas que atiende, y preuenido eſcucha,
ni el aire miſmo con las ramas juega,
buelue del ſueño a la confuſa lucha,
que tiernos braços al canſancio niega.
No fue la injuſta reſiſtencia mucha,
quando el canſado cuerpo les entrega;
y el viento a ſu atencion mudo y prolixo,
callò las quexas, y Reiner le dixo:

No

XXXIX.

No tan furioſa ſalta de la cama,
fiera que ſiente repentina herida,
de el braço experto, que ocultò la rama,
defenſa natural del homicida.
Como el Frances, juzgando que le llama
la voz dichoſamente inaduertida,
en pie ſe puſo, y el camino prueua,
donde parece que la voz le lleua.

XL.

Ligado dexa ſu cauallo al pino,
y a requerir el boſque ſe reſuelue;
los arboles le impiden el camino,
y atràs, forçado de ſu encuentro, buelue.
Repara vn poco, mejorando el tino,
y al dieſtro lado ſin temor rebuelue;
la mano tiende diligente en vano,
que hallò la frente lo que errò la mano.

XLI.

Si alguna luz couarde centellea
de breue eſtrella en ſu diſtancia bruſca,
el negro boſque impide que ſe vea,
y al miſmo horror con ſu tiniebla ofuſca.
No ſabe ſi es ficcion lo que deſea,
ò ſueño vano el termino que buſca:
parò dudoſo de ſu empreſſa vana,
llamando con ſuſpiros la mañana.

XLII.

Tendiôse al pie de vn ſauce, que guarnece
del creſpo monte la vezina falda,
y en ella aliuio a ſu peſar ofrece
de las ñudoſas ramas la guirnalda.
El ſueño mengua, y el cuidado crece,
y apenas ſiente la robuſta eſpalda
el tronco, quando a ſus orejas ſuena:
Por ti el honor acaba de Lorena.

XLIII.

Saltò ligero, y aplicò el diſcurſo
Reiner a las palabras que eſcuchaua;
partiò admirado con dudoſo curſo,
donde la voz confuſa le lleuaua.
El tiento hallaua natural recurſo
en los veſtidos leños que topaua,
y de vno en otro, a vn Cauallero llega,
que herido, y ſolo ſe hoſpedò en la vega.

XLIV.

El laſtimado jouen le deſcubre,
y en pie ſe puſo con preſteza tanta,
que de el eſcudo rigido ſe cubre,
y al paſſo de el que viene ſe adelanta.
Viendo que el roſtro preſuroſo encubre,
y el fiero eſtoque ſin piedad leuanta;
Detente (dixo) que ayudarte quiero,
y no prouar los filos de el azero.

Con

XLV.

Con quexas tiernas, y lamento trifte,
venciendo de la noche la inclemencia,
aqui, Guerrero noble, me truxifte,
para remedio fiel de tu dolencia.
Si honrrado fientes, que el honor perdifte,
fi pobre tu fortuna, ten paciencia:
que yo perdiendo vn Reino en mis porfias,
confuelo a todos con defdichas mias.

XLVI.

Si eftàs a cafo, Cauallero, herido
de airada mano, de Riual gallardo,
y verte fatisfecho y defendido
efperas trifte, como yo lo aguardo;
Tambien aliento de tu mal he fido,
que en viles zelos, y en defdichas ardo;
mas no es poffible, que en amores toca,
quien llora males, y a Reiner inuoca.

XLVII.

Defenfa y glòria de las Lifes de oro,
(le dize Paradino arrodillado)
por tu defenfa jufta, y tu decoro,
bañè de fangre de Pelofa el prado.
Expuefto al curfo de vn cauallo moro,
lleguè mejor herido que curado,
aqui donde profigue tus ofrendas
mi fangre, fin refpeto de las vendas.

XLVIII.

O Paradino amigo (le dezia
Reiner, y entre los braços le ſuſpende)
quien ſino tu de la fortuna mia
ſeguir el paſſo deſdichado emprende?
Eſpera, que tu ſangre, y ſu porfia
con fuertes laços te corrija y vende,
y al ſon repoſa deſte aliento manſo,
que en vez de sueño nos darà deſcanſo.

XLIX.

Yà baxa por la falda deſte monte
el primer reſplandor de la mañana,
y fugitiua buſca el orizonte
la obſcura ſombra, perezoſa y vana.
Y antes que Apolo por el mar tramonte,
y rayos cambie con la eſpuma anciana,
partir a Bari nos ſerà forçoſo,
por dar a tanto mal qualquier repoſo.

L.

Aſſi le dixo, y diligente parte,
y el villano Curcier libre deſata,
trauadas ramas al paſſar deſparte,
y ſus ganchoſos laços desbarata.
Ligero buelue, y el herido Marte
ſeguir ſus paſſos en ſu Alarue trata,
y ſin camino ò ſenda, a ſu aluedrio
piſando van las margenes de vn rio.

Paſ-

L I.

Passaron memorables auenturas,
trabajos nunca vistos, ni temidos,
en sierras, en desiertos y espesuras,
sin ser de agena industria socorridos.
Al fin, entre vnos laços de verduras,
de los passados meses ofendidos,
de Bari las murallas descubrieron,
y al Sol, dorando sus almenas, vieron.

L I I.

Llegaron a la puerta, y rodeados
del vulgo, que los mira y acompaña,
fueron con nueuo estrepito lleuados
de vna estacada fiera a la campaña;
Donde en teatros publicos sentados,
mirando estàn vn Capitan de España,
que al ronco son de el belicoso Marte,
el campo con la luz diuide y parte.

L I I I.

Creîan los que vieron los guerreros,
que fueran generosos combatientes,
y dieran al rigor de sus azeros
sucessos nobles, y animos ardientes.
Leuantase vn rumor en los primeros,
y sin tardàr, con passos diligentes
llegò de Bari al Duque, que pregunta
la dudosa ocasion de aquella junta.

Sen-

L I V.

Sentado eſtaua en el metal que cria
la patria perſeguida y abundante,
y de brocado eſplendido veſtia
la ropa dilatada y rozagante;
Haziendo que ſu altiua pedreria
entre enroſcados laços ſe leuante,
donde de el ombro al braço ſe diuide,
y el pelo rizo deſatado mide.

L V.

El caſo fue, que Florisbel robuſto,
guerrero fuerte, y Capitan famoſo,
de el Duque Antonio priſionero injuſto,
y de la bella Arminda fiel eſpoſo.
Arminda noble, a cuyo altiuo guſto
ſugeto eſtaua el Duque generoſo,
ſu primo el Duque, con mortal empeño,
ni amado primo, ni eſtimado dueño.

L V I.

Cantaua ſus priſiones vencedoras
el Eſpañol al ſon de las cadenas,
ſus blandas quexas, y felices horas,
ſus dulces yerros, y atreuidas penas.
Al fin las tiernas glorias boladoras
(que en el perdido bien eran Sirenas)
tuuieron fin, y ſin perder la vida,
llegò ſu amarga y triſte deſpedida.

Sa-

LVII.

Saliò forçado al fin de las prisiones,
mas no de las que fueron voluntarias,
llorando sus medrosos coraçones,
promessas y sospechas ordinarias.
Los hierros de vnas rejas y balcones,
que enlaçan atreuidas y boltarias,
soberuias yedras los testigos fueron
de las juradas prendas que se dieron.

LVIII.

Suya jurò de ser la bella Arminda:
lo mismo el noble Capitan promete,
y dar la buelta, aunque el aliento rinda,
sin desnudar la gola y el almete.
Tendia el Sol, que con el mar alinda,
sobre las canas ondas el copete,
no siendo con sus trenças de oro errantes
la vez primera que diuide amantes.

LIX.

Rogaua el Duque poderoso y ciego,
y Arminda enamorada le resiste,
finezas llora, y acredita el ruego,
humilde prueua, y engañado insiste.
Montes de nieue desatarà el fuego,
inutil medio, que su pecho embiste;
y como ageno fuego Arminda encierra,
mal con vn fuego el otro se destierra.

L X.

Viendo de ſu eſperança el deuaneo,
ſu mucho amor a la vengança inclina,
y a dar violento fin a ſu deſeo,
y eſpoſo fiero a la beldad diuina.
Pregona que por armas en trofeo
dar a la bella Arminda determina;
que como dueño propio la poſſea,
ſi noble fuere, aunque eſtrangero ſea.

L X I.

Con eſto le parece, que Norberto,
de Arminda ſumamente aborrecido,
por ſer en armas Capitan experto,
ſerà a peſar de todos ſu marido.
Era Aleman, agigantado y tuerto,
feo, groſſero, ruſtico, atreuido,
ſugeto vil, que ſu belleza inflama,
horror y burla de la hermoſa dama.

L X I I.

Que es eſto amor? ò que vengança es eſta?
amor deſengañado y vengatiuo
la muerte buſcas, que tu vida cueſta,
y ſolo eſtàs para deſdichas viuo.
Si humilde arraſtras la priſion moleſta,
no vès que ſon vengauças de cautiuo?
que hazer al dueño reſiſtencia fuerte,
en tu caſtigo miſmo ſe conuierte.

En

LXIII.

En Bari ſe puſieron los carteles,
y en toda la Calabria ſe fixaron,
antiguos Caualleros y noueles
de atreuimiento y armas ſe adornaron.
Las vencedoras ſienes de laureles
con vanas preſunciones coronaron,
y el ſoberuio Aleman aguarda ſolo,
que quatro caſas viſitaſſe Apolo.

LXIV.

La hermoſa deſdichada, que lamenta
ſu amargo fin con atreuida pluma,
al dueño auſente ſu tragedia cuenta,
haziendo de ſús males breue ſuma.
Sobre ligeras alas de ſu afrenta
paſsò cortando la eſcarchada bruma
de la Apenina cumbre, en que deſata
Abril matizes, y Deziembre plata.

LXV.

Llegò volando la enemiga nueua,
y la forçoſa buelta ſe diſpuſo,
repite airado la ordinaria prueua
de el riguroſo azero que compuſo.
Tal ligereza vengatiua lleua,
que el miſmo dia en la eſtacada puſo
ſu azero, aſſombro de las Liſes ſantas,
antes que el alua ſus doradas plantas.

LXVI.

Aqui llegaua la marcial paleſtra,
llorando Arminda en tan eſtrechos puntos
ſu vida, quando con alegre mueſtra,
ſin dar Reiner de ſu dolor barruntos,
Airoſo ſaca la ſoberuia dieſtra,
y alçando el braço, y la viſera juntos,
deſcubre entre los pernos a pedaços
matizes rojos entre creſpos laços.

LXVII.

Caldora le conoce, y le recibe
aprieſa, mas con graue diligencia,
ſin que el teatro publico le pribe
de hazerle ſu deuida reuerencia.
Suben al gran palacio, que apercibe
con reſpetoſa y prouida opulencia
el cuidado ſeruil, que eſtos cuidados
la mageſtad reſigna en los criados.

LXVIII.

En tanto pues que el aparato ſuena,
y la ſoberuia meſa ſe diſpone,
y la pared de ſus baxillas llena
de plata y oro la ambicion compone;
Y la apacible muſica, que ſuena
dulce al oîr, templando ſe le opone,
pide a Reiner el Duque, que le cuente
el mal que mira, y el dolor que ſiente.

Lle-

LXIX.

Llegaua yà de la celeſte cumbre
a la mitad el Sol de ſu jornada,
y rayos de oro entre la roja lumbre
flechaua ſu madeja deſatada;
Quando con rica y prodiga coſtumbre
la delicioſa meſa preparada,
al hueſped llama, deſcogiendo en oro
de varios elementos el teſoro.

LXX.

La tierra agradecida les embia
temidos y piadoſos animales;
el aire, quantas aues a porfia
vagan por el con buelos deſiguales;
El ancho mar, quanto produce y cria
en la inculta region de ſus criſtales;
y el fuego les ofrece ſaçonados,
fieras, rebaños, aues, y peſcados.

LXXI.

Dieron los pardos arboles enjutos
dulces ofrendas, palidas, y rojas,
robando el negro Inuierno a ſus tributos
el natural abrigo de las hojas.
Tambien la induſtria le ofreciò los frutos,
que en pajas guarda debiles y flojas,
y otros que adornan, a peſar del viento,
el techo de ſu ruſtico apoſento.

LXXII.

Copioſas Ceres de ſus ricas mieſes
diò las eſpigas, que entre varias flores
trocar pudieran los dorados meſes
en plata a los ſedientos labradores.
En ceſtos, que enlaçando ſus reueſes,
eſmaltes diferentes en colores,
ſegunda vez ſe conocieron ſolas,
en campos de azuzenas y amapolas.

LXXIII.

Moſtraua la baxilla entre relieues
piedras, que el Indo deſcubriò en ſu orilla
diſtintos laços, y celages breues,
del oro entretallada marauilla.
Señala en partes con raſguños breues
dudoſos lexos, que confuſo brilla,
y en otras el buril claras y puras,
de parecidos bultos las figuras.

LXXIV.

El vino, leuantando blanca eſpuma,
diſcurre vagamente por las copas;
y antes que dulcemente ſe conſuma,
le vierten, deſpeñado por las ropas.
No aguarda que deſcuido ſe preſuma
el fiel cuidado de ſiruientes tropas,
los mas ſin miedo, que al licor ſe rindan,
alegres hablan, y atreuidos brindan.

De

LXXV.

De la veſtida ſala en los rincones
blandas y dulces vozes ſe leuantan,
que al ſon de cornamutas y bajones
a pauſas callan, y a compaſes cantan.
Tal vez reſuenan graues los violones,
con otros inſtrumentos que diſcantan;
otra enmudecen, y el ſilencio mudo
vnir las cuerdas y las vozes pudo.

LXXVI.

Solo ocupò Reiner la cabecera,
la dieſtra ſilla el noble Paradino,
de el otro lado el Duque la primera,
que dar al hueſped la mejor conuino.
Y viendo que la meſa perſeuera,
la noche apreſurando ſu camino
a los opueſtos rojos orizontes,
viſtiò de ſombras los deſnudos montes.

LXXVII.

Canſados dexan la prolixa fieſta,
y ocupan preſtos los amigos lechos,
por ver del ſueño en la inuaſion moleſta
los miembros fatigados ſatisfechos.
En vna quadra eſplendida, y compueſta
de varias luzes, coronada a trechos,
al hueſped mueſtra ſu conforme llama
en blandas plumas apacible cama.

LXXVIII.

Era de blanca tela, ſobrepueſtos
matizes varios, que en labor conforman,
y en vez de ſombras, con deſtreza pueſtos,
deſcubren laços, y relieues forman.
Sobre tapetes Perſicos, compueſtos
de tal labor, que ſolo deſconforman
(no ſin embidia de la aguja Heſperia)
en ſer tan diferente la materia.

LXXIX.

Daua en el techo lucidos eſpejos
de las viſlumbres ricas el retorno,
pendiendo en laços, y en cambiantes lejos,
racimos de oro, que deſcuelga entorno.
Boluia con reciprocos reflejos
de las paredes bellas el adorno,
la miſma luz, que el techo les reparte,
mintiendo el dia con engaño el arte.

LXXX.

Reiner, que por las ſierras Apeninas
ſintiò el rigor de la erizada nieue,
que en vaſos de ſus venas criſtalinas
en agua el prado deſatada beue;
Deſcanſa entre delicias peregrinas,
y ocioſo paga lo que al ſueño deue,
haſta que buelua a ver la luz dorada
de Arminda la batalla començada.

Dur-

LXXXI.

Durmiò la noche, y el mayor Planeta,
vistiendo el alua de cristal y grana
saliò, pisando la region quieta
al passo que le adiestra la mañana;
De ALFONSO quando la fatal trompeta
de Anuersa la oprimida barbacana,
que humilde rinda la soberuia pide,
con el seuero aliento que despide.

LXXXII.

Aun no la vista, que la luz engaña,
de el campo las colores determina,
y ALFONSO cuidadoso en la campaña,
de la Ciudad intenta la ruina.
Sus huestes animosas acompaña
al sitio, donde al muro se auezina,
y abrir intenta su valor portillo,
de todos siendo general caudillo.

LXXXIII.

Tremendo suena, y al temor influye
el rayo inexorable de la guerra,
y el son horrendo el eco restituye
(que oculto viue) la vezina sierra.
El humo negro por los aires huye,
y suelto dexa la medrosa tierra,
que yà temblando en sus espaldas siente
de el viejo muro la deshecha frente.

LXXXIV.

Pedro animoſo, leuantando en alto
el fuerte braço, diligente aſpira
a la forçoſa gloria de el aſſalto,
que los contrarios animos retira.
Enrique fuerte con ligero ſalto
al muro llega, y atreuido mira
la parte donde ſu violencia dura
el triſte vulgo reſiſtir procura.

LXXXV.

No eſpera Iuan, que ſus Nauarros fuertes
detengan belicoſos los azeros,
de empreſſas altas, y ſangrientas muertes
executores rigidos y fieros.
Neutrales mueſtra las confuſas ſuertes
la dura opoſicion de los guerreros;
las armas ſuenan, y el ſoberuio grito
del aire vago diſcurriò el diſtrito.

LXXXVI.

Emprenden, paran, gritan, acometen,
oſados bueluen, reſiſtidos dudan,
confuſa y ciegamente ſe entremeten,
ſin dar lugar que a ſu faccion acudan.
Tal vez eterno lauro ſe prometen,
y tal dudoſos la ſoberuia mudan,
crece la voz de la vitoria al viento,
y eſtà por engendrar el vencimiento.

LXXXVII.

La fiera execucion de las espadas,
la pasta al Cielo conuirtiò en estrellas,
que fueron por el aire desatadas,
embidia breue de sus luzes bellas.
Sangrientos golpes, fieras estocadas,
hinchadas vozes, miseras querellas
escucha, y siente la confusa junta,
que indiestra mata, que engañada apunta.

LXXXVIII.

De ALFONSO en las reliquias de los Godos,
aliento y fuerças al valor infunde,
y el fuerte exemplo, respetado en todos,
con fieros golpes animoso cunde.
Su inuicta gente con diuersos modos
gallarda intenta, que en su honor redunde
el mismo esfuerço, que con sangre agena
vistiò los muros, y bañò la arena.

LXXXIX.

No pudo la Francesa diligencia
de el largo assalto resistir la furia;
y al fin con desmayada resistencia,
medrosa siente la Española injuria.
Pisaua de los muros la eminencia
la noble esquadra, que produxo el Turia,
tras ella luego a la Ciudad, que ofende,
el resto de el exercito deciende.

X C.

Trifte refuena el mifero lamento
de el vulgo femenil, fuelto y confufo,
las quexas roba laftimado el viento,
y dellas nubes de dolor compufo.
Ligero corre el vencedor fediento
de el jufto robo que permite el vfo,
y antes que fuego la violencia emprenda,
Alfonso a todos recogiò la rienda.

X C I.

Manda que ceffe el premio merecido,
que la amiftad enfrene la cudicia,
que dèn los golpes treguas al vencido,
que temple fus azeros la jufticia;
Que pare de las armas el ruido,
que Marte enfeñe a la humildad propicia
la armada frente, y al modefto ruego
la furia dome la piedad al fuego.

X C I I.

Su comun alegria le apercibe
el triunfo, con las glorias que pregona,
el miedo por las armas le recibe,
y amor por la clemencia le corona.
Alfonso en todos generofo viue,
y el carro aprefta por falir Latona,
moftrando al Cielo en fu cabello cano,
la luz preftada, que le diò fu hermano.

NA-

NAPOLES RECVPERADA,

CANTO SEPTIMO.

ARGVMENTO.

ANSBERTO a ſu contrario deſafia;
con el pelea Laura por engaño,
muere en el campo, y del error que hazia
conoce el Catalan el deſengaño.
Furioſo parte, y al morir el dia:
Gerardo llega a lamentar el daño,
el monte ſigue por camino incierto:
gallardo Floriſbel vence a Norberto.

I.

EN medio de ſu curſo diligente,
tendiendo lineas de oro, diuidia
con abraſado roſtro el Sol ardiente
en dos iguales terminos el dia;
Quando en la verde orilla de vna fuente
el penſatiuo Ansberto reboluia
memorias triſtes de ſu bien perdido,
ſi aſſi ſe llama lo que nunca ha ſido.

II.

No le perturba, no, que en la campaña
prouar eſpera de Gerardo el brio,
ſegun el fuero barbaro de Eſpaña,
auiendole llamado a deſafio.
El agua mira, que ligera baña
guijas y arenas por llegar al rio,
y al curſo natural ſu engaño auiſa,
que aſſi a Gerardo caminò Feniſa.

III.

Si amor es voluntad, quien la conquiſta?
ſi fuerça natural, quien la detiene?
ſi eſtrella, quien aurà que la reſiſta?
ſi engañoſo dolor, quien le preuiene?
El que es amado, venturoſo inſiſta,
rendirſe al no querido le conuiene;
pues no ai porfia que obligando tuerça,
dolor, eſtrella, voluntad y fuerça.

IV.

El ſin ventura Ansberto no repara
en que altos montes allanar pretende;
turbar a Febo ſu luciente cara,
y al Cielo el curſo detener emprende.
Si alguna vez conſigo ſe declara,
el miſmo mal de la verdad ſe ofende;
porque es de el alma que adorò ſu daño,
enemigo forçoſo el deſengaño.

V.

Con eſtos penſamientos ocupaua
el plaço, en que apercibe ſu combate,
airado alguna vez ſe leuantaua,
temiendo que ſu gloria ſe dilate.
Otras al heno blando ſe arrojaua,
por no eſperar a que el furor le mate;
las armas prueua, ſus finezas llora,
ſu amante aguarda, y a Feniſa adora.

Al-

V I.

Alçò la viſta, y el vezino monte
le oftece de improuiſo vn Cauallero,
dorada emulacion de el orizonte,
con armas de oro, que auiuò el azero.
Cubierto el Andaluz Belorofonte
de el ſolo manto, que adornò primero
la parte izquierda, y della ſuſpendido
ni eſtaua deſatado, ni prendido.

V I I.

Templaua tanta luz la ſombra vana
de vn monte de matizes y plumajes,
viſtiendo, como ſuelen de mañana
al Sol recien nacido los celajes.
Penſaua Flora, con mirarla vfana,
boluer al campo ſus perdidos trajes,
y que Nouiembre, armado de colores,
engaſte en plata las doradas flores.

V I I I.

Las armas eran de grauados laços,
en limpio eſpejo de luciente paſta,
ſembrada de trofeos a pedaços,
que en varias liſtas el azero engaſta.
Armò tambien las cuxas y los braços,
gozando libre ſu exercicio el haſta,
porque el furor ſeguro le miniſtre
el duro freſno de la cuxa al riſtre.

Era

I X.

Era alaçan el Eſpañol valiente,
de cuello corto, y pecho dilatado,
de viuos ojos, y eſpacioſa frente,
igual por los hijares, y el coſtado;
Caderas anchas, la canal pendiente,
en roſtro y manos por igual tocado,
la piel con manchas pardas y redondas,
la cola riza, y el copete en ondas.

X.

Gallardo y preſto deſcendiò a lo llano,
y el Sol gozò mas libres ſus eſpejos,
boluiendo a ſus criſtales el Verano,
turbôle el reſplandor de los reflejos.
Deſata con preſteza el rabicano,
ligero Ansberto, aunque la vè de lejos,
y conocer no pudo a la guerrera,
porque calada truxo la viſera.

X I.

Creyendo que Gerardo ſe auezina,
el duro tranze de el combate apreſta,
a morir, ò vencer ſe determina,
con roſtro igual a la fortuna opueſta.
Fundado engaño fue lo que imagina;
porque era Laura varonil diſpueſta,
y en armas tal, que fue de ſu hermoſura
ocioſa eſpada la belleza pura.

Con

XII.

Con voz ſeuera y reſonante grito,
a Laura dize el Catalan robuſto:
Aqui tendrà ſoberuio tu delito
con eſte azero ſu caſtigo juſto.
El que mereces barbaro remito,
(reſponde Laura) y vengador injuſto
a mi luciente eſpada, que teñida
podrà en tu ſangre diuidir tu vida.

XIII.

Eſto diziendo, con el hierro toca,
al que en volar con ligereza inſiſte;
el freſno ſobre el riſtre ſe coloca,
y al fiero Ansberto ſin tardar enuiſte.
Hallôſe como el mar la opueſta roca,
que ſus hinchadas maquinas reſiſte,
eſtuuo quedo, aunque el encuentro pudo
romper la reſiſtencia de el eſcudo.

XIV.

Qual ſuele el toro entre cenizas pardo,
que beue los criſtales de Xarama,
ſintiendo el golpe de el harpon gallardo,
arena y ſangre por igual derrama;
Y al ruſtico ofenſor, medroſo y tardo,
en los agudos cuernos encarama:
aſſi de el golpe a la guerrera noble,
Ansberto buelue recompenſa doble.

XV.

Con mas que humanas fuerças acomete
por el siniestro lado a su contrario,
partiendo con el golpe de el almete
la dura cresta, y el plumage vario.
Passa y rebuelue el barbaro ginete
como diestro bridon, que de ordinario
lleua, sintiendo el hierro en los hijares,
las manos sueltas, y los pies a pares.

XVI.

Por el opuesto lado se adelanta,
y el duro golpe segundar pretende;
y quando el braço indomito leuanta,
el azerado escudo la defiende.
Librò la vida de inclemencia tanta,
la furia misma que la vida ofende,
porque era cerca, y estoruò la herida,
la debil fuerça, y la contraria vnida.

XVII.

Dexò el primero golpe a la guerrera
priuada vn breue tiempo de el sentido;
y entre los rizos de oro y la visera
el carmin de la sangre entretegido.
Boluiò a su ser, y con violencia fiera
le tira al Catalan embrauecido
tal reuès, que al azero que le impide
en mayores pedaços le diuide.

Lle-

XVIII.

Llegôle al ombro y al ſinieſtro cuello,
que en ira y fuego aquel bolcan ſuſtenta,
y por las creſpas ondas de el cabello
ardiente ſangre con furor rebienta.
El fertil campo de el cerrado Vello
ſurcò en la eſpalda, que dexò ſangrienta,
baxando della con violenta furia
de el ciego poluo a mitigâr la injuria.

XIX.

Quando ſintiò la penetrante herida
el hijo de Aglanſol, y en la eſtacada
mirò ſu ſangre, ſin piedad vertida,
ciego a dos manos leuantò la eſpada.
Pensò, que vengadora y homicida
cortâra en la belleza malograda
la hermoſa flor, a que ayudar pudiera
la embidia de la verde primauera.

XX.

Quedò para otro golpe reſeruado,
y al fin de breues años florecientes,
y el braço vengatiuo acelerado
ſacò centellas de el almete ardientes.
Quedò el ſentido atonito y turbado,
y a eſcuras viò Planetas mas lucientes,
que eſconde el Sol; y entrambas riendas ſueltas,
diò ſin querer a la eſtacada bueltas.

XXI.

Pensò el robusto Ansberto, que tenia
ſeguro el fin de la batalla incierta;
y aſſi con negligente valentia,
ni herir pretende, ni a matar acierta.
Y en Laura apenas el ſentido abria
a la primera luz confuſa puerta,
quando ſintiendo a ſu enemigo vfano,
firmò la viſta, y apretò la mano.

XXII.

A vn tiempo aplica el impetu, y eſpuelas
al limpio azero, y Cordouès gallardo,
diziendole ſoberuio, Que recelas,
y eſtàs agora pereçoſo y tardo?
No te valdràn tus mañas y cautelas,
opueſtas a los braços de Gerardo;
y el filo, ſin oìr lo que reſponde,
en el ſinieſtro lado ſe le eſconde.

XXIII.

Sintiendo el Catalan, que penetraua
por nueua ſenda la enemiga punta,
el rabican ligero fatigaua,
torpe en huir el daño que barrunta.
Y apenas no ſeguro ſe libraua
de el fiero golpe, que al viuir apunta,
quandodize con .gritos vengatiuos,
afirmados los pies en los eſtriuos:

Preſto

XXIV.

Presto veràs de mis robustos braços
tu justa paga, morador de el Turia,
y de Fenisa hermosa los abraços
hallaràn el castigo de su injuria.
No dixo mas, y quebrantò en pedaços
las dobladas acciones con la furia,
y en vez de conseguir tan ciertos fines,
besò burlado las rebueltas crines.

XXV.

Nò se detuuo, no, que con presteza
la espada buelue leuantada en alto
(procura, hermosa Laura, a su fiereza
huir el cuerpo con ligero salto.)
Mas no es possible, no, que la certeza
de el fiel decreto con violento assalto,
por la parte de el tiempo mas florida,
escalas pone al muro de tu vida.

XXVI.

Al yelmo llega con fatal destroço,
auiendo roto con violencia presta
de el gran plumage el azerado troço,
que en guarda tuuo la dorada cresta.
Desata de los pernos el reboço,
y al vltimo suspiro que se apresta
le dà lugar, y con la sangre junto
el cuerpo sigue palido difunto.

XXVII.

Tendido yaze elado en la eſpeſura,
marchitas con las ſombras ſus colores,
que yà vengados lloran ſu hermoſura,
de el Sol los rayos, y de Abril las flores.
Y al vencedor ſoberuio, que procura
gozar el dulce fin de ſus amores,
muerto el ribal aſſi le dize, quando
llega a mirarla, du furor bramando:

XXVIII.

O vencedor, erraſte el vencimiento,
mas no es hazaña de menor eſtîma,
que ſi es vengança, eſte dolor que ſiento
mas a mi dueño, que ſu mal laſtîma.
Si ver mi vida en el poſtrero aliento
tu altiua preſuncion dobla y anîma,
razon te ſobra, pues vinciſte agora
la que fue de Gerardo vencedora.

XXIX.

Rendiſte vna muger en la campaña,
deſpojo fiel de tu enemigo fuerte,
y puedes con el lauro deſta hazaña
honrrar tus ſienes, y alabar tu ſuerte.
Mas ſi a Gerardo ſigue deſde Eſpaña
Feniſa enamorada haſta la muerte,
no vès que es hombre, y que muriendo Laura,
el muerto amor de entrambos ſe reſtaura.

Qui-

XXX.

Quitar pensaste la ocasion forçosa
de el ciego amor de tu adorada ausente,
y con errada mano licenciosa
quitaste tu remedio solamente.
De heridas muero, sin morir zelosa,
tu moriràs de el mal que el alma siente,
que es desigual castigo de los Cielos,
matar con filos, ò morir con zelos.

XXXI.

Rendida estoi, que lo confiesse baste
para mouer vn pecho noble y sabio,
a no dezir jamas que me mataste
al dueño de mi justo desagrauio.
Si sabe que la vida me quitaste,
querrà a Fenisa, por vengar su agrauio,
y lo que amor no puede, siempre alcança
la tema, que comiença por vengança.

XXXII.

A ti tambien, ô vencedor, te importa,
si con callar escusas dos batallas;
y si tu espada en la palestra corta,
a la de amor no se resisten mallas.
Si tu arrogancia vana se reporta,
y altiuo vencedor vengado callas;
podràs triunfar del daño con que lucho;
que el que sabe callar, alcança mucho.

XXXIII.

Yo parto de la vida, ſatisfecha
de auer deſengañado mis azeros:
que contra el Cielo airado no aprouecha
armar el braço de exercicios fieros.
No al triſte fin la ſepultura eſtrecha
te piden mis acentos poſtrimeros,
que ſiempre ha ſido en la miſeria humana,
ofrenda propia de piedad chriſtiana.

XXXIV.

Ni parios jaſpes, que en colunas dobles
la gloria de Semiramis diuidan,
baſtan cipreſes, alamos y robles,
que a mudos ecos de dolor combidan.
Letreros ſi, que a paſſageros nobles
piedad atenta con ſilencio pidan,
diziendo; Caminante, que dilatas
llorar a Laura, ſi de amores tratas?

XXXV.

Eſto dixo, y callò, ſuſpenſa y muda,
dexando tal con el poſtrer ſuſpiro
al fuerte Ansberto, que la muerte duda,
a qual arroje ſu infalible tiro.
Al fin la punta inexorable aguda,
entre el carmin, que enriqueciera a Tiro,
aquel gentil eſpiritu diuide
de el cuerpo elado, que las yeruas mide.

XXXVI.

De altiuas ramas, y erizados troncos
(rompiendo a vezes el ſilencio mudo,
con baxas vozes, y ſuſpiros roncos)
ſepulcro breue fabricarle pudo.
Y a vezes de los ceſpedes mas broncos
ſacò el azero rigido deſnudo
centellas, que los cuerpos abraſaran,
ſi Romanas exequias celebraran.

XXXVII.

Apenas acabò, quando rebuelue,
y entrambas riendas de el cauallo toca,
que atràs medroſo de ſu furia buelue,
y el freno arroja la ſangrienta boca.
Su fuga el libre rabiçan reſuelue,
y por el creſpo monte ſe desboca;
y quando el triſte dueño le llamaua,
a huir empieza, y en correr acaua.

XXXVIII.

Tres vezes, quatro y ſeis corrido mira
el hecho de ſus braços inhumano,
yà con dolor ſin limite ſuſpira,
rendido al peſo de el rigor tirano.
Yà ſe embrauece deſatado en ira;
yà reclinado en la derecha mano
el triſte roſtro ſu dolor y mengua
publîca, ſin ayuda de la lengua.

XXXIX.

En todos halla peregrina guerra,
en todos buſca el miſero ſoſsiego:
ſi abraça el fiel regazo de la tierra,
en vez de flores le produce fuego.
Si al viento entrega el que ſu pecho encierra,
huye ligero de el canſado ruego,
faltando entre el ſilencio y el eſpanto,
voz a las quexas, lagrimas al llanto.

XL.

Dudoſo mira el tragico ſuceſſo,
y pienſa que le engañan los ſentidos;
rebuelue de ſus males el progreſſo
ſus años malogrados y perdidos;
De el triſte caſo el inculpable exceſſo
los golpes de la eſpada inaduertidos:
todo le ofrece ſu dolor preſente;
que nada oluida quien ſus males ſiente.

XLI.

De Laura admira el valeroſo engaño,
que diò la vida por librar ſu amante:
lamenta ſu coſtoſo deſengaño,
y ver que muere vna muger conſtante.
Priſiones graues de el funeſto daño
no dexan que de el campo ſe leuante,
y a la injuria de el tiempo deſcubierto
imita triſte lo que hiziera muerto.

Por

XLII.

Por mas que le fatiga ſu triſteza,
ſatisfazerſe quiere de que viue,
y al fin con deſuſada ligereza
a cumplir lo diſpueſto ſe aperciue:
De vn ſauze, plateado en la corteza,
con letras de ſus lagrimas eſcriue,
y no con hierro el epitafio breue,
que al tiempo fia, que el amor renueue.

XLIII.

El Sol negaua ſu poſtrera lumbre
de el alto monte a la corona verde,
y la callada noche por ſu cumbre
al valle baxa, que las ſombras pierde;
Y Ansberto con tan juſta peſadumbre
las manos tuerze, y el azero muerde,
y armado, herido, triſte, a pie deſea
llegar ſi puede a la vezina aldea.

XLIV.

Que hiziſte deſdichado Cauallero,
(conſigo triſte lamentaua a ſolas)
para eſta vil hazaña, de el mar fiero
ſurcaſte oſſado las ſoberuias olas?
Maldiga el Cielo el paſſo poſtrimero,
que diſte de las playas Eſpañolas,
no la nao que viſtiò con triſtes ſeñas
de leños y hombres las deſnudas peñas.

XLV.

Alli pluguiera al Cielo que acabara
yo ſolo, y los demas, con que Feniſa
de el perfido naufragio ſe eſcapara,
aunque eſte llanto le conuierta en riſa.
Aſſi ſe quexa Ansberto, y no repara,
que la dudoſa lumbre que diuiſa,
tan lexos ſe deſcubre, que el Aurora
podrà ſalir, aunque deſcanſa aora.

XLVI.

Canſado y flaco, por la ſangre mucha,
que el campo matizò de la eſtacada,
aprieſa corre en la penoſa lucha,
y deſpacio camina la jornada.
Solo en el monte el Catalan eſcucha
el agua, que baxando deſatada
era en las peñas, con romperſe quedo
de el Sol eſpejo, de la noche miedo.

XLVII.

Siente bramar el timido ganado
alguna vez en los confuſos ſenos,
y alentar de los perros el cuidado
atentos ſiluos, de ſoſpechas llenos;
Y a la viſta de Ansberto fatigado
furioſos ladran, de temor agenos,
y ſu dolor de mas vezina arguye
la breue lumbre, que a ſus paſſos huye.

Can-

XLVIII.

Canſado, triſte y penſatiuo llega
de la morada eſtrecha a los vmbrales,
y al hueſped luego conocido entrega
el peto, las manoplas y braçales.
El ruſtico villano le ſoſſiega;
digo, que en pluma y blandos cabeçales
acueſta el cuerpo, y el furor amanſa,
que el alma ſolo con llorar deſcanſa.

XLIX.

No quiere que la cena le aperciua,
y eſtarſe ſolo por llorar pretende:
curarſe dexa ſi, para que viua
con el ſu pena, que la vida ofende.
Su triſte ſuerte con ſu engaño priua,
y nueuos modos de matarle emprende;
y a vezes con enojo ſatisfecho,
contento mira ſu pagizo techo.

L.

Baxaua por los montes la mañana,
que el Sol embia a ſoſſegar las aues,
por ver ſi templa ſu perfil de grana,
los dulces gritos, y lamentos graues.
Saliendo al fin ſu diligencia vana,
crecen las vozes tiernas y ſuaues,
y apreſurando al Sol, que ſe apareja,
ſin tiempo deſenlaça la madeja.

L I.

Gerardo, que ſus paſſos acompaña,
calaua triſte de la ſelua al valle,
ſin que en el monte, que ſu pena engaña,
vn debil raſtro de piſadas halle.
A Laura buſça, por Feniſa baña
el roſtro en llanto, y que forçado calle
le obligan juntos ſus couardes penas,
y el nueuo fuego que abrasò las venas.

L I I.

Como ſucede al mar, que leuantado
de el Norte ſu inconſtante mouimiento,
de ſubito, impelido de el nublado,
brama en ſus aguas el opueſto viento;
Y con las vagas ondas, que el paſſado
dexò erizadas con furioſo aliento,
ſe enquentran fieras, las que el Sur frequenta,
y juntas acrecientan la tormenta:

L I I I.

Aſſi en el pecho de Gerardo, en tanto
de el muerto amor los impetus, que llegan
luchando con la fuerça de el encanto,
la rota naue de ſu vida anegan.
Sus dulces penas, en piadoſo llanto,
el tierno roſtro deſatadas riegan,
ſiendo en amor ſu eſtrecho cautiuerio,
coſtumbre en Laura, y en Feniſa imperio.

Supo

LIV.

Supo tambien en la passada siesta
de el buen Liseno la famosa historia,
y el mal prolijo que a Fenisa cuesta
tenerle viuamente en la memoria.
Supo tambien, que a proseguir dispuesta
viene la antigua empressa du su gloria,
que estima su desden en mayor precio,
que de Ansberto el amor burlado y necio.

L V.

Iuntôse de el encanto a la violencia
lo que contaua el viejo venerable,
y assi su desmayada resistencia
la mira yà como a sugeto amable.
Piensa en la antigua y fiel correspondencia,
y de Fenisa el hecho tan notable:
al fin se acuerda, y a pagar se mueue,
quando se acuerda el que es deudor, que deue.

L V I.

Dudoso entre los braços de el combate
dexaua el monte, y ocupaua el llano,
y antes que el passo el barbaro dilate,
tirò la rienda con violenta mano.
Los duros miembros comprimidos bate,
prendiò el aliento diligente en vano,
que en èl acorta, aunque animarse quiso,
la suspension elada de improuiso.

Con,

LVII.

Con mas aliento los hijares toca
de el bayo, que diuide la eſpeſura,
y argenta fatigado por la boca,
de eſpuma el pecho, el freno, y la verdura.
Y al dueño mudo la inconſtancia loca
de el vago penſamiento le figura
agueros triſtes, y preſagios ciertos,
con viuas quexas, y remedios muertos.

LVIII.

Quanto mas ſe acercaua a la paleſtra,
ſintiò en los miembros deſatarſe vn yelo,
que en ſu triſteza y confuſion le mueſtra
oculta cauſa, reſeruada al Cielo.
Al fin el noble pecho que le adieſtra,
venciendo los eſtoruos de el rezelo,
el corto paſſo indiferente inclina,
y al ruſtico ſepulcro le encamina.

LIX.

Llegò, y mirando los compueſtos leños,
que la hermoſura muerta guarnecian,
yà grandes, yà menores, yà pequeños,
con que el remate eſtrecho componian;
Alçò los ojos, los antiguos dueños
de aquellos, que eclipſados eſcondian
a la confuſa noche de ſu pena
la hermoſa lumbre de triſtezas llena.

Leyò,

L X.

Leyò, mas no creyò lo que el eſcrito
con mal formada letra publicaua,
mas el dolor ſin termino, infinito,
el vengador azero le entregaua.
Cortò el padron (infamia de el delito)
que en torpe mengua de el guerrero eſtaua,
y luego conociò por el eſcudo,
que ſolo Ansberto leuantarle pudo.

L X I.

Al mal formado tumulo arremete,
por ver las ricas prendas que ſepulta,
y algun aliuio a ſu dolor promete
el miſmo daño, que de abrir reſulta.
Cortò la ciega empreſſa que acomete,
elado paſmo de inquietud oculta:
parò, y boluioſe atonito y perplejo,
la confuſion ſiruiendo de conſejo.

L X I I.

Canſado y torpe en el cauallo ſalta,
que por montañas aſperas fatiga;
la tierra le parece que le falta,
y de el hermoſo Sol la lumbre amiga;
Y aſsi la muerte al triſte ſobreſalta,
que alguna vez a repararle obliga;
que amor, y pena con fingido efeto,
mintiendo reſucitan el objeto.

L X I I I.

Tres vezes por ſu falda al Apenino
el Sol viſlumbres al nacer derrama,
y tres, porque reparta ſu camino:
le diò Tirreno ſu inconſtante cama:
Y el triſte con furioſo deſatino
por Laura grita, y a Feniſa llama,
de penas harto, y de ſuſtento falto,
dexò el cauallo con ligero ſalto.

L X I V.

Al pie de vna entonada fuentecilla,
que ſobre guijas muſicas paſſea,
y dellas luego deſpeñada brilla,
con que al Sol, y al ſilencio liſonjea;
Tendiò los miembros laſos en la orilla,
que alegre y verde conſeruar deſea,
entre jazmines candidos y roſas,
de Mayo las piſadas venturoſas.

L X V.

Murmura confiada en el ſeguro
de vnos laureles verdes y ſombrios,
que juntos ſiruen de apacible muro
al blando ſon de los criſtales frios.
Libres de yelo perezoſo y duro
(que en grillos prende los ſoberuios rios)
deſatan, quando el Sol entra a cogerlas,
plata en las aguas, y en la yerua perlas.

Aqui

LXVI.

Aqui Gerardo ſuſpirando arroja
con roncas voces, y lamento triſte
el mal hallado arnès con ſu congoja,
que el noble pecho fauorece y viſte.
De el reſto de las armas ſe deſpoja,
que nada el golpe de el furor reſiſte,
y de ſu ligaçon los fuertes laços
deſpide, repartidos en pedaços.

LXVII.

Si en los laureles Delficos repara,
contempla en ellos ſu verdura eterna:
ſi al agua buelue, como nunca para,
ſu eterno curſo para el mar gouierna.
En ellos mira ſu deſdicha clara,
pues derribada vè ſu planta tierna
en medio de ſu Abril, y en ſu corriente
llorò ſin agua ſu adorada fuente.

LXVIII.

Apenas diuertido y fatigado,
de Laura las memorias reboluia,
quando el reciente amor, digo el paſſado,
que enciende agora la ceniza fria,
De el pecho a los ſentidos arrojado
el fuego exala, que el dolor embia;
porque ay, ardiendo ſus congojas locas,
baſtante fuego para muchas bocas.

LXIX.

Con quexas y ſuſpiros enterniece
 la muda ſelua, que le eſcucha atenta,
 y en varios ecos diuidido crece
 el triſte caſo, que callando cuenta.
 El monte, el valle con ſilencio ofrece
 inutiles remedios a ſu afrenta,
 aunque es aliuio en la penoſa lucha
 la ſencillez piadoſa de el que eſcucha.

LXX.

Algunas vezes diuertido mira
 el agua pura, que riſueña corre,
 otras el Cielo, y por viuir ſuſpira,
 que aſsi la vida con temor ſocorre.
 Conſigo a ſus triſtezas ſe retira
 medroſo, que el amor violento borre
 la muerta Laura, que el ſalir dilata,
 aunque eſta nueua fuerça la arrebata.

LXXI.

Miraua las paſſadas ocaſiones,
 y aquel villano fin de ſus contentos,
 ſu honor con encontradas opiniones,
 y claros ſus culpables fingimientos.
 Iamas formò palabras ni razones
 en tanta variedad de ſentimientos,
 ni oîrlas pudo, aunque curioſo anduuo,
 el mïſmo tronco, a que arrimado eſtuuo.

Deſ-

LXXII.

Deſpues de ſuſpirar y lamentarſe,
cortò vn baſton ñudoſo de vn aliſo,
y para deſcanſando reclinarſe,
de el viejo tronco diuidirle quiſo.
Con el camina, ſin querer pararſe;
y luego ſe le ofrece de improuiſo
vna cabaña, que deſcubre lejos
morada de vnos pobres zagalejos.

LXXIII.

Mudado el roſtro, y erizado el pelo,
el paſſo alienta, porque yà la tarde
mandaua, amenazando con el yelo,
dexar las ſeluas al Pàſtor couarde.
Llegò, quando a las margenes de el ſuelo
moſtraua Apolo, ſin que el mar le aguarde,
piſando de los montes las alfombras,
menores rayos, y mayores ſombras.

LXXIV.

Apenas los Paſtores ſe deſcubren
en la vezina falda de el ribaço,
quando en el monte ruſtico ſe encubren,
temiendo humildes ſu arrogante braço.
El heno ſeco preſuroſos cubren,
ſin ſer de ſus piſadas embaraço,
ſaltar las matas ſin diſcurſo y pauſa,
dexar ſu techo, por huir ſin cauſa.

L X X V.

Deſpues que de el temor la eſtrecha fuerça
aquel rigor en pareceres muda,
y el nueuo aliento reprimido esfuerça,
ſi no oſadia, por lo menos duda;
Boluieron todos, ſin que el miedo tuerça
el roſtro a la verguença, que le ayuda,
y a boluer el guerrero las obliga
con blandas ſeñas de piedad amiga.

L X X V I.

Llegaron juntos, y corridos miran
la facil ocaſion de ſus temores,
y al mal techado albergue ſe retiran,
a compaſion mouidos los Paſtores.
Al paſſo de ſus lagrimas ſuſpiran,
que en todos prende, ſi es el mal de amores,
ſus pieles ordinarias le reciuen,
en que otros muchos deſcanſados viuen.

L X X V I I.

Cenò, porque la vida le propuſo
el triſte caſo, que miraua cerca;
y aſſi a mirar por ella ſe diſpuſo
la ciega obſtinacion rebelde y terca.
De mil inciertas fabricas compuſo
de el ſueño las quimeras, con que alterca:
y aqui al tormento ſu canſancio rinda,
en tanto que a cantar bueluo de Arminda.

El

LXXVIII.

El aplaçado campo dilatôse,
y en el ſiguiente dia ſe preuino,
por dar lugar a que el Francès repoſe
de la moleſtia larga de el camino.
Tambien por todos juntos eſperôſe,
a que el valiente y noble Paradino,
ſin que a la vida el deſangrarſe ofenda,
pudieſſe ſer juez de la contienda.

LXXIX.

Porque deſciende el alua hermoſa y roja,
auiſan con ſu luz ſerena y pura,
que los eſtremos ſin tardar recoja
los mudos montes a la ſombra obſcura;
Quando de el Sol, que ſu cabello arroja
en mar, y ſierras igualar procura
la viſta alegre, aunque con paſſo tardo,
midiendo el campo Floris bel gallardo.

LXXX.

Con armas negras, y con plumas blancas,
y vna Aguila ſobre ellas por diuiſa,
gireles pardos por el pecho, y ancas
de el rucio friſio, que ſus borlas piſa.
Fiaua al aire entre laçadas francas
vna pendiente toca, blanca y liſa,
de Arminda prenda, que enlaçada y ſuelta,
tendida en ala ſe recoge en buelta.

Tras

L X X X I.

Tras èl Norberto diligente ſale
con blancas armas, y plumages rojos,
ſin que otro cuerpo ſu arrogancia iguale
en el primer engaño de los ojos.
Si el fiero aſpecto en la contienda vale,
bien puede aſſegurarſe los deſpojos,
vertiendo de el cauallo , igual al Griego,
la boca eſpuma, las narizes fuego.

L X X X I I.

De el real palenque deſcubriò el teſoro
el Sol, que entre viſlumbres tan diuerſas
viſtiò Milan con eſcarchados de oro,
Venecia el ſuelo con alfombras Perſas.
Reiner y el Duque con igual decoro,
ceñidos de armas lucidas y terſas,
baxauan grauemente a la eſtacada,
de los ribales fuertes ocupada.

L X X X I I I.

La bella Arminda ſe monſtraua entre ellos,
que al miſmo Cielo ſu belleza admira,
y de tener pudieran ſus cabellos
al Sol couarde, que al nacer los mira.
Sus rubias ebras, ò ſus rayos bellos,
en creſpos laços la priſion retira
de trença igual, aunque prendidas antes
con grillos de zafiros y diamantes.

De

LXXXIV.

De muchos, que arrogantes preſumieron
cansar las armas, alcançar repoſo,
confuſos y encogidos no vinieron
el dia ſeñalado y peligroſo.
La pretenſion de todos reſumieron,
y el fin de aquel ſuceſſo venturoſo
en eſtos dos guerreros, que el combate
rezela cada qual que ſe dilate.

LXXXV.

Diò la poſtrera ſeña la trompeta,
que manda dar la vida con el viento,
y la ignorancia humana lo interpreta
a honor, reputation, y atreuimiento.
Preuienen (porque a tiempo ſe acometa)
los pies ferrados al villano aliento,
que apenas ſuena, y firmes en las ſillas
al viento dan los freſnos en aſtillas.

LXXXVI.

Por el ſinieſtro lado le atrauieſſa
Florisbel a Norberto, que bramando
ſobre èl rebuelue con ligera prieſſa,
con el deſnudo eſtoque amenaçando.
Aquel ſoberuio braço, que profeſſa
partir los montes, deſcendiò, cortando
de el yelmo parte, y el eſcudo todo;
y a no tenerle, diuidiera al Godo.

LXXXVII.

El durō golpe, que ſe mueua impide,
mas luego preſuroſo le acomete,
y la dorada creſta le diuide
entre el plumage rojo de el almete:
Impelido del golpe, ardiente mide
lo que ai de las caderas al copete,
y luego que en la ſilla ſe endereça,
diuidirle pretende la cabeça.

LXXXVIII.

Alçò la eſpada con entrambas manos,
por ver como ſe acaba la batalla,
juzgando que a ſus golpes inhumanos
ni azero baſta, ni cerrada malla.
Suſpendenſe los tiernos Corteſanos,
Arminda triſte lamentando calla;
y en todos por aplauſo, ò por eſtrella,
mouiò a dolor la miſera donzella.

LXXXIX.

Creyeron que el encuentro ſe acabara,
no hallando el golpe amparo, ni defenſa:
mas ſi es de el Cielo, el miſmo le repara,
quando menos el hombre errando pienſa.
Y aſſi ſe viò con experiencia clara;
pues ſin mirar el daño de la ofenſa,
picando con la eſpuela inaduertida,
hurtò la buelta, y eſcapò la herida.

XC.

Baxò la eſpada con violencia tanta,
que el miſmo peſo reclinò a Norberto,
y al paſſo que el cauallo ſe leuanta,
dexò al ſoberuio dueño deſcubierto:
Y al fuerte Florisbel, que ſe adelanta,
con mas deſtreza, y con igual acierto
guiò la punta, y deſterrò la vida,
y para mas de vn alma abriò ſalida.

XCI.

La graue emulacion cayò de Atlante,
y el vaſto cuerpo ſepultò la arena;
y la atreuida maquina arrogante
rindiò los muros al dolor y pena.
Tendido yaze el barbaro gigante,
cumplido en todo lo que el Cielo ordena,
y ſi en pie de eſtatura fue crecido,
mayor que ſiempre pareciò tendido.

XCII.

Como ſucede al pino, que en la ſierra
a competir con las eſtrellas crece,
y deſpues que midiò la inculta tierra,
mayor que inhieſto al leñador parece.
Aſſi de el facil vulgo, que ſe atierra,
muerto a la viſta popular ſe ofrece,
que el eco ſoñoliento con porfias
deſpierta en las vezinas ſerranias.

XCIII.

Lamentan vnos el dolor preſente,
otros gritando aplauden la vitoria;
el Duque de el concierto ſe arrepiente,
y Arminda rie ſu deuida gloria:
Y en medio de el tumulto de la gente,
que impide el fiel ſuceſſo de la hiſtoria,
a todo el noble vencedor opueſto,
pide que el Duque cumpla lo diſpueſto.

XCIV.

Con mas dolor, que aliento, no ſe atreue
al caſo vil, por mas que amor ſe opone;
y aſſi a cumplir lo que a ſus braços deue,
reſuelto y animado ſe diſpone.
Y para que a ſu patria amada lleue
la prenda cara, que en ſus manos pone,
a peſar de la embidia ſe caſaron,
y ſus alegres dichas celebraron.

NAPOLES RECVPERADA,

CANTO OCTAVO.

ARGVMENTO.

*A*LFONSO *el ſitio de Puzol conquiſta:*
haze el Frances de ſu poder alarde:
no quiere que en el campo ſe reſiſta,
y el muro ordena que ſu gente guarde.
Filipo ruega a ALFONSO, *que deſiſta*
de aquella empreſſa la primera tarde,
que honrradas viò las armas Eſpañolas,
morir a Pedro, y naues en ſus olas.

I.

DOrauan de Puzol los altos muros
de el Sol los rayos, que al ponerlos baña,
y de armas coronados (mal ſeguros)
temer pudieron la inuaſion de Eſpaña.
Primero que entre circulos obſcuros,
ſombras deſpeñe el monte en la campaña,
con varias tiendas ocupadas tiene
la gente, que termina en el Pirene.

I I.

En el viſtoſo campo diuidida
al Sol aguarda, que corriò ſus velos,
y entre arreboles de oro a la partida
ſereno dia prometiò a los Cielos.
Dormia con ſu auſencia diuertida
la noche, al ſon de humildes arroyuelos,
que aora rien, y con nueua guerra
llaman deſpues al Sol, que la deſtierra.

III.

En medio de las ſombras, ocupada
de ALFONSO eſtaua la orgulloſa gente,
que hallarſe procuraua reparada
al duro tranze de la luz ſiguiente.
Y apenas a los montes coronada
ſaliò de rayos por el mar de oriente,
quando para boluer a nueuo empeño,
el ocio breue deſpidiò del ſueño.

IV.

Iuntar mandò ſus nobles Conſejeros
en el Palacio antiguo, que ocupaua
reliquia de los Ceſares primeros,
que el tiempo en ſus memorias veneraua.
En dos gigantes de alabaſtro fieros,
de jaſpes la portada ſe afirmaua,
que en arcos y figuras diuidian
las que del ſuelo a ſu niuel ſubian.

V.

En dos iguales trechos de colunas,
vn oualo perfeto ſe deſcubre,
teatro al parecer, aunque en algunas
ſeñas que faltan la verdad ſe encubre.
Veſtida de labores importunas,
que el largo tiempo los perfiles cubre,
le ciñe vna pared, por cuyas piedras
los años dexan caminar las yedras.

Se-

VI.

Seguro de inclemencias y ruinas
a vn lado ſe moſtraua vn apoſento,
con piedras en labor tan peregrinas,
que en ellas puſo la inuencion ſu aſſiento.
Otras tambien ſin pulimento finas,
del techo matizando haſta el cimiento,
moſtrauan, reluciendo en cada parte,
lo que obra el Cielo, lo que ayuda el arte.

VII.

Aqui ſentado con real decoro,
en vna rica releuante ſilla,
de alarbe plata, ſobrepueſta de oro,
de Alemanes buriles marauilla;
Antigua prenda del mayor teſoro,
que a los famoſos Reyes de Caſtilla
dexò con ſu vitoria milagroſa
ALFONSO, de las Nauas de Toloſa.

VIII.

Deſpues, quando al Infante por ſentencia
del Cielo le entregaron la Corona
de Aragon, en la oſſada competencia,
que Dios excluye, y ſu eleccion abona.
En feudo de la noble reſiſtencia,
que ſu nuencible fe clama y pregona,
le diò eſta ſilla el hijo de ſu hermano,
que èl no aceptò del pueblo Caſtellano.

En

IX.

En otra ſilla igual, no en la riqueza,
aſſiento al Rei Nauarro le puſieron
Enrique y Pedro con menor grandeza,
de el fiel conſejo los primeros fueron.
Sentada pues la belica nobleza,
callò la ſala y ſus paredes dieron
ſeñales, que entre ſi confuſas luchan,
ſi hablaron ſiempre, de que agora eſcuchan.

X.

Eſte es Puzol, y aqueſtos los padrones,
que el tiempo puſo, y donde el Cielo quiere
que ponga (dixo ALFONSO) mis pendones,
y verme preſto en Napoles eſpere.
Allanen mis robuſtos eſquadrones
los viejos muros, donde Apolo hiere
ruinas ſacras, tragicas memorias,
de Roma vn tiempo venerables glorias.

XI.

Aqui viuiò en delicias ſepultado
el vil Neron, dos vezes matricida;
vna llorando el miſero Senado,
ſu antigua madre en fuego conſumida;
Otra inclemente y barbaro, oluidado
de el natural precepto de la vida,
quitando, porque vn nueuo ſer le quadre,
la miſma vida que le diò, a ſu madre.

XII.

Aqui tambien con ſingular imperio
viuiò reinando, reſpetado injuſto
con maña y armas el ſagaz Tiberio,
aſtuto ſuceſſor del noble Auguſto.
Y en Baya, para nueuo miniſterio,
las ondas, obedientes a ſu guſto,
ſufrieron puente, atando en ſus aldauas
preñadas naues, como fieras brauas.

XIII.

No es eſte, no, para el dolor preſente
el juſto honor, que el tiempo les preuino
el ſer morada, ſi, de el eloquente
Romano Padre, y Orador Latino:
Aquel que ſin reſpeto oſſadamente
con dulce voz, con impetu diuino,
orando contra el fiero Marco Antonio,
de ſerlo diò el poſtrero teſtimonio.

XIV.

Las aguas, que deſatan eſtas cumbres
(archiuos de ſecretos naturales)
ſon por el fuego oculto de ſus lumbres,
remedios blandos de laſciuos males.
Y al pie de aqueſtas altas peſadumbres,
depoſitos de ardientes minerales,
la playa hoſpeda en miſera ruina
cenizas y memorias de Agripina.

XV.

Alli de el campo Elisio se diuisa
el verde manto, que cubriò de flores
Abril eterno, que sus faldas pisa
en ocio de sus rusticos cultores.
En el de el alua la primera risa,
que lloran mal dormidos los pastores,
es de el alegre sitio el ornamento,
y a quien primero lisongea el viento.

XVI.

Aquel vezino monte, que el Otubre
airado roba la postrera fruta,
en sus espacios concauos encubre
aquella antigua y memorable gruta,
Que agora vfano las cenizas cubre
entre obra tosca, natural y bruta,
de aquel que fue de el celebrado Homero,
segundo en tiempo, y en cantar primero.

XVII.

No embidio yo de el vencedor Troyano
los nobles hechos, la clemencia rara,
al gran Virgilio, si, la voz, la mano,
que mis trabajos y armas ilustrara:
Si bien espero, que en estilo llano
el tiempo agradecido les prepara
alguna diligente y breue suma
de humildes cuerdas, y encogida pluma.

XVIII.

Esta es, inuictos Reyes Celtiberos
el dulce nido, la querida tierra,
en quien promete el Cielo a mis azeros
el termino fatal de tanta guerra.
Y pues hollais gallardos los linderos
de Napoles bellissima, que encierra
al tirano Reiner; como seguros
estàn de nuestras maquinas sus muros?

XIX.

Esto diziendo, del assiento parte,
y manda que el assalto se aperciua:
los nobles siguen a su inuicto Marte,
y el pueblò clama, que glorioso viua.
La gente breuemente se reparte,
y al ronco son, que su furor auiua,
escalas ponen, las almenas tocan,
y embidias nobles a subir prouocan.

XX.

No aguardan que la presta artilleria
derribe de los muros la constancia,
y por humilde y llana bateria
seguro passo ofrezca su arrogancia.
Igual en todos el combate ardia:
arroja balas el valor de Francia;
y el Español exercito que sube,
resiste ossado su inclemente nube.

XXI.

El poluo, el humo, el miedo, las heridas,
ciega, confunde, atemoriza y matan
los ojos, el valor, la fe, las vidas,
y todos juntos el vencer dilatan.
Las piedras coronadas, y teñidas
de ſangre, y armas ciegos arrebatan,
haziendo los cercados, lo que hiziera
el fuego, ſi los muros combatiera.

XXII.

En todas partes ſe esforçò el aſſalto,
y en todas luzen valeroſas prueuas;
vnos arrojan rayos de lo alto,
otros ſe acercan con eſcalas nueuas.
Ninguno teme de oſſadia falto,
ni dà materia de aparentes nueuas
a victorias dudoſas, que a la fama
el miſmo orgullo intempeſtiuo clama.

XXIII.

De Enrique y Pedro, excelſos Capitanes,
gallardos ſiguen la violenta furia,
Nauarros, Celtiberos, Catalanes,
y el noble pueblo, que diuide el Turia.
Los gritos, el furor, los ademanes,
la ardiente rabia, la comun injuria
reſiſten valeroſos los Franceſes,
en puertas, baluartes y traueſes.

XXIV.

La fama ſingular de tantos hechos
negò la confuſion a la noticia,
y fue la ſuerte a tan glorioſos pechos
mas en vencer, que celebrar propicia.
Los muros combatidos y deshechos,
del propio aſſiento con furor deſquicia
el gallardo vencer, no induſtria, ò maña
de el valeroſo exercito de Eſpaña.

XXV.

Rindieron las ſagradas Liſes de oro
las bandas, que iluſtrauan ſus pendones,
que vezes tantas fugitiuo el Moro
penetrando mirò ſus eſquadrones.
A nadie guarda el impetu decoro,
y el premio general, que a las naciones
la guerra y la cudicia prometieron,
de ſangre y robos los motiuos fueron.

XXVI.

En tanto pues que el vencedor glorioſo
la tierra piſa con la ſangre roja,
y el militar ſecreto cudicioſo,
ſin taſſa y rienda la Ciudad deſpoja;
Y el fuego explorador, libre y furioſo,
lo mas oculto ſin piedad arroja
al robador violento, que lo buſca,
y al triſte dueño con temor ofuſca:

XXVII.

Reiner, que resistir gallardo entiende
las huestes vitoriosas enemigas,
y al Quinto ALFONSO, que reinar pretende
por leyes de sus armas y fatigas,
Confuso mira, que el derecho ofende,
con vanas traças, y ambiciosas ligas
de Principes, que intentan de ordinário
menguar las fuerças al mayor contrario.

XXVIII.

De aquel mezclado pueblo diferente,
el atreuido exercito, que adiestra,
mandò, que por el campo diligente
passasse luego concertada muestra.
Tres mil Cantones, belicosa gente,
con fiel gouierno, con valiente diestra,
á su obediencia rige Paradino,
que de Lorena en su defensa vino.

XXIX.

Tras èl Leocato, Capitan Lombardo,
seis mil gouierna Milaneses diestros;
èl por las armas, sin igual gallardo,
y ellos de el arte belica maestros;
Hermano del guerrero, que a Gerardo
(contrarios hados en su honor siniestros)
robaron a los braços de la injuria,
mas que de el mar a la insolente furia.

XXX.

La gente Vrſino gouernaua luego,
que el ſuceſſor de Pedro ſacroſanto,
ſin dar orejas al piadoſo ruego
del hijo humilde de ſu anillo ſanto;
Turbando en todos el comun ſoſſiego,
le diò a Reiner con general eſpanto
tres mil ſoldados de diuerſas gentes,
pagados, inducidos, y valientes.

XXXI.

Con armas de oro generoſo luze
de Bari el Duque, con tres mil cauallos,
ſiendo los mas, que liberal conduze,
amigos, obligados, y vaſallos.
Robuſta y dieſtra gente, que produze
(ſin que por armas puedan ſugetallos)
la Calabria mayor, que el Apenino
dexò a dos mares natural camino.

XXXII.

Suizos, Alemanes, y Valones,
que vnidos contra los cauallos forman
tan creſpos y cerrados eſquadrones,
que puntas, braços, y haſtas ſe conforman,
Rijen Anſelmo, Aſtolfo; y los Friſones
gouierna Erneſto, que en tropel reforman
qualquier deſcuido, ſi las manos preſtas
no apuntan, y diſparan las balleſtas.

Eran

XXXIII.

Eran ſeis mil, y el fuerte Continola
mil dieſtros Albaneſes gouernaua;
Albania ſiendo a las edades ſola,
por hombres fuerte, y no por fieras braua.
Otro eſquadron de mil de Amberſa y Nola,
con paſſo entretenido militaua
debaxo de la inſignia y del amparo
de ſu caudillo antiguo Sanazaro.

XXXIV.

Saliò Reiner el vltimo, lleuando
ſu guarda entorno con lucientes maças,
y en tropas de cauallos, gouernando
tres mil ligeros, y dos mil coraças:
Franceſes todos, que al ſeuero bando
de el Principe, ſin maquinas, ni traças,
furioſos cierran con impulſo breue,
que calma al miſmo paſſo que ſe mueue.

XXXV.

Piſaua el Sol los campos celeſtiales;
y hazer lo miſmo en Napoles pudiera,
pues diò en las armas a ſu carro iguales
ſegundos rayos, que boluiò a la esfera,
Mezclados con los ſuyos naturales,
de ſuerte el aire ſu viſlumbre altera,
que el miſmo Sol de tan confuſa duda
ſalir eſpera con la noche muda.

Man-

XXXVI.

Mandò Reiner, que con ligero paſſo
partieſſe de cauallos vna tropa,
y antes que el Sol repoſe en el ocaſo,
recoja quanto en la campaña topa:
En eſto vn menſajero de el fracaſo,
que en vn roſillo Calabrès galopa,
y dexando a Puzol, el viento iguala,
ſiguiendo el buelo de la nueua mala.

XXXVII.

Al arma, dixo, Capitanes nobles:
que en eſta empreſſa ocupan y coronan,
las manos freſnos, las cabeças robles,
y glorias tantas a la edad pregonan.
Moſtrad al Sol en los azeros dobles
eſpejos puros, que el cuidado abonan
de el vſu militar, y en todas partes
al viento dad banderas y eſtandartes.

XXXVIII.

Poblad de armadas hueſtes la campaña;
que agora en breue termino diuiſo,
Puzol os llama, que el Leon de Eſpaña
ſoberuio os arrebata de improuiſo.
Tal miedo de ſu furia me acompaña,
que en eſte breue limite que piſo,
entre armas tantas, y vezino al muro,
miro ſi puedo razonar ſeguro.

XXXIX.

No cuento la tragedia laſtimoſa
de incendios, robos, muertes, tiranias,
la barbara licencia victorioſa,
los gritos, los enquentros, las porfias.
Malogra alli la honeſtidad hermoſa
piadoſas quexas, y razones pias,
y lagrimas pendientes de la cara,
remedio con que el fuego ſe aplacara.

XL.

Aun no contento de gozar la preſa,
partir mañana a Napoles diſpone,
por ver deshecha la opinion Franceſa,
ſi a ſu reſuelto eſpiritu ſe opone.
Para eſta incierta y animoſa empreſa
armas preuiene, maquinas compone:
ſolo preſumo que ſe tarda mucho;
mas yà ſus caxas reſonando eſcucho.

XLI.

Mouida de el ſuceſſo y del eſpanto,
que truxo el menſajero diligente,
quedò la plebe atonita entre tanto,
que el noble Duque con ſerena frente,
Vibrando el haſta, deſcogiendo el manto
(de el ombro izquierdo por igual pendiente)
pciò el cauallo, y animando a todos,
apoca la vitoria de los Godos.

Iuntò

XLII.

Iuntò de ſus guerreros ſingulares
los que ha prouado en ocaſiones tantas,
y las reliquias nobles de los Pares,
defenſa y honrra de ſus Liſes ſantas;
Y a todos les propuſo los millares
de amigos muertos las oſadas plantas,
que yà dexando de Puzol la vega,
los campos huellan, que el Sebeto riega.

XLIII.

Proponen vnos con diſcurſos largos,
otros con breue prieſſa los barajan:
hablar pretenden los mayores cargos,
y otros ſin ellos ſu razon atajan.
Ni dan ſatisfaciones, ni deſcargos,
de quantas vezes por hablar ſe vltrajan,
y al fin ſe reſoluiò de la contienda,
que Napoles iluſtre ſe defienda.

XLIV.

Recogeſe la gente, y diuidida
ocupa la extenſion de la muralla,
quedando ſuperior y preuenida,
ſi ALFONSO intenta deſigual batalla.
No dexò ſin reparo preuenida
qualquier flaqueza, que en los muros halla,
y fueron pocas; y aunque mas huuiera,
ſu Caudillo animoſo las ſupliera.

XLV.

Iamas hallò la induſtria de los hombres
pertrechos ignorados en la guerra,
de efectos raros, de exquiſitos nombres,
que en ſu defenſa Napoles no encierra.
Motiuos de las glorias y renombres,
que darà lo diſtante de la tierra
de ALFONSO, pues ſe alcança de ordinario
mayor victoria de mayor contrario.

XLVI.

Llegò la noche, deſatando triſte
obſcuras ſombras, al amante bellas,
con que ella muda ſus engaños viſte,
fiandoſe de ſolas las eſtrellas;
Y el ruſtico canſado, que deſiſte
de el fiel trabajo, ſe rigiò por ellas,
boluiendo a ver en caſa ſus pequeños
hijos, que cercan los ardientes leños.

XLVII.

Con mas riſueña frente, a los collados
ſaliò tras ella la diuina Aurora,
baxando a ver por los vezinos prados
la muda ſelua, que ſu lumbre adora.
Los pajaros cantando enamorados,
el Sol aguardan, que ſus plumas dora;
y como ſon amantes ſin rezelo,
al dia piden que amanezca al Cielo.

XLVIII.

Siguiò los passos de su hermosa lumbre
el vencedor exercito que assoma,
vnos cubriendo el llano; otros la cumbre
de el verde monte, que ennoblece a Soma.
Mirauan la eminente pesadumbre,
que ageno dueño tiraniza y doma,
formando de las caxas y trompetas
el son discorde, clausulas perfetas.

XLIX.

El viento de estandartes y banderas
vistosa muestra lisongero hazia,
fingiendo en las colores verdaderas
cambiantes visos, que le presta el dia:
Y el Sol, que de las armas (en lumbreras)
boluiò el azero vfano, componia
de la tremula luz que no reposa,
molesta confusion, pero vistosa.

L.

Comiençan los villanos gastadores
a dar principio al tragico exercicio
de el campo, siendo barbaros cultores,
sin aguardar de el Cielo beneficio.
De Caya los antiguos moradores,
temiendo de su patria el desperdicio,
al huesped nueuo la dexaron toda,
que en ella breuemente se acomoda.

L I.

Igual por todas partes ſe auezina
al muro el campo, que ciñendo coge,
y donde mas el impetu le inclina,
armadas tiendas liberal deſcoge.
La gente de los muros encamina
algunos tiros, ſin mirar que eſcoge
mal la diſtancia el miedo a los ſentidos,
y aſſi ſalieron ſin vigor perdidos.

L I I.

Con traças, diligencias y reparos
crecia la eſtrecheza de el aſſedio,
buſcando ſiempre con deſignios caros
el combatido pueblo ſu remedio.
Los breues dias, de ſu lumbre auaros,
a todos fueron peligroſo medio,
cubriendo ſus aſtucias robadoras,
de el mudo ſueño las prolixas horas.

L I I I.

Doraua el Sol, errante peregrino,
de Aquario elado la morada breue,
cubriendo ſu cabeça el Apenino
de ſecas ramas, y erizada nieue;
Quando de el mar, por aſpero camino,
el vago Reino diligente mueue,
de flamulas y tiendas coronada,
de ALFONSO inuicto la oportuna armada.

De

L I V.

De ſubito en el campo ſe publica
la alegre nueua; y Napoles confuſa
miraua, que el contrario multiplica
gente, que el ocio femenil rehuſa.
La armada en tanto, preuenida y rica
de las nauales maquinas que vſa,
fuego en la ſalua ſin parar deſpide,
y en ala el campo de criſtales mide.

L V.

Por mar y tierra ſe entablò el aprieto
de el fuerte muro, que temblando gime,
y el viejo Naua con ardiente afeto
el mar eſcombra, la Ciudad oprime.
La incierta fama con igual efeto
en todos fuerças y valor imprime,
velando entre aſſechanças y cautelas
las nunca fatigadas centinelas.

L V I.

Eſtaua el campo en la mitad de el dia
ſufriendo entre las tiendas de colores,
de el ſeco Enero la inclemencia fria,
y de ſu eſcarcha y nieue los rigores;
Quando auiſado ALFONSO de vna eſpia,
llegaron dos compueſtos Senadores
de el Milanès Filipo, que procura
cortar aſtuto ſu inmortal ventura.

Paſſaron

L V I I.

Paſſaron por el campo, en armas pueſto,
en dos vizarras acas y lozanas,
jouen gallardo el vno y bien diſpueſto,
honrrado el otro con tendidas canas.
Las ropas largas, el cabello expueſto
al parto de las noches y mañanas,
con dos gorras, cubriendo en ſu decoro,
la plata el viejo, y el mancebo el oro.

L V I I I.

Llegando a los vmbrales de la tienda,
corteſes en ſus margenes deſcienden;
y porque Alfonso ſu embaxada entienda,
hablarle luego ſin tardança emprenden.
Entraron, ſin liſonjas de la ofrenda,
con que otras vezes conquiſtar pretenden
con blanda mueſtra el animo rogado,
remedio en tantos ſiglos lamentado.

L I X.

Sino le ofrecen armas y criſtales,
que ſu ingenioſa patria templa y labra,
las ſuplen con ofrendas naturales
de fiel reſpeto, ſin hablar palabra.
Prendiò la admiracion ſus deſiguales
ſentidos, y años, eſperando que abra
de Alfonso la piedad benigna puerta,
al juſto miedo, que callando acierta.

Con

L X.

Con dulce agrado, con amiga ſeña
mandò que le proponga ſu demanda,
y con ſeueridad graue y riſueña
deſtierra el miedo, y al turbado manda.
Deſpues que libre a proponer le enſeña
de el graue oyente la acogida blanda,
y a eſcuchar el anciano ſe diſpuſo,
aſſi el manceuo ſin tardar propuſo:

L X I.

El gran Filipo, que a Milan gouierna
(yà pienſo que le viſte, y le conoces)
el que venciò deſde ſu infancia tierna
los duros golpes de la guerra atroces;
Y al claro nombre de ſu fama eterna
(que ALFONSO juſtamente reconoces)
Italia tiembla, y en el ancho ſeno
ciñe cortès ſus ondas el Tirreno:

L X I I.

Con migo te aconſeja, ò te amoneſta,
que deſta empreſſa barbara deſiſtas;
pues toda Europa, por tu mal, diſpueſta
cortar pretende el hilo a tus conquiſtas.
Francia ſus Nobles a cauallo apreſta
con armas fuertes, de grauadas liſtas;
Lorena, de Sueuos y Cantones
formando eſtà lucientes eſquadrones.

LXIII.

De el noble Tibre los dichosos llanos
el Padre vniuersal airado cubre
de Esguizaros, Tudescos y Romanos,
y a tierra y cielo su rigor descubre.
La inculta gente, que en los Alpes canos
aluergues rudos de su nieue encubre,
marchando a la inclemencia de los cielos,
coronas pisa de erizados yelos.

LXIV.

Tambien los varios pueblos, que Liguria
a paga cierta militar conduce,
vengar pretenden la comun injuria
con justo afecto, que el honor produce.
Quien no el dolor y concebida furia,
a hierro, y gente sin tardar reduce,
cubriendo de armas y animos gallardos,
los campos Ginoueses y Lombardos.

LXV.

Bien sabes el valor, con que pelea,
la gente de Filipo tu enemigo.
El nombre errè, que pues tu bien desea,
llamarle puedo con razon amigo.
De intento muda, pues tu honor afea,
que ser pretendas por tu mal testigo
segunda vez, sin esperança alguna,
que las espaldas buelua a la fortuna.

LXVI.

La fuga deste limite apresura;
y porque en èl tu exercito resuelua,
producen gente, el valle, la espesura,
el seco prado, y la desnuda selua:
Y antes que su desdicha, ò tu ventura,
con nueuo mal a castigarte buelua,
reduze la extension de tu deseo
al campo, que corona el Pireneo.

LXVII.

No passes con tus armas adelante,
(sagaz replica recatado el viejo)
que siempre lleua de el varon constante
despojos apacibles el consejo.
Bien sè, que no ai exercito que espante,
como dixe espantar, ni aunque perplejo
tu no turbado espiritu suspenda,
teniendo assido al impetu la rienda.

LXVIII.

No te propongo exercitos, ni miedo,
indigno de el valor de tus acciones,
tu mismo bien representarte puedo,
armado de consejos y razones.
No quiero que con armas, y denuedo
en Napoles coloques tus pendones.
Auràs vencido con benigno Marte,
y bien; como pretendes conseruarte?

LXIX.

Los altos y atreuidos penſamientos,
no es juſto que ſe alienten y ſe midan
con fines engañados y violentos,
que el bien ſeguro al deſpertar impidan.
Yo vengo en que conſigan tus intentos
qualquier ſuceſſo que a la ſuerte pidan;
no vès, que con la embidia de la empreſa,
ſeràs de todos combatida preſa?

LXX.

Contentate con ver, que tus azeros
encierran, no contentos, ni ſeguros
a tantos belicoſos Caualleros
en eſſa eſtrecha carcel de los muros.
Vencer ſerà impoſſible ſus guerreros
con fuertes braços, con enquentros duros:
boluerte puedes, y en la empreſſa baſte
por premio la vitoria que intentaſte.

LXXI.

Tu gente buelua alegre, y vencedora
a ver de el Ebro los criſtales frios;
que auſencia tanta en ſus corrientes llora,
Moncayo en fuentes, que conuierte en rios.
Si no producen por tu bien agora
alegre fruto los conſejos mios,
tu vida el Cielo fauorable guarde,
de el juſto mal de arrepentirſe tarde.

De-

LXXII.

Detente mensajero (le replica
seuero ALFONSO con airado gesto)
que tu fingido engaño multiplica
en mi furor, agrauio en lo propuesto;
Y si al castigo ilicito se aplica
mi justo enojo, con razon dispuesto;
perdone aqui la natural licencia,
la astucia al vno, al otro la insolencia.

LXXIII.

Dezid al Milanès, que le prometo,
en viendo aquestos muros derriuados,
batir los suyos con mayor aprieto,
que lloran oi los miseros cercados.
Verà el Lombardo con siniestro efeto
sus mieses y sus campos abrasados
de el fuego, mas que en los estiuos soles,
de braços y cauallos Españoles.

LXXIV.

Ni temo, que a su ruego se disponen
de el Alpe frio las naciones vastas;
ni ver que a resistirme se amontonen
ferradas paruas de cumplidas hastas.
Ni que embidiosos Principes se oponen,
hiriendo Apolo sus lucientes pastas,
en que grauando el oro en los arneses,
se esmeran los buriles Milaneses.

L X X V.

Que mi conſtancia harà, que a ſu deſpecho
Italia a mi coyunda ſe aperciua,
ſin que el rebelde en ſu paterno techo
ſeguro dueño de mi eſpada viua:
Y no quedando alegre, y ſatisfecho
de ver rendida la ambicion altiua
del ſuelo, que iluſtrò el nieto de Anquiſes,
al Rei verè de las ſagradas Liſes.

L X X V I.

Agradeced el fuero que os defiende,
el no lleuar caſtigo por reſpueſta;
bolued al dueño vueſtro, que pretende
moſtrar valor a la fortuna opueſta.
Y antes que a Febo los cabellos vende
de el mudo ſueño la opreſſion moleſta,
formar vereis ſegundos orizontes,
temblar los muros, y tronar los montes.

L X X V I I.

Dixo; y apenas de la regia tienda
ligeros ſalen con medroſas alas,
quando el aſſalto manda que ſe emprenda,
con infinito numero de eſcalas.
Primero quiere que ſu muro ofenda
horrenda carga de encendidas balas,
que el bronze arroja, y dexa el aire ciego
confuſa exalacion de ardiente fuego.

Leuaron

LXXVIII.

Leuaron ſus tendales las galeras,
y al aire entregan rojos gallardetes;
baten el mar iguales y ligeras
la chuſma coronada de bonetes.
Las naues al virar; las cebaderas
largan con la de gabia y los trinquetes,
topando el viento en medio de el camino
montañas blancas de cambiante lino.

LXXIX.

Las vnas ſus cañones de cruxia
al muro aſſeſtan, y ſus piedras muelen;
las otras plomo arrojan a porfia
de vn bordo, y otro como al viento ſuelen.
La tierra con el agua competia,
y el Duque teme que ſu muro aſſuelen,
ſintiendo en mengua de el incendio Griego,
las piedras rayos, y los aires fuego.

LXXX.

A todas partes diligente acude,
y es fuerça que ſocorra a cada parte,
porque el furor indomito no mude
ſu esfuerço al pecho, y el reparo al arte.
Qualquier rezelo de temor ſacude,
y aliento en todos por igual reparte,
mouidos de el exemplo, y la conſtancia
de aquel intruſo Principe de Francia.

Que

LXXXI.

Que hazemos Paradino (le pregunta
Reiner) entre paredes tan eſtrechas,
que el hierro vil, que a ſu flaqueza apunta,
las tiene comprimidas y deshechas.
Sus puertas abre, tus guerreros junta,
y eſpeſas nubes de volantes flechas,
el aire rompan leues y emplumadas,
ſiguiendo ſu deſtroço las eſpadas.

LXXXII.

Mejor ſerà, que a deſatar te inclines
al libre viento tus banderas blancas,
y para conſeguir dichoſos fines,
el campo cubran las inſignias francas;
Y al ſon de las trompetas y clarines,
beſando el ſuelo las cubiertas ancas,
furioſos partan, y rebueluan blandos
Curcieres, Alemanes, y Normandos.

LXXXIII.

En la campaña, ſi, qualquier robuſto
mueſtra el valor, y no cercado y preſo;
y ſi al comun eſtrepito me ajuſto,
forçado y triſte mi dolor confieſſo.
Bien sè, que a tu deſpecho y tu diſguſto
prudente ſufres tan culpable exceſſo,
ſus miedos dexa, y animoſos vamos;
que entrambos ſolòs a vencer baſtamos.

Tu

LXXXIV.

Tu eſpada ſola, Capitan famoſo
(reſponde Anjous) a conquiſtar baſtâra
quanto de el Sol el curſo preſuroſo
alumbra y ciñe con luciente cara.
Y no con menos animo orgulloſo
los filos azerados deſnudâra,
no ſolo donde al Eſpañol eſtorbe,
ſino en el margen vltimo de el orbe.

LXXXV.

Mas no permite el publico cuidado
dexar aqueſtas piedras indefenſas,
haziendo oficio de vulgar ſoldado,
quien carga obligaciones tan inmenſas.
Qualquier portillo eſtrecho, que allanado
de mi contrario tienen las ofenſas,
en mi opinion abierto le contemplo,
las piedras ſiendo a mi dolor exemplo.

LXXXVI.

Ni es juſto, que a las manos de la ſuerte
ſe entregue en ſolo vn trance la eſperança,
que alienta el pecho generoſo y fuerte,
y con paciencia y animo ſe alcança.
Negar la entrada al miedo de la muerte,
gozando entre ſus olas de bonança,
es bien a muchos nobles concedido;
y a pocos, conſeruarſe en lo adquirido.

LXXXVII.

Naciones fuertes, Capitanes dieſtros
defienden el honor de la muralla;
de blanco trigo en los ſileros nueſtros
inmenſa copia reſeruada ſe halla.
Armas, pertrechos, ingenieros dieſtros,
ſin la infinita tropa de canalla,
que cada qual atento a ſu exercicio
dan de el ſuceſſo fauorable indicio.

LXXXVIII.

Aqui parò, cortando ſu diſcurſo,
ver que en el muro que ſe opone a Chaya,
de ALFONSO el campo con mayor concurſo
aprieſſa llama, que aguardarle vaya.
Ligar pudieran ſu improuiſo curſo
las voces, que en la parte de la playa
ſonaron, dilatandoſe con ellas
penachos de viſlumbres y centellas.

LXXXIX.

Menguaua en los Franceſes el combate,
que ſu Caudillo intrepido ſocorre,
el fuerte azero riguroſo bate,
y noble ſangre por el muro corre.
Temiendo que el ſocorro ſe dilate,
tambien el Lorenès preſto recorre
de la parte de el mar la rota frente,
que vè cubierta de Eſpañola gente.

Los

XC.

Los gritos, las heridas, los deſtroços,
las armas, los encuentros, las congojas,
las duras haſtas en menudos troços,
las fieras puntas con la ſangre rojas;
Las breues vidas de atreuidos moços,
de ancianos braços las heridas flojas,
penetran, hieren, crecen, matan, ſuenan,
los aires turban, y en el mar reſuenan.

XCI.

Crece el valor al paſſo que reſiſte
la honrrada obſtinacion que ſe defiende;
crece el furor de el que animoſo inſiſte,
y ver el fin de ſu conquiſta emprende.
Si el vno atento a ſu defenſa aſſiſte,
en fuego el otro de el honor ſe enciende;
y aſſi procuran ſin ventaja alguna
contrarios fines con igual fortuna.

XCII.

Los dos hermanos, los conſtantes Polos
de el Cielo de Aragon, y ſu Corona,
Enrique y Pedro, que baſtâran ſolos
a conquiſtar los campos de Latona;
No con aſtucia, ò militares dolos,
que el arte en tantos Principes abona,
ſino mouiendo el impetu ſus alas,
anîman, y frequentan las eſcalas.

XCIII.

Llegaron de Fernando los renueuos,
pisando ossadamente sus almenas,
de Esguizaros guardadas y Sueuos,
venales siempre en coleras agenas.
Sintieron tanto los guerreros nueuos,
que a costa de el tributo de las venas
heridos, como los Nemeyos suelen,
del yà pisado muro los expelen.

XCIV.

Tendido se mostraua en el camino
enfrente de el hermano generoso,
elado el cuerpo, y el valor diuino;
gozando Pedro de inmortal reposo:
Vestido de la muerte el cristalino
rostro gentil, y su cabello hermoso
teñido en sangre sepultò la herida,
de sus gallardos años homicida.

XCV.

Turbado ALFONSO de el mortal sucesso
vertiò, sin atender fraterno llanto,
sin ser culpable su piadoso excesso,
ni de el funesto caso el nueuo espanto.
Al cuerpo llega, y enlaçando el peso
del tronco elado, le suspende en tanto,
que con dudosa voz, turbada y fria,
assi confuso y triste le dezia:

O siem-

XCVI.

O ſiempre generoſo Cauallero,
y ſiempre deſdichado hermano mio,
eterno viuiràs noble guerrero,
y en mi el dolor de ver tu cuerpo frio.
No culpo, no, de mi contrario fiero
el duro golpe, el inſolente brio,
pues ſoi quien daua de piedad agenas,
al Cielo culpas, y al caſtigo penas.

XCVII.

Dichoſo tu, que penetrando agora
los campos que diuiden los Planetas,
deſprecias los matices de la Aurora,
que afrentan las colores mas perfetas.
Pues ſabes como el Sol los aires dora,
y el termino fatal de los Cometas,
quien duda del, que Cielos y Aſtros piſa,
que ageno llanto le conuierte en riſa.

XCVIII.

Deſcanſa y logra tu feliz ventura,
comprada a precio de mortales años,
alma dichoſa, y viuiràs ſegura
de embidias, de liſonjas, y de engaños:
Y ſi eſſa luz habitas limpia y pura,
eternamente libre de los daños,
que no conoce, ni ſu hermoſa lumbre
de vn vil deſtierro la infeliz coſtumbre.

XCIX.

A las orejas pias celeſtiales,
que atentas ſiempre ſin eſtoruo tienes,
remedio pide a mis llorados males,
y eterno colmo de ſeguros bienes.
Pues fueron nueſtras ſuertes deſiguales,
harè rogando en tanto que preuienes
igual lugar en eſte que te encierra,
que leue ſea a tu piedad la tierra.

NAPOLES RECVPERADA,

CANTO NONO.

ARGVMENTO.

DE el viento, y de las olas combatido,
a Capri llega el animoso Orlando;
y en el estrecho aluergue recogido,
de Didimo le cuenta descansando,
De Escanderbei, el Principe temido
de Albania; que en Europa amenaçando
estaua las reliquias de Amurates,
en batallas, assaltos y combates.

I.

HAze al Leuante en ombros de el Tirreno
Capri, de el gran Tiberio ocioso nido,
por sus frondosos arboles ameno,
por su verde corona defendido.
De illustres techos y jardines lleno
desciende al mar, que entre sus pies dormido
las olas dexa, que llegaron prestas,
las vnas a las otras sobrepuestas.

II.

En esta siempre alegre y verde sierra,
en la estrecheza pobre de vna hermita,
Didimo noble su ambicion encierra,
y las paredes rusticas habita.
Cuidados vanos la humildad destierra,
y con piadoso llanto solicita
afectos puros, animo sereno,
de amor la espuela, y de temor el freno.

La

III.

La muda noche ſu eſtacion primera
pisaua obſcura, y con furor violento
de negras nubes, ſu mayor lumbrera
cubriò entre nieue el importuno viento.
De ſombra y miedo ſe viſtiò la esfera,
ſus luzes viò prender el firmamento,
y airado el mar de la inſolencia braua,
de el viento a los peñaſcos ſe quexaua.

IV.

De tantos enemigos aſſaltado
llegò de Orlando el temeroſo pino,
de la couarde luz encaminado,
que entre vnas peñas Didimo preuino;
Con grato amor, con paternal cuidado,
moſtrando a dos barqueros el camino,
que parten con ſu vida, y ſus paredes,
el logro de los barcos y las redes.

V.

Apenas llega el fracaſado leño
al corto abrigo de la inculta peña,
quando a ſu arena el preuenido dueño
el hierro corbo ſin tardar deſpeña.
Moſtrò la luz entre el lluuioſo ceño
de el negro monte la quietud pequeña
de Didimo; que eſcucha atentamente
gritos de el mar, y vozes de la gente.

VI.

Piadoſo dexa el intratable lecho,
y al fuego mal cubierto, que dormia
entre ceniza lente, a ſu deſpecho
ardiente luz ſoplando le pedia.
La ſoñolienta lumbre al mudo techo
moſtrò vn engaño de el vezino dia,
y el aire vago penetrando, inflama
en candido algodon luciente llama.

VII.

Oculta ſale en vna carcel breue,
antes que el aire ſu pureza ofenda,
y a peſar de el rebozo de la nieue,
entre vnas hayas deſcubriò la ſenda.
Con blancos grillos, quando el paſſo mueue,
la eſtampa miſma impide que deſcienda,
y apenas pudo en reſiſtencias tantas
mouer el cuerpo, y leuantar las plantas.

VIII.

Al baculo, y la luz ſus pies entregan
de tan dudoſos paſſos el gouierno;
que el viento, y nieue, que ſus ojos ciegan,
ſon de ſu edad accidental inuierno.
Deſcubre yà los miſeros que llegan
el noble viejo, laſtimado y tierno,
y acuſa en ſi los que plantaron antes
en campo eſteril arboles errantes.

IX.

Viò preparar los leños, ſacudiendo
la blanca tez, que ſus cortezas baña,
y con gemidos ruſticos midiendo
la luz el tronco, el humo la montaña.
El lento paſſo de el calor ciñiendo
la plebe viò, que entorno le acompaña;
en todos ſiendo el infeliz conſumo,
al cuerpo engaño, y a los ojos humo.

X.

En medio de el rumor y la fatiga
llegò al concurſo el viejo venerable:
pararon todos, que ſu viſta obliga
a mas quietud en el reſpeto amable.
Por no impedir que el deſtroncar proſiga
la gente, y el dormido incendio entable,
hallar cortès al Capitan procura
con luz eſcaſa en la tiniebla obſcura.

XI.

O fueſſe el trage, ò la mudança fueſſe
de rubios creſpos, a ſeueras canas
hizieron, que con Didimo midieſſe
Orlando mal las mueſtras corteſanas;
Mas no porque faltaſſe, ni excedieſſe
de aquellas juſtas ceremonias llanas,
con que el piadoſo Capitan reſpeta
el abito y virtud Anacoreta.

Cor-

XII.

Cortès y alegre la diſculpa admite
de aquella tan forçoſa inaduertencia,
y con deuida proſtracion repite
palabras de humildad y reuerencia.
Que ſuba preſto, y ſu eſtrecheza habite
procura con benigna diligencia,
y aſſi le dize entre el eſtruendo ciego
de el vulgo, atento a dilatar el fuego.

XIII.

Si al mar, y al viento, ſin firmeza opueſto,
abriò tu leño a ſu quietud camino,
y el ſoplo mas ſoberuio, y mas moleſto
ſiruiò a la induſtria de el oſſado lino:
Si vè el deſcanſo, el que miraua expueſto
ſu ſer (por tantos miedos peregrino)
al mar airado, que la frente humilla
alguna vez al ſurco de la quilla:

XIV.

Razon ſerà, que al Cielo agradecido
en eſte techo, que vezino miras,
le dès las gracias, por auer rendido
de el mal domado pielago las iras.
Hallaràs entre tanto preuenido,
ſi deſtas inclemencias te retiras,
vn lecho, que hoſpedar, ſi a mas excede,
no tu valor, mas tu fatiga puede.

XV.

No con delicias barbaras ornado
publica el yerro de el ſoberuio dueño;
que en dar deſcanſo al cuerpo fatigado,
no deue nada a la ambicion el ſueño.
Aquel prolixo intrinſeco cuidado,
vida de el oro, eſpiritu de el leño,
no iguala el ſueño de plebeyos viles
con mas labor, con hilos mas ſutiles.

XVI.

Cenar podràs el fraternal tributo,
que dan a Dios incultos peſcadores,
de nueſtra cortedad piadoſo fruto,
y ofrenda de ſus pobres moradores:
Tambien el huerto natural y bruto,
a quien los meſes ſiruen de cultores,
ſeguro guarda (de que el guſto ofendas)
de el pardo Otoño las ſabroſas prendas.

XVII.

Al noble viejo agradecido Orlando,
el no eſperado ofrecimiento admite,
y por la inculta ſenda caminando,
palabras dulces de amiſtad repite.
Iua el guerrero Didimo alumbrando,
ſin que jamas de ſus piſadas quite
la luz, que al breue techo los adieſtra,
y entre vnos troncos el camino mueſtra.

Llegaron

XVIII.

Llegaron derriuandose en el suelo,
mirando en breue lienço retratada
la Ester diuina, admiracion de el Cielo,
que està de sus lumbreras coronada;
Y viuo muestra el virginal rezelo
de aquella felicissima embaxada,
con que a alentar su candida pureza,
baxò de Dios la misma fortaleza.

XIX.

Con breues gracias le encamina luego,
donde con secos troncos insolente
llegar al Cielo procuraua el fuego,
en solo destruirse diligente.
En corto espacio con igual sossiego
hallò defensa en el consumo ardiente,
el frio embuelto en la humedad que beue,
penetrado el vestido de la nieue.

XX.

La dulce mesa, sin delicias llena,
le muestra de improuiso el aposento,
y en ella desempeña humilde cena
aquel modesto y puro ofrecimiento.
Sentôse Orlando, y con templança (agena
de ambicion) despidiò el segundo assiento
Didimo, no admitiendo ruego alguno
las no violadas horas de el ayuno.

XXI.

El huesped toma lo forçoso y justo
para el reparo cierto de la vida;
que no es seruir a la ambicion y al gusto,
oficio natural de la comida.
Yà en el aliento, y animo robusto,
el alma se mostraua agradecida
al cuerpo, y al pacifico sustento,
que goza sin pension de cumplimiento.

XXII.

La cena, ni por larga, ni molesta
perdiò de humilde el nombre merecido;
ni por la copia, y diligencia presta
el dueño de animoso y preuenido.
Quedò sobrando a la inuasion expuesto
de nueuo huesped, si de el mar vencido
llegara: mas la mesa retiraron,
y al fuego diuertidos se quedaron.

XXIII.

No me conoces, Capitan gallardo,
le dize el viejo. En tan piadoso oficio
tu amor conozco, respondiò el Lombardo,
y humilde reconozco el beneficio.
Aqui la muerte (le replica) aguardo
con diferentes armas y exercicio,
yo el Senescal, priuado sin segundo,
de el Reino embidia, y fabula del mundo.

Rom-

XXIV.

Rompì de ſus engaños las priſiones
(al Cielo gracias que dezirlo puedo)
quando de ſus profanas ambiciones
en muertas ſombras temeroſo quedo.
Temì ſus peligroſas confuſiones,
y dando atento entre tan juſto miedo
a mas ſegura empreſſa la eſperança,
dexè la ſugecion y la priuança.

XXV.

Aquel engaño dulce de la vida,
aquel morir ſin eſperar la muerte,
aquella eſclauitud agradecida,
y aquel encanto con liſonjas fuerte:
Aquel reinar la libertad perdida,
aquella infamia en la dichoſa ſuerte,
aquel temor, aquella honrroſa pena,
ſolo feliz a la miſeria agena.

XXVI.

Que eſtriue de la vida el fundamento
en el querer de vn vano poderoſo,
y en vna voz, que la engendrò en el viento
la lengua con afecto licencioſo;
En el airado y facil mouimiento
de la viſta, tirana de el repoſo,
pues de la ſierpe que mirando mata,
eſta verdad la fabula retrata.

Las

XXVII.

Las publicas acciones condenauan
los que en plebeyos limites viuian,
los grandes obligados ſe quexauan,
y mi poder con ſu ambicion median.
O quantos mi paciencia fatigauan,
y quantos con no verme la ofendian,
ſiendo al priuado, que el fauor diſpenſa,
rogarle enojo, y no pedirle ofenſa.

XXVIII.

Vn graue yerro Capitan confieſſo,
que vezes tantas ſin remedio lloro,
ſi no diſculpa tan coſtoſo exceſſo
amor antiguo de los Lirios de oro.
Por mi conſejo, que acuſar profeſſo,
Iuana ofendiendo ſu Real docoro,
llamò al Frances, que ſuceder eſpera,
de ALFONSO ſiendo la adopcion primera.

XXIX.

En eſtas apacibles ſoledades,
con mas quietud, y ſin fatiga alguna
adoro deſtos campos las verdades,
que no eſcuchò mi barbara fortuna.
No inuenta corteſanas nouedades
la turba, en pretenſiones importuna;
que ſon entre eſtos arboles y fuentes
las aues de mi meſa pretendientes.

Quan-

XXX.

Quando la blanca luz, alma de el dia,
procura ver los campos de el Tirreno
al Sol, y a mi, con vozes de alegria
despiertan, reposando el mar sereno.
Los passos miro de la noche fria,
que ciega busca deste monte el seno,
y alegre el Sol, vistiendo el orizonte,
salir al mar, y amanecer al monte.

XXXI.

En este tiempo, que el Inuierno cubre
de Aquario el techo con escarcha y nieue,
y el Sol tan breues horas se descubre,
que apenas paga lo que al mundo deue.
Lo que con amenazas el Otubre
mandò guardar en este cerco breue,
agora gastan sus humildes dueños,
al Sol que sale en los ardientes leños.

XXXII.

Quando despues los arboles y prados,
de flores y hojas el Abril compone,
y a los jardines de la industria armados,
vestido el campo en lo galan se opone;
Mirar los muertos troncos animados
de vna verdad el credito dispone,
que a viuir con exemplo de las plantas,
el cuerpo buelue entre miserias tantas.

XXXIII.

Mirò despues a manos de el Estío
morir deshechas las caducas flores,
y en secas yeruas de poner el brio
la vida natural de las colores.
Y en esto juzga el desengaño mio
la vana direccion de los amores
a vna beldad, en duracion escasa,
que el mismo Sol, que la engendrò, la abrasa.

XXXIV.

Con estos generosos desengaños,
que aduierten los efetos naturales,
la vida passa sus postreros años,
menos gallardos, pero mas leales.
Ni embidias temo, ni rezelo daños;
seguro viuo de ambiciosos males;
no ai quien mi gusto en quanto emprendo altere,
pues siempre quiero lo que el Cielo quiere.

XXXV.

Mas tu, que de las ondas la inclemencia
sentiste preso entre sus braços fieros,
sugeto a la dormida diligencia
de pocos y turbados marineros;
De donde vienes, que tu injusta ausencia
lloran de Anjous los inclitos guerreros;
que mares, que peligros nauegaste,
si entre vnas penas a morir llegaste?

XXXVI.

Seruì (le dize) en la primera guerra,
y en aquella batalla tan gloriosa
de Ponça, gouernando en mar y tierra
la gente de Filipo vitoriosa.
Su paz despues de Italia me destierra,
quando con insolencia poderosa,
ceñido de armas Otomanas, miro
aquel gallardo Principe de Epiro.

XXXVII.

Aquel que eternos bronces solicita,
y teme el Garamanta mas remoto,
aquel que llama Escandarbei el Scita,
y el Catolico nombre Castrioto;
Aquel que la piedad antigua imita
con zelo santo, y animo deuoto,
y osado impide las empressas vanas,
de el Cielo de las Lunas Otomanas.

XXXVIII.

Despues que en las vitorias insolente,
aquel soberuio Principe Otomano
domò de Grecia la gallarda gente,
con graue yugo, y con sangrienta mano:
Despues que a los mandatos obediente
se viò el postrero Cesar de el Tirano
(llorando el Orbe) aquel incendio ciego,
que el lustre abrasa del Imperio Griego.

XXXIX.

El Principe de Albania deſdichado,
Iuan Caſtrioto al vencedor entrega
con nueue prendas ſu mayor cuidado,
vltimo aliento en la deſdicha Griega.
En nueua lei, con paternal cuidado,
ſu fiero dueño, con induſtria ciega
le fia, a quien ſus partes deſempeñe,
y armadas letras a ſu edad enſeñe.

X L.

Criôſe en el Palacio de Amurates
robuſto, en tanto que piadoſo el Cielo
la gloria preparaua a ſus combates,
y honrroſa libertad al patrio ſuelo.
Deſde el Danubio elado haſta el Eufrates
vertiò la fama aquel glorioſo duelo,
en que al Scita y al Perſa en la eſtacada
quitò las vidas ſu primera eſpada.

X L I.

Al paſſo de la edad creciò el reſpeto,
yà General de las eſquadras fieras,
con fuerte dieſtra, y con dichoſo efeto
gouernò de Amurates las banderas;
Siendo de ſu inuaſion primero objeto,
y robo de las manos eſtrangeras,
Miſſia infeliz, el deſpoto perdido,
y ſu piadoſo vencedor vencido.

La

XLII.

La embidia (ſombra de glorioſos hechos)
que los couardes animos leuanta,
moſtrò ſu enojo en los fraternos pechos,
y de ſu honrrado padre en la garganta:
Y quando ver pudiera ſatisfechos
ſus nobles triunfos, que a los ſiglos canta
la miſma edad, pensò cortar ſus brios
con varios y afectados deſafios.

XLIII.

Temiò la muerte aquella iluſtre prenda
de los Albanos pueblos, que en Italia
a Troya dieron generoſa enmienda,
y glorias a la ſangre de Teſalia.
Mirando en vna barbara contienda
repetir la tragedia de Farſalia,
del gran Moraua en la ribera verde,
cobrar el Reino procurò que pierde.

XLIV.

Fue de las armas conſejera el arte,
y con induſtria, armada de violencia,
antes que del exercito ſe aparte,
hizo eſcriuir, forçado en ſu preſencia
A vn Secretario de Sultan, que parte,
que Albania toda dieſſe la obediencia
a Eſcanderbei; mandando a quien la rige,
que dè el gouierno al que de nueuo elige.

XLV.

Seguido de trecientos Caualleros,
tomò con ellos possession de Dibra,
y dando al Sol Catolicos azeros,
su braço el hasta cautelosa vibra:
No en ella, no en las armas y guerreros
el fiel suceſſo de su empreſſa libra,
pues no ai poder que su fortuna altere,
si el hombre reina, quando el Cielo quiere.

XLVI.

Fiado solo a la diuina dieſtra,
que sus designios juſtos encamina,
sin dar principio a la marcial paleſtra,
procura de Amurates la ruina.
Con modo cauto, con aſtucia dieſtra,
embiar a su primo determina,
al noble Amesa, que de si le aparta,
luego a lleuar la simulada carta.

XLVII.

Creyôla sin discurso el diuertido
barbaro Capitan, que al punto deja
la antigua Croya al sucessor fingido,
y luego de sus terminos se aleja:
El pueblo alegre al Cielo agradecido,
fieſtas de amor al Principe apareja,
que aduersa suerte en la ocasion le puso
en propio Reino con gouierno intruso.

XLVIII.

Apenas los miniſtros Otomanos
con fè ſencilla la obediencia dieron,
quando, que mueran, ò que ſean Chriſtianos,
ſu piedad y ſu zelo diſpuſieron.
O fue dureza, ò turbacion; pues vanos
los juſtos medios de equidad ſalieron;
y quando el pueblo a conocerlo alcança,
viſtiò de ſangre la comun vengança.

XLIX.

Auiendo conuocado ſus vaſallos,
Principes junta, deudos y vezinos,
ſiendo el concurſo inmenſo de cauallos,
errante habitador de los caminos.
Pudo el amor y la ocaſion juntallos
(ô impulſos mas gallardos y diuinos!)
tan preſto, que ſin limite acompaña
de iluſtre gente Epiro la campaña.

L.

Arianites llegò Topiagolemo,
que Europa llama Capitan Comato,
por los cabellos largos con eſtremo,
fiados ſolo al natural ornato.
Aſſombro pudo ſer de Polifemo
ſu cuerpo, y de Amurates ſu aparato,
de armada gente, que naciendo el dia
al barbaro tirano deſafia.

L I.

Su eſtado, deſde el claro rio Eante
al Ambratico ſeno ſe dilata,
girando por la coſta de Leuante,
en terminos de Albania ſe remata.
Y quando Mahamet, Turco arrogante,
ſus Lunas paſſa de luciente plata
a Epiro, llora las eſquadras rotas
de el triunfo de ſus armas Epirotas.

L I I.

Rigiendo armado ſus guerreras gentes,
Andreas Topia en ſu defenſa vino
con Muſachio y Commino, ſus valientes
hijos, y con Tanuſio ſu ſobrino:
Sus nobles generoſos aſcendientes,
riberas de el Emato criſtalino,
a Croya y a Petrela edificaron,
y nombre eterno a ſu valor fundaron.

L I I I.

La fuerte gente, que en la guerra emplea,
ſus haſtas vibra, vſando los paueſes,
porque el contrario al combatir no vea,
ni el vago reſplandor de los arneſes.
La fiel Prouincia, en que domina Andrea,
baxando de los montes Albaneſes,
a Epiro dexa, y por la tierra llana
ciñe a Epidamo, y la menor Tirana.

Llegò

LIV.

Llegò el tercero ſu ſobrino Eſtrecio,
de Balſa hijo, que entre Croya y Liſo
los campos goza, que con juſto aprecio
robar con armas Amurates quiſo.
Haziendo de ellas varonil deſprecio,
armados ſe moſtraron de improuiſo,
ſiguiendo los Muſachios ſu eſtandarte,
miniſtros fieros de el rigor de Marte.

LV.

Llegaron los hermanos generoſos,
gallardo Nicolao por la guerra,
y Paulo en armas, y actos religioſos,
honor y fe de ſu oprimida tierra.
Deſde los montes aſperos y vmbroſos,
que el alta Miſſia en ſu contorno encierra,
de entrambos ſon los campos, que Baniſa
por blanca arena caminando piſa.

LVI.

Vino el gallardo Lucas Zacharias,
Señor de Daino, que ſus muros bañan
de el claro Drino las corrientes frias,
y ſus riberas verdes acompañan.
Huyendo de las altas ſerranias
de Albania, ſus criſtales deſengañan,
que es Albanès, ſi con ſu eterno giro
ciñe a Dalmacia, y fertiliza a Epiro.

LVII.

Pedro Eſpañol, opueſto a los Sultanes;
ſus hijos truxo, Alexos y Boſdario,
Vruo y Mirco; iluſtres Capitanes,
ſiempre terror de el barbaro contrario,
En guerra y paz valientes y galanes:
y bien ſe mueſtra, aunque en ſuceſſo vario,
que diò principio, y ſangre a ſus trofeos
Eſpaña en los neuados Pirineos.

LVIII.

Llegaron los dos celebres hermanos,
Lucas y Pedro, que la caſa heredan
de aquellos nobiliſſimos Duſmanos,
y en cuyas glorias ſubrogados quedan;
Aquellos que los hierros Otomanos,
rompiendo libres, porque honrrarſe puedan,
los ſiguen ſus vaſallos Pelagones,
horror de tantas barbaras naciones.

LIX.

Luego a Eſteuan Cerniche acompañauan
con Iuan y Iorge, ſus valientes hijos,
quantos de aqueſta guerra deſpreciauan
fatigas y trabajos tan prolixos:
Iſiricos gallardos que aguardauan
con fuerte pecho en eſquadrones fixos
la inuaſion mas violenta, que podia
inundar la Turqueſca infanteria.

Vino

L X.

Vino nobleza mucha de Venecia,
que de el Albano monte ſe deduce,
con que el dolor y la amiſtad de Grecia
a tan glorioſa empreſſa la conduce.
Grandeza tanta de ſeguir ſe precia
al noble Caſtrioto, que reduce
la graue junta al venerable templo
de Aleſio antigua en la firmeza exemplo.

L X I.

Paſſados los forçoſos cumplimientos,
gallardos y conformes ocuparon
de la mayor Capilla los aſſientos,
deſpues que alegremente ſe abraçaron.
Quedaron todos en ſilencio atentos,
y con piadoſas mueſtras eſcucharon
al Rei, que a tantos Reyes ſoſtituye,
y Dios a ſu quietud le reſtituye.

L X I I.

Y dixo, valeroſos herederos
de aquellos, que con Hercules oſado
à Colcos habitaron los primeros,
deſpues que el mar le obedeciò domado;
Y fueron ſus valientes ganaderos,
quando de Gerion robò el ganado,
ſintiendo el monte Albano en las eſpaldas,
beuer ſus fuentes, y talar ſus faldas.

LXIII.

Si veis tan ofendida ſu nobleza,
y llorais tan infame cautiuerio,
deſpues que Saladino a la fiereza
de vn Tartaro paſtor fundò el Imperio:
Alabo tan iluſtre fortaleza,
vida y honor de el noble miniſterio
de la glorioſa guerra, en todos varia,
y al valor Albanès hereditaria.

LXIV.

No ſu opreſſion, ni ſu fatiga injuſta
mi pecho agradecido repreſenta,
pues miro tanta juuentud robuſta,
que armada venga la comun afrenta.
La gloria ſi de la Corona Auguſta
de el Griego Imperio, que oprimiò violenta
de el Conſtantino Ceſar en la frente,
lo mas de el Aſia, y lo mejor de Oriente.

LXV.

En eſtos montes, que erizados veo,
ſaben romper las fieras ſus priſiones;
mas no encerrar con limite el deſeo
los nunca ſatisfechos coraçones.
Ser libre juzga el vulgo por trofeo;
buſcan honor los inclitos varones:
que aſſi pretenden con diuerſa palma,
deſcanſo el cuerpo, y opinion el alma.

LXVI.

La fundacion iluſtre Conſtantina,
guerreros nobles, vueſtro azero llama,
y la ſoberuia embuelta en la ruina,
con mudas vozes de ſu injuria clama.
La ſangre propia a la vengança inclina;
y quando el ofenſor no la derrama,
ſi algun agrauio ſu decoro ofende,
al roſtro mueſtra que ſalir pretende.

LXVII.

La hechura vil de Saladino entienda,
que ſomos Griegos; que ſus armas nobles
eternas viuen, ſin que el tiempo ofenda
la ſagrada memoria de ſus robles.
Que muro aurà que al embeſtir defienda
villanos Scitas en el trato dobles
de tales braços, que pudieran ſolos
vnir reinando los contrarios Polos?

LXVIII.

La gente es poca, ſi mi patrio ſuelo
con tanto barbariſmo ſe compara,
y toda ſobra a la inuaſion de el Cielo,
que agrauios tantos con piedad repara.
Iamas de ſu equidad el juſto zelo
con armas ſuperiores ſe declara,
con menos ſi; porque el ſoberuio crea,
que ſolo Dios por la razon pelea.

LXIX.

En los antiguos triunfos y vitorias,
de aquellos Capitanes ſus amigos,
por ſuyas ſiempre declarò las glorias,
ſiendo tan breues armas los teſtigos.
Si fueron eſperanças las memorias
de tantos y tan rigidos caſtigos,
que el Pueblo fiel en el temor alientan,
de Dios el braço ſus contrarios ſientan.

LXX.

Venced, venced, que la ocaſion glorioſa
ligera el paſſo negligente huye,
y el ſacro honor en la quietud ocioſa,
al noble pecho ſu deſcuido arguye.
Buelua la antigua Albania generoſa
al ſer que vn fiero barbaro deſtruye;
la dulce paz a ſu deſcanſo buelua,
y a ver ſus dueños la abraſada ſelua.

LXXI.

Eſto les dixo; en todos infundiendo
nueuo valor, ſobre el valor natiuo,
y el yugo de los cuellos ſacudiendo,
vencer prometen al tirano altiuo.
Reſuena de las caxas el eſtruendo,
y con ſonido penetrante y viuo,
aliento fiero, y conmocion ſecreta
infunde en los cauallos la trompeta.

Yà

LXXII.

Yà la vengança el Turco preparaua,
y Ali Baxà, ſu Capitan gallardo,
quarenta mil cauallos alojaua,
dexando en Drino gente en ſu reſguardo.
El belico rumor amenaçaua
de el ruſtico temor el paſſo tardo,
con que a los altos montes interiores
lleuauan ſus ganados los paſtores.

LXXIII.

Sus muros examinan las Ciudades,
y atento el labrador à ſu defenſa,
ſe oculta en las vezinas ſoledades,
y el campo entrega a la enemiga ofenſa.
Llamado de tan ciertas nouedades,
de el mudo ſueño, en la quietud ſuſpenſa,
con quinze mil guerreros que ſeñala,
el leue viento el Albanès iguala.

LXXIV.

Vn boſque ocupa en la vezina frente,
guiado ſolo del ſilencio obſcuro,
formando al punto ſu callada gente
de verdes troncos repentino muro.
Apenas a los campos de ſu oriente
el cabello moſtrò luciente y puro
el Sol, quando el Baxà ſu gente ordena,
y al arma al arma en los quarteles ſuena.

Tra-

LXXV.

Trauôse la batalla con el dia,
con tal furor, con tanta diligencia,
que al hierro en tan reciproca porfia,
vitoria pudo ser la resistencia.
El Principe de Albania se ofendia
de aquella peligrosa diferencia,
mas yà baxaua de el vezino monte
con su fuerte esquadron Vranaconte.

LXXVI.

Y al campo opuesto tan gallardo enuiste,
que el fiero Scita, en resistir couarde,
en no ser presa solamente insiste,
sin que otro premio en la contienda aguarde.
De cuerpos y armas la campaña viste,
y antes que baxe a descansar la tarde,
a Croya bueluen sus azeros rojos,
honrrados con los barbaros despojos.

LXXVII.

Quedò con tantas muertes oprimido
de el Griego suelo el robador injusto,
que pide de sus armas ofendido
paz, y amistad al vencedor robusto:
Que al Cielo justamente agradecido,
con pecho altiuo, con designio justo,
entrambas prendas al contrario niega,
y armada gente a la campaña entrega.

Lla-

LXXVIII.

Llamado el Turco de ſu injuria, buelue
ſegunda vez, mouido a la vengança;
y el Aſia toda ſu furor rebuelue,
fiando a muchas armas ſu eſperança.
Salir en campo el Albanès reſuelue,
que yà el valor acuſa la tardança,
y en toda Grecia reſonaua en tanto
de ruſticos clamores el eſpanto.

LXXIX.

De Eſcutar llega a la campaña verde,
cubriendo Moſtafa boſques y prados
de gente, en cuyo numero ſe pierde
la cuenta de cauallos y ſoldados;
Y antes que alegre el Cielo al Sol recuerde,
ſe vieron ſus guerreros aſſaltados
de el Albanès, que aguarda ſu fortuna,
que Apolo dexe la dorada cuna.

LXXX.

Fue la inuaſion tan fuerte y repentina,
que en breues horas, con dolor ſangriento
llora el Baxà ſu miſera ruina,
y Epiro aclama el juſto vencimiento.
Baxar a ſu caſtigo determina
de Albana ſangre el barbaro ſediento,
y en las inſignias tremulas dilata
ſus varias Lunas de brillante plata.

LXXXI.

Con numero de gentes infinito
ciñiò de Esfetigrado las murallas,
viſtiendo con deſpojos ſu diſtrito,
teatro de tres celebres batallas:
Yà reduzido à termino finito
ſu exercito, y queriendo acreditallas,
dexò las armas, y perdiò la vida,
de tan ſinieſtras ſuertes ofendida.

LXXXII.

Su triſte gente a Mahamet elige,
de Imperio tanto Principe heredero,
que pide luego que ſus armas rige,
paz y amiſtad al vencedor guerrero:
Y el Capitan Chriſtiano, que dirige
a Dios las nobles glorias de ſu azero,
con no quererla el Tartaro deſtierra,
y libre dexa ſu oprimida tierra.

LXXXIII.

Moiſes en tanto, ſu mayor Caudillo,
dexando a Dios, a Mahamet ſe paſſa,
y dando al aire el barbaro cuchillo,
el campo Albano ſin piedad abraſa;
Y en vez de conſentir arado y trillo
en la eſpalda opulenta; la traſpaſſa
el hierro en pies ligeros y biçarros,
y en las ſonantes ruedas de los carros.

Lle-

LXXXIV.

Llegaua apenas de el Eante claro
el diſcolo guerrero a las arenas,
quando ſu gente ſin hallar reparo
pagò tributo al agua de ſus venas.
Saliò el dichoſo vencimiento caro,
juntando a tantas glorias tantas penas,
ſu primo Ameſa, apoſtata inſolente
de la amiſtad, y fe de ſu pariente.

LXXXV.

Al Turco lleua ſu familia oculta,
que luego vn grande exercito le entrega,
y la traicion, que nada dificulta,
de Dibra preſto a las murallas llega:
En vna ſelua de arboles inculta,
ſu aleue exceſſo a la priſion le entegra
de el primo, ſiendo en la experiencia vanas
las glorias de ſus armas Otomanas.

LXXXVI.

Al Principe Albanès llamò el caſtigo
de ſu rebelde ſangre y ofenſora,
y la perfidia injuſta de el amigo,
con juſto exceſſo ſu clemencia llora.
Y quando a la vengança de enemigo
pudo ſalir la eſpada vencedora,
ſaliò el perdon; y a la familia preſa
le diò ſu padre, y al honor ſu empreſa.

LXXXVII.

Fue en el culpado afrenta el beneficio,
y amores de ſu auſente compañia,
de el Turco le boluieron al ſeruicio,
ò al miedo de ſu injuſta tirania.
No ſe moſtraua a Mahamet propicio
el Cielo; y caſtigando ſu porfia
de honrroſo triunfo, con preſteza rara
nueua materia al vencedor prepara.

LXXXVIII.

Feri Baxà ſu exercito compuſo,
terror de entrambas Aſias y reſpeto,
y en muchas armas y guerreros puſo
la furia de ſu Principe en efeto.
Partirſe de Andrinopoli diſpuſo,
quando en honor ocioſo, libre y quieto
hallar penſaua a ſu contrario fuerte,
con tantas amenazas de la muerte.

LXXXIX.

El boſque apenas de Dibraſtro piſa,
quando el guerrero inuicto que le aguarda,
al viento diò la belica diuiſa,
que tantos eſquadrones acobarda.
Moſtraua al Cielo ſu primera riſa
el alua, que a la ſed del campo tarda,
y al pie de vn monte con violenta furia,
commiença el hierro ſu primera injuria.

Arde

XC.

Arde el furor, y los valiente braços
de golpes, y armas en el fuego ardian,
y los deshechos cuerpos en pedaços
los vltimos alientos despedian.
Yà de la tierra con violentos laços
los vnos a los otros suspendian,
y por el campo esteril arrojadas,
ni ofenden, ni castigan las espadas.

XCI.

Con altas voces, y soberuia muestra
Feri gritaua en medio de las iras;
a que lugar de mi ambiciosa diestra,
Escandarbei couarde, te retiras?
Aqui veràs a tu quietud siniestra,
essa fortuna improuida que miras,
vezina siempre. Assi acabò callando;
que yà le estaua el golpe amenaçando.

XCII.

O barbaro pagano, le replica
el galardo Albanès, que airado y presto
el braço, y lança a su castigo aplica,
al noble triunfo sin temor dispuesto.
Con el arnès el barbaro complica
el fuerte escudo a la inuasion opuesto,
sintiendo el cuerpo a su rigor desnudo,
flaquezas de el arnès, y de el escudo.

XCIII.

Al ſuelo vino el miſero gigante,
embuelto con la ſangre y la congoja,
y el curſo de ſus venas redundante
traſlada al campo ſu pintura roja.
Fue de el combate termino el inſtante,
que de la vida al barbaro deſpoja,
pues yà la gente por el boſque ſuelta,
a Grecia daua ſin honor la buelta.

XCIV.

Aqui la noche y mi fatiga piden,
que ponga fin a tan notable hiſtoria,
en quien ſus raros meritos ſe impiden,
con forçoſa ambicion de tanta gloria.
Y para referir ſi oſados miden
de muertos y vencidos la memoria,
ò los numeros faltan a la cuenta,
ò al Turco vidas, ò a ſu honor afrenta.

XCV.

O juſta admiracion de el ſiglo nueſtro!
ô ſombro de los Heroes paſſados!
reſponde aquel de eſpiritu maeſtro,
con los piadoſos ojos admirados;
Mi juſto eſpanto en el ſilencio mueſtro,
y en eſtos años triſtes y canſados
al Cielo gracias doi, que en tanto precia
la fee perdida, y la amiſtad de Grecia.

Mas

XCVI.

Mas yà la noche, deſpertando el Cielo,
a deſluzir comiença las eſtrellas,
y cobra fuerças al comun deſuelo,
viuiendo el campo, quando mueren ellas;
Y en eſta injuria vniuerſal de el yelo,
al ſon de los bramidos y querellas,
de viento y mar deſcanſe tu fatiga,
que a mas iluſtre habitacion obliga.

SOLI DEO HONOR
ET GLORIA

NAPOLES RECVPERADA,
CANTO DECIMO.
ARGVMENTO.

LAS lluuias, y crecientes delataron
la elada nieue, que guardò el Enero.
y al furor de Sebêto peligraron
las vidas del exercito guerrero.
Arnaldo y Bruno en Napoles entraron,
deſcubren el formal (paſſo al azero)
Enrique lo deſprecia, y Paradino,
a enojo y furia con Orlando vino.

I.

DOrmido eſtaua en medio de el inuierno
el año prometiendo ſu triſteza,
que puede ſer aquel rigor eterno,
pues muerta llora el campo ſu belleza:
Y atento ALFONSO al militar gouierno,
aprieta en los cercados la eſtrecheza,
que eſtando entre ſus piedras mas ſeguros,
ſon grillos las al menas de los muros.

II.

Eſtaua de las nieues coronada
la blanca cuna, en que nació el Sebêto,
y nueua cumbre en ſu ceruiz formada
de eſcarcha y nieue con elado aprieto:
Y el agua con el viento conjurada,
ſu blanda lluuia con veloz efeto
arroja, deſatando de la cumbre
la riza y criſtalina peſadumbre.

El

III.

El agua errante, eſpejo de los Cielos,
tendia libre ſus valientes braços,
y los incultos y gancho ſos yelos
las peñas deſatauan en pedaços.
Informes ſurcos con preſtados buelos
rompiò en ſu cumbre con ſoberuios laços,
forçando al rio que ſu curſo empeñe,
y con liſonjas tantas ſe deſpeñe.

IV.

Sebêto humilde, que la ſeca arena
bañar no puede en el ardiente Eſtio,
ſoberuio yà con la creciente agena,
fue mar primero que nacieſſe rio.
Su natural templança deſenfrena,
lleuado de el caudal violento y frio,
y al arbol, que antes con moleſtia floja
besò los pies, la frente le deſpoja.

V.

Bramò erizada la veloz corriente,
y con tropel las aguas detenidas
el curſo retardauan diligente,
mas a ſubir, que no a correr mouidas:
Y con la grauedad de la creciente
las aguas naturales oprimidas
deſpiden, arrojando en las riberas
el peſo de las ondas eſtrangeras.

VI.

De el loco aſſalto, y repentino, mudos
los fieros animales peregrinos,
regiones nueuas, ſin induſtria rudos
viuir pretenden, a morir vezinos.
Sebêto ſon los arboles deſnudos,
Sebêto los arroyos criſtalinos,
Sebêto el campo, que inſolente baña,
Sebêto el mar, Sebêto la campaña.

VII.

En otro ſer la tierra ſe transforma;
los montes con naufragio amenaçauan,
y al nueuo mar, que la creciente forma,
riberas para ſerlo le faltauan.
La fuerça con la injuria ſe conforma,
y quando mas ſus cumbres deſpojauan,
ſoberuia el agua ſin concierto mueue
con pies de vidro maquinas de nieue.

VIII.

Ruinas de edificios parecian
los troncos y los techos mal formados
de yelos, que las piedras deſmentian
a manos de las nubes fabricados.
Era la obſcura noche, en que dormian
ſu dulce y breue muerte los cuidados,
y de el comun acuerdo ſuſpendidos
huyeron al trabajo los ſentidos.

En

I X.

En medio pues de el general ſoſſiego,
turbôſe el campo con mayor eſpanto,
que Troya viò de el eſcondido Griego,
temblar ſus muros, y nacer ſu llanto.
No tan veloz de repentino fuego
turba aſſaltada ſe diuide en tanto,
que el juſto miedo, que a librarla aſpira,
primero el daño que el peligro mira.

X.

Como el confuſo exercito, ſintiendo
la no eſperada inundacion, que brama
en leños nauegantes, conuirtiendo
la armada tienda, y la deshecha cama.
Su fuerça preuenida de el eſtruendo,
armas, cauallos, maquinas derrama
el rio, ſiendo con furor conſtante
de eſpumas locas horrido gigante.

X I.

Primero nadan muchos que deſpierten,
otros deſpiertos al remedio corren;
la turbacion impide que le acierten,
y en vano atentos el viuir ſocorren.
Las varias vozes y el rumor aduierten,
y el fuerte ſitio ſin tardar recorren
los dieſtros Capitanes, que de Chaya
ceñian los jardînes y la playa.

XII.

Creyendo que intentaua el enemigo
hazer alguna ofensa en los quarteles,
saliò el gallardo ALFONSO a su castigo,
cercado de armas y soldados fieles;
Mas yà buscando en su piedad abrigo,
Por vn espeso bosque de laureles,
legaron breuemente los primeros
confusos y turbados mensageros.

XIII.

Sintiendo el Capitan noble y piadoso
de sus amigas gentes el estrago,
y con afecto tierno y generoso
diò de la espuela a vn alazan quartago;
Y entrando libre en el peligro vndoso,
desprecia osado de el reciente lago
la furia, que conserua embrauecida
tan gran rumor, para tan corta vida.

XIV.

Daua a la noche lucidos espejos
la nueua luz, que la del Sol retrata,
y de el cambiante viso en los reflejos,
tremula ondea la espumosa plata.
Rindiò presente, si temiò de lejos
la injuria que de el monte se desata,
el gran ALFONSO, que a vencerla obliga,
y assi les dize en la comun fatiga:

XV.

O fuertes Capitanes, nueuo exemplo
de amor, y de conſtancia generoſa,
honor y luſtre de el ſagrado templo,
donde en la fama la virtud repoſa;
Quando en miſerias tragicas contemplo
la fè en peligros tantos animoſa,
conuierto en glorias tan honrradas penas,
de Eſpaña triunfos, de mi amor cadenas.

XVI.

Anîman deſtas piedras los temores
con liquido furor los elementos,
vertiendo el monte, que produce flores,
ſoberuios y arrojados mouimientos.
Si yà de los trabajos los mayores
paſſados ſon; ſi reprimiò los vientos,
domò las aguas, ſugetò la tierra,
moſtrando el Cielo el fin de tanta guerra;

XVII.

No tema, no, vueſtra opinion altiua
de yelo y nieue a vn inſolente parto,
ſi deſte mar, que al campo ſe deriua
ni el daño temo, ni el cauallo aparto.
Yà cede la corriente fugitiua,
yà de ſu vida en el poſtrero quarto
eſtà la noche; y la mañana aſſoma,
deſte diluuio candida paloma.

XVIII.

Aſſi les dize; y por el verde monte
mostraua el Cielo, que ſalir pretende
el alua; y deſpertando el orizonte,
aun no le dora, pero ya le enciende.
Por mas eſtrecha margen el deſmonte,
baxar con el ſilencio al mar emprende,
y el agua huyendo al engañado dia,
iſlas del mar la tierra parecia.

XIX.

Quedò ſin nieue la robada cumbre,
medroſa y triſte la deſnuda ſelua,
de el monte la frondoſa peſadumbre
el agua teme, que a enojarſe buelua.
De el Sol reſpetan la piadoſa lumbre
las mudas aues, aunque mas la embuelua
en negros arreboles la mañana,
de ver ſus trenças por el aire vfana.

XX.

Yà por los altos muros, que el eſtruendo
mas que la ofenſa amenaçò la frente,
algun marcial inſulto preuiniendo,
velaua atenta la turbada gente;
Y con la hermoſa luz, que deſcogiendo
ſu manto el dia deſpertò el Oriente,
el daño eſcucha, aduierte la fatiga,
que a mas aſſombro que la guerra obliga.

XXI.

Que aguardas, generoſo Cauallero
(dixo a Reiner Arunco el fuerte) quando
ſe mueſtra el Cielo tu mejor guerrero,
y eſtàn por ti ſus armas peleando?
Quien viò jamas, que con aſſalto fiero,
Sebêto humilde baxe deſatando
montes de yelos, donde apenas beue
la ſeca orilla en ſu criſtal la nieue.

XXII.

Prodigios grandes, memorables caſos,
no ſin cuidado los diſpenſa el Cielo;
no ſon comunes, no, tales fracaſos,
ni verſe Soma coronar de yelo:
Ni el rio pobre, que con lentos paſſos
apenas laua el conocido ſuelo,
trocar ſoberuio en ruſticos bramidos,
lo que era adulacion de los ſentidos.

XXIII.

Aun no ſus gentes en quietud ſe alojan,
ſi vès las tiendas por el agua errantes,
y el yà remanſo ſin parar deſpojan,
con menos miedo, que beuieron antes.
Porque a vencer a ALFONSO no ſe arrojan
tus Liſes, tus cauallos, tus infantes,
y ſerà, pues lo mueſtra el Cielo amigo,
en ti vitoria, lo que en el caſtigo.

Vamos,

XXIV.

Vamos, reſponde el animoſo Franco,
muera la gente indomita Eſpañola,
ſalga el blaſon de mis mayores blanco,
arme ſu gente Arunco y Continola.
Llegôſe el dia, que de Italia arranco
eſta nacion, que peregrina y ſola,
no ai armas, ni defenſa que le eſtorbe
querer piſar los limites de el Orbe.

XXV.

Con caxas ſordas, con trompetas mudas,
por la encubierta eſtrada deſplegaron
ſus armas, que a las margenes deſnudas
con ſegunda creciente amenaçaron.
No baxan tan eſpeſas y menudas
las piedras, que ſu nube deſataron,
como deſpiden con igual ruina,
de haſtadas armas nube repentina.

XXVI.

No hallò en deſcuido al hijo de Fernando,
que dieſtramente tuuo preuenida
como prudente Capitan, juzgando
la forçoſa ocaſion de la ſalida.
Yà en las humildes aguas peleando
por vna y otra parte embrauecida
andaua la contienda, y por los vientos
ſonauan los fatales inſtrumentos.

XXVII.

Iuzgando de ſu parte la fortuna,
con tal furor enuiſten los cercados,
que la preſteza igualan importuna
de el viento entre los troncos deſpojados.
Hallar no pienſa reſiſtencia alguna
en armas, en cauallos, y en ſoldados,
con vanas y ſoberuias preſunciones,
aquel mezclado vulgo de naciones.

XXVIII.

La muda tierra fatigada gime,
y hollada entorno con temor ſe encoge;
el aire vago herido ſe comprime,
y en el ſus vozes con furor deſcoge.
Las armas ſuenan, y el azero imprime
ſu filo ardiente; el humo ſe recoge,
y en ſu fingida noche las centellas
brillando nacen para ſer eſtrellas.

XXIX.

Alfonso rezelando, que el combate
mas que a las fuerças al honor obligue,
cargò a la parte, donde Arunco bate
vn debil pueſto, en que ſu gente ſigue.
Con tal preſteza ſu inuaſion rebate,
y con tal diligencia la perſigue,
que todos al amparo de los muros
llegaron, ni gallardos, ni ſeguros.

XXX.

Vinieron con tropel y desconcierto
rebueltos todos a la estrada oculta,
y aunque era el passo conocido y cierto,
la ciega turbacion le dificulta.
Con ellos mismos por diuino acierto,
entre el confuso estruendo, que resulta
de el miedo, y de el huir, Arnaldo y Bruno
entrar pudieron sin peligro alguno.

XXXI.

Ni mas espacio, ni ocasion esperan,
mirando la ciudad y las murallas,
y en toda parte atentos consideran,
armas, pertrechos, gente, vituallas.
Era la copia tanta, que pudieran,
en vez de assaltos, aguardar batallas,
fiando a la campaña, y a las manos
la fiera hostilidad de los Romanos.

XXXII.

Viendo el dificil caso, con presteza
caminan, por si en muros ò reparos
descubren ò descuidos, ò flaqueza,
que siempre salen al vencido caros.
Es todo quanto miran fortaleza:
son los diseños en el arte raros,
industrias todo, y atencion con arte,
ministros todos de el furor de Marte.

Con

XXXIII.

Con esta diligencia vigilante,
calles, murallas cuidadosos giran,
y sin mouer los passos adelante,
el gran conduto de las aguas miran.
De el tiempo aduierten la excepcion constante,
y aquel trabajo venerable admiran:
y oculta fuerça en suspensiones tantas
les dexa apenas leuantar las plantas.

XXXIV.

No es este (dixo Arnaldo) aquel conduto,
por donde Belisario antiguamente
diò por camino solido y enjuto
abierto passo a la Romana gente?
Si viò logrado el generoso fruto
de aquel atreuimiento diligente,
que nos detiene el miedo de el contrario,
si somos cada qual vn Belisario?

XXXV.

Que sabes tu si el Cielo , Bruno amigo,
con este nueuo caso nos auisa,
que somos los ministros de el castigo
de el gran tirano, que sus muros pisa.
A nadie temo quando voi contigo,
ningun estoruo mi valor diuisa,
y a pechos nobles por hazañas tales
el tiempo les consagra sus anales.

XXXVI.

El Quinto ALFONSO, con trabajo tanto
expuesto a las jornadas de los Cielos,
sobre el Enero descogiò su manto
de blanca nieue, y erizados yelos;
Y viò despues con singular espanto
rasgar las nubes sus preñados velos,
dando ossadia y fuerças a vn arroyo,
de humildes fuentes miserable apoyo.

XXXVII.

Miremos pues si el Cielo le destina
mejor sucesso, y fauorable suerte,
y por industria nuestra se encamina,
que al fin dichoso en su fatiga acierte.
Yà vence el que a vencer se determina,
no acierta siempre en la ocasion la muerte;
y acaba honrrado el generoso pecho,
que bien comiença la mitad de el hecho.

XXXVIII.

Entremos presto (Bruno le responde)
que si las amenazas de el abismo
este formal en su region esconde,
a mi verdad, y amor fuera lo mismo.
Igual a nuestros braços corresponde
la fama, que el antiguo Gentilismo
con plumas tantas celebrò en historia,
pues no es menor de mi ambicion la gloria.

Con-

XXXIX.

Conformes y resueltos sin tardança
a todas partes miran, preuiniendo
de tantos enemigos la assechança,
que la ciudad andauan discurriendo:
Y viendo la quietud y la bonança,
que la ocasion estaua prometiendo,
caminan juntos por la anciana cueua,
donde el valor y el animo los lleua.

XL.

Por tanta obscuridad, por noche tanta
mueuen el passo, intrepido y confuso,
y apenas quiere la dudosa planta
dexar la huella en que vna vez se puso:
Mas quando su ossadia la leuanta,
la preuenida mano se antepuso
al tardo passo, que engañado piensa
hallar en ella natural defensa.

XLI.

Assi passean la region obscura
con duda, suspension y pesadumbre;
mas los temores vanos assegura
al fuerte pecho la Marcial costumbre.
Si engañarme el sentido no procura,
alli despunta entre el horror la lumbre,
le dize Bruno, quando apenas arde
con breue rayo tremula y couarde.

XLII.

Sin duda es lumbre, Arnaldo respondia:
mas no es de fuego la que opuesta luze;
alegre prenda, si de el claro dia,
que a ver de el Sol los rayos nos conduze.
Iuntos caminan passos y porfia,
que a dulces parabienes se reduze
de el vno al otro, conociendo luego,
que es luz de el Sol, y no de oculto fuego.

XLIII.

Apenas reconocen la salida,
quando postrados al fauor de el Cielo,
le ofrecen con piedad agradecida
lagrimas tiernas de christiano zelo.
Alli el amor de la preciosa vida
pisaua en libertad seguro suelo;
el honor ambicioso se promete,
de la incierta ocasion tiempo y copete.

XLIV.

Assi contentos y animosos llegan
el campo, en que los fuertes Celtiberos
para assaltar a Napoles entregan,
al aire triunfos, y su luz azeros.
De verlos todos admirados, ruegan
que cuenten su jornada los guerreros,
pues yà por muertos lagrimas valdias
honrraron tristes las exequias pias.

XLV.

Caminan ellos, y al plazer remiten
de ruegos importunos la reſpueſta,
y abraços nueuos al paſſar repiten,
creciendo ſiempre la ocaſion moleſta:
Mas no impidiò que aprieſa ſoliciten
llegar al Rei, a quien la fama preſta
llegò primero; y en conſejo aguarda
el nueuo caſo, que eſperado tarda.

XLVI.

Eſtaua de ſus Heroes y hermanos
con armas y conſejos preuenido,
cercado entorno de prudentes canos,
y no de loca juuentud ceñido.
No turba de ignorantes Corteſanos
el gran conſejo tienen preuertido,
ſiguiendo en las noticias que aconſeja
la fabula comun de la Corneja.

XLVII.

Llegando pues al graue acatamiento
de tanta Mageſtad, callò la pieça,
y con modeſta voz, y grato acento,
el buen Arnaldo a razonar empieça.
Eſcucha ALFONSO, a mi verdad atento
(le dixo, leuantando la cabeça)
de todas la mayor de tus venturas,
con que eſte Reino vences y aſſeguras.

Deſ-

XLVIII.

Despues que la creciente de Sebêto,
siendo de el campo rapido castigo,
tu gente puso en miserable aprieto,
y diò ossadia tanta al enemigo;
Que con accelerado y breue efeto
sus armas quiso acreditar contigo,
saliendo en odio de el blason de España,
soberuio y animado a la campaña.

XLIX.

Despues que con las Lises afrentadas
boluieron a sus muros las banderas,
se hallaron nuestras armas empeñadas
tan cerca, que siguieron las primeras.
Templado yà el furor de las espadas,
las nuestras entre tantas estrangeras
lo mismo hizieron, y a la gente vnida,
la enemiga ciudad le diò acogida.

L.

Sus calles y murallas passeamos,
estradas, cortaduras, aduertimos
la gente, y bastimentos tanteamos,
traueses, casamatas discurrimos.
Yà que dificil, ò impossible hallamos
qualquiera expugnacion que preuenimos,
el Cielo nuestros passos encamina
al gran conduto de sus aguas mina.

Por

L I.

Por el entramos ſin noticia alguna,
ſugetos al rigor de ſu contrario,
mouidos de el honor, que la fortuna
le diò por eſta parte a Beliſario.
No fue a tu dicha, ô Principe, importuna,
pues ſin temor, peligro, ni aduerſario
ſalimos libres de amenazas tantas,
donde la boca eſtampo con las plantas.

L I I.

Ceñida de arboledas y jardines,
de el antiguo formal yaze la entrada,
a quien entrega vn monte en ſus confines
el agua, a ſu tributo dedicada;
Y por oculto ſeno haſta ſus fines
camina, dirigiendo la jornada
a Napoles, que aplica ſus corrientes
al importuno cenſo de las fuentes.

L I I I.

Por eſta parte, Capitan glorioſo,
podràs, dexando el preuenido aſſalto,
lleuar tu gente, quando en mas repoſo
eſtè ſu vulgo de tenerle falto;
Y el Cielo, a tus fatigas generoſo,
harà que la vitoria al ſobreſalto
con paſſos tan ligeros ſe adelante,
que el miſmo mal, y no el temor le eſpante.

L I V.

Alfonso agradecido y ſatisfecho
de el raro caſo de la induſtria nueua,
reſponde alegre, ſin moſtrar el pecho,
quanto el valor y la ocaſion aprueua:
Mas como la ambicion vence al prouecho,
y aplauſo tanto de ſu engaño lleua
gallardo Enrique, el miedo contradize,
y aſsi al Conſejo y al hermano dize.

L V.

Deſpues que de tu ſangre ſe viſtieron
por largo tiempo en tan coſtoſa guerra,
flores, y eſcarchas, y los meſes vieron
veſtir el año, y deſnudar la tierra:
Deſpues que con los muros cõpitieron
montes de cuerpos, que ſu campo encierra
de tus guerreros inclitos, que agora
ſu triſte patria ſin remedio llora:

L V I.

Deſpues que de los vientos y los mares
ſintiò tu armada la comun ofenſa,
y la ocaſion te fuerça, que prepares
a tantos enemigos la defenſa:
Deſpues que por los campos, a millares
naciones vierte Europa; recompenſa
los tranzes, los peligros, la tardança
deſta ficcion la inutil eſperança?

LVII.

Son los exemplos en la guerra inciertos;
es arte que ſe muda con los años,
los libros no; y a vezes los aciertos
paſſados, ſon en lo preſente daños.
No niego que al ingenio deſcubiertos
la hiſtoria mueſtra antiguos deſengaños,
que en la comun politica conuienen
al vſo nueuo, que los hombres tienen:

LVIII.

Mas no ſe ajuſta el tiempo, los motiuos,
la ocaſion, que obligaron al Romano,
templando los azeros vengatiuos,
tomar la induſtria, y no la armada mano.
Con ciego eſtudio los diſcurſos viuos,
los muertos quieren penetrar en vano,
ſin ver que el tiempo engendra nouedades
al paſſo que ſe mudan las edades.

LIX.

A eſcala viſta, ò derriuado el muro,
de cuerpo a cuerpo en bateria llana,
es el honor y credito ſeguro,
que el braço adquiere, y con la ſangre gana:
No por camino incognito y obſcuro,
a quien el Sol con diligencia vana
pretende ver, quitando a la vitoria
la luz, teſtigo iluſtre de ſu gloria.

L X.

Fue dicha accidental, fortuna acaſo
de aqueſtos Capitanes el ſuceſſo,
y hallar ſin rieſgo entre ſus armas paſo,
deſcuido vil, y militar exceſſo;
Y el miedo a vezes del ſinieſtro caſo
de el mar imita el natural receſſo;
pues quanto humilla en el menguar la frente,
ſoberuio ſe leuanta en la creciente.

L X I.

Quien duda agora, que eſtarà de guardas
el gran conduto preuenido entorno,
con picas, con paueſes, y alabardas;
brillando el Sol en el Marcial adorno:
Con ſolo detenerlos, acobardas
los fuertes pechos, que alojò en contorno
el campo, que al aſſalto ſe aparejan,
y a vozes te preuienen y aconſejan.

L X I I.

No ai mas honor que conſeguir la empreſſa
(reſponde ALFONSO) ni aborrece el Cielo
la noble guerra, que arrancar profeſſa
los vanos puntos de el infame Duelo:
Quien, ò porque conmigo ſe atrauieſſa
con mengua tal, que en el Heſperio ſuelo
haga en teatro publico mi furia,
teſtigo al Sol, de que vengò ſu injuria.

No

LXIII.

No afirmo yo que es cierta, ni ſegura
por eſta nueua entrada la conquiſta
de la Ciudad rebelde, que procura
que ſiempre a mis combates ſe reſiſta:
Mas no ſerà prudencia, ni cordura
negar que buelua a requerir la viſta
el ſitio, penetrado en los afanes
de dos tan conocidos Capitanes.

LXIV.

Que raras vezes acertò el deſprecio,
de ardientes años conſejero errado,
y a manos de ſu altiuo menoſprecio
acaba ſiempre el animo engañado.
Qualquier auiſo, y diligencia precio,
creyendo que en alguna eſtà librado
el celeſtial fauor, que oculto acierta,
donde el diſcurſo le cerrò la puerta.

LXV.

El mundo ſabe que animo y conſtancia
es mi blaſon; y que jamas me admiro,
por mas que vnidas al error de Francia,
veſtir los campos de naciones miro.
Si mi razon opongo a ſu ignorancia,
ni vn ſolo paſſo con temor retiro;
pues yà por bateria, ò por conduto
coger pretendo de la guerra el fruto.

LXVI.

Deſpues de tanta ſangre derramada,
es bien guardar la que en los braços queda,
y el honor de la empreſſa començada,
al tiempo y a la induſtria ſe conceda.
Si el Cielo mueſtra a mi ſangrienta eſpada
camino cierto, que ſeguirſe pueda,
preſto veràs, ciudad ſoberuia y loca,
tu gran deſcuido, y reſiſtencia poca.

LXVII.

No dixo mas; y luego determina,
por dar a la inuaſion tiempo oportuno,
que ſalga preſto a requerir la mina
armada gente con Arnaldo y Bruno.
En tanto que la tropa ſe encamina
al curſo de las aguas importuno,
y el campo en pareceres ſe diuide,
y al Sol trenças de luz Diana pide;

LXVIII.

En publico conſejo Paradino,
dexando de la ſilla el hoſpedaje,
alzò la voz, y el animo preuino,
que entrambos mueue el recebido vltraje.
Quando (le dizo) ô Principe, conuino
lograr el tiempo, y procurar que ataje
tu inuicta gente la comun ofenſa,
que hazer ALFONSO a tus murallas pienſa.

Quan-

LXIX.

Quando con roncas vozes te llamauan
las aguas insolentes y leales
de el misero Sebêto, que besauan
apenas de tus muros los vmbrales:
Y quando sus corrientes despertauan,
mouidas con impulsos celestiales
los animos dormidos, y a porfia
mostrò su frente la ocasion al dia.

LXX.

Y quando por gozalla despidieron
tus muros generosos esquadrones,
y al aire vagamente descogieron
banderas y estandartes sus naciones:
Y quando los azeros prometieron
el logro de sus fuertes coraçones;
con gente poca y atreuida guerra,
en esta noble carcel los encierra.

LXXI.

Adonde estàn los inuencibles braços,
que en tantas ocasiones diuidian
escudos y lorigas en pedaços,
y al tiempo y la fortuna se oponian?
Que suerte agora en miserables laços
las manos prende, que prender solian?
yà miro nuestros triunfos como agenos,
en mas su honor, y nuestra gloria en menos.

LXXII.

Yo veo, que cercados y oprimidos
nos tiene con trincheas y combates;
los linos de ſus naues deſcogidos
detienen de ſu curſo los embates.
De gente y municiones preuenidos
aſſi nos halla, que es razon que trates
de licenciar la mucha que te ſobra,
ſi aliento a menos reducida cobra.

LXXIII.

Debaxo de tu amor y tu eſtandarte
militan el honor y la eſperança
de Europa toda; y quieren afrentarte
tan nobles armas con tan vil mudança?
Muriò el valor, enagenôſe el arte
de el vſo de la guerra, que ſe alcança
con braços, experiencias y vitorias,
a donde afrentan las antiguas glorias?

LXXIV.

Parece que turbados y rebueltos
(por mi el primero con verdad lo digo)
queremos negligentes y reſueltos
ſer preſa, y no dolor de tu enemigo.
Salgan los pies de las cadenas ſueltos
de el roto muro; animeſe el caſtigo;
muera el deſcuido, que prudente llama
el barbaro deſprecio de la fama.

LXXV.

Si agora aqui tus Capitanes juntas,
para obra digna de ſus braços ſea,
ardiente plomo, y erizadas puntas,
veloz deſpide, y vengatiuo emplea.
Banderas ſalgan, y trompetas juntas,
y el Sol, que por los campos ſe paſea,
azeros piſe, y el tropel que marcha,
huelle, y deſate la argentada eſcarcha.

LXXVI.

Prouemos en el campo la fortuna,
como entre muros altos la paciencia;
por ver ſi adquiere la oſadia, alguna
dicha, que no alcançò la reſiſtencia.
Es ſiempre a los temores importuna,
y grata a la atreuida diligencia;
yo agora, ni me agrauio, ni me quexo,
pues no la obligo, ni obligarla dexo.

LXXVII.

Segunda vez mi parecer repito;
y muchas mas aqui le repitiera,
ſi como con verdades le acredito,
con matizes retoricos pudiera.
El bien y honor de todos ſolicito;
y no ſerà mi eſpada la poſtrera,
que ardiente mueſtre al Capitan de Eſpaña
mi amor y tu razon en la campaña.

LXXVIII.

Y juro por los hechos y memorias
de los inuictos Duques de Lorena;
el ſacro honor de ſus antiguas glorias,
que ſiglos tantos venerado ſuena,
De no poner Labeo en ſus hiſtorias,
con vil hazaña de el honor agena:
pues quando mas no pueda, armado y ſolo
ſaldrêmos juntos, quando nace Apolo.

LXXIX.

Baſta guerrero Lorenès (reſponde
ſoberuio Orlando) pues nobleza tanta
a ſu glorioſa ſangre correſponde,
y a mucha con los braços ſe adelanta.
Quien al ſuceſſo publico ſe eſconde?
quien de las armas tragicas ſe eſpanta?
quien dà ocaſion, que con deſprecios viles
tan fuertes Capitanes aniquiles?

LXXX.

A quien faltò valor, deſtreza y brio,
robuſto pecho, y en oſar valiente?
quien ai, que de batalla ò deſafio
ſacò ſin lauro la gallarda frente?
Que Capitan deſde el Danubio frio
no dilatò ſu nombre al Indo ardiente;
quien excediendo el margen Europeo,
no puſo en Aſia ſingular trofeo?

Vezes

LXXXI.

Vezes ſin cuento la oſadia yerra,
que la ocaſion el tiempo la diſpone;
y el arte generoſa de la guerra,
de esfuerço y de prudencia ſe compone.
Si tan vizarros animos encierra
ALFONSO agora, y a batir ſe opone
los ſacros muros; que fatal ruina
la dura frente a ſu poder inclina?

LXXXII.

Sus piedras miro altiuas y conſtantes,
mas que el furor de tantas baterias,
que apenas fueron a mouer baſtantes
vn corto abrigo da las noches frias.
Gallardos Reyes, Heroes Infantes,
en el diſcurſo largo de los dias
no mueſtran mas, que en armas a pedaços
bruñidas haſtas, y grauados laços.

LXXXIII.

A Pedro, el mas valiente, el mas oſado
de Eſpaña toda, con violencia oculta
de vn golpe, entre eſtos muros fulminado,
en triſte y breue tierra le ſepulta.
Temor forçoſo al fraternal cuidado,
y al campo todo de el dolor reſulta,
moſtrando a nueſtros braços ſu congoxa,
pues yà el batir, y el aſſaltar afloxa.

LXXXIV.

Que mas blaſon, ſi a Celtiberia bueluen
perdido el tiempo a los amigos ojos,
y tantas amenazas ſe reſueluen
en bañar nueſtros campos ſus deſpojos:
Tan mal entre eſtas piedras ſe rebueluen
las haſtas rotas y los hierros rojos
tus fuertes defenſores, que pretenda
hallar alguno a ſu valor enmienda.

LXXXV.

Yo ſolo con la gente que milita
(ò yo ſin ella) de Milan gallarda,
que en viuo afecto, y en verdad imita
al dueño fiel, que coronarte aguarda;
De el muro, que robarnos ſolicita,
pretendo ſolo la defenſa y guarda:
verêmos eſtas maquinas y eſpantos,
ſi ſon al hecho, como al miedo tantos.

LXXXVI.

Al miedo, dixo; y empuñò la eſpada
ſoberuio y arrogante Paradino:
no ſabe Italia triſte y afrentada,
ſi aqueſte braço a defenderla vino.
Con el partido el campo en la eſtacada,
hazer que reconozcas determino,
ſi a mucha coſta de tu ſangre puedo,
en cuyos techos ſe apoſenta el miedo.

LXXXVII.

Yo por mi patria, que ninguno afrenta,
admito el campo (le responde Orlando)
que no con arrogancias se sustenta,
lo que el valor adquiere peleando.
Primero que executes lo que intenta
tu enojo ciego, que te està engañando,
mi espada mira lo que en otros corta,
y escoge luego lo que mas te importa.

LXXXVIII.

Tiempo es agora, celebres guerreros
(dixo Reiner) y airado se interpuso,
templando el desacato en los azeros
del yà tumulto barbato y confuso.
Agora es tiempo, ilustres Caualleros,
(boluiò a dezir) y en su lugar se puso
de vanos retos, de ambiciosa furia,
dexando libre la mayor injuria.

LXXXIX.

A vista de la sangre, que los muros
de agena mano derramados muestra,
quereis que libre de sus golpes duros
acabe agora de verter la vuestra?
Que tenga descansados y seguros
contrarios tantos la desdicha nuestra,
boluiendo sus vengaças a los pechos,
de embidia mas que de furor deshechos?

X C.

Es la defenſa, al parecer, ſegura;
y en ella ſola mi quietud conſiſte:
no vence quien errando ſe auentura,
ni pierde honor el cuerdo que reſiſte.
Guardar lo propio, es animo y cordura;
darlo al ſuceſſo (que afrentoſo y triſte
al dueño burla) conocido engaño,
dexar el bien y procurar el daño.

X C I.

Y aſſi guerreros, de mi honor amparo,
mirad por eſtas piedras que nos guardan;
y pues con ſangre iluſtre las reparo,
en vano ſus aſſaltos me acobardan.
El cerco es largo, el ſufrimiento caro,
ſocorros nueuos ſin peligro tardan,
la gente ſobra, el animo nos ſobre,
ſi el orbe todo pretendeis que cobre.

X C I I.

Quien de mi ſuerte venturoſa duda,
ſi ſoi con prendas tantas venturoſo,
y tengo tales braços en mi ayuda,
que al miedo hazer pudieran animoſo?
No dixo mas, que yà la noche muda
moſtraua a todos el comun repoſo,
que el laſo cuerpo a ſus fatigas pide,
y el alma entre ellas la mayor deſpide.

NA-

NAPOLES RECVPERADA,
CANTO ONZENO.
ARGVMENTO.

BOLVIENDO Ansberto airado a ſu porfia,
le aplaca de Feniſa el deſengaño:
al campo Paradino deſafia,
caſtiga Enrique ſu atreuido engaño.
Fernando llega en el poſtrero dia:
Napoles ſiente ſu forçoſo daño.
A Floriſbel y a Arminda hoſpeda, y cuenta
Reginaldo de Italia armas y afrenta.

I.

EN tanto que otro aſſalto ſe apareja,
y esfuerço cobra la canſada gente,
y con lo ſucedido ſe aconſeja
el cuerdo ALFONSO, Capitan prudente;
Con mas alegres lagrimas ſe queja
Feniſa al ſon de vna erizada fuente,
que ſin baſtar de el Cielo el duro aprieto,
murmura con las guijas en ſecreto.

II.

Atento eſcucha el viejo venerable
(al buen Liſeno) la ſangrienta hiſtoria,
y el caſo tan funeſto y lamentable
de Laura, robadora de ſu gloria:
Y como por el monte inhabitable,
llorando Ansberto la infeliz vitoria,
el Cielo con ſuſpiros y querellas
penetra, enterneciendo las eſtrellas.

Tam-

III.

Tambien le cuenta, que Gerardo eſtaua
rendido a la inclemencia de el encanto,
y que buſcando ſu hermoſura andaua
con dulces quexas, y piadoſo llanto.
Contenta ſu tardança lamentaua,
y alegre el viejo le conſuela, en tanto
que baxa el Sol y oculta en la arboleda
llegar al campo con la noche pueda.

IV.

En eſto por vn valle, en que deſpeña
vn creſpo arroyo, que eſcarchado ſalta
en el regazo inculto de vna peña,
y el ſeco prado diuidido eſmalta,
Deſcubren vn guerrero, que la ſeña
antigua y cierta (que jamas le falta)
les mueſtra que es Gerardo, aunque Feniſa
en ſu temblor ardiente le diuiſa.

V.

Diſcurre el breue fuego por el pecho,
ſeguido en vn temor ciego y canſado;
arde el amor contento y ſatisfecho,
y elarſe ſiente el coraçon turbado.
Alientanſe las fuerças, a deſpecho
de el color fugitiuo, que robado
el miedo tiene, con ſaber que deue
boluer las roſas, que robò a la nieue.

Sen-

VI.

Sentia el mismo efecto el Cauallero,
y apriesa sin noticia le encamina
secreto impulso, natural ligero,
que al propio bien su coraçon inclina.
Atrae de su oluido el duro azero
el tierno iman de la beldad diuina,
(no dixe bien) pues era el fuego ardiente,
que aun no conoce, y en el alma siente.

VII.

Llegando con deuida cortesia,
del fatigado barbaro desciende,
y con turbadas muestras de alegria,
que el rostro diga su dolor pretende.
Liseno, que en las almas conocia
el mal de entrambos, de las manos prende
los dos amantes, de que amor rehusa
oïr la quexa, y admitir la escusa.

VIII.

Cessen, les dixo el viejo, las razones,
que dar Fenisa de tu agrauio piensas,
y menos las disculpas que compones,
Gerardo moderando sus ofensas:
Pues nunca de acordadas sinrazones
nacieron tan iguales recompensas,
que no condenen los terceros sabios
pedir fauores, y alegar agrauios.

IX.

Pues yà permite el Cielo, que passadas
las tristes horas de la ausencia sean,
y entrambas nauecillas derrotadas
en mar tranquilo su descanso vean.
Pues yà las sierras al Inuierno heladas,
de Mayo los pinzeles lisongean,
gozad de la bonança que os permite:
que el gusto ofende, quien su mal repite.

X.

Al campo vamos, donde el dueño mio
(Alfonso inuicto) satisfecho aguarda
tu braço (del rebelde desuario
castigo justo) que culpado tarda.
Assi les dize, y con gallardo brio
de el seco tronco de vna encina parda
desata su cauallo, y los amantes
su passo siguen por el bosque errantes.

XI.

A media legua, que en el hondo seno
del bosque entretenidos caminaron,
durmiendo el viento placido y sereno,
suspiros mal formados escucharon.
Tirò las riendas el sagaz Liseno,
y todos juntamente se pararon;
atienden, y el silencio no les dexa
conocer, si es bramido, arroyo, ò quexa.

Bol-

XII.

Boluieron, proſiguiendo ſu camino,
y en poco trecho, deſpertando el viento,
oyeron vn furioſo deſatino,
mezclado con ſuſpiros y lamento.
Eſte furor ſoberuio y peregrino
(Feniſa dixo) que en el monte ſiento,
donde apenas ſu roſtro enſeña Apolo,
no puede ſer ſino de Ansberto ſolo.

XIII.

Vn breue eſpacio atentos proſiguieron
el deſierto camino, y de improuiſo
vn ſolo y triſte Cauallero vieron,
tendido al piedel tronco de vn aliſo;
Y al punto que los tres le conocieron,
boluer las riendas al cauallo quiſo
Feniſa; porque teme, que renueuen
antiguas quexas, y las armas prueuen.

XIV.

Gerardo a detenerla ſe adelanta,
callando atento el Catalan altiuo,
que yà del ſuelo, ſin tardar leuanta
el roſtro demudado y penſatiuo.
A entrambos mira, y con ſoberuia tanta
procura ſin ayuda de el eſtriuo,
ſaltar en el cauallo, que ſe oluida,
que eſtà la rienda al pie del tronco aſida.

X V.

Sintiendo el Rauicano, que le oprime
el graue peſo, por las riendas tira,
y al dueño y armas en la arena imprime,
y el ſeco monte deſatado gira.
De el fiero golpe quebrantado gime,
y de vergüença y colera ſuſpira,
y con voz arrogante mal formada,
dixo, empuñando ſu luciente eſpada:

X V I.

Deſciende, Cauallero de Valencia,
ò no deſciendas, pues mayor ventaja
pienſo tener matandote en preſencia
de quien aleue mi verdad vltraja.
No es enojo, ni amor, ni competencia,
caſtigo ſi de vna paſſion tan baja,
que inſiſte auergonçada con deſprecios,
lenguaje ſolo para amantes necios.

X V I I.

Vengarme agora de los dos pretendo,
ſiendo comun a entrambos el caſtigo:
en ti, porque matandote la ofendo;
y en ella, porque adora a mi enemigo.
No yà ſu honor como otra vez defiendo,
ni al juſto abono de ſu amor me obligo,
a quitar ſi la vida que ſuſtenta
con juſtas quexas mi zeloſa afrenta.

Deni-

XVIII.

Deuidamente el tumulo acompañas,
que a la constante Laura adorna y cubre,
y bien con llanto agradecido bañas
la mal compuesta tierra que la encubre.
Fatiga, amante ingrato, las montañas
de la opulenta Genoua, y descubre
cambiantes jaspes, que al honor sagrado,
si no tu amor, que muestren tu cuidado.

XIX.

Apenas las reliquias de la vida
sintiò el difunto cuerpo retirarse,
y la caliente sangre agradecida,
poca y turbada procurò animarse;
Quando en agenos braços se te oluida
vn hecho, que pudiera celebrarse
con justa emulacion de las memorias,
que honrrò de Roma las antiguas glorias.

XX.

Que aguarda (di Fenisa) tu porfia,
de quien faltò con vano atreuimiento;
a ti con la verdad que te deuia,
y a Laura con el justo sentimiento?
No bastan dos engaños, que podria
mudar qualquiera dellos el intento
de el mas rebelde amor, sino es que loca
parezca al alma su inconstancia poca?

XXI.

Nunca vertiera la inclemente ſierra
de Cuenca el agua que templò el azero,
con que eſte braço, en tan injuſta guerra
el golpe executò ſangriento y fiero:
Mas ſi eſta baina auergonçado encierra
el no culpado executor, que eſpero?
pues yà mi braço en tu caduca vida
mi vengança amenaza, y ſu partida.

XXII.

Eſto diziendo, por el aire mueſtra
de Marte el rayo que labrò Toledo,
y con ligero ſalto, la paleſtra
pisò el contrario con gentil denuedo.
Agora, le reſponde, que mi dieſtra
mouer (ſoberuio) con eſpacio puedo,
veraſe en breue termino y diſtancia,
que pâren eſtos montes de arrogancia.

XXIII.

Furioſos acometen la batalla;
y pueſto en medio, ſin tardar Liſeno,
ſiruiò al furor de reſpectoſa balla,
y a ſus ardientes impetus de freno.
Parad les dixo; pues Feniſa calla,
y no permite que el derecho ageno
ſe embuelua con ſu agrauio, que perdona,
y tu piedad, ò Catalan, abona.

Gerardo

XXIV.

Gerardo agradecido a ſu fineza,
ò por mejor dezir, rendido y preſo,
con dulce ñudo de inmortal firmeza,
el alma prende, y encadena el ſeſo:
Teſtigo ſoi del trato, y la aſpereza
(ſi en eſto puede auer culpable exceſo)
con que cerrò Feniſa los oïdos
a tus lagrimas, quexas y gemidos.

XXV.

Y aſſi, valiente Capitan, deſiſte
de amarla, de vengarla, y defenderla.
pues ni ſeñal de amor en ella viſte,
ni yà Gerardo trata de ofenderla.
Si otra ocaſion de enemiſtad tuuiſte,
bien puedes ſatisfecho no emprenderla;
pues que el honor, y vida ſe reſtaura,
ſi fue vengança con matar a Laura.

XXVI.

Tomarla aqui pretendo de el tirano
(dixo Gerardo) que atreuido y ciego
puſo en el cielo la inſolente mano,
y osò eclipſar los rayos de ſu fuego.
Quando eſto eſcucha (de Feniſa el llano
ſintiò las plantas (y viſtiôſe luego
y a Gerardo replica: No es impropio
vengar ageno con agrauio propio.

Si

XXVII.

Si Ansberto a Laura le quitò la vida,
a ti pensò Gerardo que mataua;
y ſiendo por vengarme tu homicida,
con mi deſdicha miſma me obligaua.
Y eſto me anima, a que reſuelta impida
batalla tan injuſta, que ſe traua
por vn dichoſo hierro, que mi ſuerte
trocò en acierto, y engañò a la muerte.

XXVIII.

Pues ſois entrambos nobles y corteſes,
dad al furor indomito repoſo:
que aun deſnudar pudiera los arneſes
de vna muger el ruego poderoſo.
Mirad que a entrambos llaman los Franceſes,
y que yo con reſpeto vergonçoſo
me afrento de eſcuchar vanos ſuſpiros,
pudiendo oïr de Napoles los tiros.

XXIX.

De mi os confieſſo, que me ofende y canſa,
ver los guerreros en acciones viles;
y en tiempo que la guerra no deſcanſa,
reñir por ocaſiones femeniles.
Y tu, famoſo Catalan, amanſa
eſte furor, temiendo que aniquiles
tus hechos valeroſos afrentado,
tan mal querido, como mal vengado.

Mi

XXX.

Mirôla Ansberto, en tanto que preuino
el modo de ſu juſta retirada,
ſiguiendo luego, ſin buſcar camino,
del pardo monte la confuſa entrada.
No fue, no, ſu partida deſatino,
ni fue en Gerardo detener la eſpada
flaqueza; porque entibia ſus plazeres
la afrenta, en que reparan las mugeres.

XXXI.

Con eſta ſuſpenſion de armas forçoſa
boluerſe al campo inuicto determina,
y con ligera buelta preſuroſa
a ſus armadas tiendas ſe auezina.
De Febo apenas la lumbrera hermoſa
torciò las ſombras, que con el declinan,
quando vn gentil guerrero le acompaña
de la Ciudad, ſaliendo a la campaña.

XXXII.

En vn ligero barbaro morcillo
de alegre roſtro, que con blanco beue,
que ſi procura el dueño reducillo,
el campo argenta de eſpumoſa nieue.
Era el girel de plata y amarillo,
con que ſutil en el correr ſe mueue,
ſupliendo por lo mucho que embaraça
el hierro, y la opreſion de la coraça.

XXXIII.

Veſtidas de oro, ſin labor, ni en talla,
eran las armas de la luz eſpejos,
y el Sol turbado a recogerlos, halla
confuſos y doblados ſus reflejos.
Llegando el viento a ſus plumajes calla,
y mudo pienſa, aunque le mira lejos,
que alegre Mayo anticipò ſus flores
con eſta primauera de colores.

XXXIV.

Aſſi de ALFONSO a la vezina frente
de la primer trinchea ſe preſenta,
dudoſa aguarda la confuſa gente,
y al nueuo caſo con diſcurſo atenta.
Llegando pues oſſado y diligente
con voz ſeuera (ſin temor eſſenta)
aſſi comiença, en tanto que prepara
leuantar la viſera de la cara.

XXXV.

Si gloria en armas, ſi memoria y nombre
os mueue, Capitanes generoſos,
y el juſto aplauſo de inmortal renombre
deſprecia los ſuceſſos peligroſos;
Y ſi cumpliendo lo que deue vn hombre
al natural amor (que los piadoſos
pechos inclina) que ſus Reyes amen,
y hazienda y ſangre por ſu honor derramen:

Agora

XXXVI.

Agora es tiempo: pues al campo os llama,
Paradino el guerrero, que en Heſperia
ha ſido, eſcureciendo vueſtra fama,
de plumas tantas ſingular materia.
Diôme Lorena la primera cama,
ſangre y honor me dieron ſin miſeria
de ſus antiguos Duques los primeros,
famoſos por iluſtres y guerreros.

XXXVII.

Llamado vine, y ſin llamar viniera
de el franco Rei ſiguiendo el eſtandarte;
y en eſte amor ſe funda la primera
cauſa que tuue de ſeguir a Marte.
Tambien me truxo la inclemencia fiera,
con que quiſiſte, ALFONSO, apoderarte
de el Reino ageno, moleſtando el dueño,
que yà repoſa con eterno ſueño.

XXXVIII.

Y aſſi defiendo armado en la campaña,
de la verdad mouido y ſatisfechò,
que nò ſucedes Capitan de Eſpaña
de la difunta Reina en el derecho.
Tiranamente con violencia y maña,
ſin dar oîdos al comun deſpecho,
intentas profanar los ſacros muros,
que eſtàn en manos de Reiner ſeguros.

XXXIX.

Su Rei ſerà, ſi el Cielo no detiene
el curſo natural de la juſticia,
que a vezes ſuperior, ſi nos conuiene,
razones y armas con razon deſquicia.
Mas ſi motiuo nueuo no preuiene,
dexando libre efecto a la milicia,
de tales braços ſu caudillo goça,
que pienſan encerrarte en Zaragoça.

XL.

Acaſo pienſas, que el poder igualas
con Moros Granadinos y Andaluzes,
que viſten con bolantes y vengalas
de grana, y de brocado los capuzes?
Paſsôſe el tiempo, que ſus ricas galas,
deſpojos ciertos, que las rojas Cruzes
viſtieron, conquiſtando ſu porfia
los campos de la hermoſa Andaluzia.

XLI.

De el Rei glorioſo, que ſus Liſes ſantas
le diò por armas fauorable el Cielo,
el muro piſan las temidas plantas,
honor y gloria del Heſperio ſuelo:
Y quando no temais grandezas tantas
tan gran contrario, ſu valor y zelo,
Franceſas armas, y el fatal deſtino,
temed, que eſtà en el campo Paradino.

XLII.

Aun no acabò de referir hinchado
su nombre altiuo, quando al campo sale
de azero Enrique y de valor armado,
sin que otro hermano su presteza iguale.
Espera (dixo.) Lorenès soldado,
verêmos presto si tu braço vale
tanto, como essa lengua a tu Corona,
agora defendiendo tu persona.

XLIII.

Assi le dize, y apretò, animando
al rucio Cordouès, y al mismo punto,
tendiendo el hasta executò, formando
la voz postrera, y el encuentro junto;
Y por el diestro lado atrauesando,
dexar pudiera al contendor difunto,
si no midieran las diuisas francas
con la celada el campo de las ancas.

XLIV.

Qual suele la pelota, que rebate
al suelo opuesto diligente pulso,
prestarle fuerça, que el surtir dilate
la misma resistencia del impulso.
Assi en el duro ingresso del combate
de el fiero golpe, el Lorenès compulso
boluiò gallardo de la silla al centro,
soberuio y animado de el enquentro.

XLV.

Apenas recorriendo los arzones
boluiò al ferrado albergue de la ſilla,
quando rompiendo al Godo los faldones,
las azeradas launas aportilla.
Hiriôle, y afirmado en las acciones
del yelmo creſpo, que cambiante brilla,
diuide Enrique la eminencia fuerte,
y roja ſangre por las armas vierte.

XLVI.

Sintiôſe herido el Capitan valiente,
y en ſangre embueltos los turbados ojos,
y con furor indomito impaciente
remite a los azeros ſus enojos.
Alçò la eſpada, y apuntò a la frente,
boluer queriendo los plumajes rojos:
mas ſolo fue de ſu ademan aſſombro,
que errò la creſta, penetrando el ombro.

XLVII.

Sintiendo de el azero la fiereza,
ſobre el ligero y ofendido buelue
el hijo de Fernando, y con preſteza
al lado opueſto el Cordouès rebuelue.
Hallôle cerca, y con ſagaz deſtreza
a penetrarle el cuerpo ſe reſuelue
entre el braçal y el peto, en que encerrada
pensò la malla reſiſtir la eſpada.

Tan

XLVIII.

Tan presto executò su mouimiento,
hallando a su contrario sin defensa,
que a no torcer la punta de el intento,
no huuiera de la herida recompensa.
No tanto siente el animal sangriento
de Alarue lança la mortal ofensa,
como sintiò el guerrero en la estacada
la senda nueua que siguiò la espada.

XLIX.

Y assi oprimido de el dolor se arroja
al ofensor gallardo, que oluidado
baxò la espada hasta los puños roja,
mirando a su contrario desangrado;
Y juntas la vengança y la congoja,
prestaron para el golpe acelerado
la furia, que es forçoso que preuenga
quien propia sangre derramada venga.

L.

Rompiò la gola, penetrando al cuello,
y abriò la pasta su violento rayo,
texiendo entre los rizos de el cabello
la antigua y noble sangre de Pelayo.
Teñido del carmin su rostro bello,
ni el braço siente, ni el valor desmayo,
Leon de España, que animado riñe,
si el verde campo con la sangre tiñe.

L I.

Picò al cauallo, y al contrario apunta
al dieſtro lado, que mirò vezino,
rompiendo la fatal violenta punta
por el azero rigido camino;
Y al miſmo inſtante ſe moſtrò difunta
la cara del turbado Paradino,
que de el aliento, y de la ſangre falto,
boluiò la eſpada leuantada en alto.

L I I.

Perdiò las riendas, y ſiguiendo el peſo
de el flaco golpe deſcendiò a la arena,
vertiendo el cuerpo con mortal exceſo
la miſma vida entre la roja vena.
Faltò a ſu aliento el natural receſo,
y la vital vnion deſencadena
el vltimo ſuſpiro, fiel teſtigo
que el alma dexa ſu mayor amigo.

L I I I.

De el muro apenas el confuſo llanto,
y en el opueſto campo ſu alegria
pudieron verſe, reſeruando en tanto
a qual ſe incline rezeloſo el dia;
Quando de la trompeta el duro canto
por la vezina cueſta preuenia,
triſtes y alegres, para ver de Eſpaña
la gente que corona la montaña.

Al

LIV.

Al ſon de los templados atambores
ſeguian de Fernando el eſtandarte,
Fernando ſuceſſor de las mejores
prendas de ALFONSO, emulacion de Marte.
Entre lucientes armas y colores
ſeis mil de la Corona, que reparte
entre diſtintos eſquadrones bellos,
que el Sol ſe mira, y ſe diuide entre ellos.

LV.

Mil fuertes Montañeſes, que reprimen
las no ſeguras armas de Guſcuña,
mil de ſus llanos, y dos mil que eſgrimen
la antigua eſpada, honor de Cataluña.
Dos mil ginetes de Valencia oprimen
cauallos moros; y gallardo empuña
el menos dieſtro lança antigua y larga,
de plata eſpuelas, y de Fez la adarga.

LVI.

El animo y furor, que la trompeta
infunde en los gallardos animales
(que el ſer con tanto exceſſo lo interpreta
el vulgo, a mas que efectos naturales)
De ſuerte los alienta con ſecreta
fuerça, que ſus relinchos deſiguales,
trompetas ſon que animan y preuienen
los que del monte a la campaña vienen.

LVII.

Formaron por el valle deſcendiendo
alegre, y repentina primauera
con breue engaño el tiempo, preuiniendo
las varias flores, que ſu monte eſpera;
Plumas, colores, y armas, compitiendo
con Mayo, con el arco, y con la esfera
(ò por mejor dezir) quieren que euite
qualquiera luz, que con ſu luz compite.

LVIII.

Dudoſa admiracion, cuidado triſte
reparte en los contrarios ſu venida,
y el torpe miedo de temores viſte
el natural recato de la vida:
Y ſu glorioſo padre, que reſiſte
del blando afecto la piedad deuida,
con mas aliento eſpera la vitoria,
deuida a ſolo el nombre de ſu gloria.

LIX.

Auiendo, ſin perder la compoſtura,
de ſu paterno amor con dulces laços
dado a Fernando poſſeſſion ſegura
en el querido aluergue de los braços:
Sin mas tardança remitir procura
la breue dilacion de los abraços
a mas eſpacio; porque dar conuiene
el riguroſo aſſalto que preuiene.

En

L X.

En tanto que ſus armas ſe aparejan,
y la oprimida Napoles ſe guarda,
y al Sol que viene, preſumidos dexan
la mueſtra de ſus animos gallarda;
Y en tanto que los ruſticos ſe quexan
de el lento paſſo, con que el ſueño tarda,
diſcurren ſolos por el boſque vmbroſo,
la bella Arminda, y ſu valiente eſpoſo.

L X I.

De el viejo Reginaldo procurauan
llegar a los vmbrales conocidos,
que millas ſeis de Napoles diſtauan
entre arboledas altas eſcondidos:
De el Sol las altas cumbres coronauan
los rayos de la tierra deſpedidos,
porque ſin iluſtrar los orizontes,
nacer le vieron, y morir los montes.

L X I I.

Quando por vn ribazo, que termina
el ſalto de vn arroyo, que deſpeña
a vn pardo riſco, que pendiente inclina
la toſca frente al agua que deſgreña,
La amiga caſa, ſin penſar vezina,
vn apacible valle les enſeña,
y lexos con la luz breue y cobarde
la mueſtra el humo al eſpirar la tarde.

LXIII.

Deſcubren ſus paredes leuantadas,
que en ellas tuerze vn apacible rio
las aguas diligentes y argentadas,
y el paſſo enfrena de ſu curſo frio.
Ceñido de altas hayas y copadas,
haze en el valle lobrego y ſombrio,
ſilencio blando, y dulze recompenſa,
de el Sol quitando la mortal ofenſa.

LXIV.

Y entonzes la inclemencia de los Cielos
aſſi reprime, y el criſtal defiende,
que rotas las priſiones de los yelos
al mar el agua ſin parar deſciende.
Amores cantan, y lamentan zelos
las tiernas aues, que engañar pretende
la verde ſombra, por robar tirana
ſu natural liſonja a la mañana.

LXV.

Llegaron los amantes a la puerta
que el dueño ocupa, y con ſencillo agrado
les diò ſus braços, y ſu caſa abierta,
de la familia alegre acompañado;
Y viendo, que la obſcura noche acierta
la muda ſenda de la cumbre al prado,
mandò apreſtar la cena, que preuiene
al noble hueſped, que en ſu caſa tiene.

Con

LXVI.

Con breue diligencia ſe diſpuſo,
y en limpia meſa, de ambicion agena,
copioſamente la familia puſo
en varios platos la diſpueſta cena.
De frutas inuernizas ſe compuſo
ſegundo Otoño, de regalos llena
ſiguiò la copia, que produce y cria
el cano mar, y la montaña fria.

LXVII.

La rubia eſpiga con ſu ofrenda blanca
moſtraua, eſcureciendo los manteles,
de ſu diuino Autor la mano franca,
mejor que de la induſtria los pinzeles.
Tambien el fruto, que temprano arranca,
y acueſta en verde cama de laureles
el ruſtico oluidado delicioſo,
que darle pudo ſu licor precioſo.

LXVIII.

El gran combite, regalado y vario
lograron entre mueſtras de llaneza,
con ſolo el cumplimiento neceſſario
que pide la comun naturaleza.
Las ricas copas, que al Romano erario
ſiruieran de ornamento, y de riqueza
puſieron fin, ſin ayudar el ſueño
al franco pecho de el cumplido dueño.

LXIX.

Vertiôſe apenas la poſtrera eſpuma,
quando obligado de el piadoſo trato,
ſu hiſtoria Florisbel en breue ſuma
al hueſped cuenta con ſilencio grato:
Mas no eſperò que el tiempo ſe conſuma,
deuido juſtamente al dulce rato,
quando de Italia la tragedia fiera
le pide Arminda al hueſped que refiera.

LXX.

Cuentanos, dize, de mi patria cara
deſdichas tan ſangrientas y notorias,
la ſuerte de Reiner triſte y auara,
y de el glorioſo ALFONSO las vitorias.
Que agora cuentas ſu valor, repara,
a dos oyentes fieles de ſus glorias:
empieça pues; y el viejo enternecido,
aſſi del ruego reſpondiò mouido.

LXXI.

Deſpues que del eſtruendo de la guerra
dexè el turbado y ciego mouimiento,
y en ocio dulce la quietud encierra
entre eſtos montes mi poſtrero aliento;
Por ſer vezina a Napoles la tierra,
que diò a mis techos fauorable aſſiento,
en eſtas ſoledades deſperdicia
la fama inutilmente ſu noticia.

LXXII.

Y aſſi podrè contaros breuemente
de tan prolijas armas el ſuceſſo,
con el adorno ſolo que conſiente
eſta verdad ſencilla que profeſſo.
Empezarè; Deſpues que vueſtra gente
tuuo en Gaeta el vltimo progreſſo,
que tu alcançaſte, y priſionero fuiſte
de el Duque Antonio, que en priſion venciſte;

LXXIII.

Mouiò ſu campo ALFONSO victorioſo,
poſtrando de Marquiſi, y de Eſcapata
las fuerças, y gallardo preſuroſo
intenta que Salerno ſe combata:
Rindiôſe luego, y ſin tener repoſo
de dar aſſalto a las murallas, trata
de la famoſa Caua, que preuino
la induſtria a Flandes de texer el lino.

LXXIV.

De alli fiando al aire ſus banderas
en el ſilencio timido noturno,
mandò que de ſus hueſtes las primeras
el margen acometan de el Volturno;
Dexando ſus orillas y riberas,
iguales a los campos de Saturno,
el gran furor indomito que baña
de nueſtra miſma ſangre la campaña.

No

LXXV.

No pudo del comun Padre Romano
la gente, que ſus aguas diuidian,
mouer las armas, procurando en vano
la natural defenſa que pedian.
Al fin huyendo la inſolente mano
del vencedor gallardo que temian,
dexò el Legado, que guardarſe pienſa
de las Franceſas armas la defenſa.

LXXVI.

Siguiendo la vitoria, ſe reſuelue
de entrar a Benauento por combate,
rindiò ſus muros, y arrogante buelue,
temiendo que ſu gloria ſe dilate.
Ganò de Anuerſa la Ciudad, y embuelue,
ſin que Reiner de reſiſtirle trate,
caſtillos, armas, pueblos y naciones,
ſugetos a ſus bandas y pendones.

LXXVII.

Mouido pues de la amiſtad Franceſa,
tu primo el Duque, generoſa Arminda,
gallardo emprende la coſtoſa empreſa,
antes que al Godo el cuello Italia rinda.
Dexò los muros de la antigua Seſa,
y en vn inculto valle, que deſlinda
el termino a los montes, que ſus frentes
les mueſtran del Sebêto las corrientes.

For-

LXXVIII.

Formò de ſus criados y vaſallos,
y de Tudeſcos, Sueuos y Pulleſes
vn eſquadron; ceñido de cauallos
Lombardos, Florentines y Albaneſes:
Y por querer del todo aſſegurallos,
en ſeis gallardas tropas de Franceſes
tres mil corazas publicando vienen
el arrogante eſpiritu que tienen.

LXXIX.

A la primera luz, que la mañana
tendiò confuſa por el aire vago,
de la vezina ſierra elada y cana
baxò de ſus cabeças el eſtrago;
Y la Eſpañola furia altiua inſana
boluiò de ſangre miſerable lago
las claras ondas, que boluiò el Tirreno,
por no pagarſe de tributo ageno.

LXXX.

Al fin quedò ſugeto a las cadenas
de el noble vencedor tu honrrado primo,
ſu gente degollada en las arenas,
y de Reiner la cauſa ſin arrimo;
Logrando en tierras fertiles y agenas
el fruto de ſus armas tan opimo,
la hoz metiò con venturoſa mano
deſde Caſtelamar a Cauiano.

LXXXI.

Diò vencedor a las Calabrias buelta,
y del Frances Imperio en la coyunda,
el fuerte ñudo desenlaça y suelta,
y el suyo en armas, y en justicia funda.
Con esta breuedad, firme y resuelta
las armas buelue, con temor que cunda
la gente, por quien dà al Romano suelo
honor el mundo, y potestad el Cielo.

LXXXII.

No fue temor, sino prudencia astuta
assegurar las fuerças de importancia,
antes que el suelo fiel que le tributa
molesten tantos, ayudando a Francia.
No por agrauio y deshonor reputa
del sucessor de Pedro la constancia,
ni que llamados cubran la campaña,
Milan, Florencia, Genoua, Alemaña.

LXXXIII.

Con no vencido espiritu quieto
estas preñadas maquinas desprecia,
de cuyas amenazas el efeto
temer pudiera victoriosa Grecia;
Y assi animando con ardiente afeto
el vso militar, que tanto precia,
oluida generoso en su fatiga
segunda vez la conjurada liga.

LXXXIV.

Y ſin hallar deſcanſo, ni ſoſſiego,
cercò de Troya los antiguos muros,
que no con armas de el engaño Griego
rindiò las fuerças de ſus braços duros;
Y en vez del riguroſo ardiente fuego
de Esforça, los ſoldados mal ſeguros
lloraron de ſus manos el caſtigo,
perdiendo de los muros el abrigo.

LXXXV.

Quedò rendida la Ciudad, y pueſtos
en dura ſeruidumbre los ſequazes
del Esforcès intrepido, y diſpueſtos
a eſtrechas leyes, y afrentoſas pazes;
Dexando aſſegurados y compueſtos
los pechos, haſta entonces pertinazes,
y a vezes con piedad, ſin armas fieras,
ganaua coraçones y banderas.

LXXXVI.

Tomò de Capua la Ciudad, y enuiſte
a Sorrento, y ſiguiendo ſu fortuna
ganò a Puzol, que ſu furor reſiſte,
ſi hazerle pudo reſiſtencia alguna.
Dexòle apenas deſangrado y triſte,
y en braços de el ſilencio de la Luna
paſsò ſu campo a Napoles, que eſpanta
al Sol, que por mirarle ſe adelanta.

LXXXVII.

Cercò la gran Ciudad, honor de Europa,
y nobles tantos con mortal aſſedio,
que de armas faltos, de comida y ropa
rendirſe tienen por forçoſo medio.
La humilde gente, que en contorno topa,
medroſa buſca ſu comun remedio,
colmando del exercito las tiendas
el monte, el valle, el mar de ſus ofrendas.

LXXXVIII.

Y el triſte pueblo, que afligido mira
el logro de ſus mieſes repartido,
y que inſolente el Eſpañol retira
lo que ſembrò ſu dueño preuenido;
De furia brama, de dolor ſuſpira,
y ſu Frances Caudillo combatido
de el nueuo eſtado, en que ſus fuerças halla,
quiſo intentar en campo la batalla.

LXXXIX.

Mas no les pareciò conſejo cuerdo,
deſpues que a Caſtilnouo les quitaron,
y aſſi turbados con mejor acuerdo
la natural defenſa procuraron;
Y cada vez, Señores, que recuerdo,
pregunto, ſi de Napoles llegaron
las nueuas que ſe aguardan por inſtantes,
de verſe yà vengados los Infantes.

Eſta,

XC.

Eſta, aunque breue relacion ſucinta,
es limitada parte de la hiſtoria,
que el puro afecto ſin colores pinta,
por dar al vencedor tan juſta gloria.
No en blanca carta liſonjera tinta
podrà fiar al tiempo ſu memoria,
ni menos que del ſacro Mantuano
honrrar la pluma, ni emprender la mano.

XCI.

Demas, que la fatiga del camino,
y auer en el Inuierno riguroſo
piſado la ceruiz de el Apenino,
al mas robuſto pedirà repoſo.
Buſcad el fiel deſcanſo, que preuino
el amor de la vida cudicioſo,
de nueuas traças y remedios grandes,
que hallar pudieron Alemaña y Flandes.

XCII.

En el aluergue limpio de la cama,
porque amigablemente ſe os conceda,
la Caua ofrece ſu apacible trama,
Africa plumas, y Calabria ſeda.
Eſto diziendo, la familia llama,
y della ſabe, que diſpueſto queda
quanto con mano franca preuenia
ſu honrrada y ambicioſa corteſia.

XCIII.

Los hueſpedes dexaron ſatisfechos
las ſillas, y conformes le agradecen
las dulces nueuas, y con tiernos pechos
eterno feudo de amiſtad ſe ofrecen.
Moſtraua el hueſped preuenidos lechos,
y en vno, de el canſancio que padecen,
remedio hallaron con el ſueño blando,
que atento el hueſped les quedò guardando.

SOLI DEO HONOR
ET GLORIA.

NAPOLES RECVPERADA,
CANTO DOZENO.
ARGVMENTO.

LA guarda prende a Garceran valiente,
que a ver entraua ſu querida eſpoſa:
Cenobia entre las armas diligente,
a ſi ſe culpa amante, y animoſa.
Niega el eſpoſo, y el Frances conſiente
de entrambos la ſentencia riguroſa;
y antes que ſe execute, entrò triunfando
por el formal el hijo de Fernando.

I.

SIguiendo el Sol a la mañana fria,
piſaua del Oriente los vmbrales,
entrando alegre por ſu puerta el dia
a verſe en los eſpejos celeſtiales;
Y la cancion vſada repetia
con voces y ſuſpiros naturales
el coro de las aues, que en la ſelua
aguarda mudo, que a los campos buelua.

I I.

Quando con menos vozes, y artificio
la gente Celtibera preuenida,
de ſu contento daua claro indicio,
y el fauorable Sol la bienuenida.
En todos ſe frequenta el exercicio,
que en tales caſos inuentò la vida
para aſſaltar guardada las almenas,
que eſtàn de ofenſas, y de enemigos llenas.

No

III.

No con menor induſtria los cercados
a defender los muros ſe diſponen,
cubiertos de pertrechos y ſoldados,
que en todas partes al contrario oponen.
Con eſta diligencia fatigados
los vnos y los otros ſe componen,
y a Napoles en tanto de repente
altera el gran tumulto de la gente.

IV.

El caſo fue, que auiendoſe entendido,
que algunos Eſpañoles frequentauan
la entrada por conduto no ſabido,
y oſſadamente en Napoles andauan;
Y que el intento cierto y conocido
los miſmos Ciudadanos animauan,
pues defenſa ſegura ſin reſpeto
les dauan en ſus caſas con ſecreto:

V.

Mandò Reiner con publicos pregones,
que pena de la vida no ſe acoja,
ò ſean Eſpañoles, ò Naciones,
que el pecho adornan con la banda roja.
Con eſto, a quien intenta diſenſiones,
al punto de la vida le deſpoja,
pagando luego el capital inſulto,
de auer tenido a ſu enemigo oculto.

En

VI.

En medio pues de el vulgo alborotado
prendiò la ronda, que cercaua el muro,
a vn noble Aragones, que disfraçado
entrò como otras vezes mal ſeguro.
Amaua agradecido y obligado
con fè ſencilla, y con afecto puro,
expueſto a los peligros de la ſuerte,
que yà le mueſtra ſu vezina muerte.

VII.

Por largo tiempo, ſin engaño y zelos,
cercados de peligros y temores
tratauan, deſpreciando los recelos,
Cenobia y Garceran dulces amores.
Piadoſos dieron al galan los Cielos
ſangre en Barbaſtro, igual a las mejores,
y a ſu querida amante diò Gaeta
nobleza antigua con beldad perfeta.

VIII.

El de ſu amor viuia ſatisfecho,
y ella ſu miſmo guſto le agradece;
y ſiendo igual a entrambos el prouecho,
el dulce fuego con liſonjas crece.
Ninguno teme, que verà deshecho
el laço eterno, que ſu amor ofrece,
y cada qual la fè del otro amante
en ſi la juzga por verdad conſtante.

I X.

Naciò eſte amor de eſtrella que le inclina,
quando prendiò gallardo por la eſpada
Garceran a Cenobia, en la ruina
de ſu querida patria deſdichada.
Mal dixe: no prendiò; que ſu diuina
beldad de las paſſiones deſatada
hizo, burlando amor de las agenas,
de ſus madejas de oro las cadenas.

X.

Trocôſe la priſion, trocôſe el dueño,
quedò vencido, el que venciò animoſo;
ella en cadenas de inmortal empeño,
el preſo enamorado y vitorioſo.
Huyò a ſus ojos el antiguo ſueño,
y ella procura libre ſu repoſo
(libre digo, engañême) ni procura
buſcar en otra libertad ventura.

X I.

Con eſta tan igual correſpondencia
creciò el amor, ſeguro de mudança,
que nunca de las ondas la inſolencia
temiò la naue que ſe viò en bonança.
Al fin llegò de ſu llorada auſencia
el tiempo, en que marchita ſu eſperança;
miro a Deziembre con mortal deſmayo,
que no ai en año de deſdichas Mayo.

Man-

XII.

Mandando ALFONSO, que ſeguros puedan
gozar los priſioneros de ſoſſiego,
los vnos parten, y los otros quedan,
gozando el dulce efecto de ſu ruego.
Temiendo pues que de lo juſto excedan
las tiernas mueſtras, ſe partieron luego
los padres de Cenobia, que pretenden
matar el fuego, que al partir encienden.

XIII.

Supieron al momento los amantes
de la partida triſte la certeza;
y ſu congoja y pena en los ſemblantes
moſtraua la reciproca triſteza.
Entre vnas fuentes, que eſpacioſas antes
corrieron, embidiando ſu firmeza,
llorauan dulcemente la partida;
que es dulce amor haſta en quitar la vida.

XIV.

Teſtigos de ſus tiernos juramentos
vnos laureles fueron, que obligados
del triſte caſo, ſin mouerſe atentos
callaron de los vientos moleſtados.
Siguiendo ſus eternos mouimientos.
los Cielos de lumbreras coronados,
el alua puſo fin a ſus querellas,
mas no la cauſa que tuuieron ellas.

XV.

Partiòſe al fin a Napoles la dama,
quedò ſin ella el triſte Cauallero;
y ſi ella ardientes lagrimas derrama,
el ſiente como amànte verdadero.
Sobre vna peña, en que inſolente brama
el mar de Italia con aſſalto fiero,
miraua Garceràn las aguas, donde
ſu bien vn leño fugitiuo eſconde.

XVI.

Romper le viò con mouimiento leue
las creſpas ondas, ſin dexar camino,
y al libre viento, que ſus tablas mueue,
prender la induſtria en carceles de lino.
Si no procuras que a ſeguirte prueue,
detente (dixò) caminante pino,
que no ſoi, aunque firme opueſta roca,
que à tan forçoſo miedo te prouoca.

XVII.

Que aſſi el engaño de tus ondas fia
la bella imitacion de el altò Cielo,
y de vn tirano padre la porfia
deſprecie los peligros ſin recelo.
Si ſolo de mis ojos te deſvia,
tambien pudiera por conſtante ſuelo,
mirando que al furor del mar entrega
la dulce prenda, que a ſu amante niega.

Que

XVIII.

Que lloro, a quien me quejo, ò que fatigo
al ſordo viento, que la mar frequenta,
ſi miro que embidioſo y enemigo
la injuſta fuga ſu fauor alienta?
Mas no tendrà mi amor igual teſtigo,
que darle pueda de ſus males cuenta,
pues lleua mis ſuſpiros abraſados,
de ſu violento ſoplo acompañados.

XIX.

Aſſi llorando triſte ſe quexaua,
quando de blanca eſpuma en los bellones
la diligente barca ſe ocultaua,
fiada a ſus moleſtas inuaſiones;
Y a la confuſa viſta que aplicaua,
burlauan las poſtreras confuſiones,
ſi ſon dudando, ſin que el Sol tramonte
las velas, arrebol de el Orizonte.

XX.

Apenas con el juſto deſengaño
boluiò a ſu caſa, quando Alfonso ordena
que el campo marche, deſcubriendo el año
la frente mas pacifica y ſerena.
Siguiò las armas, padeciendo el daño,
que nace de la auſencia y de la pena
de ſu perdido bien, que ſolo alcança
el dulce porfiar de la eſperança.

XXI.

Llegado el fin de la prolixa guerra,
el vencedor exercito boluiendo,
de Napoles pisò la amada tierra,
ſus muros aſſaltando y combatiendo:
Y como la mitad de el alma encierra
de el noble amante; ſin rumor, ni eſtruendo
eſtando procurò la guerra en calma,
perder la vida por hallar el alma.

XXII.

Y aſſi de noche, por eſtrecha ſenda,
del antiguo formal, y oculta mina,
a quien las claras aguas encomienda
la ſierra, que a ſus fuentes encamina;
Sin que el ſilencio miſmo comprehenda
lo que el oſſado amante determina,
a ver entraua ſu querida eſpoſa,
de verle ſatisfecha y rezeloſa.

XXIII.

Mas no ſalieron ſus temores vanos;
que de la atenta ronda diligente
cayò el amante miſero en las manos,
hallado, y detenido de repente.
Quedaron los ſoldados tan vfanos
de la oportuna preſa, que a la gente
apenas ſe moſtraua entre las guardas,
ceñidas de paueſes y alabardas.

Oculta

XXIV.

Oculta en el vmbral de la ventana
mirò Cenobia el desdichado caso
con la primera luz, que la mañana
tendiò en los montes alargando el paso.
Perdieron su color la nieue y grana,
y al Sol hermoso sepultò el ocaso,
embuelto en nubes de dolor y espanto,
que amor desata en importuno llanto.

XXV.

Saliò cubierta del adorno breue
(para indecentes ojos imperfeto)
y de la vnion del fuego y de la nieue,
fiando a los volantes el secreto.
El viento libres sus cabellos mueue,
perdido de las trenças el respeto,
y de natiuas ondas coronado
formaua suelto natural trençado.

XXVI.

Mostrôse en ella a Napoles el dia,
que llaman dulcemente con endechas
las aues, que cessando en su porfia
callaron, de mirarla satisfechas.
No tan velozes por el aire embia
el corbo Abeto las ardientes flechas,
como tendiendo en ella amor sus redes
saliò de las domesticas paredes.

Roba-

XXVII.

Robaua a la verguença la congoja
la natural cubierta de la cara,
y oſſada y loca de el dolor ſe arroja
con ciegos medios a ſu infamia clara.
De el proceder honeſto la deſpoja
amor, que no diſcurre, ni repara,
ni quiere que ſus obras ſe dilaten,
ſi penas, ò deſeos le combaten.

XXVIII.

Con eſta peligroſa diligencia,
y las violentas alas del exceſſo,
llegò del franco Duque a la preſencia
al miſmo punto que llegaua el preſo.
Turbôſe Anjous, mirando la excelencia
del Pintor celeſtial, y el graue peſo
del publico cuidado no permite,
que deſcuidado amor le ſolicite.

XXIX.

Y en ſi boluiendo, los preſentes mira,
por ver ſi alguno a referir empieza
el mudo caſo, que callado admira
al tragico ſilencio de la pieza.
Al fin la eſpoſa triſte, que ſuſpira,
alçando laſtimada la cabeza,
le dize con el triſte ſentimiento
de ver ſu vida en el poſtrero aliento.

In-

XXX.

Inuicto Capitan, honor y gloria
del Rei, que adornan las christianas Lises,
assi en Anales sacros tu memoria
viua a los siglos, que triunfando pises;
Que atento y lastimado de la historia
que agora escuchas, en mi mal diuises,
y en las ardientes lagrimas que vierto,
de tantos males el discurso cierto.

XXXI.

Sabràs, que el desdichado Cauallero,
esposo mio, que humillado tienes,
a cuya vida el vengatiuo azero
por lei seuera afilas y preuienes;
Con tierno amor, constante, y verdadero
a verme entrò; que sus dichosos bienes
guardados tiene amor de sus enojos
en el erario dulce de mis ojos.

XXXII.

No a descubrir de tus soldados vino,
si tienen disciplina vigilante,
ni a ver si tu cuidado se preuino
de algun reparo a resistir bastante;
A verme si, que vn tierno desatino,
que piedra, ò muro aurà que no quebrante?
soltarle puedes; que la culpa es mia;
y no es de ALFONSO Garceran espia.

XXXIII.

Yo ſoi la tranſgreſſora del preciſo
bando, que a juſta muerte me condena:
y pues te doi de mi delito auiſo,
en mi executa ſu deuida pena.
Si por librarme el inocente quiſo
veſtirſe (ai triſte!) de la ofenſa agena,
no es bien que pierda, ſin hallar diſculpa,
la propria vida por agena culpa.

XXXIV.

Si ſabes lo que amor ordena y puede
en eſte Reino vil de los ſentidos,
y los injuſtos fueros que concede
a tantos deſdichados y perdidos;
Tambien ſabràs, que ſi violento excede,
preſcriuen ſus decretos admitidos,
y eſſentos ſon por fueros naturales
yerros de amor de terminos legales.

XXXV.

Ni verme quiero del cuchillo eſſenta,
librando en otras manos mi juſticia,
que no rezela deſdichada afrenta
de tu piedad a mi dolor propicia;
Pues yà mi nauecilla en la tormenta,
que tablas, velas, y arboles deſquicia,
deſcubre puerto ſoſſegado y manſo,
y libre de las ondas ſu deſcanſo.

XXXVI.

Y ſi modera humilde la ſentencia
el ruego de mis males importuno,
ordene tu rigor, ò tu clemencia,
que entrambos viuan, ò que muera el vno.
Y ſi ha de auer en eſto diferencia,
y es juſta perdicion que muera alguno;
yo ſerè, que es lo miſmo en honrra dellos
morir de amores, que morir por ellos.

XXXVII.

Aſſi acabò Cenobia ſu diſcurſo,
con juſta admiracion de los oyentes,
formando de ſus lagrimas el curſo
de hermoſas perlas deſatadas fuentes;
Y apenas en el publico concurſo
boluieron al ſilencio los preſentes,
quando a Reiner, que le eſcuchaua atento,
el preſo dixo con gallardo aliento.

XXXVIII.

Nacì, Señor magnanimo, en Barbaſtro,
Ciudad en Aragon antigua y bella,
mi ſangre es noble, mi appellido Caſtro,
ſoldado por oficio y por eſtrella:
Siguiendo las piſadas por el raſtro,
que honrradas miro de mi padre en ella,
a Italia vine, de mi Rei famoſo
ſiguiendo el eſtandarte vitorioſo.

XXXIX.

Armado de la induſtria y la nobleza,
que ſola en caſos tales me acompaña,
entrè a mirar la debil fortaleza,
que el mar Tirreno con ſus ondas baña;
Y auiendo deſcubierto con preſteza
entrada facil al Leon de Eſpaña,
de ſúbito las guardas me prendieron,
y a tu Real preſencia me trujeron.

XL.

De aqueſta hermoſa dama, que mouerla
pudieron tanto mis llorados males,
que finge vna quimera, que creerla
pudieran mis deſdichas inmortales.
Ni ſoi eſpoſo, ni jamas por verla
me dieron acogida ſus vmbrales;
y es iluſion hazerme eſpoſo y dueño,
que en eſto imita la piedad al ſueño.

XLI.

Mas no diſponga el Cielo, ni permita,
que la tirana luz de ſu hermoſura,
que amor, piedad y miedo ſolicita,
los rayos pierda de ſu lumbre pura.
Y ſi eſta empreſſa barbara, que incita
en ſu piadoſo engaño mi ventura
tuuiera efecto, que inclemencia fuera,
que libre el reo, el inocente muera.

XLII.

Ni es justo, que su lastima culpable
el filo agudo del agrauio prueue,
y en tales pechos su ficcion en table,
que el vno pague, lo que el otro deue.
Mirad sus verdes años, que mudable
respeta el tiempo, que en su blanca nieue
vierte (afrentando la que dà el Inuierno)
de varias flores vn Abril eterno.

XLIII.

Yo soi, yo, quien profana los mandatos,
y no la humilde victima, que ofrece
el cuello; despreciando los recatos,
con que la honesta vida se ennoblece.
Cortad mis años, a su vida ingratos,
y el breue passo, que infamado crece,
ò nobles Ciudadanos, si llamada
hiriò al rendido la mejor espada.

XLIV.

Dixo, y callò, vertiendo en las postreras
palabras sus afectos tan sensibles,
que las precisas leyes y seueras
juzgò el comun aplauso por terribles;
Y al noble Capitan, que con sinceras
entrañas, conmouidas y apacibles
librarlos quiso, assi replica ossado
Arunco, descendiente de Conrado.

XLV.

Si puede tanto la piedad viciosa,
nacida de vnas lagrimas seruiles,
que en mengua de tu sangre generosa
obliga a que sus glorias aniquiles;
No escuches, no, de la Sirena hermosa
las vozes penetrantes y sutiles,
en tiempo que se enfrena al enemigo,
con ver de los rebeldes el castigo.

XLVI.

No niego, que a sus lagrimas propicio
mostrarse pudo enternecido el pecho;
mas no a romper las leyes del oficio,
que atento mira el publico prouecho.
El muere justamente en su exercicio,
y ella tambien, que ossada a tu despecho,
en el secreto aluergue de tu casa
guardò el Sinon, que tu Ciudad abrasa.

XLVII.

Que mueran pide tan forçoso exemplo,
y del perdon injusto que procuran,
nacida alguna disension contemplo,
que yà turbados animos murmuran.
La furia en tanto, de el agrauio templo,
juzgando que sus quexas asseguran
tu zelo, tu respeto, y tu justicia,
no mas que a la verdad libre y propicia.

En-

XLVIII.

Entrambos por culpados ſe preſentan
con modo aſtuto, y termino exquiſito;
y aunque librarſe el vno al otro intentan,
por ſuyo reconocen el delito.
Morir deſean, y el exceſſo cuentan,
y aſſi con juſto afecto ſolicito
(temiendo que los terminos dilates)
que a entrambos creas, y què a entrambos mates.

XLIX.

Aſſi acabò, trocando ſus razones
de ſubito, mouidos a vengança
los antes laſtimados coraçones,
que acuſan del caſtigo la tardança:
Temiendo las vulgares diſenſiones,
perdiò de libertarlos la eſperança
Anjous piadoſo, que a la furia ciega
del vengatiuo pueblo los entrega.

L.

Dexò la ſilla al tiempo que diſpuſo,
ò permitiò forçado, que execute
ſu furia el vulgo barbaro y confuſo,
temiendo ſu piedad que ſe le impute.
Con eſta permiſion luego compuſo,
ſin que en lo juſto y pio ſe diſpute,
el publico teatro, que pretende
bañar de ſangre, que a ninguno ofende.

L I.

En tanto que el ſuplicio ſe prepara,
y el Sol viſita la mitad de el Cielo,
auiendo roto libre el agua clara
los blancos grillos que le puſo el yelo;
ALFONSO inuicto, con induſtria rara,
que darle pudo el militar deſuelo,
ſu gente ocultamente preuenia,
con tal ſecreto, que engañaua el dia.

L I I.

La eſquadra miſma, con que Arnaldo y Bruno
a ver boluieron la ſegura entrada,
guardarla pudo ſin rumor alguno,
a no perder el paſſo conjurada.
No dà en el hecho parecer ninguno,
que a todos tiene oculta y reſeruada
la empreſſa ALFONSO; que el mejor efeto
nace en el pecho, y muere en el ſecreto.

L I I I.

Con el oſſadamente determina
(burlada la atencion de ſu contrario)
lleuar a tantas vidas la ruina
con fuerte emulacion de Beliſario.
Antes de hollar el ſeno de la mina,
por ſer el tiempo en los ſuceſſos vario,
la dificil ſalida armada eſtuuo
con gente fiel, que en ſus vmbrales tuuo.

LIV.

Siguieron de ſu campo los mejores
ſoldados, preuenidos ſin concierto,
callando los ſonoros atambores,
y el mudo valle ſin rumor deſierto.
De el vulgo en tanto ſuenan los clamores,
nacidos del piadoſo deſconcierto,
mirandolos conſtantes deſdichados,
ceñidos de priſiones y ſoldados.

LV.

En medio de vna plaça ſe moſtraua
con triſtes aparatos y funeſtos
el ſitio, en que el caſtigo ſe apreſtaua
de dos amantes, a morir diſpueſtos;.
Y los que amor viuiendo conformaua,
por el ſe mueſtran al morir opueſtos,
queriendo cada qual con mejor ſuerte,
por no doblarla, anticipar la muerte.

LVI.

Sin mas adorno, que el rebuelto traje,
Cenobia el roſtro timido deſcubre,
quitando de las flores el vltraje
la blanca ſombra, que las ſuyas cubre.
Sentia triſte, que el cuchillo ataje
los verdes años, que ſu Abril encubre
y oſſada, y muda, ſin torcer el paſo,
mirò la vida ſu mortal ocaſo.

LVII.

Suſpenſo y ciego el Cauallero triſte,
lloraua malograda ſu hermoſura,
y quanto mas el impetu reſiſte,
con mas congojas ſu dolor le apura:
Buelue y rebuelue, y fatigado inſiſte,
mirando la ſangrienta deſuentura;
y aſſi le dize agradecido y tierno,
cobrando el alma ſu vital gouierno:

LVIII.

No ſiento, no, belliſſima Señora,
el deſdichado curſo de mis dias,
ni el triſte fin, que tan cercano agora
llorando miran las triſtezas mias.
La noche, ſi, de tu luciente aurora,
que el miedo cubre de tinieblas frias,
ſiendo mi amor el homicida fiero,
que en daño ſuyo deſnudò el azero.

LIX.

Confieſſo, que obligado y ſatisfecho
morir deſeo, y ſi quedâra viuo,
no hallâran las edades en mi pecho
retorno de las prendas que reciuo.
Fundôſe la ſentencia en mi prouecho,
y ſolo agora en el morir eſtriuo;
pues quando no ſe ajuſta la partida,
borrò la deuda, quien perdiò la vida.

Ni

L X.

Ni viera aqueſta paga contradicha,
ſi el Cielo fauorable permitiera,
que como doi la vida a mi deſdicha,
por tus hermoſos ojos la perdiera.
Mas no me niega parte de la dicha,
que en eſte paſſo mi verdad eſpera;
pues ſi por ti la vida no he perdido,
la cauſa el verte de perderla ha ſido.

L X I.

Yo muero (le reſponde) tan contenta
de no quedar ſin ti, muriendo viua,
que tengo yà la vida por afrenta,
pues deſte bien ſu dilacion me priua.
Partir quiſiera, ſin que el alma ſienta
la eſpada mas injuſta y vengatiua
de verte muerto, y con igual fortuna
paſſar dos muertes, ſin deuer ninguna.

L X I I.

No fue delito Garceran amarte,
deſdicha ſi, perderte tan aprieſſa,
y mas en quien viuia de obligarte
con eſta fe, que haſta el morir profeſſa.
Seguroy cierto de la vida parte;
que a no ſer voluntad del Cielo expreſſa
que muera, y ſu clemencia la dexâra,
el miſmo amor la vida me quitâra.

LXIII.

Los campos celeſtiales, que de eſtrellas
viſtiò ſu Autor, Artifice diuino,
moſtrando eſtàn entre ſus luzes bellas
ſeguro a nueſtras plantas el camino.
Mas que dudamos en lograr con ellas
el bien que ofrece tan igual deſtino,
trocando nueſtro amor ſu ardiente fuego
en puras llamas de inmortal ſoſſiego.

LXIV.

Aſſi acabò, dexando el vulgo atento,
ſuſpenſo y triſte, que el ſuceſſo aguarda,
quando con repentino mouimiento
el pueblo circunſtante ſe acobarda.
Parò el cuchillo, que alumbraua el viento,
y ſin valer ſus armas a la guarda,
dexò la plaça y preſos, rezelando
la no vencida gente de Fernando.

LXV.

Qual ſuele en medio del ardiente Eſtio,
flechando rayos en las altas cumbres
la obſcura nube entre el vapor ſombrio,
veſtirſe de ſus palidas viſlumbres;
Y en agua deſatado el humor frio,
de el Cielo cubre las piadoſas lumbres,
y quando el viento mas ſe deſordena,
Apolo nace, y el rigor ſerena:

No

LXVI.

No menos a la noche de congojas
de aquellos venturoſos condenados,
ſaliò la vida entre viſlumbres rojas,
de arneſes relucientes y grauados;
Dexando el miedo, y el dolor tan flojas
las rigidas priſiones, que burlados
ſus hierros facilmente ſe libraron,
y a las vezinas armas ſe entregaron.

LXVII.

Marchando pues con militar concierto
la dieſtra gente en forma de batalla,
ganò de Capua con igual acierto
la puerta, ſu raſtrillo, y la muralla.
Sabiendo el triſte Duque el encubierto
aſſalto, defendido de la malla
ſaliò, ſin mas defenſa que la gente,
que pudo preuenirſe de repente.

LXVIII.

Siguieronle gallardos y animoſos
Arunco, Continola, Sanazaro,
Caldora, Orlando, Esforça, que piadoſos
quiſieron ſer de ſu ruina amparo.
Con eſtos defenſores valeroſos
tener pudiera ſu valor reparo,
ſi yà no diera a ſu poder abierta
ſeguro paſſo al vencedor la puerta.

LXIX.

Trauôſe la batalla tan furioſa,
que en todas partes deſatada en ira
anduuo la vengança belicoſa
embuelta en fuego, que el furor reſpira.
No deſpidiò la fragua luminoſa,
que con fingidas fabulas admira
iguales rayos, aunque fueran menos,
ſiendo el batir de las eſpadas truenos.

LXX.

Enrique de Norberto, en la ſinieſtra
parte el eſtoque penetrante eſconde,
y a Guido oſado, que ofendiò ſu dieſtra,
con mas furioſo golpe le reſponde;
Sobre èl Esforça con gallarda mueſtra
mouiò la eſpada que apuntaua, donde
priuarle preſto de la vida pudo,
a no impedir ſus paſſos el eſcudo.

LXXI.

Fernando valeroſo a Continola
rompiò el almete, penetrando el filo
haſta el doblado azero de la gola,
en quien la vida deſcubriò ſu aſilo.
No fue la herida del guerrero ſola,
pues luego paſſa de el Señor de Eſtilo
la fiera punta el cuerpo mal logrado,
ni de años, ni de azero acompañado.

De

LXXII.

De Ernesto luego el generoso Marte
con vn reues gallardo, que despide
la dura cresta, y la cabeça parte,
y el suelo el tronco palpitante mide:
Y al fuerte Ricardeto, que desparte
el duro tranze, y animoso impide
la muerte, que a Durando amenaçaua,
el noble pecho su furor le enclaua.

LXXIII.

En medio de las armas y el combate
mostrò las suyas el valiente Orlando
furioso, porque el triunfo se dilate
del hijo generoso de Fernando.
Gerardo pues que el lauro y el remate
andaua de sus glorias procurando,
poniendo honrroso termino la espada
a la batalla antigua començada.

LXXIV.

Con el encuentra, y reconoce al punto
el ancho cuerpo, que midiò su abraço,
y alçando con la voz la espada junto,
assi le dixo, descargando el braço:
Aqui verêmos, si mejor apunto
que la passada vez, rompiendo el laço
agora de tu vida, que en las ondas
no harà la naue, que de mi la escondas.

Pala-

LXXV.

Palabras eſcuſemos, le replica,
turbado el Milanès del golpe horrendo,
y el fuerte braço a la vengança aplica
de furia y rabia, y de dolor gimiendo.
Entre el braçal derecho, que complica
el borde con la malla, el paſſo viendo,
la punta encaminò con tal aſſombro,
que en vez del pecho le taladra el ombro.

LXXVI.

La ſangre, que ocupaua diligente
de el retirado eſtoque los vacios,
vertiendo por la herida ſu corriente,
bañò la tierra; y alentò ſus brios.
Mirôla el deſangrado combatiente,
turbado el roſtro y los eſtremos frios,
de colera, de furia y de vengança,
fundada en eſte golpe ſu eſperança.

LXXVII.

Lleuò la punta el impetu derecha
de Orlando al roſtro, y viendola vezina,
del natural recato ſe aprouecha,
y al lado opueſto ſin tardar la inclina.
Librôſe el roſtro, y por diſtancia eſtrecha
llegò de fuerças y años la ruina,
abriendo entre la gola y el almete
ſenda el deſuio al braço que acomete.

Entrò

LXXVIII.

Entrò la eſpada, diuidiendo fieros
 ſus filos penetrantes la garganta,
 ſaliendo con la vida los poſtreros
 ſuſpiros triſtes entre ſangre tanta:
 Teñidos ſe moſtraron los azeros,
 y en tronco inutil, la gallarda planta
 buelta midiò la fatigada arena,
 de ſangre y armas, y de cuerpos llena.

LXXIX.

Duraua la importuna reſiſtencia
 al miſmo paſſo que el furor crecia,
 ſin verſe conocida diferencia,
 menguando la reciproca porfia.
 Corrido de ſu afrenta y negligencia,
 Ansberto la batalla diſcurria,
 matando a tantos, que impidiò ſu paſo
 con muertos cuerpos el mortal fracaſo.

LXXX.

Saliò de entre ellos, y en diſtante plaça
 topò a Liſandro y en furor deshechos
 los dientes; por el yelmo y la coraça
 le parte la cabeça haſta los pechos:
 Y luego a Florabel, que el embaraça,
 boluiò los filos, y al romper derechos
 la malla penetraron; y el difunto
 cuerpo deſtroncan ſin la vida al punto.

LXXXI.

El noble Florisbel, de Rosimundo
sintiò la espada por el lado diestro,
y buelto con destreza, en el segundo
passo trocado le rompiò el siniestro.
Quedò cubierto al golpe furibundo
de el fiero braço, que al baxar indiestro
de solo el pomo executò la furia,
burlando al aire su insolente injuria.

LXXXII.

Sacò los pies, y acometiò de presto
al noble rostro la enemiga punta,
hallando el golpe al contendor dispuesto,
que el filo bate, y al contrario apunta.
Quedò en figura el braço contrapuesto,
que el hierro sin efecto se despunta
en la rebelde pasta de el escudo,
que fue lo mas que su violencia pudo.

LXXXIII.

Boluiò a cerrar el Español gallardo
con priessa tanta, que turbado y ciego
no diò a su vida el Aleman resguardo,
y el vso pierde de las armas luego.
El passo mueue perezoso y tardo,
la furia exala por los ojos fuego,
embuelto con la sangre que derrama,
remedio breue de aplacar su llama.

Bol-

LXXXIV.

Boluiendo Ansberto a la ſinieſtra parte,
al miſero Liſauro que ſe opuſo
la gola rompe, y por el ombro parte
el cuerpo que en pedazos deſcompuſo.
A Bruno luego, y a Scipion deſparte,
y en tal aprieto al combatiente puſo,
que diò ſu vida al Capitan Romano
al repetido golpe de la mano.

LXXXV.

Yà ſin priſiones, Garceran robuſto,
vengança viò del nieto de Conrado,
pagando en ſangre el parecer injuſto
a manos de ſu furia caſtigado:
Sintiò de verle tan mortal diſguſto,
que el fuerte braço de ſu enojo armado,
rompiendo por las armas y el conſejo,
difunto dexa el venerable viejo.

LXXXVI.

Ardiendo en viuo fuego la contienda,
creciendo con los golpes la pujança,
diò a ſu cauallo ALFONSO aliento y rienda,
y al duro riſtre la robuſta lança:
No ai braço que de el ſuyo ſe defienda,
ni tenga en los azeros confiança,
ſiempre conſiguen, ò matar, ò herirle,
al que ſoberuio emprende reſiſtirle.

LXXXVII.

Creciò en ſu gente el animo de ſuerte,
con la forçoſa embidia de ſu gloria,
que en breue eſpacio, generoſa y fuerte
por ſuya tuuo la neutral vitoria.
Turbados deſpreciauan en la muerte
la fuga vil, y ſu afrentoſa hiſtoria
los miſeros contrarios, ſatisfechos
de que otros logren ſus piadoſos techos.

LXXXVIII.

Mirando ſus guerreros deſtroçados,
y a numero tan breue reducidos
los fuertes Capitanes y ſoldados,
de tantos poderoſos conducidos;
Con triſtes gritos, del dolor formados,
y apenas de los ſuyos aduertidos,
Reiner les dize con turbado aliento,
limpiando el roſtro palido y ſangriento:

LXXXIX.

De quien huis, famoſos Capitanes,
honor de tantos Reinos y naciones,
dexando malogrados los afanes
de mis honrradas y altas pretenſiones.
Eſguizaros, Sueuos y Alemanes,
que en firmes y conſtantes eſquadrones,
por miedo, ò por deſgracia, vez ninguna
os viò por las eſpaldas la fortuna:

Lom-

XC.

Lombardos, que emulais los Alpes canos,
venciendo de ſus peñas la conſtancia,
de Napoles glorioſa Ciudadanos,
ſagrado Aſilo de el honor de Francia:
O ſiempre inuictos Ceſares Romanos,
que de naciones tantas la arrogancia
domaſtes, ſugetando a vueſtras leyes
con juſto imperio tributarios Reyes:

XCI.

Franceſes generoſos, que fixaſtes
de Dan à Berſabe las Liſes de oro,
y de el Iordan las aguas libertaſtes
de el fiero Scita, de el inculto Moro;
Bolued a las murallas que dexaſtes,
aſſi reſtituido el gran teſoro,
nacion famoſa, a tu grandeza veas,
y el fruto de las palmas Idumeas.

XCII.

Mirad que ſon tan pocos los autores
de empreſas tantas y atreuidas guerras,
que aſombran de Moncayo ſus cultores
en breues campos las heladas ſierras:
Bolued por el honor de los mayores,
ſin dar cobardes las amigas tierras
a dueños foraſteros y tiranos,
que en ſangre bañan las ſoberuias manos.

XCIII.

Aſſi acabò, tan afrentado y ſolo,
que apenas tuuo quien ſeguirle pueda;
y antes que al mar deſcienda el rojo Apolo,
ſiguiò de vnos caſales la vereda.
Aun no queria, obſcureciendo el Polo,
pedir la noche al monte, que conceda
paſſo a las ſombras y al ſilencio, quando
triunfò gallardo el hijo de Fernando.

F I N.

EN AMBERES,
EN EMPRENTA PLANTINIANA
DE BALTHASAR MORETO.
M. DC. LVIII.